



IBLIOTECA

CLÁSICA.

Catalunya
P.
7

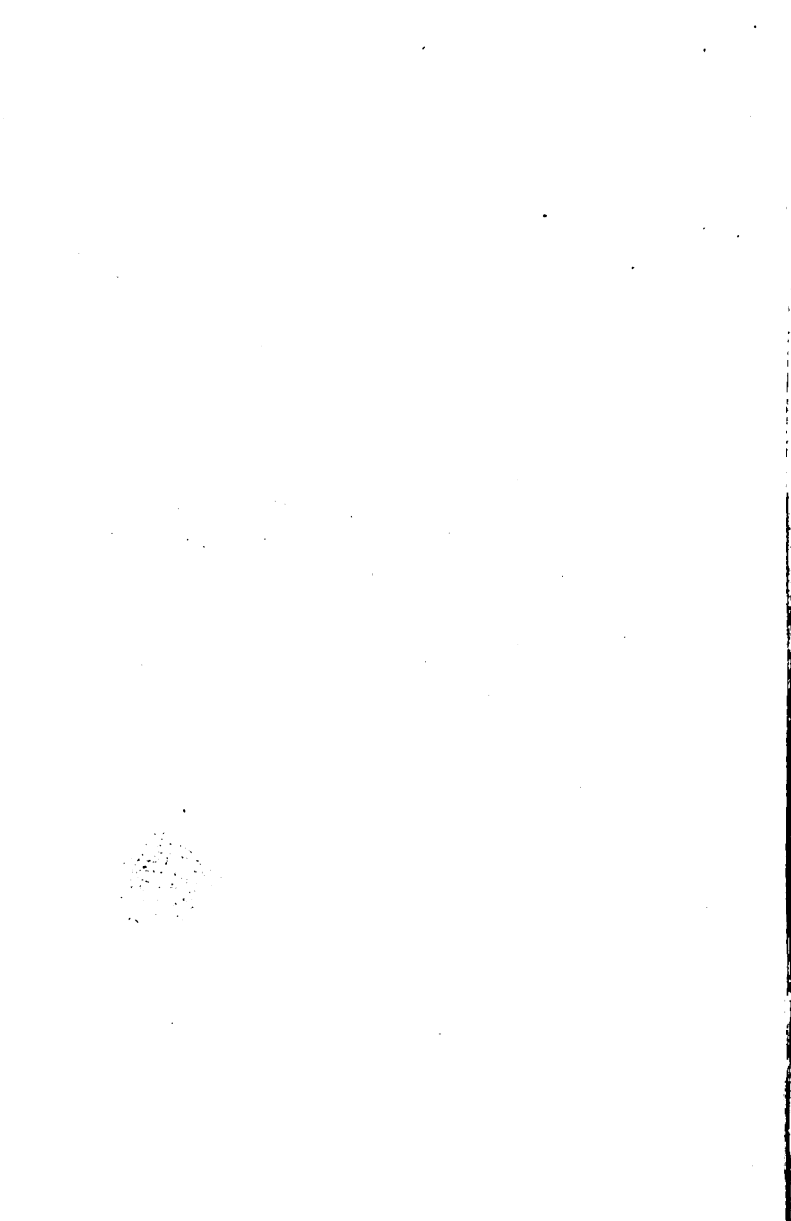




2-XII-36 from 2c = 6/20

Index Dublin Co. (see 10/1)

VIDA
DE
BENVENUTO CELLINI



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CLIX

VIDA
DE
BENVENUTO CELLINI
(FLORENTINO)

ESCRITA POR ÉL MISMO

seguida de las

RIMAS

PUESTAS EN VERSOS CASTELLANOS

PRIMERA VERSIÓN ESPAÑOLA, DIRECTA DEL TOSCANO, CON
PRÓLOGO, NOTAS, APÉNDICES Y UN ÍNDICE SUMARIAL

POR EL

DR. LUIS MARCO

—
TOMO I
—



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arenal, núm. 11

—
1892

R. 404.441

—
ES PROPIEDAD
—

D

Al Excmo. Señor

D. ANDRÉS MELLADO

DIPUTADO Á CORTES
EX-ALCALDE CONSTITUCIONAL DE MADRID
DIRECTOR
DE «LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA»

dedica esta traducción, como insignificante testimonio de respetuoso afecto, su amigo y servidor,

Q. L. B. L. M.,

Dr. Luis Marco.

PRÓLOGO.

I.—Lo que nos queda de Cellini.

BENVENUTO CELLINI es para la mayoría de las personas cultas la encarnación real y viviente de lo perfecto en el arte de la orfebrería, algo así como el arquetipo del artista aurífice del Renacimiento y aun de todos los tiempos pretéritos y futuros. Para el erudito más ó menos á la violeta, es una personalidad moral y artística muy discutible y discutida; mientras escritores hay que lo levantan por encima de sus positivos méritos, otros lo deprimen por bajo de su eminente valía, bien manifiesta en algunas de sus insignes producciones. A éstas y á los datos autobiográficos suyos hemos de atenernos para juzgarle en cuanto vale, sin prejuicios de escuelas ni de épocas, dándole á él lo que en conciencia le pertenece, y otorgando á su gloriosa patria y á su edad lo que es característico del Renacimiento italiano, y aun hablando propiamente, del Renacimiento florentino.

Pocas obras auténticas de **CELLINI** quedan en los vastos dominios de las varias artes del diseño que durante una larga y azarosa vida de trabajo y aventuras ejerció en Pisa y Florencia, en Roma y París.

CELLINI fué grabador de camafeos; de armas damasquinadas, nieladas y repujadas; de medallas, medallones y monedas; fué cincelador de joyas de oro y plata; fué lapidario de piedras finas y preciosas; fué escultor en mármoles y en bronce. No hablemos de sus traba-

jos de arquitectura militar en Florencia, al frente de las obras defensivas de la puerta de Prato y del portillo sobre el Arno, hacia los molinos, al ocurrir la guerra de Siena. Nada queda de ellas, sino el recuerdo suministrado por el mismo CELLINI en su *Vida*; obras momentáneas de fortificación, que durarían cuanto la transitoria necesidad de realizarlas para resistir la embestida del enemigo en aquella breve lucha; y probablemente de una importancia tan mínima para crearle renombre de ingeniero militar, como sus fantásticas hazañas de artillero en el castillo del Santo Angel, cuando el tremendo saco de Roma por las heterogéneas bandas imperiales del gantés Carlos V de Alemania, bajo el mando de ilustres aventureros como el Condestable de Borbón y el Príncipe de Orange.

Sus labores de aurífice y medallero han desaparecido casi todas, pues el oro y la plata, que son la materia de tales obras, tienen mayor y más fanático número de adoradores que el más bello arte que las infunde su espíritu. ¿Qué estatuas de la antigüedad habría hoy en los Museos si hubieran sido de metales preciosos. como son de marmol y de bronce las esculturas de los Fidias y Praxiteles, de los grandes maestros clásicos conocidos é incógnitos? Hubiéranse fundido y amonedado. La Venus de Milo y de Médicis, el Hermafrodita, hubieran muerto para el Arte á manos del Amor y de la Guerra; el Apolo Pitio de Belvedere, Niobe. Laoconte y sus hijos habrían visto entonces derretirse sus formas (inmortales por ser de marmol), convertidas en acuñados discos de oro y plata, con que pagar la traición que sirve á las ambiciones insaciables, la lujuria que hierve tumultuaria en el seno de los poderosos, ó la sangre de los plebeyos que con sus facciones alzaban hasta los tronos á los ennoblecidos capitanes de facinerosas huestes asalariadas.

Las obras de arte suntuaria hechas de metales nobles, tienen por enemigos: la moda en esas mismas artes; los vicios de los grandes y las pasiones de los pe-

queños; las necesidades de los reyes y de las aristocracias, de los Estados y naciones; las guerras, las pestes, las hambres; las predicaciones religioso-morales de puritanos á lo Savonarola; las reivindicaciones político-sociales de los pueblos, y otras mil y mil causas eficientes, sublimes unas hasta el sacrificio, vergonzosas otras hasta la abyección.

El mismo CELLINI hubo de fundir por orden del papa en el castillo del Santo Angel todas las alhajas y preseas del Tesoro pontificio, y hasta las triples coronas de las tiaras de Clemente VII, ¡de un papa Médicis! Si un aurífice fundió por mandato de un Mecenas las mejoras obras de sus antepasados, sacrificando el arte al valor material, calcúlese la suerte que habrán corrido las obras de orfebrería del mismo CELLINI, á manos de viles personas más codiciosas de ese noble metal que tienta á los seres innobles, que admiradoras de la belleza artística. Por tanto, no es de extrañar que sean apócrifas casi todas las que como de BENVENUTO se muestran en Museos y colecciones, y que haya tan pocas pruebas auténticas de su talento y habilidad en la orfebrería suntuaria.

BENVENUTO CELLINI, como aurífice, es casi un mito, un personaje de leyenda en la historia del arte; hay que creer en su grandeza colosal, por los deficientísimos testimonios de su sola palabra, y por pública voz y fama de las generaciones durante tres siglos. En cambio, permanecen en pie sus obras de escultor, aun siendo mucho menores en número, si mayores en importancia, las que produjo en esta dirección de su personalidad artística; en cambio, subsisten también y subsistirán eternamente las imponderables memorias autobiográficas de su *Vida*, así como sus *Tratados de aurificería y de escultura*, y hasta algunos *Sonetos*, que no carecen de belleza.

La obra del prosista y del escultor, unas pocas medallas y el salero que hizo para el vencido en Pavía y apresado por el donostiarra Juan de Urbieta; he aquí

los monumentos vivos de la gloria imperecedera de CELLINI. De todos estos trabajos queremos hablar, y también emitir nuestro juicio acerca del escritor, el artista y el hombre, discerniendo lo que en genio y moralidad es hijo de su propio temperamento personal y artístico, de todo aquello genérico de su patria y de su época, tanto en sus deleznales miserias cuanto en sus ingentes grandezas.

II.—Benvenuto Cellini, escritor.

Consérvanse todas las producciones de su pluma, que son: los *Tratados de aurificería y de escultura*, la *Vida*, las *Rimas* y los *Recuerdos* familiares ó notas privadas.

Los *Tratados* (*Trattati dell' oreficeria e della scultura di BENVENUTO CELLINI*) publicáronse en vida de su autor (1568), pero de una manera incompleta y extractada; las ediciones posteriores fueron hechas de igual imperfecto modo y con infinitas variantes acomodadas al gusto artístico de cada editor, conforme á las veleidades de la moda y respetando á lo sumo los preceptos meramente técnicos, con atropello de todo lo demás. Hay que llegar hasta el año 1857 para conocer el texto original de esta obra, en la correctísima edición dirigida por Carlos Milanesi y publicada en Florencia por la célebre casa editorial de Le Monnier, á quien tan grandes servicios deben las letras italianas. Los *Tratados* no sólo son escritos didácticos, sino que á la par contienen muchos datos autobiográficos dignos de saberse.

Cuando se publicó la edición Milanesi, dió cuenta del hecho M. Delaborde en la *Revue des Deux-Mondes* (15 de Diciembre de 1857), en un artículo muy superficial y harto desdeñoso, cuando no agresivo contra la importancia artística legendaria de BENVENUTO CELLINI. De esto hablaremos en lugar oportuno.

De todas maneras, la obra literaria capitalísima del autor del *Crucifijo del Escorial*, es la que ahora por primera vez publicase traducida al castellano en la BIBLIOTECA CLÁSICA, ó sea la *Vida* escrita por él mismo. En el cap. XII del *Tratado de la aurificeria* nos dice Bienvenido cuáles fueron los móviles y la ocasión de escribir esta obra maestra del idioma toscano, que contribuye más que nada á immortalizar á su eximio autor.

«Pasado que hubieron dos días, dice, ví conturbado á mi señor, sin haberle dado causa alguna para ello; y si bien le he pedido licencia muchas veces, ni me la dió, ni menos aún me ha encargado nada; por la cual cosa no he podido servir á él ni á nadie, y tampoco he sabido jamás la causa de aquesta mi gran desgracia. Viéndome tan desesperado, pienso si aqueste mi mal provendrá de los influjos celestes que sobre nosotros predominan. Con este motivo púseme á escribir toda mi vida, y mis orígenes, y todas las cosas que había yo hecho en el mundo; y así escribí todos los años que hube de servir á aqueste mi glorioso señor duque Cosme. Mas, considerando después cuán á mal llevan los grandes príncipes que en son de queja diga un siervo suyo la verdad de sus razones, puse remedio á ello; y todos los años que había yo servido á mi señor el duque Cosme, con gran pena y no sin lágrimas los rompí y arrojé al fuego, con la firme intención de no volver á escribirlos nunca (1). Sólo por agradar al mundo y por estar cansado de aquella ociosidad, visto

(1) Bienvenido Cellini escribió su autobiografía en 1558, según manifiesta en el lib. I, cap. I; mas por lo que dice en el lib. II, cap. CX y XCVI, se infiere que la retocó después de 1566. Entonces debió rehacer una mínima parte de la narración que destruyó, puesto que alude algo á sus disgustos con el duque Cosme I; pero es muy deficiente el relato en los años 1554 á 1562, en que termina bruscamente la obra, sin hablar nada de los sucesos de su vida desde 1562 á fin de 1566.

Así, pues, dejé al antedicho tal carga, la cual espero continuar tan adelante cuanto alcance mi recuerdo.»

Este manuscrito es el que se guarda en la Biblioteca Laurentina. Hasta el folio 440 vuelto es de letra del hijo de Mignel de Goro Vestri; las hojas 441, 442, 443 y parte de la 444, son de mano desconocida; las siguientes hasta la mitad del folio 464 vuelto son del antedicho amanuense; y de aquí hasta el final de la obra está escrita de puño y letra de CELLINI, así como el Soneto y Declaración que hemos copiado antes. Hay la particularidad de que el Soneto que hizo Benedicto Varchi (véase al fin del cap. LXXXIV, lib. I) cuando recibió la falsa nueva de la muerte de Bienvenido, va firmado por su mismo autor; lo cual confirma una vez más que el códice Laurentino es auténtico, como es único. Fué á parar á poder de Andrés Lorenzo Cavalcanti, quien se obstinó en impedir que se copiase por nadie; su hijo Lorenzo María manifestó en verso la estúpida razón que á su padre moviera para observar tan extravagante conducta, diciendo que el Fénix se estima en tan alto precio por ser único, y por tanto no era bien que divulgándose aquel libro se envileciese. Esto no fué óbice para que lo regalara á Redi, quien lo hizo examinar por la Academia de la Crusca. Extravióse después y fué á manos de un prendero llamado Cecchino del Seminario, á quien se lo compró en 1811 el gran bibliófilo Luis Poirot; á la muerte de éste, pasó con todos sus otros libros y manuscritos á la Biblioteca Laurentina.

Lo imprimió por primera vez el médico Antonio Cocchi (Colonia, Pietro Martello; Nápoles, 1728, 1 tomo en 4.º), filósofo y escritor elegante, entusiasta editor de las lecciones de Anatomía del insigne médico y poeta Lorenzo Bellini, el autor de la *Bucchereide*. Benedicto Varchi no quiso retocar el estilo de la *Vida*, ni aun rogándosele CELLINI; en cambio Cocchi reformó el texto á su antojo, si bien dice haber conservado exactamente la estructura del discurso tal como la halló

en el manuscrito, salvo en algunos pocos periodos del principio, que difícilísimos eran de entenderse. Por eso los académicos de la Crusca no citaron esta edición en su *Vocabulario*, y se atuvieron al manuscrito hasta que se imprimiese como era debido.

Aventajó mucho á Cocchi, en tres ediciones sucesivas, Juan Palomedes Carpani (Milán: 1806, 2 tomos; 1811 y 1821, tres tomos en 8.^o). Aun cuando no hay absoluta conformidad con el texto original, no es por propósito preconcebido; este defecto se compensa con las copiosas notas del editor y con la publicación de los recuerdos y de los tratados didácticos de Bienvenido.—Y ahora empieza el ciclo de las ediciones magistrales de la *Vida*, con la de Francisco Tassi (Florencia: Piatti, 1829, 3 tomos en 8.^o); las dos de Molini (Florencia: 1830, en 12.^o; y 1832, 2 tomos en 8.^o); y las más notables de todas, las de Brunone Bianchi (Florencia: Le Monnier, 1852 y 1866), aquellas en que con mayor claridad se explica y aclara el sentido de **BENVENUTO CELLINI**.—La edición más popularizada hoy en Italia es la dirigida por Eugenio Camerini (Milán: E. Sonzogno; 3.^a edición, 1878, 1 tomo en 8.^o), ajustado el texto al de las ediciones Molini y Bianchi, con notas de Carpani y Bianchi, seguido de documentos importantes tomados de las grandes ediciones de la *Vida*, y de la de los *Tratados* hecha por Milanese; termina con una curiosa noticia del marqués Campori, acerca de las relaciones de **CELLINI** con el cardenal Hipólito de Este, y sobre sus discípulos Paulo Romano y Ascanio de Tagliacozzo. Acompañan á la *Vida* en la edición Camerini las *Rimas* del autor famoso de la bronceína estatua del *Perseo* y del marmóreo *Cristo del Escorial*.

La **VIDA DE BENVENUTO CELLINI** ha sido traducida al francés tres veces, una de ellas por M. Léclanché. Al alemán lo fué por el gran poeta y naturalista **GOETHE**, traductor también de *Le neveu de Rameau*, de Diderot; no puede darse prueba extrínseca más impor-

tante del mérito literario que tiene esta seductora autobiografía. La señora Sofía Weill-Schott Guastalla, que escribió una *Vida de Lenau* y tradujo del alemán al italiano la obra del elegante Chamisso *Peter Schlemhil*, adelantó mucho un pequeño Diccionario, acometido por consejo de Camerini, poniendo la correspondencia entre las más notables frases de CELLINI, en toscano, y las mismas de GOETHE, en alemán; nuevo testimonio del mérito eminente de ambos inmortales escritores, y á la par de esta obra, que por primera vez aparece en castellano, si no nos engañan nuestros informes. Por capricho artístico, en manera alguna por erudito empeño, nos ha parecido bien acomodar nuestra imperfecta versión á un estilo algo arcaico, en consonancia con la época y carácter de este libro.

Y profesando el principio de que á los poetas vale más traducirlos en medianos versos que en óptima prosa, hemos puesto en verso castellano las *Rimas* de CELLINI, procurando en ello, como en todo, la mayor fidelidad posible para no desnaturalizar las ideas, el estilo y hasta la metrificaci3n misma del poeta. Es de notar que en Florencia versificaban por aquel entonces todas las personas de ingenio, aun sin ser literatos de profesi3n; y que cuando un pintor, un escultor 3 un arquitecto (artes que solíanse cultivar á menudo por un mismo artista) terminaban una obra de importancia, había una guerra de sonetos en lengua vulgar y de epigramas latinos en elogio 3 vituperio de cuadros y esculturas. Por eso estaban familiarizados con el arte métrico los Miguel Angel, los Bienvenido Cellini y otros muchos florentinos de talentos artísticos. La lectura de las preciosas *Vidas de los Artífices*, de Jorge Vasari, nos revela estas cultísimas y entusiastas costumbres.

Hablemos ahora del estilo de BENVENUTO CELLINI, transcribiendo algunos juicios hechos por quienes más profundamente lo han estudiado en su misma patria, esa hermosa Italia tan cara á quienes profesan vivo

amor á las bellas letras y á las nobles artes.—Pedro Giordani dice, en su magnífica *Instrucción para el arte de escribir*, á un joven italiano: «Tal desenvoltura de estilo en aquel siglo (el XVI) no la encontrarás sino en los que se llaman Caro, CELLINI, Celli, Vasari.» Baretti llama á CELLINI el mejor maestro de estilo que tiene Italia, y dice: «La naturaleza fué quien á CELLINI enseñó á poner el nominativo delante del verbo, y detrás de éste el acusativo ó cualquier otro caso que se le presentaba para hacer su discurso gramatical, y conforme á la índole del habla florentina; la cual sintaxis le hacía colocar bajo su pluma todas las demás partes de la oración en su lugar propio, antes ó después de aquellas tres principales, sin ocasionarle la más mínima fatiga.» Todo esto era espontáneo en Bienvenido, hombre de poca más lectura que la del Dante y la Biblia en lengua vulgar, falto de letras latinas y sin más educación literaria que lo asimilable para él de su comercio familiar con literatos tan eximios como Benedicto Varchi, Annibal Caro y otros.

Así, pues, nada tiene de extraño que incurriese en los defectos que desmenuza y expone acertadamente Brunone Bianchi, los cuales hacen difícil en sumo grado traducir bien la *Vida*, sin abandonos que desluzcan la versión y sin afeites que le añadan postizos atavíos, cual disfraces del estilo. He aquí el sumario de esas faltas, que son como las sombras de un cuadro tan luminoso y deslumbrador: «En CELLINI hay propiedad en las palabras, opulenta variedad de bellísimos giros, pasmosa claridad en las descripciones; mas aquellos nexos que dan nobleza y elegancia al escribir, aquel gobernar y conducir el período á su justa conclusión, no pocas veces son aquí de desear. El enlace está con frecuencia más en el entendimiento del escritor que en las formas gramaticales; y á veces, por decir demasiadas cosas y decirlas todas de golpe, y casi con aquel ímpetu como se suceden las ideas en su vivísima fantasía, deja algunas de ellas sin acabar de decirlas ó no

coordinadas convenientemente las proposiciones; de donde dimana que por último no hay redondez en el período, ó por falta de unidad hay tal enmarañamiento y revoltijo, que no es fácil dar con el hilo de él. Añádase además esto otro, que puede engendrar oscuridad para el lector no muy atento: el uso frecuentísimo del participio y del gerundio en vez de los modos y tiempos del verbo absoluto, del pronombre conjuntivo en lugar del demostrativo, las alteraciones y estropeamientos de muchas voces, la redundancia de otras, y finalmente una cantidad innumerable de giros elípticos. Tal es la manera de escribir de CELLINI, y tal es, poco más ó menos, la de hablar de nuestra desenvuelatísima plebe.» Sirvan estas enormes y múltiples dificultades de excusa y paliativo á los errores en que hayamos podido incurrir al hacer nuestra versión, no obstante el esmero y cariño con que hemos tratado de hacerla.

De todas maneras, no obstan estos lunares para que sean ciertas de toda evidencia las aseveraciones del marqués de Campori: «BENVENUTO CELLINI, por la originalidad y la vivacidad de sus obras, por la intrepidez de su mente y las aventuras de su vida, que narró á los venideros, *añadiendo una obra maestra de literatura á las magistrales obras de arte por él creadas*, es hombre de fama tan universalmente divulgada y popular, que por mínimo que parezca cualquier incidente de su existencia ó de sus actos que se agregue á los hasta aquí conocidos, no puede menos de excitar la curiosidad y la atención de todos los amantes de las *letras y de las artes.*»

Las *Confesiones* del santo y préclaro obispo de Hipona, son la historia de un alma; las del filósofo de Ginebra, son la historia de un entendimiento; las del escultor de Florencia, son la historia de una actividad humana. Por eso estas últimas son más dramáticas que las de San Agustín y de Rousseau; y tienen sobre las del misántropo ginebrino, la inmensa superioridad

de ser más sinceras y menos desconsoladoras para el espíritu. CELLINI se muestra de cuerpo entero y al natural en su autobiografía, con sus vicios y virtudes, con sus calidades y defectos, tal como era y tal como creía ser.

En la última parte del presente prólogo, hablaremos de él, como protagonista de esa especie de novela histórica, picaresca y de aventuras que constituye el libro portentoso de su *Vida*.

Acabamos de decir el efecto que esta obra produce en el ánimo del lector: el de una interesantísima novela de aventuras, el de una seductora novela picaresca, el de una curiosa novela histórica, siempre y de todas maneras como se mire, el de una *novela*. Y, sin embargo, los hechos que relata su autor y héroe, la mayoría están comprobados, y los restantes no han sido rebatidos por sus contemporáneos ni por la posteridad; hablamos de aquellos hechos que son del dominio de la historia general. Respecto á los incidentes íntimos de su historia privada, no hay deliberado propósito de desfigurarlos ni inventarlos, sino tal facundia portentosa para exponerlos de buena fe, que da quince y raya á las gasconerías francesas, á las ampulósidades lusitanas y á las andaluzadas españolas; como si en el fondo genial de las cuatro naciones que hemos convenido, porque sí, en llamar latinas, hubiérase guardado la flor y nata de la graciosa ligereza de los atenienses, gallardo signo de lozana juventud perpetua; y como si el cincelador florentino burlase pomposamente con su pluma el oro espléndido del habla toscana, con el más ático ingenio de los pueblos latinos.

Así, no es de extrañar que el incomparable novelador Dumas, enamorado de la hechicera narración autobiográfica de CELLINI, tomase de estas memorias la materia para componer una de sus más encantadoras producciones, *Ascanio*. Igualmente se comprende que un libretista como Augusto Barbier y un músico

de genio de la talla de Hector Berlioz, escribiesen la ópera *Benvenuto Cellini* (París, Septiembre de 1838), que si bien fué mal recibida por el público, algo valdría cuando otro genio potente y extraño, cual Paganini, envió á Berlioz, para consolarle, 20.000 francos y una carta entusiasta en que declaraba al músico francés igual á Beethoven, con visible exageración en cuanto al paralelo. Asimismo concíbese cómo un dramaturgo del renombre de Paul Meurice se inspirase en esta autobiografía para escribir el drama en cinco actos y ocho cuadros *Benvenuto Cellini* (París, Abril de 1852), bien acogido por el público, acreedor á la favorable crítica de todo un Teófilo Gautier, aunque sepultado luego en el olvido, como una de tantas obras que son flor de un día. Ya en Junio de 1845 habíase estrenado en Turin, con el título de *Cellini à Parigi* otra ópera de Lauro Rossi, discípulo de Zingarelli. En estas tres producciones escénicas se distinguieron, el famoso actor Mélingue y los no menos célebres cantantes Dupré, la señora Stoltz y la señora Lagrange.

Pocas obras hay que se presten mejor que la *Vida* de BENVENUTO CELLINI á ser publicadas en edición de lujo con artísticas ilustraciones de buenos dibujantes y grabadores, cual con muy buen acuerdo ahora se usa; y es incomprensible, en verdad, que hasta la fecha no haya ninguna por el estilo en Italia, en Francia ni en Alemania, tratándose del libro más pintoresco del Renacimiento. Y eso que en la *Enciclopedia* de Larousse (que está en moda ser objeto de vilipendio para los mismos que la emplean á todo pasto), se ve la noticia de haber figurado en las Exposiciones universales de París (1855) y Londres (1862) una acuarela, de la colección del inglés M. G. Haines, titulada *Cellini invitado por unos bandidos á tasar una de sus obras*, y que lleva la firma de un gran acuarelista, Jorge Cattermole; esto indica que si las memorias de Bienvenido fueran tan conocidas como merecen

serlo, habrían inspirado á los pintores multitud de asuntos hasta para grandes lienzos, cuanto más para pequeños dibujos. Descripciones de obras artísticas y de grandes paisajes; narraciones de aventuras, guerras, visiones fantásticas como la escena nigromántica en el Anfiteatro Flavio y la aparición mística de Jesucristo, la Virgen, los Angeles y San Pedro en la cárcel á CELLINI; retratos de personajes históricos, caudillos, cardenales, duques, literatos y artistas, príncipes, reyes, emperadores y pontífices; bocetos de pícaros, cortesanas, soldados, clérigos, rufianes, bobos, locos y bribones, hechos con todo el humorismo y vigorosos trazos de que es capaz un artista del Renacimiento y un hombre á quien su vida bohemia le ponía en íntimo y frecuente trato con aquellos personajes de tan vivo relieve, lo mismo los de alta alcurnia como los de ínfima ralea: todo esto desfila ante nuestros ojos á manera de un panorama deslumbrador, dando á Bienvenido patente de ingenio chispeante, robusto y equilibrado al manejar la pluma.

Sus *Poestas* son pocas, de circunstancias y casi tan de carácter privado como las notas domésticas de sus cuadernos de mémoires, que con el título de *Recuerdos* se custodian en la Biblioteca Ricardiana de Florencia. No hay un solo soneto de Bienvenido que sea inspirado por un asunto general, como el que su padre hizo sobre la medicina, con tres versos de estrambote (un eptasílabo, y un pareado endecasílabo, como las treinta estrofas de estrambote del soneto á *Quirino*, escrito en Roma el año 1788 por el gran poeta Vicente Monti); y apenas pueden estimarse sino como nuevos datos autobiográficos reveladores de incidentes de su vida y preocupaciones del momento. No dan ni quitan un sólo rayo de luz á su aureola de escritor, más positiva que el nimbo radiante alrededor de su cabeza en París á la salida y puesta del sol, de que nos habla en el último capítulo del libro I de su vida.

III.—Benvenuto Cellini, artista.

Menos habremos de detenernos en esta parte de nuestro discurso que en la anterior, deplorando no conocer obra alguna que estudie con extensión, pleno conocimiento real del asunto y recta crítica el significado é importancia verdaderos de CELLINI en la historia general del arte ó en la del Renacimiento. Es un tema tentador, pero difícil de desarrollar sin viajes, investigaciones y meditación profunda. Enemigos de desflorar aquello que no tenemos el poder de fertilizar con el esfuerzo propio, no intentaremos siquiera exponer el plan que para ese interesante trabajo se nos ocurriese; y aun cuando para ello tuviéramos las fuerzas que nos faltan y serían precisas, tampoco este lugar fuera el más adecuado para hacer un tan extemporáneo alarde general de ellas, pues el aspecto que únicamente nos interesa hoy por hoy, es el de escritor emérito de BENVENUTO CELLINI. Pero ¿cómo callarse del todo, cuando críticos literarios deprimen al artista y al hombre, como lo hizo M. Delaborde en el antes citado artículo suyo de la *Revue des Deux-Mondes*? Y si éste se ocupó de esos dos aspectos, artístico y privado, porque el autor de los *Tratados de orfebrería y escultura* era un artista y daba en ellos noticias autobiográficas, ¿cómo evitar nosotros estos dos puntos de vista cuando la obra que hemos traducido y prologamos es precisamente su propia *Vida* escrita por él mismo? Esta es la razón de escribir los párrafos III y IV del presente bosquejo de Proemio.

Pasemos por alto á CELLINI como músico, sin embargo de haber sido tañedor de viola, flauta y corneta; de haber tenido una de las ocho plazas de trompeteros del papa Clemente VII el primer año de su pontificado y á los veinticuatro de la edad de Bienvenido. Nada supone el hecho en la vida de éste ni en los anales del

arte. Y vamos al aurífice, al grabador en hueco, al escultor.

Por lo que hoy son los plateros, rebajados desde la categoría de artistas á la condición de industriales, no puede juzgarse lo que eran y suponían los aurífices durante el Renacimiento, sobre todo en Florencia, Venecia y Roma. Hoy los maestros y oficiales en el arte de la platería y lapidaria son unos artesanos, unos obreros; y los que trafican en joyas y alhajas son unos meros burgueses, mercaderes que comercian en tales productos como en carbón. Entonces la Señoría de Florencia convocaba á concurso para hacer de bronce dos puertas del Baptisterio de San Juan, y el jurado se constituía con pintores, escultores y aurífices, presentándose á ser juzgados por éstos un Brunelleschi, un Donato, un Ghiberti, escultores de genio, quienes habían sido aurífices todos ellos, así como Vasari, que lo refiere en la vida de tan excelsos artistas. Y habían trabajado en la orfebrería suntuaria no sólo estos hombres ilustres, sino también otros de igual valía: Juan de Pisa, Orgagna, Verocchio, Finiguerra, Andrés del Sarto, pintores, escultores y arquitectos de renombre imperecedero y universal. Pues bien: entonces adquirió CELLINI su reputación gloriosa de aurífice eminente en un pueblo de artistas como Florencia, en una época tan feliz para las artes como el siglo de los Médicis, con unos protectores como el papa Clemente VII y el rey Francisco I de Valois, haciendo obras para ellos y para Carlos V de Gante, y para el duque Cosme I de Médicis, y para aquellos grandes señores llenos de riquezas, de talento y de amor á las artes y las letras, que eran obispos, arzobispos y cardenales, como Pedro Bembo, Paulo Giovio, Hipólito de Este, cardenales de Médicis, Cornaros, Salviatis, Orsinis, Sforzas y demás grandes familias patricias de Florencia, Roma y otras nobles ciudades italianas.

Y hete aquí que un Delaborde cualquiera se sulfura por el renombre colosal de un CELLINI; tiene por más

hábilés é inspirados que él á otros aurífices, á quienes no nombra, pero que indudablemente habrán nacido en Francia, por ser la patria del articulista; declara impostor á Benvenuto, asegurando que con su *Vida* (por éste escrita en el periodo de 1558 á 1566) habiase creado la fama póstuma, como si mucho antes de esa época no fuese el aurífice predilecto de papas, emperadores, reyes, príncipes, grandes señores, prelados insignes, y el amigo de los más grandes artistas y letrados de su tiempo, desde bien mozo todavía. ¿Quién es aquí el mistificado? ¿Delaborde y sus lectores, ó los Médicis y Valois, así como los coetáneos de éstos? Cuando el superficial articulista parisién afirma que apenas quedan trabajos de CELLINI, huelga decir que éste era un vulgar cincelador de buenas manos y mal gusto, indigno de la usurpada fama que goza. Habla del *Salero* de Francisco el de Pavia, lo analiza menos que lo deprime... y nos quedamos sin saber si fué á Viena para verlo. Habla del *Perseo*, y á vueltas de elogiar algún detalle, lo declara indigno de parangonarse con otros monumentos de la estatuaria... y no sabemos si estuvo en Florencia y allí lo estudió cual requiere. Habla de la *Diana* de bronce de Fontainebleau, y declara poco menos que inepto á Bienvenido en comparación con otros escultores franceses de la época... y cuyos nombres y obras se deja en el tintero. Habla de las medallas de Clemente VII y del duque Alejandro, y las pone muy por bajo de las de dos grabadores franceses casi desconocidos, á quienes designa por excepción; y gracias á que elogia una medalla de Francisco I... quizá porque de ella no hay mención alguna hecha por CELLINI. Nombra (y nada más que nombrarlo) el *Crucifijo del Escorial*, y no examina obra tan capitalísima del genio de este escultor, cuando pocos extranjeros ilustrados no habrán recorrido esa inmensa, fastuosa y severa fábrica de San Lorenzo, llena de portentosas maravillas de arte, y que revela como nada las grandezas de la España de Felipe II, grandezas de granito,

pero de un granito que se desmorona cual si fuese arena.

¿Cómo vamos nosotros á seguir el camino trazado por el escritor cuya poca seriedad combatimos y cuyo ejemplo vituperamos? Por eso, dejaremos el estudio de CELLINI como artista á quien tenga la preparación necesaria para ello; y nos limitaremos á aconsejar, lo mismo á nuestros artistas como á nuestros críticos de arte, que vayan á la Basilica del Guadarrama, contemplen el *Cristo* del trascoro, lo copien aquéllos, y juzguen éstos al articulista parisien y al escultor florentino.

Era la víspera de San Lorenzo, del caritativo mártir oscense del siglo III. Varias veces en nuestra vida habíamos estado á visitar el Real Sitio, donde el peregrino del arte se detiene absorto ante las maravillas artísticas, meditabundo con las grandes recuerdos de la historia, incierto entre las grandezas de la patria ya extintas y las grandezas del siglo XIX en que vivimos. Mas, aun cuando en otros años habíamos visto el *Crucifijo* de Cellini, necesitábamos refrescar la impresión, ya que del autor de esa hermosa estatua veníamos ocupándonos en nuestras labores literarias. Así, pues, emprendimos la peregrinación al Escorial con ese intento, la víspera de su mayor festividad en el actual año de gracia. Por la de la ilustre comunidad de Agustinos allí establecida, y por la muy especial de mi respetable amigo el joven y sabio literato P. Blanco y García (autor de la valiosa publicación *La Literatura española del siglo XIX*), pude gustar á mi sabor el placer de admirar la marmórea imagen de Cristo labrada por las manos primorosas de CELLINI. ¿Pero, qué son unas breves horas para estudiar á fondo una obra maestra del más puro Renacimiento, un Cristo *enteramente desnudo* (aunque piadosamente ceñidos los riñones por blanca tela de seda con orla de plata), de *tamaño natural*, á poca distancia y pequeña altura para apreciar el conjunto en perspectiva, sin poder tomar en él me-

didadas ni apuntes por falta de tiempo y medios adecuados? Hiceme la ilusión de que iba á estudiar la verdad... y á despecho de las notas que tomé, convertíme pronto en admirador, de espectador curioso y pseudocientífico que era al entrar en el estrecho recinto. Aquel blanco marmol es una revelación de Bienvenido Cellini, es un hechizo de estatuaria; es una imagen perfectísima de un modelo perfecto. ¿Sería Cristo? Era un hombre joven y hermoso, clavado por pies y manos á una cruz de marmol negro; pero no puedo afirmar en conciencia si en esa cruz estaba clavado el Hijo de Dios. ¿Sería acaso Juan de Médicis *el de las Bandas Negras*? No lo sé; por más que recuerdo como ese famoso *condottiero* murió bien joven en los mantuanos campos de batalla, mas no en oriental patíbulo. Sin embargo, quizá fuera él, porque el cuerpo allí crucificado parecióme un hombre de armas y no el Hombre-Dios. En esta ofuscación de mi vista ó de mi juicio, ¿cómo había yo de dar importancia á problemas plásticos, si aún tengo sin resolver el problema espiritual, ya que no el estético, pues que la impresión de la belleza subsistió á pesar del análisis? Rompí mis notas y apuntes, despedíme con pena de sitios y personas para mí tan caros, regresé á la corte é hice el propósito de no hablar aún del *Crucifijo de marmol* que existe en el Escorial, dejándolo á mejores plumas ó á futuros días.

Y si esto digo de una obra que he visto, ¿cómo había yo de hablar un ápice de aquellas que por desgracia no me ha sido dado ver? Dejemos quietos á Diana y Perseo, al duque Cosme y al rey Francisco, medallas, saleros, mármoles y bronces. No puedo juzgar al artista, y menos en este sitio. Me callo y sigo admirando á CELLINI, porque le admiraron sus más ilustres contemporáneos, porque tengo más fe en él que en M. Delaborde, y porque no quiero pensar en que cualquier advenedizo me derribe por el suelo á los dioses del arte y me ponga en los altares de hoy idolillos de barro

que no subsistirán mañana, mientras CELLINI se ve reverenciado cerca ya de cuatro siglos.

Las principales obras de CELLINI que se conservan, son: el *Cáliz* que no quiso terminar para Clemente VII; el *Busto* colosal de bronce de Cosme I; la estatua de bronce de *Perseo*; el grupo de bronce de *Diana y el Ciervo*; el *Crucifijo* de marmol del Escorial; el *Salero* de oro de Francisco I de Francia; la *Medalla* de oro de este mismo rey, y la restaurada estatua de marmol de *Ganimedes*.

El *Cáliz* lo «compró» el duque Cosme, hizo que lo concluyese Nicolás Santini y se lo regaló al papa San Pío V cuando éste le coronó como Gran Duque de Toscana en Agosto de 1569.—El *Busto de Cosme I* estaba en Elba, sobre la puerta de la fortaleza de Portoferraio: fué llevado á Florencia en 1781 y colocado en la *Galleria degli Uffizi*, sala de los broncees.—La estatua de *Perseo* se descubrió el 27 de Abril de 1554 en Florencia, en la plaza llamada *Loggia dei Lanzi*.—El grupo de *Diana y el ciervo*, en recuerdo del descubrimiento de la fuente de Fontainebleau (*fontaine belle eau*), está en Francia.—El *Crucifijo de marmol*, terminado probablemente á fines de 1561 ó principios de 1562, «fué adquirido» por Cosme I, y lo hizo transportar al Palacio Pitti en 1565 (según dice Bianchi): fué regalado en 1576 por el Gran Duque de Toscana, Francisco I, al rey de España Felipe II, el cual lo hizo colocar en la Basílica del Escorial, en cuyo trascoro se conserva como si acabase de salir de manos de CELLINI.—El *Salero* encargado por el cardenal de Ferrara Hipólito de Este y concluido para el rey de Francia Francisco I de Valois, fué regalado por Carlos IX al emperador de Alemania Maximiliano II (según el marqués de Campori), ó al archiduque de Austria Fernando (según el ligero M. Delaborde), á fines del siglo XVI; está hoy en el Tesoro Imperial de Viena.—La *Medalla de Francisco I* de Francia, y de la cual no habla CELLINI, aun cuando lleva su firma, se conserva en París,

según M. Delaborde.—La estatua antigua de marmol representando á *Ganimedes*, restaurada por Bienvenido á fines de 1547 probablemente, arreglando la cabeza, los brazos, los pies, y añadiendo un águila doble tamaño del natural, se puso primero sobre la puerta de un salón del Palacio Pitti y está hoy en la *Galleria degli Uffizi*.—También se hallan en ésta el escudo y el casco de Francisco I, cincelados por CELLINI.

Uno de los muchos lugares comunes de la Historia consiste en hablar de la espléndida protección que á las artes dispensaron los Médicis. Hubo de todo un poco (sobre todo para los artistas) y conviene especificar, cuando se trata de una familia que desde la segunda mitad del siglo XIV hasta el segundo tercio del siglo XVIII dió duques y príncipes á Italia, reinas á Francia, cardenales y pontífices á la Iglesia; familia que en Florencia, y en Roma y en París tuvo representantes de todas calidades morales en tan larguísimo período de tiempo; familia que, al sentir unánime de sus contemporáneos y en la época de su mayor prestigio, conservó los hábitos del mercader bajo los regios mantos del príncipe reinante. Ejemplo de esto último es la conducta de Cosme I, duque de Florencia y primer gran duque de Toscana.

Durante los veinte años (de 1545 á 1565) que CELLINI le sirviera, sólo consta que le diese una pensión anual de 200 escudos. El *Perseo* (tasado por Albizzi en 3.500 escudos, por la duquesa en 5.000, por su autor en 10.000, y por su enemigo personal Bandinelli en 16.000) produjo á CELLINI más disgustos que dinero; pues convenido que se le pagaría dicho grupo en 35 meses, á 100 escudos mensuales, desde el año 1554 al 1566 (esto es, en 12 años) se le fueron abonando malamente hasta 3.000 escudos, si bien cuatro años después había quedado satisfecho de los 500 escudos restantes. *¡Única obra que le pagó un Médicis*, protector de las artes... á expensas de los artistas!

En cuanto al busto colosal de bronce (retrato de

Cosme) y la restauración del *Ganimedes*, y el modelo del gran Neptuno, y los de los púlpitos de Santa Reparada, y los de los medio-relieves para el coro de Santa María de las Flores... ¡cinco meses antes de morir CELLINI, aún estaba reclamando en vano que se le diese cualquiera cantidad en pago de tales obras, como limosna á un pobre viejo de 70 años y padre de tres hijos de tierna edad! No consta que fuese atendido, pero sí que se hicieron varias tasaciones oficiales, y últimamente se dispuso que se computase el valor de esos y otros trabajos por la mísera pensión de lcs 200 escudos anuales (1.400 pesetas de nuestra moneda).

Pero eso no es nada si se compara con lo sucedido respecto al hermoso *Crucifijo del Escorial*. Hizolo CELLINI de su propio peculio; ofrecióselo á la duquesa como obsequio si le encargaban el Neptuno para la fuente de la Plaza, quiso dicha princesa comprar el Cristo de mármol, fué tasado en 700 escudos (Cellini quería 1.500), el duque lo adquirió en 1565, ¡y CELLINI rogaba en 1570 que se le diese una *pequeña limosna para sus hijitas* en recompensa de esa obra maestra! A fines de Septiembre acudía en súplica, por no haber obtenido nada por ella; en Febrero siguiente era enterado el insigne escultor en la *Nunziata*. ¿Fué pagado? No consta.

Pero hay más. Por encargo del papa Clemente VII (otro Médicis) había hecho un pie de cáliz de oro, con las figuras de la Fe, la Esperanza y la Caridad, amén de varios medallones y relieves; por disentimientos con dicho papa, CELLINI le devolvió los 500 escudos de oro que habíale dado aquél para fundirlos con destino al cáliz; las figuras hechas tasáronse en 100 escudos. Necesitando dinero CELLINI, hubo de tomar 200 escudos á préstamo del usurero Bindo Altoviti, los cuales reintegró á éste el duque Cosme, *quedándose él en prenda con el cáliz, que valía 600 escudos*. CELLINI reclamó al duque el tal cáliz, ó mejor dicho los 400 escudos que eran á favor suyo, así como el encargo de ter-

minarlo para que otro aurífice no pusiese manos en su obra. Cosme I encargó la terminación á Nicolás Santini, no entregó á Cellini la más mínima cantidad en pago, *ni del valor material del cáliz* (que tenía 1 libra, 11 onzas y 14 dineros, según Santini, ó 30 onzas de oro de á 23 quilates, según el mismo Bienvenido). Consta que Cosme lo regaló al papa Pío V en 1669 (al coronarse Gran Duque de Toscana); consta que CELLINI reclamaba todavía un año después aunque solo fuese el valor material de lo que era suyo y no del Gran... Duque; pero no consta que este Médicis devolviera á su legitimo dueño el fruto de tal estafa inicua. ¡He aquí un *Médicis!* ¡Razón le sobra á CELLINI para decir que «tenía más de mercader que de duque»! León X y Lorenzo el Magnífico no son todos los Médicis; y aún habría que estudiar al detalle, no las obras de los grandes genios artísticos que los han inmortalizado, sino su comportamiento para con estos últimos.

IV.—Benvenuto Cellini como hombre.

Se ha dicho por alguien que CELLINI tiene algunos puntos de contacto con el artista bandolero Salvator Rosa, un siglo posterior en existencia al famoso aurífice florentino. Desde las de Plutarco acá, en todas las *vidas paralelas* son más y mayores las diferencias que las semejanzas, á no forzar la mano de suerte que aquellas sean atenuadas y éstas robustecidas con ánimo resuelto de probar la tesis del *paralelismo*; los paralelos son la forma más falsa y artificiosa de todos los pasatiempos literarios de la pseudohistoria. Porque CELLINI y GOYA tuviesen ambos un carácter independiente é irascible, no íbamos nosotros á llevar la comparación más allá de decir que ambos eran de fogoso temperamento... y nada más. Ni los tiempos, ni los países, ni las circunstancias particulares, ni el carácter

individual de ambos artistas ilustres eran iguales, ni es posible tratar de fundirlos de nuevo en el mismo troquel. Ni siquiera puede hablarse de la semejanza en la fe religiosa, sencilla como la del pueblo; pues si el uno pintó y el otro esculpió un Crucifijo, si ambos eran sinceramente católicos y devotos en sus prácticas, GOYA trataba á los pobres frailes con epigramático buril en sus agua-fuertes, á la vez que respetaba la persona de los gerarcas de la Iglesia; mientras que CELLINI no respetaba á obispos, cardenales y pontífices, sin que por eso haya nada en sus obras que aluda con menosprecio á ninguna persona ni colectividad eclesiástica, y menos si es de modesta esfera. GOYA estuvo á punto de pasar con un estoque al duque de Wellington, por amor propio de artista; y CELLINI mató á tres hombres por su mano, sin que en ello tuviera nada que ver el arte, sino circunstancias comunes.

Y nótese en lo que se apreciaba entonces la vida... ajena. Cuando CELLINI mató al matador de su hermano Francisco, en presencia de cuatro soldados, contra quienes tuvo que defenderse mientras huía, el papa Clemente VII le castigó «echándole una mirada severa» y encargándole una porción de obras de joyería. Cuando mató luego (en medio de diez hombres armados) al lapidario Pompeyo, servidor del papa Clemente, los cardenales Hipólito de Médicis y Francisco Cornaro disputáronse sobre darle acogida en su casa, el pontífice Paulo III le dejó ir con dos salvoconductos, y á la postre le indultó en la fiesta de la Anunciación. Y, por último, cuando mató al maestro de postas junto á Siena, en presencia de los dos hijos de éste, el duque de Amalfi se negó á dar permiso ni caballos para ir en su persecución, al saber que CELLINI iba á Francia con el séquito del cardenal Hipólito de Este.

De suerte que CELLINI tenía á medias con papas, cardenales y duques, la responsabilidad moral de esos tres homicidios consumados é impunes, amén de otros

varios que se frustraron. Hay menos inmoralidad en el autor de esos crímenes que en sus altos y poderosos encubridores, lo cual es una señal de los tiempos.

Tres veces estuvo preso Cellini. La primera, en el castillo del Santo Angel en Roma, acusado por Paulo III de robar piedras preciosas por valor de 80.000 escudos al papa Clemente VII, cuando el saco de Roma por los imperiales. La acusación resultó falsa, y sin embargo, era cierto que Cellini tuvo una mala tentación, quedándose con un poco de oro caído entre las cenizas (por valor de 140 escudos), hecho que confesó á Clemente VII y del cual cariñosamente le absolvió el papa al confesárselo de un modo sincero y espontáneo.—Las otras prisiones sufridas en 1556, ignórase cuál fué la causa de ellas, y fueron de corta duración.

El amor no tuvo parte de importancia en su vida; las cuatro mujeres que en su autografía nombra, no podían ser más vulgares ni de momento: Angélica y Pantasilea, rameras de profesión, Catalina y Juana, criadas de su casa y modelos de su taller. En su existencia, llena de azares y aventuras, no hay un solo episodio amoroso; y sólo se sabe que al fin de ella estaba recién casado con una Petra de la que nada habla en sus *Memorias*, y era padre de dos hijas y un hijo de corta edad, una de ellas legitimada por este matrimonio. Su pasión amorosa más duradera vivió un mes de deseo y unos días de hartura: fué por aquella Angélica siciliana, que le hizo evocar los demonios en el Coliseo de Roma, en una escena de las más atractivas de esta obra. En sus fugaces relaciones casi amorosas, tuvo seis hijos naturales, que murieron pronto (el que más vivió dos años); excepto su primera hija Constanza, habida en París con Juana (*Scorzona*), ignórase quiénes fueron las mujeres que tantas veces hicieronle padre. De amores no habla nunca, ya correspondidos, ya desdeñados. Entre sus *Rimas*, no hay una sola poesía amorosa, ni la más ligera alusión erótica:

y eso que son personalísimas y de ocasión todas las poesías que escribió.

Dos veces vióse en los tribunales, acusado falsamente de amar á la manera como el filósofo Sócrates amó al bello general Alcibiades, según los enemigos póstumos del llamado «Cristo griego»..... por los que no creen en Cristo. De esa clase de amor hizo una satírica defensa al acusarle de él Bandinelli en presencia del duque Cosme y de su corte; pero con tal defensa queda él tan en buen lugar como malparado el avaro tiranuelo Médicis y sus serviles cortesanos. Tal vez esa irónica defensa fué la causa de uno de sus encarcelamientos en 1556, según puede inferirse por la lectura de su soneto XIII (véase al fin del tomo II).

Era CELLINI religioso y á la vez supersticioso en grado sumo. Su fantástica visión celestial en el castillo del Santo Angel, y la no menos fantástica escena nigromántica del Circo Flavio, prueban que su misticismo y su demonología corrían parejas. Pero del primero nació el eterno *Crucifijo de mármol*, y del segundo una miserable aventurilla amorosa de corta duración y de ninguna transcendencia en su vida, ni para el arte. La diferencia merece notarse, á nuestro juicio. Sin embargo, en las postrimerías de su larga prisión en Roma, hicieronle el mismo profundo efecto en su impresionable ánimo, el graznido agorero de una corneja que la voz interior de su alma, y que el misterioso acento de un angel enviado de Dios para augurarle el esterminio de sus perseguidores y el triunfo de su inocencia. Mas por encima de todo, sobrenada en su espíritu esa fe ciega en Dios y en sí mismo, que sostiene el temple de su alma enérgica en las grandes tribulaciones, y que se desahoga en la prisión por medio de poesías más inspiradas que correctas; y en libertad, por medio de religiosas peregrinaciones á Monte Casini, á Vallombrosa y á Loreto, y por los impulsos, no realizados, de ir al Santo Sepulcro de Jerusalem. Eso no obsta para que, después de recibir las sagra-

das órdenes menores en 1558, se desligase de ellas en 1560, adoptase á un niño de cuatro años en seguida, tuviese en 1561 el cuarto de sus hijos naturales, luego otras dos hijas también naturales (en 1562 y 1563)... para acabar por casarse á los doce ó trece lustros de su vida, matrimonio que le dió por fruto sus dos únicas hijas legítimas, Reparada (en 1563), y Magdalena (en 1566), así como un hijo (en 1569), Andrés Simón, mencionados como vivos en el testamento de CELLINI, hecho en 18 de Diciembre de 1570, dos meses antes de morir el autor del *Perseo*.

CELLINI estaba tan plenamente convencido de su propio mérito, que con absoluta sencillez lo manifestaba siempre, sin ponerse la hipócrita careta de la falsa modestia. Podía hacerlo, pues obras deja que mientras duren serán testimonio de su genio artístico, fecundado por la obsesión de lo perfecto y la más asidua labor de muchos años. El *Perseo* le fué encargado en 1545, poniéndose en seguida manos á la obra, y descubriéndose públicamente el monumental grupo de bronce nueve años después: nadie que lea la descripción de cómo fué, dejará de sentir el escalofrío de lo sublime. Presa CELLINI de intensa fiebre y presa de las llamas el taller; azotando una lluvia de vendabal el molde y el horno; cuajado el bronce por súbito enfriamiento; despavoridos los circunstantes; reanimando el semimoribundo escultor el fuego sagrado con troncos de leña, y liquidando el metal en fusión con toda su vajilla de estaño; hasta que entre la fiebre, el delirio, el incendio y el vendabal, que arrecian en aquella tremenda noche de locura artística de un genio, se oye un trueno formidable, á la vez que deslumbra la escena un relámpago cegador, verdadero *fiat lux* de aquel génesis de una estatua, y ese milagro de voluntad crea un prodigio de inspiración... Y *Perseo quedó hecho*.

Del más alto torreón del castillo del Santo Angel escápase CELLINI, rompiéndose una pierna al caer, pasando junto á la guardia, yendo á rastras con ese miem-

bro destrozado hasta la escalinata de San Pedro, mordido en su doloroso camino por los mastines y vuelto á encerrar por ignominiosas trazas de quien halla un obispado en la perdición de Cellini. De nuevo en sus prisiones, ahora más estrechas, en su oscuro calabozo aparécese el sol; apartados sus rayos como babilónica cortina de fuego del *Sancta Sanctorum* del Universo Templo, déjase ver en el centro del astro que da vida precedera á nuestro mundo, el *Ser* de seres que da vida inmortal á nuestra alma: Jesucristo clavado en la Cruz, hecho de áurea lumbre y moviéndose adonde eran idos los rayos del sol; luego fórmase la imagen de la Virgen Madre con su divino Hijo en los brazos, entre dos ángeles bellos cual no pueden concebirse; y al fin, San Pedro, el pescador de Galilea, con las sacerdotales vestiduras de pontífice de Roma, y entre las gerarquías celestes.

Esta aparición da tales energías á Cellini, que improvisa tinta y pluma, escribe un *Soneto* y la *Épístola á Lucas Martini* (prodigio de una voluntad de acero templado y una inspiración de oro nativo), luchando con la rebelde materia que le da los medios y con la rebelde versificación para quien no es literato, sin más lectura que la Biblia y el Dante, ¡pero qué divinas lecturas para un hombre de genio y de fe ardiente! Diez y siete años después escribe nuevos sonetos en la carcel, inspirados en su visión.

De entonces nace el propósito de hacer «un Cristo de marmol blanquísimo sobre una cruz de marmol negrísimo», con la blancura de la pureza divina crucificada en la negrura de la humana impureza. Concibe CELLINI en 1539 el *Crucifijo del Escorial*, y lo da á luz en 1559. ¡Veinte años de gestación! ¿Qué hace en ese tiempo CELLINI para obra tan hermosa y valiente? Descontemos los cinco años no completos de su estancia en París y Fontainebleau, donde hace una maravilla de arte, el *Salero de Viena*, y una obra más maravillosa todavía, no doblar su augusta frente á los pies de una vil

cortesana regia, endiosada en su impúdica prostitución, como la duquesa de Etampes. Pero en 1545 ya está CELLINI en la labor activa, exteriorizando la labor interna acariciada desde la apocalíptica aparición de su lóbrego encierro. Con los ojos del alma la ve siempre, con los del rostro estudia el modelo vivo, él que dice cómo «el artista no tiene otro libro de consulta sino la naturaleza»; y si en 1559 deja al Arte una obra genial, en 1571 deja en el mortuorio inventario de sus pobres bienes terrenales un hermoso ejemplo á los artistas, el trabajo constante puesto al servicio de la inspiración poderosa: *¡seis modelos* en cera, yeso y barro, pequeños, medianos y grandes, de una sola y misma obra, *El Cristo del Escorial!*

Si todo esto es ó no propio del verdadero genio, si no indica en quien lo hace estar en posesión de la energía creadora en su más alto grado, venga quien no escriba articulejos críticos en la *Revue des Deux-Mondes...* y véalo. ¡A no ser otro Delaborde!

DR. LUIS MARCO.

En Madrid, el día de Santa Teresa de Jesús, año 1891.

VIDA

DE

BENVENUTO DEL M.^o (1) JUAN CELLINI

(FLORENTINO)

ESCRITA POR ÉL MISMO EN FLORENCIA.

LIBRO PRIMERO.

I.

Todos los hombres de cualquiera condición que han hecho alguna cosa meritoria, ó con tanta verdad que se asemeje al mérito, debieran escribir de su propia mano su vida, siendo verídicos y rectos; pero tan laudable empresa no debería comenzarse antes de haber transcurrido la edad de cuarenta años. Advertido de ello, ahora que ando por la edad de los cincuenta y ocho cumplidos y estando en Florencia, mi patria, acor-

(1) Quiere decir: *hijo del maestro* (arquitecto).—Siguiendo el parecer de la primera autoridad literaria de España (acude á todos los labios el nombre egregio del Sr. Menéndez Pelayo), dejo de traducir BENVENUTO, puesto que se ha conservado en todos los idiomas como se escribe en italiano, y casi forma un todo con el apellido CELLINI.

dándome de muchas adversidades que ocurren á quien vive, hallándome con menos de esos males que hasta tal edad haya tenido (aún me parece estar más contento de ánimo y sano de cuerpo que de aquí atrás); y recordando algunos placenteros bienes y algunos inestimables males, que, cuando los considero, maravillome de asombro de haber alcanzado esta edad de cincuenta y ocho años, con la cual por la gracia de Dios, tan felizmente sigo adelante mi camino... (*Cellini dejó el párrafo sin concluir.*)

II.

Sin embargo de que los hombres que han trabajado mucho, con indicios de algún poco de mérito, y han dado conocimiento de sí al mundo sólo aquello debiérales bastar, visto que ya son hombres conocidos; eso no obstante, es necesario vivir á la manera como uno advierte que los demás viven, aun cuando en esta manera interviene un poco de vanidad mundana, la cual tiene muchos diversos extremos, siendo el primero hacer saber á los demás que el hombre es de estirpe virtuosa y antiquísima.

Yo me llamo Bienvenido Cellini, hijo del maestro Juan, de Andrés, de Cristóbal (1) Cellini; fué mi madre

(1) Quiere decir: *Juan, hijo de Andrés, hijo de Cristóbal* (tres generaciones).

la Señora Isabel de Esteban Granacci, uno y otra ciudadanos florentinos.

Hállase escrito en las crónicas hechas por nuestros florentinos más antiguos y dignos de fe, según escribe Juan Villani, que la ciudad de Florencia está construída á imitación de la hermosa ciudad de Roma, y algunos vestigios se ven del Coliseo y de las Termas. Están junto á Santa Cruz: el Capitolio estaba donde hoy el Mercado viejo: está toda ella en pié la Rotonda, que se hizo para templo de Marte; hoy es para nuestro San Juan. Que esto fué así, muy bien se advierte y no se puede negar; pero dichas fábricas son mucho menores que las de Roma. Dícese haberlas mandado levantar Julio César con algunos caballeros romanos, quienes, vencida y tomada Fiesole, edificaron en este sitio una ciudad, y cada uno de ellos levantó uno de estos notables edificios. Tenía Julio César entre los suyos un principal y valeroso capitán llamado Florín de Cellino, que es un castillo á dos millas de Monte Fiasconi. Había este Florín acampado en Fiesole, donde ahora está Florencia, por hallarse próximo al río Arno para comodidad del ejército; y todos aquellos soldados y otros á las órdenes del dicho capitán decían; «Vamos á Florencia», tanto porque el referido capitán tenía por nombre Florín, como porque en el lugar donde estaban sus reales existía abundantísima cantidad de flores, por la naturaleza del sitio. Por eso, al dar principio á la ciudad, pareciendo á Julio César muy bello este nombre y muy en su caso, y porque las flores son de buen

agüero, puso por nombre éste de Florencia á dicha ciudad; y además, por hacer tal obsequio á su valeroso capitán, á quien quería tanto más cuanto que lo había sacado de muy humilde lugar y era ese bravo hechura suya. Aquel nombre á que se refieren algunos doctos imaginadores é investigadores de tales orígenes de nombres, diciendo que es por hallarse á orillas del río Arno (1), esto no parece que pueda ser, puesto que Roma también está á orillas del Tíber, Ferrara á las del Pó, Lyon á las del Saona, París á las del Sena, y sin embargo, tienen diversos nombres y derivados de otros orígenes. Así lo hallamos, y por eso creemos que deriva del nombre de aquel valiente.

Después encontramos haber en Rávena, ciudad de las más antiguas de Italia, Cellinis de los nuestros y entre ellos gran número de patricios: también los hay en Pisa y los he hallado en muchos lugares de la cristiandad; y en este Estado han quedado algunas familias, asimismo dedicadas á las armas; pues no hace de esto muchos años que un joven barbilampiño, llamado Lúcas Cellini, combatió con un soldado veterano y hombre arrojadísimo, que otras veces había combatido en palenque, llamado Francisco de Vicorati. Á éste venció y mató Lúcas, por su propia destreza, con las armas en la mano, con tanto valor y habilidad, que maravilló á las gentes, quienes esperaban todo lo contrario; de

(1) Alude al nombre de Fluenzia, que algunos dicen haber sido el primero de la nueva ciudad, por hallarse próxima al río Arno (*ad Arno fuente*).

suerte que me glorío de proceder mi estirpe de hombres valerosos. En su lugar diré qué honor haya podido aportar yo á mi casa en las condiciones de nuestra vida actual por las causas que se saben, y con mi arte, las cuales no dan materia para gran cosa; gloriándome mucho más por ser de humilde cuna y haber dado algún honroso principio á mi casa, que si habiendo nacido de alta prosapia la hubiese manchado ó extinto con perversas cualidades. Por tanto, daré comienzo por decir cómo le plugo á Dios que yo naciera.

III.

Habitaban mis antecesores en Val d'Ambra, donde tenían vastas haciendas y, como hidalgos, vivían allí retirados á causa de las facciones (1): con todo ello hombres de armas y bravísimos.

Por aquel tiempo uno de sus hijos, el menor, que se llamó Cristóbal, tuvo una gran cuestión con ciertos vecinos y amigos suyos: y como quiera que los cabezas de familia por una y otra parte habían venido á las manos, y visto por ellos ser de tanta importancia la discordia que había peligro de que las dos familias se exterminaran enteramente; pesándolo así los más ancianos, de acuerdo con los míos, sacaron de allí á Cristóbal, y también la otra parte alejó al otro joven origen

(1) Por los disturbios políticos que afligían en aquel tiempo á Toscana.

de la discordia. Éstos mandaron el suyo á Siena; los nuestros mandaron á Cristóbal á Florencia, y aquí le compraron una casita en Vía Clara, del monasterio de Santa Úrsula, y en el puente de Rifredi le compraron también buenas posesiones.

Dicho Cristóbal se casó en Florencia, tuvo hijos é hijas, y acomodadas todas éstas, lo restante se lo repartieron los hijos, después de morir su padre. La casa de Vía Clara, con algunas otras pocas cosas, le tocó á uno de dichos hijos, cuyo nombre era Andrés. También éste se casó y tuvo cuatro hijos varones. El primero se llamó Jerónimo, el segundo Bartolomé, el tercero Juan, que después fué mi padre, y el cuarto Francisco. Este Andrés Cellini entendía bastante acerca de la arquitectura de aquellos tiempos, y, como arte suya, de ello vivía; Juan, que fué mi padre, compuso más obras que ninguno de los demás. Y porque, como dice Vitrubio entre otras cosas, si se quiere sobresalir en dicho arte es preciso saber un poco de música y mucho dibujo, habiendo conseguido ya Juan ser un buen dibujante, comenzó á estudiar música y juntamente aprendió á tocar muy bien la viola y la flauta; y, siendo persona muy estudiosa, salía poco de casa. Pared por medio tenían por vecino á uno que se llamaba Esteban Grannacci, el cual tenía muchas hijas, todas bellísimas. Plúgole á Dios de esta suerte que Juan viera una de estas hijas llamada Isabel, y tanto le agradó, que pidióla por mujer; y como uno y otro padre, por la estrecha vecindad se conocían, fué fácil realizar esta alianza; y á cada

uno de ellos le parecía haber acomodado muy bien á sus hijos.

En primer lugar aquellos dos buenos viejos concertaron el enlace, después comenzaron á tratar de la dote, y hubo entre ellos una pequeña discusión amistosa, porque Andrés decía á Esteban:

—Juan, mi hijo, es el joven que más vale de Florencia y de Italia, y si yo hubiera querido casarlo antes, hubiera logrado una de las mayores dotes que se den en Florencia á los de nuestra clase. Replicaba Esteban:

—Tienes mil razones, pero yo me encuentro con cinco chicas, con otros tantos varones; y según mi cuenta, esto es todo á cuanto puedo extenderme.

Juan había estado un rato escuchando á escondidas de ellos, y presentándose de repente, exclamó:

—Padre mío, á esa joven es á quien deseo y amo, no su dinero. ¡Ay de aquellos que se quieren levantar con la dote de su mujer! En verdad, si tengo tanto mérito como me habéis atribuido, ¿no sabré yo dar para el gasto á mi mujer y satisfacer sus necesidades con alguna suma de dinero menos que la que exigís? ¡Pues bien, tened entendido que la mujer es mía, y que la dote quiero que sea vuestra.

Algo enojado con esto Andrés Cellini, que era un poco atrabiliario, á los pocos días se casó Juan y no pidió más dote alguna. Gozaron de su juventud y de su santo amor diez y ocho años solamente, con gran deseo de tener hijos; al cabo de diez y ocho años, dicha su mujer malparió dos hijos varones, á causa de la poca inteli-

gencia de los médicos; después quedó embarazada de nuevo y parió una niña, á quien pusieron por nombre Cosa (1), por la madre de mi padre. Dos años después quedó otra vez en cinta; y como aquellos antojos que tienen las mujeres preñadas (mucho se atiende á ellos) eran precisamente iguales á los del parto anterior, estuvieron convencidos de que pariría una niña como antes, y de común acuerdo pusieronla por nombre Reparada (2), en memoria de la madre de mi madre.

Sucedió que el parto fué una noche de Difuntos, acabado el día de Todos los Santos, á las cuatro y media en punto, del año mil y quinientos. La partera, sabedora de que esperaban una hembra, una vez limpia la criatura y envuelta en riquísimas mantillas blancas, llegóse quedo quedito á Juan, mi padre, y dijo:

— Os traigo un hermoso regalo, tal como no lo esperábais.

Mi padre, que era un verdadero filósofo, estaba paseando y dijo:

— Siempre me es caro aquello que Dios me da. —

Y alzados los pañales, vió con sus propios ojos el inesperado hijo varón. Juntó sus viejas manos y, á la vez que ellas, levantó los ojos á Dios y exclamó:

— Señor, doite gracias con todo mi corazón: mucho lo quiero y sea bien venido.

(1) Diminutivo familiar de Nicolasa.

(2) Los florentinos tuvieron siempre gran veneración por el nombre de Santa Reparada, desde que en el día de su fiesta obtuvieron la memorable victoria contra Radagasio en los montes de Fiesole, el año 407.

Todas las personas que allí estaban preguntábanle generosamente qué nombre se le había de poner. Juan no les respondió otra cosa sino:

—Bienvenido sea.

Resolvióse así: tal nombre me dió el santo Bautismo; y de esta suerte voy viviendo por la gracia de Dios.

IV.

Aún vivía mi abuelo Andrés Cellini, teniendo yo cerca de tres años de edad, mientras él pasaba de la de cien años. Cierta día en que se quitó el tubo de un fregadero, salió de éste un gran escorpión, el cual de nadie fué visto; del fregadero cayó al suelo y fuése debajo de un banco; yo lo vi y corriendo hacia él echéle mano. Era tan grande, que al tenerlo en mi manita, por uno de los lados salía fuera la cola y por el otro salían las dos pinzas. Dicen que con grande algazara corrí en busca de mi abuelo diciendo:

—¡Abuelo mío, mira mi hermoso cangrejito!

Conocido que fué que se trataba de un escorpión, con el grande miedo y aprensión por mí, faltóle poco para desmayarse, y me lo pidió con grandes halagos; mas yo lo apretaba llorando y sin querérselo dar á nadie. Mi padre, que también estaba en casa, acudió corriendo á tales gritos, y estupefacto no sabía encontrar remedio para que aquel animal venenoso no me matase. En esto vió un par de tijerillas y jugando conmigo le cortó la

cola y las bocas. Después que quedó tranquilo por haber evitado el gran mal, túvolo por de buen agüero.

A la edad de cerca de cinco años, estando mi padre en una habitación en la cual habíase guisado de comer, quedó un buen fuego de encina. Juan, con una viola en el brazo, tocaba y cantaba solo al rededor de aquella fogata. Hacía mucho frío. Al mirar al fuego, vió por casualidad en medio de las más ardientes brasas, un animalito como una lagartija, el cual se refocilaba en las llamas más vigorosas. Al ver en seguida de qué se trataba, hízonos llamar á mi hermana y á mí, y al mostrárnoslo dióme un gran cachete, por lo cual muy compungido me eché á llorar. Me aquietó entonces dulcemente, y me habló así:

—Hijito mío querido, no te pego por ninguna cosa mala que hubieses hecho, mas tan sólo para que te acuerdes de que aquella lagartija que en el fuego vistes es una salamandra, la cual no ha sido jamás vista por nadie de quien haya verdadera noticia segura.

Al decirme esto, me besó y dióme algunos cuartos.

V.

Comenzó mi padre á enseñarme á tocar la flauta y á cantar por música; y á pesar de ser tiernísima mi edad, en la que los niños pequeños suelen gustar de tener pitos y otros tales recreos, causábanme á mí un

disgusto imponderable; solo por obediencia tañía y cantaba.

Mi padre hacía por aquellos tiempos órganos maravillosos con tubos de madera, graves címbalos los mejores y más bellos que entonces se vieran, violas como laúdes, arpas muy hermosas y excelentes.

Era ingeniero y trabajaba muy bien para hacer instrumentos, así como el modo de lanzar puentes y de hacer batanes. El marfil fué quien primero supo trabajarlo bien.

Mas como se había enamorado de la que fué mi madre cuando él mi padre (quizás á causa de aquel flautín frecuentándola bastante más de lo debido), le rogaron los Pífanos de la Señoría que tañese junto con ellos. Así lo hizo por su gusto algún tiempo; mas tanto le instaron, que le hicieron entrar en su compañía de Pífanos. Lorenzo de Médicis (1) y Pedro, su hijo, que le querían muy bien, visto que desde que se consagraba por entero al pífano dejaba yacer en abandono su grande ingenio con sus bellas artes, hiciéronle abandonar aquel puesto. Mi padre lo llevó muy á mal, pareciéndole que le hacían un gran disfavor.

Enseguida volvióse á dedicar al arte, é hizo un espejo de cerca de un brazo de diámetro, de hueso y marfil, con figuras y follaje, de suma elegancia y gran dibujo. El espejo figuraba una rueda, en medio de la cual estaba el espejo; al rededor de éste había siete astrágalos,

(1) Llamado Lorenzo el Magnífico. ●

en los cuales estaban talladas con mezcla de marfil y hueso negro las siete Virtudes. Todo el espejo y las antedichas Virtudes estaban en un eje, de modo que volteando dicha rueda, movíanse todas las Virtudes, las cuales llevaban un contrapeso en los pies para mantenerlas derechas. Y como tenía algunos conocimientos en la lengua latina, al rededor de dicho espejo puso un verso en latín que decía:

Rota sum; semper, quoque me verto, stat virtus (1).

De allí á poco tiempo le fué restituída su plaza de Pífano. Si bien alguna de aquestas cosas ocurrieron antes de que yo naciese, por acordarme de ellas no las he querido pasar por alto. En aquel tiempo, los tales músicos eran todos honradísimos artesanos, habiendo entre ellos algunos dedicados al arte mayor de la seda y lana, lo cual fué causa de que mi padre no tuviese á menos aquesta profesión; y su mayor deseo en el mundo, en lo que á mí concernía, era que llegase á ser yo un gran músico; y el mayor disgusto que podía tener yo en el mundo era cuando me hablaba y decía que, de quererlo yo, viéndome él muy apto para tal cosa, llegaría á ser el primer hombre del mundo.

(1)

**Rueda soy, que siempre gira;
Mas en pie la virtud mira.**

VI.

Según he dicho, mi padre era gran servidor y muy amigo de la familia Médicis, y cuando Pedro fué expulsado (1) se confió á mi padre en muchísimas cosas muy importantes. Habiendo después venido el magnífico Pedro Soderini, mientras mi padre estaba en su oficio de tocar, comenzó á servirse de él en cosas importantísimas como ingeniero, y mientras Soderini estuvo en Florencia quiso tan bien á mi padre cuanto pueda imaginarse en el mundo; y en este tiempo, como era yo de muy tierna edad, mi padre me hacía llevar en brazos para que tocase la flauta y hacía yo el soprano junto con los músicos del palacio, en presencia de la Señoría, delante de los papeles de música y teniéndome en brazos un hujier.

Después el Gonfalonero (2), que era el antedicho Soderini, tenía mucho placer en hacerme charlar, me daba confites y decía á mi padre:

— Maestro Juan, enséñale á la vez que la música algunas otras de tus bellísimas artes.

Á lo cual mi padre respondía:

— No quiero que ejerza otras artes que las de tocar y

(1) Ocurrió esto en el año 1494.

(2) Dignidad político-militar de Alférez mayor, Abanderado, Portaestandarte, etc.; en Florencia se llamaba así al Jefe de la República.

componer, porque en esta profesión espero hacerle el mayor hombre del mundo si Dios le da vida.

Á estas palabras contestó alguno de aquellos ancianos señores diciendo;

—Maestro Juan, haz lo que te dice el Gonfalonero; porque ¿sería otra cosa más que un buen tañedor?

Así pasó algún tiempo, hasta que volvieron los Médicis (1).

Tan pronto como volvieron del destierro los Médicis, el cardenal, que luego fué el papa León, hizo grandes agasajos á mi padre. Del blasón que había en el palacio de los Médicis, mientras estuvieron fuera, habíanse arrancado las bolas y héchose pintar en vez de éstas una gran cruz roja, que era el escudo y enseña del Municipio; de suerte que en seguida que regresaron se raspó la cruz roja, se repusieron en el blasón las correspondientes bolas rojas en campo de oro, con mucha belleza repintadas. Mi padre, el cual tenía un poco de vena poética natural y un tanto profética (que era esto en él un don divino) al pié de dicho escudo, cuando se descubrió, hizo estos cuatro versos:

Aquestas armas, que por tiempo tanto
Sepultas fueron so la cruz gloriosa,
Alegres lucen con su faz hermosa
Y esperan sólo de San Pedro el manto.

(1) Esto sucedió en 1512. Recuérdese siempre que B. Cellini nació con su siglo.

Este epigrama leyóse por toda Florencia. Pocos días después murió el papa Julio II. Ido á Roma el cardenal Médicis, fué electo papa contra lo esperado por el mundo entero, y fué el liberal y magnánimo pontífice León X.

Mi padre le mandó sus cuatro versos de la profecía. El papa envió á decirle que se fuera allá y que le iría bien.

No quiso irse: antes, en vez de remuneración, fuéle quitada su residencia en el palacio por Jacobo Salviati, en cuanto le hicieron Gonfalonero. Esto fué causa de que yo me hiciese aurífice; y parte del tiempo lo dedicaba á aprender tal arte, y otra tocaba algún instrumento muy contra mi gusto.

VII.

Diciéndome estas palabras, le rogué me permitiera dibujar algunas horas del día, y todo el resto me pondría á tocar, solo por complacerle. Á esto me decía:

—¿De modo que no te gusta el tocar?

Á lo cual contestaba yo que no, porque me parecía una ocupación demasiado humilde comparándola con la que bullía en mi ánimo. Mi buen padre, desesperado por ello, me puso en el taller del padre del caballero Bandinello, llamado Miguel Ángel, platero en Pinzi di Monte, y muy hábil en tal arte; no tenía el lustre del nacimiento, sino que era hijo de un carbonero, lo cual

no es vituperio para Bandinello, quien dió comienzo á su casa como si por buena causa la hubiese tenido. Sea como fuere, no se me ocurre decir nada de él. Estado que hube allí unos días, mi padre me sacó del taller del supradicho Miguel Ángel, como quien no podía vivir sin verme de continuo. Disgustado de esto, estuve tañendo hasta la edad de quince años. Si quisiera describir las grandes cosas que me sucedieron hasta esa edad, y con gran peligro de mi vida, maravillaría-se quien tal leyese; mas, por no alargarme tanto y por tener que decir bastante, las dejaré.

Cumplidos los quince años, contra la voluntad de mi padre me puse en un taller de platería con uno que se llamaba Antonio de Sandro (1), aurífice, por mote el platero Marcone. Era éste un práctico muy bueno y hombre de bien, altivo y libre en todas sus cosas. Mi padre no quiso que me diera salario, como se acostumbra á los demás aprendices, para que, pues por voluntad mía me dedicaba á tal arte, pudiera cumplir mis deseos de dibujar cuanto me agradara. Hacíalo yo así con sumo gusto y con gran agrado de mi buen maestro. Tenía consigo un hijo natural, á quien muchas veces comecía sus encargos por descargarme de ellos. Fué tanta mi gran afición, tan grande mi aptitud, ó ambas cosas, que en pocos meses aventajé á los buenos y aun á los mejores jóvenes dedicados al arte, y comencé á cosechar el fruto de mis fatigas. Por eso no dejaba algunas

(1) *Sandro*, abreviatura familiar de Alejandro.

veces de complacer á mi buen padre, tocando ya la flauta, ya la corneta; cada vez que me oía saltábansele las lágrimas con hondos suspiros, y con frecuencia le contentaba por piedad filial, dándole á entender que también yo tenía bastante gusto en hacerlo.

VIII.

Por aqueste tiempo, mi hermano carnal, menor que yo en dos años, muy audaz y arrojadísimo (el cual llegó después á ser uno de los grandes soldados que se formaron en la escuela del asombroso Sr. Juan de Médicis (1), padre del Duque Cosme, siendo un muchacho como de unos catorce años, y yo con dos más que él), estaba un domingo sobre la hora veintidós entre las puertas de San Gallo y de Pinti, donde se había desafiado con un mozalvete de veinte años, con espada en mano: y tan valerosamente le perseguía, que habiéndole malamente herido, le cercaba sin cesar.

Estaban presentes muchísimas personas, entre las cuales había algunos hombres parientes suyos; y viendo que la cosa iba mal parada, pusieron mano á muchas hondas, dando una de las piedras en la cabeza de mi pobre y joven hermano, quien en el acto cayó á tierra desvanecido como muerto. Yo, que por casualidad me encontraba allí, sin amigos y sin armas, grité cuan-

(1) Este es Juan de Médicis, llamado *de las Bandas Negras*.

to pude á mi hermano para que se retirase, pues bastaba con aquello que hecho había, hasta que ocurrió lo de caer como muerto. Corrí á escape, tomé su espada, me puse delante de él en contra de muchas espadas y muchas piedras; no me separé de mi hermano hasta que de la puerta de San Gallo vinieron algunos valientes soldados y me pusieron á salvo de aquella gran furia, maravillándose mucho de que en tanta juventud cupiera tanto valor. Así llevé á mi hermano conmigo hasta casa, como muerto; y llegado que hubo se sintió con gran fatiga.

Después de curarse, el tribunal de los Ocho, que había condenado ya á nuestros adversarios desterrándolos por algunos años, nos desterró también á nosotros por seis meses á más de diez millas. Yo dije á mi hermano:

—Vente conmigo.

Y así nos partimos de nuestro pobre padre, el cual, en vez de darnos alguna suma de dineros, como no los tenía, solo nos dió su bendición. Me fui á Siena en busca de cierto hombre de bien, llamado el maestro Francisco Castoro; y como quiera que otra vez que me escapé de casa de mi padre fui á la de este hombre honrado y estuve con él algunos días trabajando en el arte de platero hasta que mi padre envió por mí, dicho Francisco me reconoció en cuanto á él me presenté y dióme trabajo. Al ponerme á trabajar así, dicho Francisco me dió una casa para todo el tiempo por cuanto estuviese en Siena; allí nos metimos mi hermano y yo,

y estuve trabajando muchos meses. Mi hermano tenía principios de letras latinas, mas era tan jovenzuelo, que no había gustado aún el sabor del trabajo, sino que estaba atento á divertirse.

IX.

Por ese tiempo, el Cardenal de Médicis, quien después fué el papa Clemente, nos hizo tornar á Florencia por súplicas de mi padre. Cierta discípulo de mi padre, movido de propia maldad^{suya}, indicó á dicho Cardenal que me mandase á Bolonia para aprender á tocar bien con un gran maestro que allí había, el cual se llamaba Antonio y era, en verdad, hombre de mérito en aquella profesión de la música. El Cardenal dijo á mi padre que si me mandaba allí me daría cartas de recomendación. Mi padre, que se moría de gusto por tal cosa, envióme allá; y deseoso yo de ver el mundo, fuíme placentero.

Llegado que hube á Bolonia me puse á trabajar con uno á quien llamaban el maestro Hércules del Pífano, y comencé á ganar; y mientras tanto iba todos los días á dar lección de música, con lo que en breves semanas obtuve muy gran fruto de aqueste maldito tañer. Pero mucho mayor fruto saqué en el arte del aurífice, pues no habiendo tenido ningún apoyo del Cardenal susodicho, entré en casa de un miniador boloñés que se llamaba Escipión Cavalletti (vivía en la calle de Nuestra

Señora del Baraccan), donde llegué á dibujar y á trabajar para un judío llamado Graziadio, con el cual gané bastante.

Al cabo de seis meses regresé á Florencia, lo cual aquel Pedro Pífano, discípulo de mi padre, lo tuvo muy á mal; y yo, por complacer á mi padre, fui á buscarle á su casa para tocar la corneta y la flauta con un hermano suyo carnal, que tenía por nombre Jerónimo y era muchos años menor que dicho Pedro, siendo muy de bien y buen joven: todo lo contrario de su hermano.

Un día fué mi padre á casa de aqueste Pedro para oírnos tocar, y dándole grandísimo placer mi manera de tocar, dijo:

—Yo haré de ti un maravilloso tañedor contra la voluntad de quien impedírmelo ha querido.

A esto respondió Pedro, y estuvo en lo cierto:

—Muchísimo más provecho y honra sacaré vuestro Bienvenido si atiende al arte del aurífice que á aquestas pitadas.

Al oír estas palabras mi padre incomodóse tanto, visto que también yo tenía la misma opinión que Pedro, que con grande cólera le dijo:

—Bien sabía yo que eras tú aquel que me impidió aqueste tan ambicionado deseo, y que fuiste quien me hizo quitar mi plaza en el Palacio, pagándome con aquella gran ingratitud que se usa como recompensa de los grandes beneficios. Yo te la hice dar á ti, y tú me la has hecho quitar á mí; yo te enseñé á tocar con todo el arte que sabes, y tú impediste á mi hijo que hí-

ciese mi voluntad. Mas ten presente aquestas proféticas palabras:

—No tardarán, no digo años ó meses, sino pocas semanas, que por esta tu tan deshonrosa ingratitud te arruinarás.

A tales palabras, replicó Pedro diciendo:

—Maestro Juan, la mayor parte de los hombres á la vez que envejecen enloquecen, cual os sucede á vos. Y de aquesto no me maravillo, porque habéis dado liberalísimamente á extraños todos vuestros bienes, sin considerar que vuestros hijos iban á tener necesidad de ellos; mas yo pienso hacer todo lo contrario, dejar tanto á mis hijos que puedan socorrer á los vuestros.

A esto respondió mi padre:

—Ningún árbol malo hizo jamás buenos frutos, antes al contrario; mas te digo, que tú eres malo y tus hijos serán necios y pobres, y vivirán por las mercedes de mis virtuosos y ricos hijos.

Y de esta suerte partióse de su casa, refunfuñando uno y otro con airadas palabras. Tomé la parte de mi buen padre, saliendo de aquella casa junto con él; y le dije que quería vengarme de las injurias que aquel bribón le había hecho, con tal de que me dejase dedicarme al arte del dibujo.

Mi padre dijo:

—Querido hijo mío, también yo he sido buen dibujante. Como consuelo á tan grandes fatigas y por amor mío, que soy tu padre, quien te engendró, enseñó y dió principio á tan honrosas virtudes, ¿me prometes en tus

momentos de descanso coger aquella flauta y aquel dulcísimo cornetín, y con algún deleitoso placer tuyo divertirte en tocarlos?

Contesté que sí, y que muy á gusto por amor suyo. Entonces mi buen padre dijo que aquellas tales habilidades serían la mayor venganza que de las injurias recibidas de sus enemigos pudiera yo tomar.

No había pasado un mes completo después de aquellas palabras, cuando aquél dicho Pedro, mandando hacer una bóveda en una casa suya que tenía en la calle del Estudio, al estar un día con muchos compañeros en la planta baja sobre una bóveda que mandaba hacer, hablóse á propósito de su maestro, que lo había sido mi padre; y al replicar las palabras que le había dicho acerca de su ruina, no tan pronto las hubo dicho como la cámara donde estaba hundióse, por estar mal fabricada la bóveda ó bien por verdadera voluntad de Dios, que no paga en sábado. Y alguna de aquellas piedras de la bóveda y algunos ladrillos cayéndole encima, le rompieron ambas piernas; y los que con él estaban, permaneciendo en los bordes de la bóveda, no se hicieron daño alguno y quedaron aturridos y asombrados, máxime de aquello que poco antes con escarnio habíales dicho.

Sabido aquesto por mi padre, fué armado á buscarle y en presencia de su padre, que se llamaba Nicolás de Volterra y era trompetero de la Señoría, dijo:

—¡Oh Pedro, mi querido discípulo, harto me pesa de tu mal; mas si bien te acuerdas, poco tiempo ha que

te lo advertí; y otro tanto ocurrirá entre tus hijos y los míos, de cuanto yo te dije!

Poco tiempo después el ingrato Pedro murió de aquella enfermedad. Dejó á su impúdica mujer con un hijo suyo, el cual algunos años después vino á pedirme limosna en Roma. Yo se la dí, por ser conforme á mi naturaleza el dar limosnas; y después recordé con lágrimas el infeliz estado que Pedro tenía cuando á mi padre le dijo tales palabras, á saber, que los hijos de dicho Pedro llegarían hasta á mendigar de sus virtuosos hijos. Basta ya con lo dicho acerca de esto; y ninguno haga jamás befa de los pronósticos de un hombre de bien á quien injustamente hubiere injuriado, pues no es él quien habla, sino la misma voz de Dios.

X.

Dediquéme, pues, al arte del aurífice, y con él ayudaba á mi buen padre.

Su otro hijo y hermano mío, llamado Francisco, como antes dije (á quien habíale hecho dar principios de letras latinas, porque deseaba que yo fuera gran tañedor y músico, y él gran letrado legista), no pudiendo contrariar por la fuerza aquello á que la naturaleza le inclinaba (la que me hizo aplicarme al arte del dibujo é

inclinó á las armas á mi hermano, el cual era bien proporcionado y gracioso), y por ser aún muy jovencillo, partióse á recibir las primeras lecciones en la escuela del maravillosísimo señor Juan de Médicis. Llegado que hubo á casa, donde no estaba yo, por hallarse él menos bien provisto de ropas, y encontrando á nuestras hermanas, que á escondidas de mi padre le dieron capa y sayo míos, hermosos y nuevos (que además de la ayuda que daba yo á mi padre y mis buenas y honestas hermanas, con los ahorros de mis trabajos aquellas decentes vestiduras habíame yo hecho), hallándome engañado y desprovisto de dichos vestidos, no encontrando á mi hermano, á quien quería quitárselos, dije á mi padre por qué consintió en que me hiciesen tan gran desaguizado, sabiendo que con tan buena voluntad me afanaba en ser en su ayuda. A esto me respondió que yo era su hijo bueno y que había recobrado lo que perdido pensaba tener; y que era de necesidad, así como precepto del mismo Dios; que quien tenía bienes diese á quien no los tenía; y que por amor suyo soportara yo aquesta injuria, que Dios me aumentaría toda suerte de bienes. Como joven sin experiencia repliqué á mi pobre y afligido padre; y cogiendo los míseros restos de mis ropas y cuartos, me fuí á tomar la vuelta de una de las puertas de la ciudad; y no sabiendo por cuál de ellas ir á Roma, me encontré en Lucca, y de Lucca me llegué á Pisa.

Llegado que hube á Pisa (esto era á la edad de cerca de diez y seis años), me detuve hacia el puente de en-

medio, donde está la que llaman piedra del Pez (1), en una tienda de platería, mirando con atención lo que el maestro estaba haciendo; dicho maestro me preguntó cuál era mi profesión, á lo cual respondí que trabajaba un poco en aquel mismo arte que él tenía. Este hombre de bien me dijo que entrase en su taller; dióme trabajo en el acto y dijo á estas palabras:

—Tu buen aspecto dame á entender que eres inteligente y bueno.

Así, me puso delante oro, plata y piedras preciosas; y concluida la primera jornada, por la noche me llevó á su casa, donde vivía honradamente con su buena mujer y con sus hijos.

Acordándome yo del dolor que por mí tendría mi buen padre, le escribí cómo me hallaba en casa de un hombre muy bueno y de bien, el cual se llamaba maestro Oliverio de la Chiostra, con quien trabajaba muchas obras bellas y grandes; que se estuviese tranquilo de que yo trataba de aprender, y que esperaba con esa mi habilidad reportarle presto provechos y honra. Mi buen padre contestó enseguida á la carta, diciendo así:

«Hijo mío, es tanto el amor que te tengo, que si no fuese por lo grande del honor, el cual sobre todas las cosas guardo, súbito me hubiera ido en tu busca, porque de cierto me parece estar sin la luz de mis ojos al no verte cual de costumbre todos los días. Me dedicaré á acabar de conducir á honroso término mi casa, y tú

(1) Era la escala donde se vendía la pesca llegada del mar por el Arno á Pisa.

dedícate á practicar la virtud; sólo quiero que te acuerdes de aquestas cuatro sencillas palabras, las cuales observa y jamás olvides:

En la casa en que hayas de estar
vive honesto y no quieras robar.

XI.

Cayó esta carta en manos de mi maestro Oliverio, quien leyóla á escondidas de mí; después me descubrió haberla leído, y me dijo aquestas palabras:

—Bienvenido mío, no me engañó tu buen aspecto, lo cual me confirma una carta venida á mis manos de tu padre, quien fuerza es que sea hombre muy bueno y de bien; así pues, hazte la cuenta de que estás en tu casa y comes con tu padre.

Como estaba en Pisa, me fuí á ver el Campo Santo, donde encontré muy hermosas antigüedades en los mausoleos de mármol; y en otros muchos lugares de Pisa vi otras muchas cosas antiguas, en torno de las cuales trabajaba asiduamente todos los días en que vacaba de mis trabajos del taller. Y como mi maestro con grande amor venía á verme en la camareta que me hubo dado, visto que todas mis horas las empleaba virtuosamente, habíame puesto un amor como si padre mío fuese.

Gran fruto coseché en un año que allí estuve, donde

trabajé en oro y plata cosas importantes y bellas, las cuales me dieron grandísimos ánimos para ir más adelante. Mi padre me escribía en este intermedio muy afectuosamente que debiera tornarme á él; y en todas sus cartas me recordaba que no debía perder aquel tocar que con tanta fatiga suya habíame enseñado. Al ver esto, en el acto se me quitaba la voluntad de volver nunca á donde él estuviese: tanto odio profesaba yo á aquel maldito tañer; y me parecía, en verdad, hallarme en el Paraíso un año entero que estuve en Pisa, donde jamás toqué.

Al finalizar el año, mi maestro Oliverio tuvo ocasión de venir á Florencia para vender ciertas raeduras de oro y plata que tenía; y como en aquel pésimo aire habíame acometido un poco de fiebre, con ésta y con mi maestro me torné á Florencia, donde mi padre hizo grandísimos agasajos á mi maestro, suplicándole afanosamente á escondidas de mí, que tuviese á bien no volverme á llevar consigo á Pisa.

Cerca de dos meses estuve enfermo; y mi padre, con grande amor, me hizo medicar y curar, diciéndome de continuo que parecíale mil años la tardanza en curarme, por oirme tocar un poco. Mientras que me hablaba acerca del tañer, teniéndome el dedo en el pulso, porque tenía algunos conocimientos en medicina y en letras latinas, tan pronto como poníase á tratar de la música sentía en mi pulso tan grande alteración, que muchas veces, espantado y con lágrimas en los ojos, partíase de mí. De modo que, percatándome yo de aqueste

su gran disgusto, dije á una de mis hermanas que me trajera una flauta; pues aun cuando era continua mi fiebre, por ser el instrumento de poquísima fatiga, no me daba alteración el tocar. Y lo hacía con tan buena disposición de manos y de lengua, que viniendo mi padre de pronto bendíjome mil veces, diciendo que durante aquel tiempo que había estado lejos de él, parecíale que había yo progresado en grande, y me rogó que siguiese adelante y no perdiera una tan preciosa habilidad.

XII.

Curado que estuve, volví al taller del honrado aurífice mi maestro Marcone, el cual me daba qué ganar, y con aquella ganancia ayudaba yo á mi padre y á mi casa. Por este tiempo vino á Florencia un escultor llamado Pedro Torrigiani, procedente de Inglaterra, donde estuvo muchos años; siendo muy amigo de mi maestro, iba á verle todos los días.

Al ver mis dibujos, dijo:

—He venido á Florencia para llevarme más jóvenes de los que tengo; pues teniendo que hacer un gran trabajo para mi rey, quiero por ayudantes paisanos míos de Florencia; y como tu modo de trabajar y dibujar son más de escultor que de aurífice, habiendo yo de hacer muchas obras de bronce, al mismo tiempo te haré notable y rico.

Era aquel hombre de arrogante presencia, audacísimo; su aspecto era más el de un soldado veterano que el de un escultor, máxime con sus enérgicos gestos y su sonora voz, con un mirar ceñudo, apto para infundir espanto aun á hombres capaces de cualquiera cosa; todos los días hablaba de sus hazañas contra aquellos bestias de ingleses. A este propósito, ocurrióse hablar de Miguel Angel Buonarroti, con motivo de un dibujo hecho por mí, copia de un cartón del divinísimo Miguel Angel. Este cartón fué la primera bella obra en que Miguel Angel mostró su prodigioso mérito, y lo hizo en concurrencia con otro que lo hacía (con Leonardo de Vinci), y estaban destinados á servir para la sala del Consejo en el palacio de la Señoría. Representaban cuando Pisa fué tomada por los Florentinos; y el admirable Leonardo de Vinci había elegido por asunto un combate de caballería con cierta presa de banderas, tan divinamente hecho cuanto imaginarse pueda. Miguel Angel Buonarroti presentaba en el suyo un destacamento de infantería, que por ser en verano, habíanse puesto á bañarse en el Arno. Representa el instante en que se da una alarma; y aquella infantería desnuda corre á las armas con tan hermosas actitudes, que ni en los antiguos ni en moderno alguno se vió trabajo que llegase á tan alta traza; y, según he dicho, el del gran Leonardo era bellísimo y admirable. Hallábanse estos dos cartones, uno en el palacio de los Médicis y otro en la sala del papa. Mientras estén en pie serán la escuela del mundo. Si bien el divino Miguel Angel hizo

la gran capilla del papa Julio después, no llegó á la mitad de esta traza; su talento no ha dado luego muestra de mayor brío que el de aquellos primeros estudios (1).

XIII.

Ahora volvamos á Pedro Torrigiani, que con mi dibujo en la mano, dijo así:

—Este Buonarroti y yo íbamos de muchachos á aprender en la iglesia del Carmen, capilla de Masaccio; y como Buonarroti acostumbra á burlarse de todos los que dibujaban, un día, entre otros en que estaba fastidiándome, me encolericé más de lo usual, y le di una puñada tan grande en la nariz, que sentí bajo mi puño romperse los huesos y ternillas de ella como si fueran obleas, y así quedó señalado por mi mano para mientras viva.

Estas palabras me inspiraron tanto odio, pues de continuo veía los hechos del divino Miguel Angel, que no sólo me quitó la voluntad de irme con aquél á Inglaterra, sino que no podía sufrir el verle.

(1) El cartón de Miguel Angel fué hecho pedazos, que han perecido en su mayoría. Uno de ellos pasó á Inglaterra, galería de W. Thomas Coke, y se encuentra elegantemente grabado por Schiavonetti en la espléndida obra titulada: *British gallery of engravings from pictures in the possession of the King and several noblemen*, by Ed. Forster. Londres, 1807, en folio. El asunto tratado por Leonardo de Vinci fué la rota de Nicolás Piccino por los Florentinos, hacia Anghiari, en 1440.

Continué aplicándome en Florencia á estudiar la hermosa manera de Miguel Angel, y en ella es en la que me distinguí. Por aquel tiempo trabajé y tuve amistad estrechísima con un gentil mancebo de mi edad, que también practicaba de aurífice. Tenía por nombre Francisco, hijo de Felipe de fray Felipe (1), pintor muy excelente.

El trabajar juntos engendró en nosotros tanto amor, que ni de día ni de noche estábamos uno sin el otro; y además porque su casa estaba llena de los bellos estudios hechos por su hábil padre, los cuales eran muchos libros dibujados por su mano copiando las hermosas antiguallas de Roma, y viéndolos me cautivaron infinito; unos dos años practicamos juntos. En ese tiempo hice un trabajo de plata en bajo relieve, tamaño como la palma de la mano de un niño pequeño. Aquella obra servía para un broche de cinturón de hombre, que tan grandes se usaban entonces.

En él había tallado un grupo de follaje hecho al estilo antiguo, con muchas figuritas y bellísimas máscaras. Este trabajo lo hice en el taller de un tal Francisco Salimbene. Al ver esa obra los artistas aurífices, elogiáronme diciendo que era yo el mejor de cuantos jóvenes se dedicaban al arte. Y como cierto Juan Bautista, llamado el Tasso, tallista en madera y joven de

(1) Quiere decir tanto como «Francisco, nieto de fray Felipe». Este fraile pintor es el famoso fray Felipe Lippi, con motivo de quien escribió nuestro insigne Castelar un extenso estudio acerca del Renacimiento artístico italiano.

mi edad, comenzase á decirme que si quería marcharme á Roma se iría de buena gana conmigo (esta conversación la tuvimos en seguida de comer), y habiéndome enfadado con mi padre con motivo de la música, dije al Tasso:

—Eres persona de palabras, pero no de hechos.

El cual Tasso me contestó:

—También yo he reñido con mi madre; y, si tuviera el dinero necesario para ir á Roma, no me volvería atrás para guardar lo poco que tengo en mi tienducha.

A estas palabras repliqué: que si por eso lo dejaba, tenía yo tantos dineros juntos como hacían falta para ir los dos á Roma.

Hablando así, mientras andábamos, nos encontramos de improviso en la puerta de San Pedro Gattolini.

Entonces dije:

—Tasso amigo, es obra de Dios el haber llegado á esta puerta sin advertirlo tú ni yo; pues bien, una vez que estoy aquí, pareceme haber andado la mitad del camino.

Puestos ambos de acuerdo, decíamos prosiguiendo el viaje:

—¿Qué dirán nuestros viejos esta tarde?

Así platicando, hicimos pacto de no recordarlos más hasta llegar á Roma. Enseguida nos atamos atrás los delantales y á la chita callando fuimos hasta Siena. Dijo el Tasso que se había hecho daño en los pies, que no quería seguir adelante, y que le prestase dinero para volverse atrás.

A esto le respondi:

—Por mí no queda el seguir andando adelante, pero tú debiste pensarlo al moverte de Florencia; y si por causa de los pies dejas de venir, ya encontraremos un caballo de retorno para Roma y entonces, no tendrás excusa para no venirte.

Tomado, pues, el caballo y visto que no me contaba, seguí el camino hacia la puerta de Roma. Viéndome él resuelto, sin cesar de gruñir, lo mejor que podía, cojeando venía detrás á bastante distancia y despacio. Llegado que hube á la puerta, compadecido de mi compañero, le aguardé y puse en la grupa, diciendo:

—¿Qué dirán mañana nuestros amigos de quien, saliendo para ir á Roma, no haya tenido ánimos para pasar de Siena?

Entonces el buen Tasso afirmó que yo decía verdad; y por ser persona divertida, comenzó á reir y cantar; y así cantando y riendo llegamos á Roma. Mi edad era entonces diez y nueve años, como el milésimo del siglo. Llegado que hubimos á Roma, entré de seguida en un taller con un maestro llamado el Firenzuola. Su nombre era Juan, natural de Firenzuola, en Lombardía; era muy hábil para trabajar en vajilla y piezas grandes. Habiéndole mostrado un poco el modelo de aquel broche que hice en Florencia en casa de Salimbene, le gustó infinitamente y dijo estas palabras, volviéndose á un mancebo que tenía, el cual era Florentino, se llamaba Giannotto Gianotti, y estaba con él algunos años:

—Este es de los florentinos que saben, y tú eres de aquellos que no saben.

Entonces reconocí á aquel Giannotto (1) y quise dirigirle la palabra; pues antes de que él fuese á Roma, con frecuencia íbamos á dibujar juntos y habíamos sido compañeros muy familiares. Desagradáronle tanto aquellas palabras que le había dicho su maestro, que afirmó no conocerme ni saber quién fuera yo. Indignado de tales palabras, le dije:

—¡Oh Giannotto, en otro tiempo mi amigo íntimo, que estuvimos juntos en tales y cuales lugares, dibujando, comiendo, bebiendo y durmiendo en tu villa: no me importa que no des testimonio de mí á este hombre honrado y tu maestro, pues confío en que tales serán mis manos, que sin tu ayuda pregonen quien yo sea!

XIV.

Dichas estas palabras, el Firenzuola, que era persona apasionadísima y valiente, volvióse á dicho Gionnotto y exclamó:

—¡Oh vil canalla! ¿No te avergüenzas de emplear tales términos y modos con quién ha sido para tí tan fiel compañero?

Y con el mismo calor, vuelto hacía mí, dijo:

—Entra en el taller y haz lo que has dicho; que tus manos digan lo que eres.

(1) *Giannotto*, diminutivo familiar de Juan.

Y me dió á que hiciera un bellissimo trabajo de plata para su cardenal. Era una arqueta, copia de la que en pórfido existe ante la puerta de la Rotonda. Además de lo que copié, la enriquecí por mí mismo con tan lindas mascarillas, que mi maestro iba elogiándola y enseñándola á los del arte, por salir de su taller obra tan bien hecha. Era tamaña como de medio brazo, y dispuesta de modo que sirviese de salero en la mesa. Esta fué la primera ganancia que gusté en Roma: una parte de ella la envié para socorro de mi buen padre, y la otra la guardé para mis necesidades; y con eso estuve estudiando las obras antiguas hasta que se me acabó el dinero y me convino volver á trabajar en el taller. Aquel compañero mío, Bautista del Tasso, no estuvo mucho en Roma, y se volvió á Florencia. Tomada nueva obra y concluída que fué, me vino la idea de cambiar de maestro, por haberme seducido cierto milanés llamado el maestro Pablo Arsago. El Firenzuola tuvo primero una gran cuestión con este Arsago, diciéndole en mi presencia algunas palabras injuriosas, por lo cual tomé la palabra en defensa del nuevo maestro. Dije que yo había nacido libre, libre quería vivir, y no podía quejarse de él, aún menos de mí, quedándome á deber algunos escudos de mi ajuste; que como libre obrero quería irme adonde me pareciese, viendo ser sin perjuicio para nadie. También mi nuevo maestro alegó iguales argumentos, diciendo no haberme llamado, y que yo le daría gusto volviéndome con el Firenzuola. A esto repuse que estando cierto de no causarle perjui-

cio en modo alguno, y habiendo concluído mi labor comenzada, quería ser mío y no ajeno, y quien me necesitara me llamase. A esto replicó el Firenzuola.

—Yo no quiero llamarte más, y en adelante, por nada te acerques más á mí.

Yo le recordé mi dinero. Mofóse de mí, á lo cual dije que así como empleaba muy bien las herramientas para hacer aquellas obras que había visto, no menos bien usaría de la espada para recuperar el fruto de mis fatigas. A estas palabras presentóse por casualidad cierto viejo que se llamaba el maestro Antonio de San Marino, el cual era el más antiguo y excelente aurífice de Roma, y había sido maestro de Firenzuola. Al escuchar mis razones, las cuales decía yo de suerte que pudieran oirse muy bien, tomó en el acto mi defensa y dijo al Firenzuola que me pagase.

Fué grande la disputa, porque éste manejaba maravillosamente las armas, bastante mejor que el arte del platero; sin embargo, la razón fué quién ocupó su lugar, y yo la ayudé con el mismo valor, de modo que fuí pagado; con el tiempo fuimos amigos dicho Firenzuola y yo, apadrinándole en la pila un hijo, á petición suya.

XV.

Mientras seguí trabajando con este maestro (Pablo Arsago), gané bastante, remitiendo siempre la mayor parte á mi buen padre. Al cabo de dos años, á petición de mi buen padre, regresé á Florencia y me puse de

nuevo á trabajar con Francisco Salimbene, en cuyo taller gané mucho y me afané mucho por aprender. Renové el trato con aquel Francisco de Felipe, y á pesar de que me inclinaba algún tanto á los placeres, á causa de aquel maldito tañer, los abandoné ciertas horas del día y de la noche, las cuales dedicaba á los estudios. Por ese tiempo hice un cinto de plata de tres dedos de anchura, que se acostumbraba regalar á las desposadas; era de medio relieve con algunas figuritas exentas, destacándose entre éste; hizose por encargo de uno que se llamaba Rafael Lapaccini. No obstante haber sido malísimamente pagado, fué tanto el honor que me dió, que superó muy mucho al justo premio que hubiese podido lograr.

Por entonces trabajé con muy diversas personas en Florencia, donde había conocido entre los plateros algunos hombres de bien (como lo fué aquel Marcone, mi primer maestro); otros que gozaban renombre de muy honrados, arruinándome en mis obras, me robaron todo cuanto podían. En su vista me desligué de ellos y los tuve en concepto de miserables y ladrones. Entre otros, un aurífice llamado Juan Bautista Sogliani me acomodó en una parte de su taller, el cual estaba junto al Mercado Nuevo, próximo al banco de Landi. Hice allí muy buenas obras y gané bastante, con lo que pude ayudar bien á mi casa. Despertóse la envidia en aquellos malvados maestros que antes había tenido, los cuales se llamaban Salvador y Miguel Guasconti. Tenían tres grandes tiendas suyas en el arte de platería y

vendían mucho; de modo que viéndome ofendido por ellos, me dolí con algún hombre de bien diciendo que podían bastarles los latrocinios que contra mí habían empleado, so capa de su falsa bondad manifiesta. Llegando á sus oídos, se jactaron de hacerme arrepentir bastante de tales palabras; mas como yo no conozco de qué color es el miedo, poco ó ningún caso les hice.

XVI.

Ocurrió cierto día que estando apoyado en la tienda de uno de éstos, me llamó y en parte me reprendía, en parte me amenazaba. Le respondí que si hubiesen hecho conmigo su deber hubiera yo dicho de ellos lo que se dice de los hombres buenos y de bien; mas habiendo hecho lo contrario, que se dolieran de sí mismos y no de mí.

Mientras estaba yo hablando, uno de ellos y primo suyo, que se llama Gerardo Guasconti (dispuesto quizá por todos juntos), apostó á quien pasase una carga, la cual fué de ladrillos. Cuando dicha carga estuvo al alcance mío, aqúeste Gerardo me la echó de tal modo encima, que me hizo gran daño. Me volví en el acto, y viendo que se reía, le dí tan gran puñada en una sien, que, desvanecido, cayóse como muerto. Volviéndome después hacia sus primos, dije:

—Así se trata á los ladrones cobardes, iguales que vosotros.

Y queriendo ellos hacer alguna demostración porque eran en bastante número, yo, que me encontraba acalorado, eché mano á un pequeño cuchillo que tenía, diciendo así:

—Si uno de vosotros sale de su tienda, corra el otro por el confesor, pues el médico no tendrá que hacer.

Causáronles tal espanto estas palabras, que ninguno se movió en ayuda de su primo.

Tan pronto como me hube partido, corrieron padres é hijos al tribunal de los Ocho, donde dijeron que con mano armada habíales yo asaltado en su tienda, cosa tal como jamás habíase visto en Florencia. Los señores Ocho me hicieron llamar, y yo comparecí.

Diéronme una gran reprensión y chillería, tanto por verme con capa (mientras aquéllos iban de manto con capucha á uso de los ciudadanos), cuanto porque mis adversarios habían ido á hablar con todos aquellos señores aparte casa por casa, y yo nada práctico á ninguno de aquellos señores habíales hablado, confiando en la gran razón que me asistía. Dige que aquella grande ofensa é injuria que Gerardo me había hecho movióme á grandísima cólera y no le dí más que un cachete, lo cual no parecía debiese merecer tan gallarda reprensión. Prinzivalle de la Stufa, que era de los Ocho, apenas me dejó acabar de decir cachete, y dijo:

—Puñada y no cachete le diste.

Tocada la campanilla y mandados á fuera, en mi defensa dijo Prinzivalle á sus compañeros:

—Considerad, señores, la sencillez de aqueste pobre

joven, con la cual se acusa de haber dado un cachete pensando que sea menos falta que dar una puñada; puesto que por un cachete en el Mercado Nuevo la pena es de veinticinco escudos y por una puñada poca ó ninguna. Este joven es muy virtuoso y mantiene su pobre casa con grandes fatigas; y Dios quisiera que en nuestra ciudad hubiese de aquesta suerte tal abundancia, según hay falta.

XVII.

Entre ellos había algunos rígidos encapuchados (1), que movidos por las súplicas y malos informes dados por mis adversarios, por ser de aquella facción de Fray Jerónimo (2), me hubieran querido reducir á prisión y condenarme hasta colmar la medida; á lo cual el buen Prinzivalle puso á todo remedio. Así, me dictaron una pequeña condena de cuatro medidas de harina, que habían de darse por limosna al monasterio de Recogidas. Llamándome en seguida adentro, me mandó que no hablase una palabra, so pena de incurrir en su enojo; que obedeciese en aquello á que había sido condenado. Dándome en seguida una fuerte reprensión, en-

(1) *Arronzinati* ó *arroncinati*, esto es, *volti à oncino* (cubiertos á lo garabático); también *arronciagliare*, enroscar. Modo particular de cubrirse la cabeza con la capucha del capillo, como distintivo público propio del partido democrático.

(2) Véase la nota siguiente.

viéronme al Canciller, mientras iba yo murmurando siempre «cachete fué y no puñada»; de modo que riéndose los Ocho se marcharon. El Canciller nos mandó de parte del magistrado que nos diésemos seguridades uno á otro, y sólo á mí condenaron en aquellas cuatro medidas de harina. Parecióme que me habían asesinado; en tanto que mandé por un primo mío, el cual se llamaba el maestro Anníbal, cirujano, padre del señor Librogoro Librodori, queriendo yo que él prometiese por mí. Mas éste no quiso venir, por lo cual, encolerizado, me puse á bufar como un áspid y formé desesperado juicio: aquí se conoce cómo las estrellas no tanto nos inclinan, sino que nos fuerzan. Conociendo cuán obligado hallábase este Anníbal á mi familia, ardí en tanta ira, que dispuesto á todo lo malo, y siendo por naturaleza algún tanto colérico, me aguardé á que dicho oficial de los Ocho se hubiera ido á almorzar; y quedándome allí solo, visto que ningún familiar de los Ocho me miraba, ardiendo en cólera salí del palacio y corrí á mi tienda, donde cogí un puñal y fuí á escape á casa de mis adversarios, quienes en su casa y tienda se encontraban.

Hallándolos en la mesa, aquel joven Gerardo, que había sido fundamento de la cuestión, se me echó encima, al cual di una puñalada en el pecho, que sayo, colete y hasta la camisa de parte á parte lo pasé, sin haberle tocado á la carne ni héchole el más mínimo daño del mundo. Pareciéndome, por el modo de entrar la mano y por el ruido de los paños, haberle hecho gran-

dísimo mal, y habiéndose él caído á tierra de miedo, dige:

—¡Traidores! Hoy es el día en que os mato á todos.

Creyendo el padre, la madre y las hermanas que aquel era el día del Juicio, echáronse de pronto de rodillas en el suelo, clamando misericordia en alta voz y á grito pelado. Visto que no hacían ningún acto de defensa en mi contra, y que aquél estaba tendido en tierra como muerto, demasiado vil cosa me pareció el tocarle, pero furioso corrí hacia la escalera. Junto á ésta encontré á todo el resto de la familia, los cuales eran más de doce: quiénes llevaban palos de hierro, algunos una gruesa canal de hierro, otros martillos y vigornias, otros bastones. Cuando los alcancé, lo mismo que un toro furioso, á cuatro ó cinco derribé al suelo, y revuelto con ellos juntamente caí, esgrimiendo siempre el puñal, ora en contra de aqueste, ora en contra de aquél.

Los que habían quedado en pie afanábanse todo cuanto podían, dándome á dos manos con martillos, con palos y con vigornias; y como Dios algunas veces interviene misericordioso, hizo que ni ellos á mí ni yo á ellos nos hiciéramos el más ínfimo daño del mundo. Sólo quedó allí mi gorrilla, de la cual se apoderaron mis adversarios, que lejos de aquélla habían huído, y cada cual la llenó de golpes con sus armas. Mirando después entre sí cuántos había muertos y heridos, vióse que á ninguno habíale acontecido daño alguno.

XVIII.

Me fuí hacia Santa María la Nueva, y en el acto me encontré con Fray Alejo Strozzi, á quien yo no conocía. A este buen fraile me encomendé por amor de Dios para que me salvase la vida, pues había cometido un grande error; el buen padre me dijo que no tuviese miedo por nada, que aun cuando hubiese hecho todos los males del mundo, en su celda estaría segurísimo. Una hora después reuniéronse los Ocho por extraordinario, é hicieron mandar contra mí una de las más tremendas rondas de que jamás háyase oído, conminando con grandísimas penas á quien me guardase ó de mí supiese, sin consideración á lugar ni á calidad de quien me tuviere. Mi afligido y pobre buen padre, entrando á presencia de los Ocho, cayó de rodillas en tierra, clamando misericordia para el pobre joven su hijo; al ver lo cual uno de aquellos furiosos (1), sacudiendo la cresta de la revuelta capucha y alzándose en pie, con algunas injuriosas palabras, dijo á mi pobre padre:

—Levantaos de ahí é idos fuera en el acto, que mañana os lo mandaremos á la cárcel con gentes de lanza.

Mi pobre padre respondió atrevido, diciéndoles:

(1) *Arrovellati*, sinónimo de *arrabbiati* (rabiosos). Sobre nombre que se daba en tiempo del gonfalonero Soderini á los secuaces del fraile republicano Jerónimo Savonarola, llamados también *popolani* y *piagnoni* (populares y plañideros).

—Aquello que Dios hubiese ordenado, otro tanto haréis y nada más.

A eso respondió aquel mismo que, en verdad, así lo había ordenado Dios.

Y mi padre le contestó:

—Confórtame la idea de que no lo sabéis de cierto.

Y partiéndose de ellos, vino en mi busca con cierto joven de mi edad, el cual se llamaba Pedro de Juan Landi, y nos queríamos más que si hermanos hubiéramos sido. Este joven traía bajo el manto una admirable espada y una bellísima cota de malla. Llegados á mí, narróme mi animoso padre el caso y lo que le habían dicho los señores Ocho; después me besó en la frente y en ambos ojos, y me bendijo de todo corazón, hablando así:

—El poder de Dios sea en tu ayuda.

Y llevándome la espada y la armadura, con sus propias manos me ayudó á vestirlas; después añadió:

—¡Oh! mi buen hijo, con aquesta en mano, vive ó muere. Pedro Landi que estaba allí presente no cesaba de llorar y me entregó diez escudos en oro; yo le dije que me arrancase ciertos pelillos de la barba que eran la primera pelusa.

Fray Alejo me vistió al modo de fraile, y dióme por compañía un converso (1); salí del convento, tomé por la puerta del Prato y me fuí hasta lo largo de la mura-

(1) *Converso*, denominación de los novicios y de los legos en los monasterios conventuales.

lla, hasta la plaza de San Gallo, y al llegar á Montui, en una de aquellas primeras casas encontré á uno que se llamaba el Grassuccio, hermano carnal del señor Benedicto de Monte Varchi (1). En 'el acto me despedí; y volviéndome hombre, montamos en dos caballos que allí estaban para nosotros, y ya de noche nos fuimos á Siena.

Mandando volverse á Florencia á dicho Grassuccio, saludó á mi padre y le dijo que había yo logrado escapar. Mi padre alegróse infinito, pareciéndole que mil años tardaba en ir á la busca de aquel de los Ocho que le había dicho injurias; y cuando lo encontró, díjole así:

—¿Veis, Antonio, cómo era Dios quien sabía lo que debía sucederle á mi hijo y no vos?

—Que se guarde para otra vez.

Y replicó mi padre:

—Gracias daré á Dios, que lo hizo salvo de aquésta.

XIX.

Estando en Siena, aguardé al correo de Roma y me fuí en su compañía.

Cuando hubimos pasado de là Paglia, encontramos al correo que llevaba la noticia del Papa nuevo, que fué el Papa Clemente (2). Una vez en Roma, me puse á tra-

(1) El gran literato Benedicto Varchi, autor de la *Storia* y muy amigo de Annibal Caro.

(2) Clemente VII, electo en 1523.

bajar en el taller del maestro aurífice Santi; pues aun cuando éste había muerto, seguía con la tienda un hijo suyo. Él no trabajaba, sino que encomendaba todos los trabajos de la tienda á un joven llamado Lucas Angel de Iesi, quien era de una aldea y de muy niño había entrado á trabajar con el maestro Santi. Era breve de estatura, pero bien proporcionado. Este joven trabajaba mejor que hombre alguno de cuantos hasta aquel tiempo hube visto, con grandísima facilidad y muy buen dibujo: hacía solamente piezas grandes, ó sea bellísimas jarras, bandejas y otras por el estilo.

Poniéndome al trabajo en dicho taller, hice ciertos candelabros para el obispo de Salamanca (1), español. Estos candelabros fueron ricamente labrados, como corresponde á tales obras. Un discípulo de Rafael de Urbino, llamado Juan Francisco, por sobrenombre el *Fattore* (2), era pintor muy hábil; y como amigo de dicho obispo, me hizo entrar en su gracia, al punto de que me dió muchísimas obras que hacer el obispo y gané mucho.

En ese tiempo, unas veces iba yo á dibujar á la Capilla (3) de Miguel Ángel y otras al palacio de Agustín Chigi (4), sienés, en la cual casa había muchas bellísi-

(1) Don Francisco de Bobadilla, obispo de Salamanca, quien fué á Roma al Concilio Lateranense, en 1517.

(2) Juan Francisco Penni, llamado el *Fattore*.

(3) La famosa capilla Sixtina.

(4) Los Chigi, como los Fugger, eran riquísimos mecenas. Su casa es la que hoy se llama «la Farnesina».

mas obras pictóricas de mano del muy excelente Rafael de Urbino: esto sólo en los días de fiesta, porque en dicho palacio habitaba el señor Segismundo Chigi, hermano del antes nombrado señor Agustín. Tenían mucho orgullo cuando veían jóvenes como yo, que iban á aprender dentro de su casa. La mujer del ya dicho señor Segismundo, habiéndome visto á menudo en esa su casa (era una señora noble y hermosa hasta más no poder), acercóse á mí, miró mis dibujos y me preguntó si era yo pintor ó escultor; á la cual señora respondí que era aurífice. Me dijo que para aurífice dibujaba en extremo bien. Hizo que una de sus doncellas tragese un lirio de bellísimos diamantes engastados en oro y, enseñándomelo, quiso que yo lo tasara; lo tasé en ochocientos escudos. Entonces me dijo que lo había tasado muy bien. En seguida me preguntó si me atrevía á engastarlo bien; yo contesté que con mucho gusto, y á su presencia hice un pequeño dibujo: tanto mejor cuanto que hallaba placer en entretenerme con aquella dama tan hermosa y afabilísima. Terminado el dibujo presentóse otra muy bella dama romana que estaba arriba, y bajando, preguntó á dicha señora Porcia qué hacía allí; la cual, sonriéndose, dijo:

—Estoy recreándome en ver dibujar á este honrado joven, que es bueno y simpático.

Yo, adquiriendo un poco de osadía, mezclada con algo de honesta vergüenza, me ruboricé y dije:

—Siendo yo como fuere, señora, siempre estaré pres-tísimo para servirlos.

La noble dama, también algún tanto ruborizada, contestó:

—Bien sabes que quiero que me sirvas.

Y dándome el lirio, me mandó que me lo llevase; dióme además veinte escudos de oro que tenía en la bolsa, y añadió:

—Engástalo del modo como me lo has dibujado, y guárdame este oro viejo en que ahora está engarzado.

La dama noble romana dijo entonces:

—Si yo fuera que aquel joven, de buena gana me escaparía.

La señora Porcia replicó que el mérito rara vez se acompaña con los vicios; y que si tal cosa hiciera yo, desmentiría en un todo el grato aspecto que manifestaba de hombre honrado.

Y tomando por la mano á la noble dama romana, volvióse, y con graciosísima sonrisa me dijo:

—Adiós, Bienvenido.

Continué el dibujo que estaba haciendo, copia de cierta figura de Júpiter, pintada por Rafael de Urbino. Concluído que la hube, fuíme y me puse á hacer un pequeño modelo en cera, para demostrar cómo había de quedar después acabada la obra; lo llevé á que lo viese la mencionada señora Porcia, estando presente aquella dama romana que antes dije; y, satisfechas ambas grandemente de mi labor, me hicieron tantos elogios, que, movido de alguna audacia, prometí que la obra sería doble mejor que el modelo. Puse mano á ella, y en doce días terminé la joya en forma de lirio, como

dige más arriba, adornándola con mascarillas, figuritas desnudas y animales, con bellísimos esmaltes; de modo que los diamantes que tenía la joya estaban doble realzados.

XX.

Mientras hacía yo esta obra, aquel hábil Lucas Angel, de quien antes hablé, me reprendía muchas veces, diciéndome que me haría más rico y respetado ayudándole á hacer grandes jarrones de plata, tal como había comenzado. A lo cual repuse, que sería apto, siempre que yo quisiera, para trabajar grandes vasos de plata; pero que no todos los días presentábase ocasión de labrar obras como aquella que estaba yo haciendo, y en las que no era menor la honra que en los grandes jarros de plata, y en cambio era mucho mayor el provecho. Lucas Angel se mofó de mí, diciendo:

—Ya lo verás, Bienvenido; pues para cuando hayas acabado esta obra, yo me apresuraré por terminar también este vaso, que empecé cuando tú la joya; y con la experiencia se verá claro el provecho que obtendré de mi copa y el que obtendrás de tu alhaja.

A lo cual respondí: que muy de grado hiciera esa prueba con un hombre tan hábil como él, pues al fin del trabajo se vería quién de nosotros se equivocaba.

Así uno y otro, con una sonrisita desdeñosa, nos pusimos al trabajo fieramente sin levantar cabeza, deseco-

so cada cual de dar término á las iniciadas obras; de manera que á los diez días, poco más ó menos, habíamos concluído ambos con mucha limpieza y arte nuestros respectivos trabajos. El de Lucas Angel era un copón bastante grande, para la mesa del Papa Clemente, donde echar, mientras comía, huesecillos de la carne y mondaduras de diversas frutas; hecho muy deprisa, más bien por empeño que por necesidad. Hallóbase este vaso adornado con dos bellas asas, con muchas máscaras pequeñas y grandes, con gran copia de hermosísimas hojarascas, de tanta gracia y buen diseño cuanto pueda imaginarse. Así, le dije ser aquella copa la más hermosa que jamás hubiese visto. A lo cual, pareciéndole haberme convencido, replicó Lucas Angel:

—No menos hermosa paréceme á mí tu obra, mas presto veremos la diferencia del uno al otro.

Tomó su vaso y lo llevó al Papa, quien quedóse muy satisfecho de ella é hizo que en el acto se pagara según suelen serlo tales grandes trabajos del arte.

Mientras tanto, llevé yo mi obra á la mencionada noble dama y señora Porcia, la cual con grande asombro me dijo que con muy mucho había yo superado las promesas hechas á ella; y continuó diciéndome que pidiese por mi labor cuanto en gana me viniere, pues por tales reputaba mis merecimientos que, dándome un castillo, apenas creyera haberme satisfecho; y porque esto no podía ella hacerlo, díjome riendo, que la pidiese aquello que me pudiese dar. A lo cual repuse que el mayor premio á mis fatigas ambicionado era el haber

satisfecho á su señoría. Y, riéndome también yo, la hice reverencia y me partí, diciendo que no deseaba más premio sino aquél.

Entonces la señora Porcia volvióse á la noble dama romana, y dijo:

—¿Véis cómo la compañía del mérito que en él juzgamos haber son estas cosas y no los vicios?

Maravillándose ambas, añadió la señora Porcia:

—Bienvenido mío, ¿nunca decir oísteis que cuando el pobre al rico regala, el diablo se ríe?

A esto repliqué:

—Pues como son tantas sus amarguras, esta vez quiero verle reirse.

Y marchándome, dijo ella que por esta vez no quería concederle tal gracia. Vuelto á mi taller, ví á Lucas Angel teniendo en un cartucho los dineros que habíale valido su copón, y aproximándose á mí, me dijo:

—Acércate un poco, y parangonemos el premio por tu alhaja junto al premio por mi vaso.

A esto le dije que lo guardase de aquel modo hasta el siguiente día; pues confiaba en que así bien como mi obra en su género no había sido menos bella que la suya, igualmente esperaba hacerle ver el premio de ella.

XXI.

Llegado el otro día, la señora Porcia envió á mi tienda un mayordomo, quien me llamó afuera y, ponién-

dome en la mano un cartucho lleno de dinero de parte de aquella señora, me dijo que ésta no quería que el diablo se riese del todo (demostrando que lo que me enviaba no era el completo pago que merecían mis afanes), con otras muchas corteses palabras dignas de tal señora. Lucas Angel, á quien le tardaba mil años el momento de comparar su cartucho con el mío, entró en seguida en la tienda estando presentes doce operarios y otros vecinos, tomó su cartucho riéndose con zumba, y gritando tres ó cuatro veces ¡ou, ou! derramó los dineros con gran ruido sobre el banco, los cuales eran veinticinco escudos julianos, pensando que los míos serían cuatro ó cinco escudos de moneda. Por lo cual, sofocado yo con sus gritos, las miradas y risitas de los circunstantes, mirando con disimulo dentro de mi cartucho y visto que todo él era de oro, desde una punta del mostrador y con los ojos bajos, sin exclamar nada, levanté muy alto mi cartucho con las dos manos y lo hice verterse como una tolva de molino. Era mi dinero doble que el suyo; de suerte que todos aquellos ojos que antes en mí fijado se habían con burla, vueltos á él de pronto, dijeron:

—Lucas Angel, estas monedas de Bienvenido, por ser de oro y en doble número que las tuyas, tienen mucho mejor ver.

En verdad creí que de envidia, juntamente con la afrenta que hubo, Lucas Angel quedase muerto de repente. Y si bien de aquellos mis dineros correspondíanle á él la tercera parte por ser yo oficial (pues tal es la

costumbre, que dos tercios tocan al oficial y el otro tercio á los maestros del taller), pudo en él más la temeraria envidia que la avaricia, cuando debió de operarse todo lo contrario, por ser este Lucas Angel nacido de un aldeano de Iesi. Maldijo de su arte y á quienes se lo habían enseñado, diciendo que de aquel punto en adelante no quería más hacer grandes piezas de arte, y sólo se aplicaría á esas bagatelas pequeñas, puesto que eran mejor pagadas. No menos irritado le repliqué yo que cada pájaro tiene su cantar; que él hablaba conforme á las grutas de donde había salido, mas yo le protestaba, en verdad, que me sería facilísimo hacer aquella suerte de bagatelas. Así, partiéndome airado, le digo que presto se lo haría ver. Los que estaban presentes le demostraron de viva voz su sinrazón, teniéndole en concepto de villano, como lo era, y á mí en concepto de hombre, cual de ello dí muestras.

XXII.

Al siguiente día fuí á dar gracias á la señora Porcia, y la digo que su señoría había hecho lo contrario de lo que digera: que queriendo yo hacer que el diablo se riese, ella de nuevo le había hecho renegar de Dios. Jocosamente reímos ambos, y me dió que hacer otras obras bellas y buenas.

Entretanto, por medio de un discípulo del pintor Rafael de Urbino, traté de que el obispo de Salamanca me

encargase de hacer una gran vasija para el agua, llamada un aguamanil, que, según uso, en los aparadores se ponen por adorno. Y queriendo dicho obispo hacer dos de igual tamaño, dió una para hacerla al antedicho Lucas Angel, y otra para que la hiciera yo; y el modelado de tales vasijas fué según diseño de aquel pintor Juan Francisco, ya dicho. Así, pues, puse mano á ese vaso con extraordinaria voluntad, acomodándome en un rincón del taller de cierto maestro milanés, llamado Juan Pedro de la Tacca. Puéstome en orden, eché mis cuentas del dinero que podía necesitar para algunos negocios míos, y todo el resto lo mandé para socorro de mi pobre buen padre, el cual, mientras se lo pagaban en Florencia, supo la ruina, por acaso, de uno de aquellos furiosos que servían á los Ocho por el tiempo en que dí algún escándalo, y ultrajándole habían dicho que enviarían á prenderme de cualquier modo con fuerza armada. Y como aquel rabioso tuviese ciertos malos hijos, á propósito exclamó mi padre:

—A cada cual puede acontecerle una desgracia, máxime á los hombres iracundos cuando llevan razón, cual ocurrió á mi hijo; mas mírese después por el resto de su vida cuán virtuosamente le he sabido educar. Quisiera Dios, para honor vuestro, que vuestros hijos no lo hagan peor ni mejor que conmigo los míos; pues así como Dios me ha hecho tal que he sabido educarlos, así donde mi maña no ha podido alcanzar, Él mismo me lo hizo salvo de vuestras violentas manos, contra vuestra creencia.

Y marchándose, todo esto me escribió, rogándome por amor de Dios que tañese instrumentos alguna vez, con el fin de no perder aquella hermosa habilidad que él, con tantas fatigas habíame enseñado. La carta estaba llena de las más amorosas palabras paternas que oirse puedan; en tal modo, que me movieron á piadosas lágrimas, deseando, antes de que muriese, contentarle en buena parte respecto al tocar, tal como Dios otorga todas las mercedes lícitas que fielmente le pedimos.

XXIII.

Mientras me afanaba solícito en el hermoso aguamano del obispo de Salamanca, sólo tuve por aprendiz un muchacho que había tomado para mancebo, contra mi gusto y con grandes ruegos de mis amigos. Este chico tenía unos catorce años de edad, llamábase Paulino y era hijo de un ciudadano romano, el cual vivía de sus rentas. Este Paulino era el mejor educado, el más honesto y buen hijo que ví en mi vida. Por sus honrados actos y costumbres, por su infinita bondad y por el grande afecto que me tenía, sucedió que por tales causas puse en él tanto amor cuanto encerrarse pueda en pecho humano. Este entrañable cariño fué motivo para que, por ver muchas veces serenarse aquel

maravilloso rostro, que de natural suyo modesto y melancólico se mostraba..... (1) pues cuando yo cogía mi cornetín, súbito movíase á risa tan graciosa y bella, que no se me da una higa de aquellas patrañas que escriben los griegos de los Dioses del cielo; acaso éste, de existir en aquel tiempo, hubiérales quizás hecho salirse más de quicio.

Tenía Paulino una hermana llamada Faustina, que pienso no fuese tan hermosa aquella Faustina de quien tanto hablan los antiguos libros (2). Llevándome á su viña algunas veces, por lo que pude juzgar, me pareció que aquel buen hombre, padre del antedicho Paulino, me hubiera querido hacer su yerno. Esas cosas eran causa de que yo tocase muy más de lo que antes hacerlo solía. Ocurrió entonces que cierto Juan Jacobo, pífano de Cesana, que estaba con el papa, tocador muy admirable, hizo que me dijera el trombón luqués Lorenzo, quien está hoy al servicio de nuestro duque, si quería yo ayudarles por el Feriagosto (3) del papa, tocando de soprano con mi cornetín aquel día algunos motetes lindísimos que ellos habían elegido. A pesar del grandísimo empeño de concluir aquel vaso precioso por mí comenzado, por ser la música en sí misma admirable cosa, y por satisfacer, en parte, á mi anciano

(1) Aquí faltan las palabras *reanudé la música*, ú otras.

(2) La mujer del emperador Marco Aurelio, famosa por su belleza y extravíos.

(3) *Feriagosto*, derivado de las palabras *Feria Augusti*: fiesta que aún se celebra en Roma el 1.º de Agosto, día de San Pedro *ad vincula*.

padre, condescendí á hacerles tal compañía. Y ocho días antes del Feriagosto, diariamente hubimos juntos dos horas de concierto; de modo que el 1.º de Agosto, y mientras comía el papa Clemente, tocamos aquellos bien compuestos motetes, de tal guisa, que hubo el papa de afirmar no haber oído nunca tañer música más suavemente y mejor concertada. Llamó á sí á aquel Juan Jacobo, y le preguntó de dónde y de qué manera había logrado obtener tan buen cornetín para soprano, queriendo saber minuciosamente quién yo era. Juan Jacobo le dijo al punto mi nombre. Al oirlo, preguntó el papa:

—¿Es acaso éste el hijo del maestro Juan?

Contestóle que sí lo era yo. El papa manifestó quererme para su servicio entre todos los demás músicos.

Juan Jacobo respondió:

—Beatísimo padre: no me envanezco de que vos lo tengáis para eso, porque su profesión, á la que de continuo atiende, es el arte de la aurificería, en la cual trabaja maravillosamente y saca de ella mucha mejor ganancia que obtuviera de tocar música.

A esto replicó el papa:

—En tanto más lo estimo, siendo en él un talento de más que yo no esperaba. Hazle tomar la misma parte que á todos vosotros, y dile de la mía, que á la postre también ampliamente le daré quehacer en la otra profesión.

Y extendiendo la mano, le dió en un pañuelo cien escudos de oro de Cámara, y dijo:

—Repartídsolo de manera que él también tenga su parte.

Despidióse Juan Jacobo del papa y vino á nosotros, repitiendo puntualmente todo lo que el papa le habia dicho; y partiendo las monedas entre los ocho compañeros que éramos, al darme mi parte me dijo:

—Voy á hacerte inscribir en el número de nuestros compañeros.

A lo cual repuse:

—Deja pasar hoy, y mañana te contestaré.

Al partirme de ellos anduvé pensando si tal cosa debiera yo aceptar, en atención á cuánto me dañaría, por desviarme de los hermosos estudios de mi arte. La noche siguiente se me apareció en sueños mi padre, y con amorosísimas lágrimas me rogaba que, por el amor de Dios y el suyo, me dignase con gusto decidirme por tal empresa; á lo que me parecía responderle que en modo alguno yo no lo quería hacer. De pronto, me pareció que con horrible forma me amedrentaba y decía:

—De no hacerlo, tendrás la maldición paterna; y haciéndolo, seas por mí siempre bendito.

Al despertarme corrí lleno de pavor á que me inscribieran; en seguida lo escribí á mi viejo padre, á quien por la excesiva alegría le acometió un accidente que le condujo casi á la muerte; y presto me escribió haber él soñado casi lo mismo que hube yo hecho.

XXIV.

Considerando haber cumplido la honrada voluntad de mi buen padre, parecíame que todas las cosas me habían de parar en honorable y glorioso fin. Por tanto, no puse grandísima solicitud en terminar aquel vaso que comenzado tenía para el obispo de Salamanca.

Este obispo era hombre muy admirable, riquísimo, pero difícil de contentar; mandaba todos los días á ver qué hacía yo, y cada vez que su enviado no me encontraba, sobreveníale al antedicho obispo un grandísimo furor, diciendo que me quería hacer quitar esa obra y dársela á otro para concluirla. De esto era causa aquella maldita música á la cual me dedicaba. No obstante, me puse á la obra muy solícito día y noche, hasta que, conducida á término de poderla mostrar, se la hice ver al dicho obispo, en quien tanto acreció el apetito de verla terminada, que me arrepentí de habérsela manifestado. En el plazo de tres meses concluí esa obra, con tal copia de tan bellos animalillos, follajes y máscaras cuanto imaginarse pueda. En seguida envié con ella á mi aprendiz Paulino para mostrarla á aquel hábil artífice de Lucas Angel arriba dicho. Repetido el mensaje, Lucas Angel tomó en sus manos el vaso, y mirándolo buena pieza de tiempo, dijo después á Paulino:

—¡Oh lindo mancebo! dí á tu patrón que es un hombre de gran genio, y que le suplico que me quiera por su amigo y no intime con otro.

Gozosamente me hizo la embajada aquel honrado y admirable jovencillo. Llevóse dicho vaso al de Salamanca, quien dispuso que fuese tasado. En la estimación intervino Lucas Angel, el cual tan honrosamente lo justipreció y alabó, que fué con mucho exceso de lo que yo me pensaba. Recibido el aguamano, dijo *españolescamente* el de Salamanca (1):

—Juro por Dios, que tanto he de tardar en pagarlo, cuanto él tardó en hacerlo.

Cuando esto escuché, dióme muy grande ira, maldiciendo á toda España y á quien bien la quisiere.

Entre otros bellos ornamentos, tenía este vaso un asa toda de una pieza, sutilísimamente labrada, que por virtud de cierto muelle estaba derecha sobre la boca del vaso. Mostrando un día dicho monseñor por vanagloria á ciertos gentilhombres españoles este vaso mío, ocurrió que uno de ellos, partido que se hubo su ilustrísima, manejando demasiado indiscretamente la bella asa del vaso, y no pudiendo aquel gentil muelle resistir á su bellaca fuerza, entre las manos se le quebró; y pareciéndole haber hecho grande mal, rogó al encargado de su custodia que presto lo llevase al maestro que hecho lo había, el cual súbito lo remediará, y le prometiese el premio que pidiere con tal de que presto quedara listo. Llegado así á mis manos el vaso, prometí acomodarlo diligentísimo, y tal hice. Dicho

(1) *Españolescamente*, sinónimo de «con jactanciosa altanería».

vaso fuéme llevado antes de comer: á las veintidós horas vino quien me lo trajera, el cual estaba lleno de sudor, que por todo el camino había corrido, á causa de que monseñor de nuevo lo pidió para mostrarlo á otros señores. Este criado no me dejaba pronunciar palabra, diciendo:

—Pronto, pronto, dame el vaso.

Mas yo deseoso de ir despacio y no dárselo, dije que no era mi voluntad, hacerlo pronto. Vínole al servidor aquél tanta furia, que hizo ademán de tirar de espada con una mano, y con la otra hizo demostración de entrar por fuerza en el taller; lo cual en el acto cohonestá con las armas acompañadas de muchas descompuestas voces, diciéndole:

—No te lo quiero dar; y vete á decir á monseñor tu amo que exijo los dineros por mis trabajos, antes de que éste salga del taller.

Visto que no había podido obtenerlo por la vía de las bravatas, se puso á rogarme como se adora la Cruz, diciéndome que, si se lo daba, tanto haría por mí que sería yo pagado. Estas palabras no me movieron un punto de mi propósito, siempre diciéndole lo mismo.

Al fin, desesperado de la empresa, juró venir con tantos españoles que me harían tajadicas, y partióse á escape; en medio de esto yo, que creía una pizca en estas matonerías de ellos, me prometía á mí mismo animosamente defenderme; y puse en orden mi admirable escopeta, la cual me servía para andar de caza, diciéndome:

—Quien me toque á la ropa, junto con mis trabajos, á duras penas si le puedo conceder vida.

En este debate que conmigo mismo traía, comparecieron muchos españoles juntos con el mayordomo; el cual, con sus temerarios modos, díjoles que entrasen adentro, me cogiesen el vaso y me apaleasen. A tales palabras respondí mostrándoles la boca de mi escopeta en orden con su cebo, y en altas voces grité:

—Marranos (1), traidores, ¿así para asesinar se asaltan las casas y los talleres en una Roma? Todos cuantos ladrones de vosotros osen acercarse á este postigo, á otros tantos con mi escopeta derribaré muertos.

Y vuelta la boca de ésta á su mayordomo, haciendo ademán de disparar, dige:

—Y tú, ladrón, que los azuzas: quiero que seas el primero en morir.

En el acto picó espuelas al jaco en que cabalgaba, y á rienda suelta salió huyendo. A este gran estrépito asomaron afuera todos los vecinos, y pasando á la vez algunos caballeros romanos, digeron:

—Mátalos á esos marranos, porque á ello te ayudaremos nosotros.

Hicieron tanta fuerza estas palabras, que muy espan-

(1) *Marranos*: moros falsos conversos por fuerza al catolicismo en España, y renegados. Maquiavelo, en una carta fecha 22 de Diciembre de 1510, escrita como secretario de la República al comisario de Pisa, dice: «Hemos visto por tus cartas haber venido aquí cierto médico y otros portugueses reputados por *marranos* y de mala fe; y ordena que guarden sus costumbres y trajes, y que, portándose bien, los toleren los cristianos.»

tados de mí se partieron; de modo que, al interrogarles acerca del caso, viéronse forzados á referirlo todo á monseñor, el cual era muy soberbio, y á todos aquellos servidores y ministros vociferó, tanto por haber venido á cometer tal exceso, como porque una vez dádole principio no lo llevaron hasta el fin. Presentóse en esto aquel pintor que había intervenido en tal cosa, á quien monseñor diputó para que viniese á decirme de su parte, que si en el acto no le llevaba yo el vaso, el pedazo mayor de mi persona serían las orejas; y si se lo llevaba, me daría al punto el pago de él. Esto nada me amedrentó, y le hice entender que al momento iba á decírselo al Papa. En tanto, pasándosele á él la ira y á mí el temor, bajo la fe de ciertos grandes gentilhombres romanos de que el antedicho no me ofendería, y con buena fianza del pago de mis afanes, provisto de un gran puñal y ginete en mi buen jaco, llegué á la casa del citado monseñor, el cual había hecho armar á toda su familia.

Entré, llevando á mi Paulino con el vaso de plata. Era, ni más ni menos, como pasar por en medio del Zodiaco: quién contrahacía el león, cuál el escorpión, otros el cranco; hasta que llegamos á la presencia de aquel clerizonte, el cual prorrumpió en las más cleriguescas españolísimas (1) palabras que concebirse puedan. Yo no levanté la cabeza para mirarlo, ni le respondí una

(1) En italiano, *spagnolata* significa «jactancia», como los franceses indican con la frase *chateaux en Espagne*, «las grandezas imaginarias». ¿Son ó no prejuicios nacionales?

palabra, con lo que parecía crecer su furor; y, haciendo que me llevasen recado de escribir, me ordenó que escribiese de mi mano diciendo como iba bien yo satisfecho y pagado de él. A esto, alcé la vista y le dije que con mucho gusto lo haría, si antes me daban mi dinero. Creció la cólera del obispo, y fueron grandes las bravatas y disputas. Al fin obtuve antes los dineros, escribí después, y me marché alegre y contento.

XXV.

Luego que lo supo el Papa Clemente, quien antes había visto el vaso (aun cuando no le dijeron al mostrárselo ser de mi mano), tuvo grandísimo placer, alabóme mucho, y en público dijo quererme muy bien. Sabido que hubo esto monseñor el de Salamanca, arrepiñtióse grandemente de sus fanfarronadas para conmigo; y, con el fin de reconciliarme, por el mismo pintor me mandó á decir que me quería encargar muchas grandes obras; á eso contesté que me sería de sumo gusto el hacerlas, mas antes deseaba el pago de que las comenzara. También estas palabras llegaron á oídos del Papa Clemente y le movieron grandemente á risa. Hallábase en su presencia el cardenal Cibo (1), á quien el Papa contó las diferencias todas que hube tenido con ese obispo; luego, se volvió á un ministro suyo y le dijo

(1) El cardenal Inocencio Malaspina, arzobispo de Génova, hijo de una hermana de León X.

que de continuo me diera quehacer para el palacio. El mencionado cardenal Cibo mandó por mí, y después de muchos agradables razonamientos, me encargó de hacer un vaso grande, mayor que el del obispo de Salamanca; lo mismo hicieron el cardenal Cornaro (1) y otros muchos de aquellos cardenales, en particular Ridolfi (2) y Salviati (3); todos me dieron trabajo, de suerte que hube de ganar mucho. La señora Porcia supradicha me dijo que debía yo abrir un taller que fuese mío del todo; así lo hice y continué trabajando para aquella noble y buena dama, la cual me daba muchísima ganancia, y casi por su causa misma me manifestó al mundo como hombre de algún valer.

Estreché gran amistad con el señor Gabriel Ceserino, quien era gonfalonero de Roma; para este señor hice muchas obras. La más notable de ellas fué una gran medalla de oro para llevarla en el sombrero; dentro de esa medalla estaban esculpidos Leda con su cisne; y quedando muy satisfecho de mi trabajo, dijo que deseaba se hiciera tasar para pagármelo en su justo precio. Y como la medalla estaba hecha según los grandes principios del arte, los tasadores la estimaron en

(1) Marcos Cornaro, hijo de Jorge, hermano de la reina de Chipre, fué electo cardenal en 1492, después obispo de Padua, Verona y otras sedes.

(2) El cardenal Nicolás Ridolfi, florentino, sobrino de León X.

(3) El cardenal Juan Salviati era hijo de Jacobo Salviati, que fué gonfalonero en Florencia y se ve citado al fin del capítulo VI de este libro.

mucho más de lo que él imaginara; por lo que estando la medalla en sus manos, nada recibí en premio á mis afanes. Ocurrió igual caso con aquel medallón, que con el aguamanil del obispo de Salamanca. Y como estas cosas me quitan espacio para decir otras de mayor importancia, por eso brevemente las pasaré por alto.

XXVI.

En todo cuanto se sale de mi profesión, al querer describir mi vida, me cuesta sumo trabajo, no ya el describir minuciosamente algunas de tales cosas, mas tan solo sucintamente indicarlas.

Estábamos una mañana de nuestro San Juan comiendo juntos muchos paisanos de diversas profesiones, pintores, escultores, aurífices; entre los varios hombres notables, hallábanse el pintor Rosso, Juan Francisco, discípulo de Rafael de Urbino, y otros muchos. En aquel sitio á donde yo les había llevado, libremente reían y se motejaban todos, según puédesse colegir al estar juntos cierto número de hombres alegrándose con una tan espléndida fiesta.

Pasó por acaso un joven alocado y bravucón, á sueldo del Sr. Rienzo de Ceri. Al oír este ruido, haciendo befa; dijo muchas desvergonzadas palabras contra la nación florentina. Yo, que era cabeza de aquellos tan hábiles y honrados hombres, pareciéndome ser el ofendido, quedamente, y sin ser notado de nadie, me llegué á él,

que estaba con una ramera suya, y para hacerla reir, aún seguía en aquellos escarnios. Una vez á su lado, le pregunté si era él ese atrevido que osaba decir mal de los florentinos. En el acto repuso:

—Yo soy aquél.

Al oir tales palabras, levanté la mano dándole en el rostro, y dije:

—Pues yo soy éste.

Echamos mano á las armas uno y otro con valentía; mas no tan pronto comenzó tal brega, que no se metiesen muchos de por medio tomando más presto mi partido que el contrario, visto y oído que yo tenía la razón. El día siguiente recibí de su parte un cartel de desafío para combatir con él, lo cual acepté con grande gozo, diciendo que esta empresa me parecía harto más fácil de terminarla muy presto, que aquellas otras de mi arte; y en el acto fuí á verme con un veterano llamado Bevilacqua, quien tenía fama de haber sido la primera espada de Italia, por haberse encontrado más de veinte veces metido en lances en campo abierto (1) y haber salido siempre con honor. Este hombre de bien era muy mi amigo, que me conoció por méritos de mi arte, y hasta había mediado en ciertas terribles cuestiones entre yo y otros. Por lo cual jocosamente me dijo:

—Bienvenido mío, si tuvieras que habértelas con el

(1) *Campo abierto ó liza franca*, era un espacio de terreno vallado abierto para los duelos, justas y torneos, con franquicia para los combatientes de no incurrir en pena alguna, cualquiera que fuese el resultado de la lucha (GRASSE).

mismo Marte, cierto estoy de que saldrías con honor, pues en tantos años como te conozco jamás te ví moverte á contienda sin razón.

Por tanto, tomó sobre sí mi empresa y, conducido al sitio, con las armas en la mano, sin correr la sangre, dándome excusas mi adversario, salí con mucho honor de tal empresa.

No hablaré de otros particulares, que, si bien serían gratisimos de referir en su género, quiero reservar mis palabras para ocuparlas en mi arte, que es quien me ha movido á escribir, y en ella tendré que decir también demasiado. Aunque llevado de una noble emulación, y deseoso de hacer alguna otra obra que alcanzara y aun excediera á las del mencionado habil artífice Lucas Ángel, no por eso me aparté de aquel mi hermoso arte de las joyas; de modo que de entrambas recibía suma utilidad y más honor, y en una y otra ocupaciones trabajé cosas diversas de las de los demás.

Por aquel entonces había en Roma un habilísimo perugino llamado Lauticio, el cual trabajaba en una sola profesión y en ella era único en el mundo. Sucede que en Roma cada cardenal tiene un sello donde va impreso su título, y estos sellos se hacen grandes, como toda una mano de muchacho de casi doce años; según ya he dicho arriba, en ella se esculpe el título del cardenal, y en él intervienen muchísimas figuras; págase uno de estos sellos, bien hecho, cien y más de cien escudos.

También á este hábil hombre tenía yo una honesta

envidia; si bien este arte se aparta mucho de las otras que intervienen en la aurificería, porque este Lautizio, práctico en el arte de los sellos, no sabía hacer otra cosa alguna. Puesto yo á estudiar asimismo este arte, aun cuando lo encontré difícilísimo, no me cansaron las fatigas que me diera, pues de continuo atento estuve á ganar y aprender. También había en Roma otro excellentísimo hombre de mérito, milanés, llamado el señor Caradosso (1). Éste sólo labraba pequeñas medallas cinceladas hechas de chapa, y otras muchas cosas. Hizo algunas cruces trabajadas en medio relieve, y ciertos Crucifijos de á palmo, formados con sutilísimas chapas de oro y tan bien labrados, que lo reputé por el mayor maestro que nunca en tales cosas hubiera yo visto, y de él más que de ningún otro tuve envidia. Además, había otros maestros que trabajaban medallas hechas en acero, las cuales son las madres y la guía verdadera para quienes quisieren saber batir muy bien las monedas. Todas estas diversas profesiones, con grandísimo estudio me puse á aprenderlas.

Acometí también el hermoso arte del esmalte, que no lo ví hacer bien á otros sino á un florentino llamado Amérigo, á quien no conocí; pero bien conocidas tengo sus maravillosísimas obras, las cuales en parte alguna del mundo, ni por ningún hombre, ví que se llegase ni de muy lejos á tal divinidad. También á este ejercicio difícil en grado sumo (con respecto al

(1) Ambrosio Foppa, llamado el Caradosso (cara de oso).

fuego, que, terminado lo mayor del trabajo, por último interviene y muchas veces lo estropea y arruina), aun á esta diversa profesión con todo mi poder me puse; y si bien la encontré muy difícil, era tanto el placer mío en ella, que dicha gran dificultad parecíame como si reposo fuese para mí; y esto procedía del manifiesto don que Dios me otorgaba de una tan buena y bien proporcionada complexión de natura, que liberalmente prometíame lograr de ella cuanto me viniese en ánimo de hacer. Estas profesiones mencionadas son asaz diversas la una de la otra; de modo que quien ejerce bien una de ellas y quiere ejercitar las otras, casi ninguno sobresale como en aquella que bien ejerciera; y eso no obstante, ingeniándome yo con todas mis fuerzas, trabajé igualmente en todas estas profesiones, y en su lugar mostraré haber hecho tal cosa como digo.

XXVII.

Por este tiempo, siendo aún yo un joven de cerca de veintitrés años, se sintió un morbo pestilencial tan sutil, que en Roma morían muchos millares todos los días. Un poco espantado de esto, comencé á entregarme á ciertos placeres, como me dictaba el ánimo, motivados por alguna cosa que diré. Los días de fiesta recorría afanoso las antigüedades, copiando de ellas ya con cera, ya con dibujo; y como son ruinas

todas estas antiguallas y bajo de esas ruinas anidan muchísimas palomas, vínome el deseo de disparar contra ellas la escopeta; de modo que por huir del trato, asustado por la peste, ponía una escopeta en el hombro de mi Paulino, y sólo él y yo á las citadas ruinas nos encaminábamos. Seguía-se de esto el volver muy á menudo cargado de gordísimas palomas. No me placía poner en mi escopeta sino una sola bala, y así por verdadera habilidad en aquel arte lograba mucha caza. Tenía una escopeta aderezada por mi mano, que dentro y fuera no hubo espejo que más relumbrase. También hacía por mi mano finísima pólvora para tirar, en la cual encontré los más curiosos secretos que de entonces á hoy hayan sido por ningún otro hallados; y de esto, por no extenderme mucho, sólo daré un signo para hacer maravillarse á los peritos en tal profesión. Y era, que con la quinta parte de la bala, en peso, de mi pólvora, dicha bala recorría doscientos pasos hacia el punto en blanco.

Aun cuando el sumo placer que hallaba con esta mi escopeta daba trazas de desviarme del arte y de mis estudios, aunque esto fuera verdad, por otro modo devolvíame con exceso mucho más de lo que me quitaba: la razón de ello era que todas las veces que iba de caza mejoraba mi vida grandemente, porque el aire libre me favorecía lo mejor. Siendo yo por natura melancólico, cuando me daba á estos placeres, en el acto confortábase el corazón y me volvía más entero y hábil que cuando de continuo estaba en mis estudios y

ejercicios; de modo que á la postre la escopeta me estaba en ganancia más que en pérdida.

También, mediante este placer mío, había trabado amistades con ciertos rebuscadores, los cuales seguían los pasos de ciertos aldeanos lombardos que á su debido tiempo venían á Roma para cavar las viñas. Al remover éstos la tierra encontraban siempre medallas antiguas, ágatas, plasmos, cornalinas, camafeos; también hallaban gemas, es decir, esmeraldas, zafiros, diamantes y rubíes. Estos rebuscadores de tales villanos lograbanse algunas veces por poquísimo dinero con estas cosas sobredichas; á quienes yo alguna y aún muchas veces, acercándose los buscones, dábales bastantes escudos de oro por lo que apenas comprado habían por otros tantos julios. Sin contar la gran ganancia que yo lograba, y era el diez ó más por uno, estas cosas me hacían bien acepto á casi todos aquellos cardenales de Roma. Solo diré acerca de esto algunas de las cosas notables y más raras.

Cayó en mis manos, entre tantas otras, una cabeza de delfín tamaña como una grande haba de comicios. No obstante de ser esta cabeza bellísima entre las demás, la natura superaba en ella al arte; porque aquella esmeralda era de tan buen color, que quien me la compró en una decena de escudos la hizo á comodár al uso de las piedras que suelen llevarse en los anillos, y así engarzada, la vendió en centenares.

Otro género de piedra fué una cabeza del más hermoso topacio que jamás en el mundo se viera, y en

quien el arte igualaba á la natura; era tamaña como una avellana gorda, y la cabeza, tan bien hecha cuanto imaginarse pueda, representaba á Minerva.

Otra pieza diversa de éstas era un camafeo, y en él esculpido un Hércules amarrando al trifauce Cerbero; tenía tanta belleza y tan hábilmente hecho estaba, que nuestro gran Miguel Angel hubo de exclamar no haber visto nunca cosa alguna tan maravillosa.

También entre muchas medallas de bronce adquirí una, en la cual estaba la cabeza de Jove. Esta medalla era más grande que todas cuantas visto había hasta entonces; la cabeza estaba tan bien hecha, cuanto en otra tal medalla nunca se vió; tenía un bellissimo reverso con algunas figuritas tan bien hechas como aquella. Sobre esto tendría que hablar muchas grandes cosas, mas no quiero extenderme, por no ser difuso en demasía.

XXVIII.

Según de suso dije, era comenzada la peste en Roma: bien que quiero volver un poco atrás, por eso no me saldré de mi propósito.

Llegó á Roma un grandísimo cirujano, el cual se llamaba maestro de Carpi (1). Este hombre de mérito, entre

(1) Santiago Berenguer de Carpi, médico y cirujano bastante habil, de quien se dice que fué el primero en hacer uso del mercurio contra la sífilis.

sus otras medicaciones, emprendió ciertas desesperadas curas de mal gálico. Y como estos males en Roma son muy amigos de los clérigos, máxime de aquellos más ricos, dándose á conocer este hombre de talento, por virtud de ciertos perfumes mostraba sanar maravillosamente esa tal enfermedad; pero quería estipular antes de comenzar la curación, los cuales pactos se contaban por centenares y no por decenas.

Tenía este hombre de mérito mucha inteligencia en el dibujo. Pasando un día por acaso delante de mi tienda, vió al azar ciertos diseños que había yo hecho antes, entre los cuales se contaban muchos fantásticos vasillos que por mi gusto había dibujado. Estos tales vasos eran muy diversos y varios de todos aquellos que hasta aquella edad habíanse visto. Quiso el maestro Jacobo que yo se los hiciese de plata; los cuales hice con la mejor voluntad, por ser conformes á mi capricho. Con todo de hábérme los pagado muy bien el susodicho notable hombre, fué cien veces más grande el honor que me recabaron; porque en el arte de los hábiles aurífices, díjose no haberse nunca visto cosa más bella, ni en todos sus detalles mejor acabada. No tan pronto se los entregué, como aquel hombre mostróselos al Papa, y al otro día después fué con Dios.

Era muy literato, y maravillosamente hablaba de la Medicina. El Papa quiso retenerle á su servicio, y aquél hombre dijo que no quería estar al servicio de nadie en el mundo, y que quien de él necesitara, fuese en su busca. Era persona muy astuta, y cuerdamente obró al

marcharse de Roma, pues no muchos meses después, todos aquellos á quienes él había medicado, encontráronse tan mal, que cien veces peor que antes estuvieron: habría sido muerto si lo hubieran pillado.

Manifestó mis vasillos á muchos señores, entre otros á su excelencia el Duque de Ferrara (1); y dijo haberlos habido de cierto gran señor en Roma, á quien él dijera que si quería ser curado de su enfermedad tenía que darle aquellos dos vasitos; que el tal señor le había dicho que eran antiguos, y que de gracia le pidiese cualquiera otra cosa, lo cual no le parecía mucho para dárselo, en cambio de que aquellas las dejara; añadió haber hecho ademán de no querer medicarlo, y así los obtuvo. Esto me lo dijo en Ferrara el Sr. Alberto Bendedio, y con grande aparato me mostró ciertas copias en barro; á lo cual, me eché á reir y nada dije; por lo que el Sr. Alberto Bendedio, que era hombre soberbio, indignado me dijo:

—¿Te ríes, eh? Pues yo te digo que de mil años acá no ha nacido hombre que sepa solamente imitarlos.

Mas yo, por no quitarles aquella reputación, permanecí silencioso y estupefacto los admiré. Me fué dicho en Roma por muchos señores acerca de esta obra, que les parecía milagrosa y antigua (algunos de éstos eran amigos míos), y envanecido yo de tal trabajo, confesé haberlo hecho. No quisieron creerlo, por lo cual, queriendo permanecer verídico para con aquellos

(1) Alfonso I de Este.

tales, hube de dar testimonio y hacer nuevos diseños; que aquél no bastaba, por haber astutamente el ya dicho maestro Jacobo llevádose los antiguos dibujos. Con estas pequeñas obritas adquirí bastante.

XXIX.

Prosiguiendo después la peste muchos meses, habíame habituado á ella al ver que eran muertos muchos de mis compañeros, mientras había yo quedado sano y salvo. Una noche, entre otras, aconteció que un compañero asociado mío, trajo á cenar en casa á una meretriz boloñesa, que se llamaba Faustina.

Era esta una mujer bellísima, pero de casi treinta años, y tenía consigo una jovencita de trece á catorce. Por ser la mencionada Faustina cosa de mi amigo, por todo el oro del mundo no la hubiera tocado. Con todo que ella decía estar de mí muy enamorada, constantemente observaba fidelidad á mi amigo; mas luego que se fueron á su lecho, yo robé aquella criadita, la cual estaba nueva sin estrenar, que ¡ay de ella, si su ama lo hubiera sabido! Así, pues, la gocé gratísimamente aquella noche, con mucha mayor satisfacción mía que hubiese tenido con su ama Faustina.

Acercándose la hora de desayunar y rendido yo, que muchas millas había caminado, al querer tomar el alimento acometióme un gran dolor de cabeza, con mu-

chas bubas en el brazo izquierdo, manifestándose un carbunco en la muñeca de la mano izquierda, por la parte de afuera. Espantáronse todos en casa. Mi amigo, la p.... grande y la pequeña. todos huyeron; por donde vine á quedar sólo con un pobre mancebillo mío, que no quiso dejarme; sentí desfallecérseme el corazón y me tuve en verdad por muerto. En esto, pasando por la calle el padre de aquél mi aprendiz, quien era médico del cardenal Iacopacci (1) y á sueldo suyo estaba, dicho mancebo dijo á su padre:

—Venid, padre mío á ver á Bienvenido, el cual con alguna indisposición yace en el lecho.

No pensándose qué pudiera ser esa indisposición, entró á verme en el acto y, tomándome el pulso, vino á comprender lo que hubiese querido que no fuera. Súbito volvióse al muchacho y exclamó:

—¡Oh, hijo traidor y fementido, me has arruinado! ¿Cómo puedo ya ir á la presencia del Cardenal?

A lo que el niño repuso:

—Mucho más vale, padre mío, éste mi maestro, que cuantos cardenales tiene Roma.

Entonces el médico se dirigió á mí, diciéndome:

—Pues que ya estoy aquí, quiero medicarte; sólo de una cosa has de estar advertido y es, que si usaste del coito, peligras de muerte.

A lo cual repliqué:

(1) Debe de ser Domingo de Cristobal Iacopacci, auditor de la Rota y luego cardenal, en Julio de 1517.

—Hélo usado esta noche.

A esto dijo el médico:

—¿En qué criatura y cuándo?

Y yo le dije:

—En una muy moza doncellica, y la pasada noche.

Entonces, advertido de las imprudentes palabras que empleó, díjome en seguida:

—Tanto por ser recientes las bubas, que aún no hien-den, cuanto por llegar á buena hora el remedio, no hayas temor, que yo espero de todos modos curarte.

Medicinóme y partióse súbito; compareció luego un carísimo amigo mío, llamado Juan Rigogli, el cual, apiadándose de mi gran mal y de hallarme tan sólo, abandonado por mi compañero, dijo:

—No dudes, Bienvenido mío, de que yo me aparte de tí hasta que al fin te vea curado.

Dije á este amigo que no se acercase á mí, por-que estaba desahuciado. Rogábale tan sólo que tuviere por bien coger cierta buena cantidad de escudos que estaban en una cajita cercana de mi lecho, y después de que Dios me hubiese quitado del mundo, mandase aquellos para dar á mi pobre padre, escribiéndole afa-blemente cómo también yo había seguido la usanza que prometía aquella rabiosa estación. Mi caro amigo me dijo que en modo alguno quería partirse de mí; y que respecto de aquello que después ocurriese en una ú otra manera, sabía muy bien lo que era conveniente hacer por el amigo. Y así pasamos adelante con ayu-da de Dios; y con los maravillosos remedios eomen-

zando á tomar grandísimo alivio, presto escapé con bien de aquella tan grave enfermedad.

Teniendo aún abierta la llaga, dentro el lechino y encima una compresa con unguento, marché ginete en un potrillo que yo tenía sin domar. Los pelos de éste eran largos más de cuatro dedos; era tamaño como un oso grande, y á la verdad que un oso parecía. Sobre él fuíme en busca del pintor Rosso, el cual estaba fuera de Roma, hacia Civitavecchia, en un lugar del conde de la Anguillara, llamado Cervetera (1). Y habiendo hallado al Rosso mío, que hubo de ello la mayor alegría, le dije:

—Vengo á hacer contigo lo que conmigo hiciste ha tantos meses.

Echóse de pronto á reir, y abrazándome y besándome después, me dijo que por amor al conde hubiese yo disimulo. Así felizmente y alegre, con buenos vinos y óptimos manjeres regalado por el dicho conde, muy cerca de un mes allí me estuve; y todos los días andábame solito á orillas del mar, donde me bajaba y hacía grande acopio de las más diversas piedrezuelas, de conchas y caracolitas raras y lindísimas. El postrero día, que de entonces más no volví allá, asaltáronme muchos hombres, los cuales, disfrazados, habían descendido de una fusta (2) de moros. Y pensando lograr con maña

(1) Pueblo donde estuvo primitivamente la antigua ciudad de Cere (Céres), tres leguas distante de Bracciano.

(2) Fusta: embarcación ligera, cual usaban entonces los piratas en sus correrías, y aún usan los de nuestro archipiélago malayo con el nombre de juncos ó vintas.

apretarme en cierto mal paso, por el cual parecía imposible no caer en manos de ellos, cabalgué rápido en mi caballejo, resuelto á ir al peligroso paso donde verme abrasado ó herido (1), que poca esperanza vía de escapar á uno de los modos; como Dios quiso, el potranco, que era cual de suso dije, saltó lo que es imposible de creer, y viéndome yo en salvo, dí gracias á Dios. Se lo narré al conde; dió el alarma; vióse la fusta en el mar. Al otro día después, sano y salvo me torné á Roma.

XXX.

Era ya casi cesada la peste; de modo que, quienes encontrábanse vivos, muy alegremente unos á otros se festejaban. De aquí nació una compañía de pintores, escultores y aurífices, la mejor que hubiese habido en Roma; y el fundador de aquesta compañía fué un escultor, de nombre Miguel Angel.

Este Miguel Angel era sienés y hombre de ingenio tal, que podía citarse entre todos los demás de esta profesión; pero sobre todo, era este hombre el más alegre y afectuoso que nunca se conoció en el mundo. De aquesa dicha compañía él era el más viejo, si bien el más joven en lo que atañe al vigor corpóreo.

Nos juntábamos con frecuencia; por lo menos dos

() Quiere decir: en la alternativa de un disparo ó de ser lanzado al mar.

veces á la semana. No quiero callar que en esta nuestra compañía, estaban los pintores Julio Romano y Juan Francisco (1), maravillosos discípulos del gran Rafael de Urbino. Habiéndonos reunido muchas veces, parecióle bien á nuestro guía que el siguiente domingo fuésemos á cenar á su casa, y que cada uno de nosotros se obligase á llevar consigo su corneja, que tal nombre habíalas puesto el susodicho Miguel Angel; y que quien no la llevara, fuese obligado á pagar una cena para toda la compañía. Quienes de nosotros no tenían práctica de tales mozas del partido, con no flojas empresas y molestias suyas hubo de tener que proveerse, para no quedar corrido en aquella valiente cena. Yo, que me pensé hallar bien provisto con una muy bella joven, llamada Pantasilea, la cual grandemente enamorada estaba de mí, víme forzado á otorgársela á un mi carísimo amigo, de apodo el Bachiacca (2), quien había estado y aún estaba muy amoricado de ella. En el fondo de este caso bullía una miaja de amoroso desdén, pues visto que á la primera palabra se la concedí al Bachiacca, pareció á esta mujer que muy poca cuenta hacía yo del grande amor que ella me tenía; de donde se originó una gravísima ocurrencia, por querer ella vengarse de la injuria de mí recibida, cosa que luego diré en su lugar.

Comenzaba á sobrevenir la hora de presentarse en

(1) Juan Francisco Penni, florentino, llamado el *Fattore*, mencionado por Cellini, en los párrafos XIX y XXVI.

(2) Francisco de Ubertino Verdi, llamado el Bachiacca.

la valiente cena, cada uno con su corneja, y yo me encontraba sin ella, pareciéndome no parvo error el que me faltase una tan estúpida cosa. Y lo que más me preocupaba era que yo no quería llevar bajo mis auspicios entre aquellos tales ingenios, á cualquiera desplumada cornejucha; pensé en una farsa que allegase á la alegría mayores risas. Así, pues, me resolví y llamé á un jovenzuelo de dieciseis años de edad, el cual moraba cerca de mí: era hijo de un latonero español.

Este joven aprendía las letras latinas y era muy estudioso; llamábase Diego. Era de gallarda persona y maravillosa encarnación; el perfil de su cabeza era bastante más hermoso que el de aquel antiguo Antino (1), y muchas veces lo había yo copiado, con grande honor para las obras mías. No se trataba con nadie, de modo que no era conocido. Vestía muy mal, y á caso hecho; enamorábanle tan solo sus deleitosísimos estudios. Le llamé á mi casa y le rogué se dejase adobar con aquellas vestimentas femeniles que allí estaban aparejadas. Fácil estuvo en venir á ello y presto se vistió; mas yo, con muy bellas suertes de atavíos, más presto añadí grande belleza á su hermoso rostro. Púsele dos aretes en las orejas, con dos lindas y gruesas perlas dentro (dichos anillos estaban rotos y sólo comprimían las orejas, las cuales parecían hallarse horadadas); después le eché al cuello preciosísimas garganti-

(1) *Antino*, Antinóo: bello adolescente favorito del emperador Adriano.

llas de oro y ricos joyeles; también le adorné con sortijas las bien modeladas manos. Luego, tomándolo jocosamente por una oreja, condújele ante un gran espejo mío.

El cual joven, al verse, dijo con suma osadía:

—¡Ay de mí! ¿Es Diego aquél?

Entonces yo le dije:

—Aquél es Diego, de quien jamás requerí suerte alguna de complacencia; solo ahora suplico á aquél Diego que me complazca en honesto placer, y es que con ese propio atavío quiero que se venga á cenar con aquella talentosa compañía de que tantas veces le tengo hablado.

El joven honesto, virtuoso y sabio, vuelto en sí de aquel atrevimiento, clavó en el suelo los ojos y se estuvo una pieza sin decir cosa alguna; luego de un instante, alzando la cabeza, dijo:

—Con Bienvenido vengo, vamos ahora.

Púselé en la cabeza una gran mantilla de toalla, la cual se llama en Roma una toca de estío (1): llegado que hubimos al sitio (donde había comparecido cada cual), salieron todos al encuentro: dicho Miguel Ángel estaba colocado en medio de Julio y Juan Francisco. Quitado el velo de mi hermoso figurante, Miguel Ángel (que como llevo dicho era lo más chancero y chusco que imaginarse pueda) agarróse por entrambas manos, con una á Julio y con la otra á Juan Francisco, tiró de ellos cuanto pudo para hacerlos bajarse, y él, rodillas en tie-

(1) *Panno di state*; literalmente, lienzo, tela ó paño de verano.

rra, pedía misericordia y clamaba á todas las gentes, diciendo:

—¡Mirad, mirad cómo son hechos los ángeles del Paraíso, que con todo de llamarse ángeles, ved que entre ellos hay también ángeles!

Y cantando decía:

¡Oh angel bella, oh angel digna,
Tú me salva y tú me signa!

Á estas palabras la plácida criatura alzó riendo la diestra mano y les echó una bendición papal, con muy jocosas palabras. Enderezándose entonces, Miguel Ángel dijo que al papa se le besaban los pies, mas á los ángeles se les besaba en las megillas: y hecho así, como grandemente se ruborizase el joven, por esa causa acrecentóse aún más su grandísima belleza.

Prosiguiendo adelante, la estancia estaba llena de sonetos, que cada uno de nosotros había hecho. El joven comenzó á leerlos y los leyó todos: crecieron con esto tanto sus infinitos hechizos, que sería imposible decirlo. Siguiéronse después muchos razonamientos y sorpresas, acerca de los cuales no quiero extenderme, porque no estoy aquí para esto. Sólo unas palabras me acuerdo de referir, porque las dijo aquel maravilloso pintor Julio, el cual diligentemente había girado la vista á cuantos en torno de él estaban, fijándola más en las mujeres que en otras cosas, y vuelto á Miguel Ángel, así habló:

—Mi amado Miguel Ángel, aquel vuestro nombre de

cornejas hoy á éstas bien les cuadra, y aún son algo menos bellas que cornejas, si con uno de los más hermosos pavones que imaginarse pueda se comparan.

Estando dispuestas y en orden las viandas, y queriendo ponerse á la mesa, Julio pidió por gracia que anhelaba ser él quien á la mesa nos pusiese. Concedido por todos, tomó de la mano á las damas, las acomodó á todas por dentro de la mesa y á la mía en medio; después á todos los hombres colocó de la parte de afuera y á mí en medio, diciendo tener yo merecido el más grande honor. Había allí para espaldera de las damas un entretejido de jazmines naturales y lindísimos, el cual formaba un tan precioso fondo para aquellas mujeres, que imposible sería con palabras encarecerlo. Así continuamos cada uno de la mejor voluntad aquella opípara cena, la cual era abundantísima hasta el extremo.

Después que hubimos cenado, hubo un poco de admirable música de voces con instrumentos acordadas. Como cantaban y tocaban con papeles delante, mi hermosa fingida pareja pidió cantar su parte; y como trataba la música aún mejor que las otras cosas, causó tanto asombro, que los razonamientos de Julio y Miguel Ángel ya no eran jocosos á la manera que al principio, sino todos ellos con palabras graves, sólidas y llenas de admiración. Tras de la música, un cierto Aurelio Ascolano (1), que estupendamente improvisaba, comenzó á

(1) Aurelio Ascolano, probablemente es el poeta Eurialo de Ascoli, amigo de Caro, de Molza y del Aretino.

loar á las mujeres: y mientras que éste cantaba, aquellas dos que en medio de ellas tenían á mi fingida belleza, no dejaron un punto de charlar. Ya decía la una de qué modo le aconteciera rematar en mal; ya preguntaba la otra á mi acompañante cómo le hubo sucedido á ella, quiénes eran sus amigos, cuánto tiempo hacía que era llegada á Roma, con otras muchas cosas á éstas semejantes. En verdad que si sólo hubiese yo de describir tales jocosidades, muchos incidentes narrara que allí ocurrieron, promovidos por aquella Pantasilea que de mí tan enamorada estaba; mas por no caber dentro de mi propósito, los paso por alto.

Fastidiado por los despropósitos de aquellas necias mujeres, enderezados á mi fingida amada, á quien Pomona habíamos puesto por nombre, la susodicha Pomona, queriendo cortar aquellos disparatados razonamientos de las tales, hacía contorsiones retorciéndose ora hacia un lado, ora hacia el otro. Aquella mujer que llevado había Julio, preguntóle si notaba alguna molestia. Dijo que sí, que creía estar preñada de algunos meses y que sentía molestia en la madre que hay dentro del vientre. En el acto moviéronse á lástima de Pomona las dos mujeres en medio de las cuales estaba, y echándole mano á esta parte del cuerpo se encontraron con que era varón. Retirando de él con presteza las manos, y con injuriosas palabras, cuales acostúmbrense á decir á los barbilindos mancebos, alzáronse de la mesa; creció de pronto el vocerío, y con grande risa y asombro, el fiero Miguel Ángel pidió á todos licencia

para poderme imponer á su modo una pena. Díchole que sí, con grandísimos gritos me levantó en vilo diciendo:

—¡Viva el señor! ¡viva el señor!

Y dijo que aquella era la condena por mí merecida, al haber tenido tan graciosa ocurrencia. Así tuvieron término la chistosísima cena y la jornada, y cada oveja fué con su pareja de retorno á su casa.

XXXI.

Si quisiera yo describir precisamente cuáles y cuántas eran las muchas obras que á diversas clases de personas hice, habría de ser largo en extremo mi relato.

Por ahora no se me ocurre decir otra cosa sino que curaba con toda solicitud y diligencia de hacerme práctico en aquella diversidad de artes diferentes de que arriba llevo hecho mérito. Así de continuo en todas ellas trabajaba, mas no habiéndome aún venido en mientes ocasión para describir alguna obra mía notable, espero manifestarlas en su lugar oportuno, que presto vendrá. El mencionado Miguel Ángel, escultor sienés, labraba por aquel tiempo el sepulcro del difunto papa Adriano. Julio Romano, el pintor ya dicho, fué á servir al marqués de Mantua (1).

(1) Federico Gonzaga, marqués de Mantua, hecho después duque por Carlos V en 1530.

Los otros compañeros se retiraron, quién acá, quién acullá, para sus menesteres: de modo que la susodicha alegre compañía deshízose casi toda. Por aquel tiempo allegué ciertos pequeños puñalitos damasquinos, y era de hierro el mango como la hoja: también la vaina era igualmente de hierro. En estas dichas cosas había entalladas por obra de cincel multitud de follajes al modo turquesco, muy pulidamente repujados de oro; lo cual me incitó sobremanera al deseo de probar á dedicarme á profesión tan diversa de las otras, y viendo que me salían muy bien, hice muchas obras. Eran éstas mucho más bellas y estables que las turcas, por muy diversas causas. Consistía una, en que en mis aceros cincelaba yo con mucha profundidad y de manera que la anchura fuese mayor en el fondo que en la superficie (*a sottosquadro*), cosa no usada en las labores damasquinadas. Otra consistía en que las hojarascas turquesas no son más que hojas de *gichero* (1) con algunas flores de girasol; si bien tienen alguna gracia, no para agradar de continuo, como lo hacen nuestros follajes.

Cierto es que en Italia tenemos diversos modos de hacer follajes, pues los lombardos los hacen bellísimos simulando hojas de yedra y de viburno con caprichosos giros, los cuales sobremanera place ver. Los toscanos y romanos tienen mucha mejor elección en este género, porque contrahacen las hojas de acanto, llamado mano-

(1) Planta de hojas lisas, pintada de manchas blancas ó negras, que produce bayas de un rojo vivo.

de-oso, con sus aristas y flores girando de modos diversos; y entre tales hojarascas hacen muy buen acuerdo algunos pajarillos y otros animales, cual se ve en quienes tienen buen gusto. Parte pueden observarse naturalmente en las mismas flores silvestres, como son las que se llaman boca-de-león, que así parecen algunas flores, acompañadas con otras bellas fantasías caprichosas de aquellos hábiles artífices, las cuales son llamadas grotescos (1) por quienes no saben. Esos grotescos han recibido tal nombre de los modernos por haberlos hallado los estudiosos en cierta cavernas de la tierra en Roma, las cuales eran antiguamente aposentos, estufas, estudios, salas y otras cosas por este orden. Dichos estudiosos los hallaron en esta clase de lugares cavernosos por haberse levantado desde los antiguos acá el terreno y haber permanecido aquéllos en bajo, y como el vocablo con que se llaman estos lugares en Roma es el de grutas (*grotte*), de ahí el haber adquirido tales objetos el nombre de grotescos ó grutescos. El cual no es su nombre: así como los antiguos se complacían en engendrar monstruos yaciendo con cabras, vacas y yeguas, y á lo que nacía de estas mezcolanzas lo llamaban monstruos, así también aquellos artífices hacían con sus follajes esta suerte de monstruos, siendo su verdadero nombre el de monstruos y no el de grotescos. Haciendo yo de esta suerte hojaras-

(1) La voz castellana *grotesco* es castiza por uso, aunque su etimología sea la voz italiana *grotta* (gruta). Y, sin embargo, debiera decirse *grutesco*, derivandolo de *gruta*.

cas repujadas del supradicho modo, resultaban mucho más bellas de ver que las turquescas.

Aconteció al mismo tiempo que en ciertos vasos, los cuales eran urnitas antiguas llenas de cenizas, entre esa ceniza encontráronse ciertos anillos de hierro repujados de oro, decorados por los antiguos, y en cada uno de ellos engastado un camafeo de piedra ónice (*nicolino*).

Investigado el por qué, aquellos doctos dicen que estos anillos los llevaban quienes querían tener el pensamiento fijo en algún raro accidente á ellos acaecido, así en bien como en mal. Á requisición de ciertos señores muy amigos míos, púseme á ello é hice algunos de estos anillitos; pero los hacía de acero bien purgado, y después de bien cincelados y repujados de oro tenían un ver muy hermoso; y hasta hubo anillo de éstos, que sólo yo hice, que me valiera más de cuarenta escudos.

Usábanse por aquel tiempo algunas medallitas de oro, gustando cada señor y caballero de hacer esculpir en ellas un capricho suyo ó una divisa, y las llevaban en los birretes. De estas obras hice bastantes, y eran muy difíciles de hacer. Como quiera que el muy hábil artífice de quien hablé antes, llamado Caradosso, hizo algunas y, por tener más de una figura, no quería menos de cien escudos de oro cada una; á causa no tanto del precio cuanto de su tardanza, llamáronme á su presencia ciertos señores, para quienes hice, entre otras, una medalla en competencia con ese gran artista, en la cual había cuatro figuras, para las que me afané mucho.

Ocurrió que dichos gentilhombres y señores, poniéndola junto á la del maravilloso Caradosso, dijeron que la mía era bastante mejor hecha y más bella, y que pidiese lo que yo quisiere por mi trabajo; pues habiéndoles yo satisfecho tan bien, querían ellos satisfacerme otro tanto. A lo cual dije que el mayor y mejor premio ambicionado para mis fatigas era el de igualar en precios á tan insigne hombre; y que si á sus señorías parecían así, muy bien pagado me conceptuaba con eso. Partíme en seguida, y aquéllos me enviaron un instante después un tan liberalísimo presente que, quedando yo contento y animado al extremo para trabajar con esmero, fué causa de lo que en lo porvenir se advertirá.

XXXII.

Aun cuando en verdad me aparte un poco de mi profesión, quiero narrar algunos enojosos accidentes acaecidos en esta mi trabajada vida.

Más atrás referí lo de cierta alegre compañía y las jocosidades ocurridas por cuenta de aquella mencionada mujer Pantasilea, la cual me tenía un falso y fastidioso amor; é indignada conmigo muy grandemente por causa de las burlas en que durante cierta cena intervino Diego, el español susodicho, juró vengarse de mí, de lo cual nació una ocasión, que describiré, donde corrió mi vida grandísimo peligro.

Y fué, que viniendo á Roma un mozalvete llamado

Luis Pulci, hijo de un Pulci á quien cercenaron la cabeza por haber yacido con su hija, el referido joven tenía maravillosísimo ingenio poético y conocimiento de las buenas letras latinas, escribía bien, era agraciado y sobremanera hermoso de formas, habíase apartado de no sé qué obispo, y estaba plagado todo él de morbo gálico. Cuando este mancebo estaba en Florencia, las noches de estío había en algunos sitios de la ciudad tertulias en las mismas calles, donde este joven entre los mejores figuraba para cantar improvisando; era tan bello su canto, que el divino Miguel Angel, excelentísimo escultor y pintor, siempre que sabía dónde se encontraba aquél, con muy gran deseo y no menos placer iba á escucharlo. Cierta artífice muy hábil, llamada el Piloto, y yo, le hacíamos compañía. De este modo sucedió el conocimiento entre Luis Pulci y yo.

Después de pasar muchos años, se me presentó mal portado en Roma, suplicándome por amor de Dios que le prestase mi ayuda. Movidó á compasión por su gran mérito, por amor á nuestra común patria, y por ser esto conforme á mi natural, condújelo á casa y lo hice medicar, de guisa que por ser joven, pronto recobró la salud. Al paso que en ésta iba adelantando, estudiaba de continuo, y yo le había ayudado á proveerse de muchos libros según mis posibles; de suerte que reconocido este Luis al gran beneficio que yo le otorgara, muchas veces, de palabra y con lágrimas, mostraba agradecérmelo, diciéndome que si Dios le presentase algún caso en adelante por ventura, me rendiría el jutos

galardón que por tales beneficios hechos tenía yo merecido. A lo cual repuse, que yo no hice por él aquello que quise, mas tan sólo lo que pude; y que era deber de las criaturas humanas el de asistirse unas á otras; no más le recordaba sino aqúeste beneficio que hecho le había lo devolviese á otro que de él necesitara tanto como él de mí lo hubo de menester; que me quisiese como buen amigo y por tal me tuviera.

Comenzó este joven á practicar la corte de Roma, en la cual presto halló alojamiento acomodándose con un obispo, hombre de ochenta años, llamado el obispo Gurgense (1). Este obispo tenía un sobrino, que se llamaba señor Juan, gentilhombre veneciano; este dicho señor Juan demostraba estar grandemente enamorado de los talentos de Luis Pulci, y so capa de estos méritos, se le había hecho tan familiar como si fueran uno mismo. Habiendo hablado Luis de mí, y de lo muy obligado que él me estaba, fué causa de que dicho señor quisiera conocerme. En tal punto sucedió que habiendo yo dispuesto una noche un festín en obsequio de la renombrada Pantasilea, á la cual cena invité á muchos artistas amigos míos, precisamente cuando íbamos á sentarnos á la mesa, presentáronse los supradichos señor Juan y Luis Pulci, quienes tras de algunas cortesías se quedaron á cenar con nosotros.

Visto por aquella meretriz el bello joven, en seguida

(1) Gerónimo Balbo, veneciano, obispo de Gurchk en Carinthia.

se le echó encima de intento; por lo cual concluído que se hubo la alegre cena, llamé aparte á Luis Pulci, diciéndole que, por cuanta obligación se había jactado de tener para conmigo, no buscase en modo alguno el comercio con aquella meretriz. A esas palabras exclamó:

—¡Ay de mí, Bienvenido mío! ¿Tenéisme, pues, por un insensato?

A lo cual repliqué:

—No por insensato, sino por joven.

Y por Dios, juré que de ella no me curaba en el mundo, mas que de él me dolería mucho tener por ella que retorcerle el pescuezo. Entonces juró, imprecando á Dios, que si él volviere á hablarla jamás, que en el acto le rompiera el pescuezo.

Este pobre joven debió de hacer el juramento á Dios con todo su corazón, pues hubo de llevar pescozones, según presto se dirá. Dicho señor Juan le declaró un amor sucio y deshonesto; en consecuencia vióse todos los días ponerse nuevas vestiduras de velludo y de seda á aquel joven, conociéndose harto que se había entregado por completo á la perversidad, dando de lado á sus admirables talentos; y aparentaba no verme ni conocerme porque yo le hube de reprender, diciéndole que se había hecho presa de feos vicios, los cuales serían causa de desnucarse como se lo dije.

XXXIII.

Habíale comprado aquél su señor Juan un hermosísimo caballo morisco, que túvole de costo ciento cincuenta escudos.

El caballo se manejaba admirabilísimamente; de modo, que Luis iba todos los días á trotonear en este caballo en torno de la meretriz Pantasilea. Percatéme de ello, mas no me curé un punto, diciéndome que cada cosa obra según su natura; y continué en mis estudios.

Aconteció, que un domingo por la noche fuimos invitados á cenar con él por aquel escultor sienés Miguel Angel; era en verano. En esta cena estaba el Bachiacca ya dicho, y había llevado consigo á Pantasilea, su primera querida. Se hallaba en la mesa sentada entre Bachiacca y yo; á lo mejor de la cena se levantó de la mesa, diciendo que iba á una necesidad, porque sentía dolores de vientre, y que volvía enseguida. Mientras que nosotros muy gratamente conversábamos y cenábamos, retardábase ella un poco más de lo debido.

Sucedió que estando yo á la escucha, parecióme sentir quedo risotadas en la calle. Tenía yo en la mano el cuchillo para mi servicio en la mesa. Un poco detrás de ésta hallábase la ventana por la cual, empinándome algo, ví en la calle á Luis Pulci en unión de Pantasilea, y oí que decía:

—¡Oh, si aquel demonio de Bienvenido nos viera, ay de nosotros!

Y ella repuso:

—No tengas miedo; escucha qué ruido hacen; lo que menos tienen en las mientes es á nosotros.

Al oír estas palabras, yo que los hube conocido, me arrojé al suelo desde la ventana; cogí á Luis por la capa, y con el cuchillo que en la mano tenía, de cierto que lo mato; gracias á que iba ginete en un caballo blanco, al cual metió espuelas dejándome en la mano la capa por librar con vida. La Pantasilea trató con maña de refugiarse huyendo en una iglesia allí vecina. Los que á la mesa estaban levantáronse y vinieron á mí, suplicándome que no quisiera alterarme, ni á ellos, por causa de una vil ramera. A los cuales dije, que por ellos no me hubiera movido, pero sí por aquel malvado joven, quien demostraba estimarme en tan poco; y así, no me dejé doblegar por las palabras de aquellos virtuosos hombres de bien.

Cogí mi espada y me fuí solo á Prati, porque la casa donde cenamos estaba próxima á la puerta de Castello, que á Prati encaminaba; así tomando la vuelta de Prati, no mucho después de traspuesto el sol, á lento paso retornéme á Roma. Era de noche, y oscura; las puertas de Roma no se cerraban. Cerca de las dos horas pasé á la casa de Pantasilea, con ánimo de si estaba Pulci, darles un disgusto á entrambos. Visto y oído que sólo había en la casa una doméstica llamada la Canida, fuí á ponerme la capa y la vaina de la espada y volví-

me así á la dicha casa, la cual estaba detrás de Banchi, á orillas del Tíber. Frente á esta casa había un jardín de un posadero que se llamaba Rómulo; este jardín estaba cercado por espeso seto de espinos, tras el cual me escondí en derechura, aguardando que la tal mujerzuela volviese á su casa, junto con Luis. Al poco de esperar, acercóse allí aquél mi amigo llamado el Bachiacca, quien ó se lo imaginara ó se lo dijeron. Quedo me llamó el compadre (que así de burlas nos pusimos) y me suplicó por amor de Dios y casi llorando, con estas palabras:

—Compadre mío, te ruego no hagas daño alguno á aquella pobrecita, porque ella no tiene la menor culpa del mundo.

A lo cual repuse:

—Si á esta mi primera palabra no te me quitas de delante, te he de dar con la espada en la cabeza.

Espantado mi pobre compadre, súbito se le movió el vientre y corta distancia pudo andar, que fuerza le fué obedecerlo. Era estrellada la noche, con una claridad grandísima; de pronto siento ruido de muchos caballos que de un lado á otro venían avanzando: eran los dichos Luis y Pantasilea, acompañados por un cierto señor Benvegnato, perusino, camarero del papa Clemente, y con ellos venían cuatro valerosísimos capitanes perusinos con otros valientes jóvenes soldados; eran en junto más de doce espadas. Cuando esto vi, en atención á que no sabía yo por dónde escabullirme, determiné esconderme entre aquel seto. Mas como aque-

llas punzantes espinas me hacían daño y me levantaban como á un toro, casi me resolví á dar un salto y escapar. A la sazón Luis echaba los brazos al cuello de Pantasilea, diciendo:

—Una vez más te besaré, para escarnio de aquel traidor de Bienvenido.

Al escuchar esto, molestado por las susodichas espinas y constreñido por las palabras pronunciadas por el joven, salté áfuera, esgrimí la espada y con grave voz dije:

—Todos sois muertos.

En esto, el golpe de la espada dió en el hombro á Luis, y como aquellos zumbones á este pobre joven lo habían cargado todo de hierro, con cotas de malla y otras cosas tales, el golpe fué grandísimo, y rebotando la espada, dió en las narices y en la boca á Pantasilea. Caídos ambos al suelo, el Bachiacca con las calzas á media pierna gritaba y huía. Volví audazmente á los otros mi espada; mas aquellos valientes hombres, al sentir un gran rumor promovido en la posada, pensando que en ella estuviera un ejército de cien combatientes, si bien habían puesto mano á las espadas valerosamente, el haberse espantado dos caballos entre los otros púsolos en tanto desorden, que cayendo derribados dos de los mejores, los demás pusiéronse en fuga; y viendo yo que libraba con bien, con velocísima carrera salí de tal empresa con honor, sin querer tentar á la fortuna más de lo debido. En aquel tan desmesurado desorden se habían herido con sus mismas espadas al-

gunos de aquellos soldados y capitanes; el señor Benvegnato, camarero del papa, fue pateado y golpeado por un mulo suyo, cayó junto con él é hirióle malamente en una mano. Este daño fué causa de que aún más que los otros jurase aquel señor Benvegnato al modo perusino:

—Pòr Dios, he de hacer que Benvegnato enseñe á vivir á Benvenuto (1). Y diputó á uno de aquellos sus capitanes, quizás el más audaz de todos, si bien el de menos seso por ser el más joven, para que se me acercara. Este tal vino á verme á donde yo me había retirado, en casa de un gran gentilhombre napolitano, el cual habiendo entendido y visto algunas cosas de mi profesión, á la vez que mi disposición de ánima y de cuerpo para pelear (á lo que era inclinado el gentilhombre), tenía-me en grande afecto; de modo que viéndome obsequiado y como en mi propia jaula, di tal respuesta á ese capitán, que por ella piénsome que mucho se arrepintiera de haber venido ante mí. Al cabo de pocos días después, cerradas un tanto las heridas de Luis, de la ramera y de los otros, este noble caballero napolitano fué buscado por aquel señor Benvegnato á quien ya se le había pasado el furor, para hacerme que hiciera las paces con el joven Luis, y decirme que aquellos bravos soldados, los cuales nada pretendían hacer contra mí, sólo querían conocerme. Por ende aquel gentilhombre á todos dijo que me llevaría á donde ellos que-

(1) Juego de palabras, como si dijera que «Bienvenidero enseñe á vivir á Bienvenido.»

rían, y que con mucho gusto me forzaría á que hiciese las paces; que con esto no era bien de una ni de otra parte hacer mención de lo pasado, porque sería cosa contra su honor; sólo bastaba beber y abrazarse, y que la palabra quería usarla él, con lo cual muy á gusto lo salvaría. Hízose así. Un jueves por la tarde dicho gentilhombre llevóme á casa de Benvegnato, donde estaban todos aquellos soldados que se encontraron en la derrota; aún estaban á la mesa. Con mi gentilhombre iban más de treinta valientes, todos bien armados, cosa que el mencionado señor Benvegnato no se esperaba. Al llegar al saloncillo, primero el dicho gentilhombre y después yo, dijo estas palabras:

—Dios os guarde, señores: hemos venido á veros Bienvenido y yo, á quien amo como hermano carnal, y aquí estamos dispuestos á cuanto os venga en voluntad el hacer.

El señor Benvegnato, viendo llenarse la sala con tantas personas, dijo:

—Paz queremos y no otra cosa.

Así, pues, el señor Benvegnato prometió que el Tribunal del gobernador de Roma no me molestaría. Hicimos las paces; en el acto tornéme después á mi taller, no pudiendo estar una hora sin aquel caballero napolitano, el cual, ó venía á buscarme ó enviaba por mí. Mientras tanto, curado ya Luis Pulci, iba todos los días jinete en su caballo morisco que tan bien se manejaba.

Ocurrió un día que habiendo llovizado y caracoleando él su caballo á la puerta de Pantasilea, resbalando



cayóse encima de él y le rompió la pierna derecha en redondo: de allí á pocos días murió en casa de dicha Pantasilea, cumpliéndose el juramento que de corazón á Dios había él hecho. Véase cómo Dios se cura de buenos y de malos, y á cada uno le da su merecido.

XXXIV.

Todo el mundo andaba ya en armas (1). El papa Clemente había mandado pedir al señor Juan de Médicis ciertas bandas de soldados, venidos los cuales hicieron tan malas cosas en Roma, que no era conveniente permanecer en tiendas públicas; esto fué causa de que me retirase yo á una buena casita detrás de Banchi, donde trabajé en todos los encargos de aquellos mis adquiridos amigos. Mis trabajos por aquel tiempo no fueron cosa de la mayor importancia, por lo cual no me parece hablar de ellos. Por entonces dime en gran manera á la música y otros placeres á ella semejantes.

Habiendo licenciado el papa Clemente, por consejo del señor Jacobo Salviati, aquellas cinco bandas que hubo de mandarle el señor Juan (2), el cual era ya muerto en Lombardía, supo Borbón (3) que en Roma falta-

(1) Por la guerra entre Carlos V y Francisco I, en 1524.

(2) Juan de Médicis, el de las Bandas Negras, que fué herido en un hecho de armas cerca de Gocerno, en el Mantuano, y murió en Noviembre de 1526, á la edad de 28 años.

(3) Carlos de Borbón, primo del rey Francisco, vencedor en

ban soldados, y rapidísimamente dirigió un ejército á tomar la vuelta de Roma. En aquesta ocasión toda Roma tomó las armas; por lo cual siendo yo muy amigo de Alejandro, hijo de Pedro del Bene, quien por los tiempos en que los partidarios de Colonna vinieron á Roma requirióme para que yo le guardase su casa, llegada esta mayor ocasión me suplicó que formase una compañía de cincuenta para guarda de dicha casa y que fuera yo su jefe, tal como habíalo hecho en tiempo de los Colonneses; en vista de lo cual reuní cincuenta valerosísimos jóvenes y entramos en su casa bien pagados y bien mantenidos. Compareciendo entonces el ejército de Borbón ante los muros de Roma, dicho Alejandro del Bene me rogó fuera con él para acompañarlo; así anduvimos un día aquellos excelentes compañeros y yo; yendo juntos de camino, uniósenos un jovenzuelo llamado Cechino de la Casa. Llegamos á los muros del Camposanto, desde donde vimos aquel maravilloso ejército que empleaba todas sus fuerzas para penetrar.

En aquel lugar de los muros donde nos detuvimos había muchos jóvenes muertos de los de fuera. Allí se combatía á más no poder; había una niebla tan espesa cuanto sea posible imaginar. Volvíme hacia Alejandro, y le dije:

—Retirémonos á casa lo más pronto que se pueda, pues aquí no hay el más mínimo remedio del mundo, y si no ved: aquéllos suben y éstos huyen.

la batalla de Mariñano, el cual, después, por disgustos tenidos en la corte, pasó al servicio de Carlos V.

Asustado dicho Alejandro, exclamó:

—¡Ojalá quisiera Dios que no hubiésemos venido aquí!

Y enseguida volvióse con grandísima furia para retroceder.

A lo cual repliqué diciéndole:

—Pues que aquí me habéis conducido, fuerza es realizar algún acto propio de un hombre.

Y volviendo mi arcabuz hacia donde se veía un grupo en lo más espeso y recio de la batalla, puse la mira precisamente en medio, contra uno á quien veía yo más en alto que los demás: el humo no me permitía discernir si este tal encontrábase á caballo ó á pie. Volvíme de pronto á Alejandro y á Cecchino, les dije que dispararan sus arcabuces y les enseñé la manera de hacerlo, pues nunca habían visto un arcabuz sino por fuera. Hecho esto dos veces seguidas, me asomé diestramente por la muralla y ví entre aquellos un tumulto extraordinario, porque nuestros disparos mataron á Borbón: éste era aquél á quien antes había yo visto alzado sobre los demás, por cuanto más adelante dióse á entender.

Marchámonos de allí, fuimos por el Camposanto, entramos por San Pedro, y saliendo de allí derechos á la iglesia del Santo Angel, llegamos al portón del castillo con grandísima dificultad, porque los señores Lorenzo de Ceri y Horacio Baglioni herían y mataban á todos cuantos escapaban del combate entre los muros. Al llegar á dicho portón había ya penetrado un buen golpe de enemigos en Roma y los teníamos á espaldas. Que-

riendo el castillo hacer caer el rastrillo de la poterna, hizo un poco de espacio, de suerte que nosotros cuatro penetramos dentro. Tan pronto como hube entrado apoderóse de mí el capitán Pallone de Médicis y por ser yo familiar del castillo, me forzó á dejar á Alejandro, lo cual muy contra mis deseos ejecuté. Subí al torreón al mismo tiempo que el papa Clemente ingresó por los corredores en el castillo; no había querido partirse antes del palacio de San Pedro, pues no podía creer que aquellos entrasen.

Después que me encontré dentro de aquel modo, me acerqué á ciertas piezas de artillería, las cuales estaban bajo la guarda de un bombardero llamado Julián Florentino. Este Julián asomóse por los merlones del castillo, desde donde veía saquear su pobre casa y atormentar á su mujer é hijos; de modo que para no dañar á los suyos, no se daba prisa en disparar su artillería: arrojada la mecha de dar fuego por el suelo, con grandísimo llanto se mesaba el rostro é igual hacían algunos otros bombarderos. Por esto cogí una de aquellas mechas, haciendo que me imitasen otros que allí estaban, los cuales no tenían igual sentimiento; volví ciertos cañones de consagración y falconetes donde ví que eran necesarios, y con ellos maté muchos enemigos. Si no fuera por esto, aquel golpe de hombres que había entrado en Roma por la mañana, en derechura venía sobre el castillo; y fácilmente era posible que entrasen no molestándolos la artillería. Yo continué tirando, por lo cual, algunos cardenales y señores me bendecían y

me prestaban grandísimo aliento. Envalentonado yo por tal cosa, me esforzaba para hacer hasta lo que no podía; baste decir que fuí causa de que se salvase por la mañana el castillo, y entonces los demás bombarderos pusiéronse á seguir en su oficio. Continué todo aquel día: llegada la tarde, mientras que el ejército entró en Roma por la parte de Trastevere, habiendo el papa Clemente hecho jefe de todos los bombarderos á un noble gentilhombre romano que se llamaba el Sr. Antonio Santa Croce, este gran gentilhombre, la primera cosa que hizo fué venir á mí haciéndome halagos; en seguida, me puso con cinco admirables piezas de artillería en el más eminente lugar del castillo, que se denomina del Ángel; este lugar domina al castillo todo al rededor y mira hacia Roma; también me dió tantos hombres á mis órdenes como pudiese yo mandar para ayudarme en el manejo de mi artillería; hizo que me dieran una paga adelantada, me entregó pan y un poco de vino, y luego me suplicó que de aquel modo que había comenzado, del mismo siguiese.

Yo, que tal vez veíame más inclinado á esta profesión que á la que por mía reputaba, hacíalo con tanto gusto que me venía mucho mejor que la antedicha. Vino la noche, entraron los enemigos en Roma, y los que estábamos en el castillo, máximamente yo que siempre me divierto viendo cosas nuevas, estábamos considerando esta imponderable novedad y tal incendio, cosa que quienes estuviesen en otro sitio que no fuera el castillo no la podían ver ni imaginar. A pesar de ello no quiero

meterme á describir tal; sólo continuaré describiendo esta mi vida que he comenzado, y las cosas que á ella precisamente pertenezcan.

XXXV.

Mientras seguía ejercitando mi artillería de continuo en medio de esto, tras de un mes entero que estuvimos en el castillo asediados, ocurriéronme muchos y muy serios accidentes dignos todos de narrarse; mas por no querer alargarme tanto, ni desviarme demasiado fuera de mi profesión, dejaré la mayor parte, diciendo sólo aquellos que me constriñan, los cuales serán menos en número y los más notables.

El primero es aquéste. Que habiéndome hecho descender del Ángel el mencionado Sr. Antonio Santa Croce para que tirase yo contra ciertas casas vecinas al castillo, donde se habían visto penetrar algunos de los enemigos de fuera, mientras que yo disparaba, vino hacia mí un proyectil de artillería, el cual dió en el borde de un merlón, y tan fuerte que fué causa de no haberme hecho daño; sin embargo, la mayor cantidad toda junta del cascote me dió en el pecho, y quitándome el aliento víneme al suelo postrado como muerto, aunque oía todo cuanto hablaban los circunstantes; entre ellos dolíase mucho aquel Sr. Antonio Santa Croce, diciendo:

—¡Ay de mí, que hemos perdido el mejor apoyo que teníamos!

Al oír este rumor cierto compañero mío llamado Juan Francisco, pífano de oficio (este hombre era más inclinado á la medicina que al pífano), gimiendo corrió á escape por una garrafa de excelente vino griego; puso á enrojecer una teja y sobre ella un buen puñado de ajeno, y después roció con aquel buen vino griego; empapado bien el ajeno, púsomelo en el acto sobre el pecho, donde veíase con claridad la contusión. Fué tanta la virtud de aquel ajeno, que súbito me confortó.

Al querer comenzar á hablar no podía, porque ciertos necios soldadillos me habían llenado la boca de tierra, pareciéndoles con ésta haberme dado la comunión; con la cual más presto me habían excomulgado, puesto que yo no podía recobrarne ya, dándome esta tierra bastante más molestia que la contusión. Curado ya de ésta volví á aquellos furores de la artillería, ejercitándome con el valor y solicitud mayores que imaginar pude.

El papa Clemente había mandado pedir socorro al duque de Urbino (1), el cual estaba con el ejército de los venecianos, encargando al embajador que dijese á Su Excelencia, como en tanto que dicho castillo continuase haciendo todas las noches tres fogatas en lo más alto de él acompañadas de tres cañonazos triplicados, demostraba esta señal que mientras durase no estaría rendido el castillo. Dióseme el cargo de hacer estas fogatas y tirar aquella artillería: ocurrióseme hacer esto siempre de día, apuntando á aquellos lugares donde

(1) Francisco María de la Rovere.

pudiesen hacer algún gran daño; cosa que el papa veía con el mayor gusto, porque dábale á entender que practicaba yo el arte con aquella diligencia que á tales cosas corresponde. Al fin, jamás llegó el socorro de dicho duque; por lo cual, yo que no estoy aquí para eso, no describiré ninguna otra cosa.

XXXVI.

Mientras estaba yo en aquel diabólico ejercicio mío, venían á verme algunos de los cardenales que estaban en el castillo, pero con más frecuencia el cardenal de Rávena (1) y el cardenal de Gaddi (2), á los cuales dije varias veces que no se pusieran delante de mí, porque sus birretas rojas se descubrían desde lejos; por eso desde los palacios inmediatos, como eran la Torre de Bini, ellos y yo corríamos grandísimo peligro; de suerte que, por último, les cerré la entrada y me gané bastante su enemiga. Aún andaba con frecuencia en torno mío el señor Horacio Baglioni, quien me quería muy bien.

Estando cierto día de conversación conmigo, notó cierta demostración en una posada que estaba fuera de la puerta de Castello, lugar llamado Baccanello. Aquesta hospedería tenía por muestra pintado un sol entre

(1) Benedicto Accolti, aretino, secretario de Clemente VII, después arzobispo de Rávena y cardenal.

(2) Nicolás Gaddi, florentino, obispo de Ferrara.

dos ventanas de color rojo. Hallábanse cerradas las ventanas, y por eso juzgó dicho señor Horacio que enfrente y tras de aquel sol, entre aquellas dos ventanas, habría alguna mesa llena de soldados festejándose. En su virtud me dijo:

—Bienvenido, si te diese el corazón de dar junto aquel sol con tu medio cañón, creo que harías una buena obra, pues que por allá se siente un grande ruido y deben de ser hombres de mucha importancia.

Al cual señor, dije:

—Me basta la vista para dar en medio de aquel sol; tanto, que un tonel lleno de guijarros que estaba allí próximo á la boca de dicho cañón, fuera capaz de echarlo por tierra con la furia del fuego y de aquel viento que el cañón moviese.

A eso me respondió dicho señor:

—No pongas tiempo por medio, Bienvenido; en primer lugar, no es posible que del modo como está lo haga caer el viento del cañón; pero aun cuando se cayese y debajo estuviera el papa, sería menor mal de lo que tú piensas; así, pues, tira, tira.

Yo, no pensando más en aquello, dí en medio del sol, según antes prometido hubiera. Cayó el tonel, como dije, y dió precisamente en medio del cardenal Farnese (1) y el señor Jacobo Salviati, que poco faltó para que quedaran ambos hechos tortilla. Su suerte fué que el

(1) El cardenal Alejandro Farnesio, que luego fué pontífice con el nombre de Paulo III.

cardenal Farnese acababa de achacar á dicho señor Jacobo que era la causa del saco de Roma, por lo que injuriándose uno al otro apartáronse para dar campo á las injuriosas palabras, y esa fué la causa de que mi tonel no aplastase á los dos. Escuchando el gran rumor que en aquella baja corte se hacía, el buen señor Horacio, con gran presteza se partió de allí; apartéme hacia fuera, donde había caído el tonel, y oí que algunos decían:

—Bueno será matar á aquel bombardero.

Por lo cual, apunté dos falconetes á la escala que asomaba por arriba, con ánimo resuelto de que cuando subiera el priméro, hacerle fuego con uno de los falconetes. Aquellos debían de ser servidores del cardenal Farnese y estar comisionados por el cardenal para venir á darme un disgusto, por lo cual, me adelanté con la mecha encendida en mano. Conociendo á algunos de ellos, dije:

—¡Oh! ganapanes, si no os largais de aquí y hay alguno que se atreva á penetrar dentro de esta escala, tengo acá preparados dos falconetes con los que os haré polvo; y andad á decir al cardenal que yo he cumplido con lo que por mis superiores me ha sido ordenado, cosas las cuales que se han hecho y se hacen para defensa de su clerecía y no por ofenderla.

Marchado que se hubieron los antedichos, venía en pos corriendo el señor Horacio Baglioni, á quien dije que se estuviera detrás, pues de lo contrario le mataría, sabiendo muy bien quién era. Este señor se paró un poco, no sin miedo, y me dijo:

—Bienvenido, yo soy tu amigo.

A eso repliqué:

—Señor, subid, pues, solo; y luego venid de todas las maneras que queráis.

Este señor, que era muy soberbio, detúvose un punto, y lleno de cólera, me dijo:

—Ganas me dan de no venir más aquí y de obrar todo lo contrario que por ti había yo pensado hacer.

A esto le repliqué, que así como me había puesto yo á aquel oficio por defender á los demás, así también era apto para defenderme á mí mismo.

Me dijo que vendría solo; y subido que hubo, viendo que mostraba cambiado su rostro más de lo debido, fué causa de que pusiera yo mano á la espada y estuviere enojado con él. Pero comenzó á reirse, y volviéndole los colores al rostro, muy afectuosamente me dijo:

—Bienvenido mío, te quiero dar todos cuantos bienes tengo, y cuando á Dios plegue que sea llegado el tiempo, yo te lo demostraré; quisiera Dios que hubieses muerto á aquellos dos bribones, que uno es causa de tan grandes males, y el otro tal vez llegue á serlo de otros peores.

Luego me dijo que si me fuere preguntado, no dijese yo que él estaba allí conmigo cuando di fuego á tales piezas de artillería, que del resto no me cupieran dudas.

Los rumores fueron grandísimos y la cosa duró un gran espacio de tiempo. No quiero extenderme sobre esto más adelante: baste decir que estuve por vengar á

mi padre con el señor Jacobo Salviati, el cual le había hecho mil malas acciones, según de ello condoliase mi padre. Sin embargo, inadvertidamente le causé un gran miedo. Respecto á Farnese nada quiero decir, pues en su lugar se advertirá cuán bueno hubiera sido que yo le hubiese matado.

XXXVII.

Continuaba yo disparando mi artillería y con ella obraba á diario algunas cosas muy notables; de modo que había adquirido un crédito y un favor inestimables con el papa. No pasaba día sin que yo no matase alguno de los enemigos de fuera. Cierta día paseaba el papa por el torreón redondo y veía en Prati un coronel español, al cual conocía por algunas contraseñas en atención á que éste en otros tiempos estuviera á su servicio; y al paso que lo miraba hablaba de él. Yo estaba en el alto del Ángel y nada de ello sabía; pero veía á un hombre que estaba allí haciendo abrir trincheras con una azagaya en la mano, todo él vestido de color de rosa; pensando yo qué pudiera hacer contra él, tomé un gerifalte mío que allí tenía (el cual era una pieza mayor y más larga que una de consagración, casi como una media culebrina); limpié esta pieza, enseguida la cargué con una buena parte de pólvora fina mezclada con la gruesa, luego apunté muy bien contra aquel hombre rojo, dándole una elevación maravillosa, pues tan lejos

estaba que el arte no se prometía disparo tan lejano sino de aquella suerte; dile fuego y alcancé precisamente por la mitad á aquel hombre rojo, el cual se había puesto la espada delante por presunción, según cierto estilo suyo españolesco; alcanzándole mi bala de cañón dió en aquella espada y vióse á dicho hombre dividido en dos pedazos. El papa, que tal cosa no esperaba, tuvo por ello bastante placer y asombro, tanto por parecerle imposible que la artillería pudiese alcanzar á un punto de mira tan largo, cuanto porque habiéndose partido en dos pedazos aquel hombre, no podía explicarse cómo aqueste caso pudo haber acontecido; y mandándome llamar, me interrogó. A esto le dije toda la diligencia que había yo empleado en el modo de tirar; pero acerca de haberse hecho dos pedazos el hombre, ni él ni yo dimos con la causa.

Arrodillándome le rogué que me absolviese del homicidio, y de otros que había yo hecho en aquel castillo en servicio de la Iglesia. A lo cual el papa, alzando las manos y haciéndome una gran cruz delante de mi persona, dijo que me bendecía y me perdonaba todos los homicidios que hasta entonces había hecho y todos aquellos que en adelante hiciese en servicio de la Iglesia Apostólica. Partíme, seguí adelante y no me di punto de reposo en respirar, y casi nunca daba golpe en vago.

Mis dibujos y mis bellos estudios, lo mismo que mi facilidad para tocar música, todo se había desvanecido al son de aquella artillería; y si tuviese yo que narrar

particularmente las buenas cosas que en aquella cruel infernalidad hice, maravillárase el mundo; mas por no ser demasiado largo me las paso por alto. Sólo diré alguna de aquellas más notables, lo cual me es necesario; y es que pensando día y noche sobre aquello que pudiese yo hacer por mi parte en defensa de la Iglesia, advertí que los enemigos cambiaban las guardias y pasaban por el portón del Santo Spirito, lo cual era un tiro razonable; mas como me venía de través, no había logrado hacer aquel gran daño que yo deseaba lograr; esto no obstante, todos los días mataba bastante gente, de modo que viéndose los enemigos impedir aqueste paso, una noche pusieron más de treinta toneles sobre lo alto del techo de una casa para impedirme que viera. Yo, que pensé un poco mejor sobre tal caso de lo que antes había hecho, volví todas mis cinco piezas de artillería, apuntándolas contra dichos toneles, y esperé á la hora veintidos, el momento preciso del cambio de guardias. Y como ellos, pensando estar seguros, venían más despacio y en mayor número que acostumbrado tenían, dí fuego á mis cañones y no sólo derribé por tierra aquellos toneles que me impedían la vista, sino que de aquella sola descarga maté más de treinta hombres. Por lo cual, repitiendo eso mismo otras dos veces, introdujose tal desorden entre los soldados, repletos con el latrocinio del gran saco, que deseosos algunos de gozar el fruto de sus fatigas quisieron varias veces amotinarse para ser licenciados. Sin embargo, entretenidos por aquel su valeroso capitán llamado Juan de

Urbino, con grandísimo disgusto de ellos viéronse forzados á tomar otro paso para renovar sus guardias; el cual rodeo importaba más de tres millas, mientras que el anterior camino casi no era la mitad. Realizada esta empresa, todos los señores que estaban en el castillo hacíanme grandísimos favores. Aquestos casos, por ser de tanta importancia su ejecución, he querido contarlos para dar fin á este relato, aun cuando no son de la profesión que me mueve á escribir; que si de tales cosas quisiese adornar mi vida, aún tendría demasiado que narrar. Una sola exceptúo y en su lugar diré.

XXXVIII.

Dando un salto un poco hacia adelante, diré cómo el papa Clemente, por salvar la tiara con el gran número de joyas de la cámara apostólica, hízome llamar y encerróse con el Cavalierino y yo, solos en una estancia. Este Cavalierino había sido mozo de cuadra de Felipe Strozzi. Era francés y persona de humildísima cuna, mas por ser un fiel servidor, el papa Clemente le había hecho riquísimo, y de él se fiaba como de sí propio; de suerte que el Papa, el Cavaliere y yo, reunidos en dicha estancia, pusieronme delante la tiara con toda aquella gran cantidad de joyas de la cámara apostólica, encargándome que desprendiera todas las piedras del oro en que estaban engarzadas. Así lo hice; luego envolví cada una en un papelito y las cosimos á los forros

de las vestiduras que llevaban puestas el Papa y dicho Cavalierino. Después me entregaron todo el oro, el cual era cerca de doscientas libras, y me dijeron que lo fundiese yo lo más en secreto que ser pudiera.

Subí al Ángel, donde estaba mi estancia, la cual podía yo cerrar de suerte que nadie me molestara; hice allí un hornillito de ladrillos acomodando en su fondo un crisol grande á guisa de platillo; puse el oro encima de los carbones, y á poco caía dentro de aquel plato. Mientras que aqueste hornillo trabajaba, continuamente vigilaba yo sobre el modo como pudiera ofender á nuestros enemigos; y como teníamos la trincheras de nuestro enemigo poco menos que al alcance de la mano, haciales yo daño en dichas trincheras con ciertos antiguos proyectiles de madera que allí había en gran montón, y eran en otros tiempos municiones del castillo. Habiendo tomado una pieza de consagración y un falconete, los cuales estaban un poco rotos por la boca, los cargué con aquellos proyectiles, y dando después fuego á dicha artillería, volaban de improviso, haciendo en las trincheras muchos inesperados daños; de modo que teniendo esto de continuo en orden, mientras fundía el oro mencionado, un poco antes de la hora de vísperas ví llegar al borde de la trinchera un individuo, ginete en un mulo. Con grandísima velocidad andaba el mulo, y su ginete hablaba á los que estaban en las trincheras. Tuve cuidado de dar fuego á mi artillería antes de que él viniese en derechura mía; así con tan buen juicio dado fuego, cuando llegó le dí con uno de aque-

llos proyectiles precisamente en el rostro; el resto de ellos dió al mulo, que cayó muerto; en la trinchera sintióse un grandísimo tumulto; hice fuego con la otra pieza, no sin causar gran daño. Aquel era el príncipe de Orange (1), quien por dentro de las trincheras fué conducido á cierta posada allí vecina, á donde en breve corrió toda la flor del ejército. Enterado el papa Clemente de aquello que había yo hecho, en el acto mandó llamarme, é interrogándome acerca del caso, se lo referí todo, y además le dije que aquel debía de ser hombre de muy grande importancia, porque en aquella hospedería á donde lo habían llevado reuniéronse en el acto todos los jefes de su ejército, según podía juzgarse. El Papa, con muy buen humor hizo llamar al señor Antonio Santa Croce, gentilhombre, que era cabeza y guía de todos los bombarderos, como he dicho; dijo que mandase á todos nosotros los bombarderos que dirigiéramos toda nuestra artillería á dicha casa, siendo las piezas en infinito número, y que á un disparo de arcabuz, hiciese fuego cada cual; de suerte que, matando á los cabezas, aquel ejército, que estaba ya casi en girones, declararíase todo él en derrota; y que ocurrido esto, Dios oíría sus oraciones, que con tanta frecuencia le enderezaba, y por aquella vía veríanse libres de tan impíos pícaros.

(1) Filiberto de Châlons, príncipe de Orange; disgustado contra Francisco I, pasó al servicio del emperador, quien le hizo capitán general para reemplazar al muerto condestable de Borbón. A su vez fué muerto en las montañas de Pistoya en 1530, cuando el asedio de Florencia.

Habiendo puesto en orden nuestros cañones, según comisión del Santa Croce, y esperando la señal, supo esto el cardenal Orsino (1) y comenzó á gritar contra el papa, diciendo que por nada del mundo debía hacerse tal cosa, porque estaban á punto de venir á un acuerdo, y si matábamlos á aquéllos, el campamento sin guía diera el asalto al castillo y acabaríase de consumir la total ruina; por tanto no querían que tal cosa se hiciera. Desesperado el pobre papa al verse asesinado dentro y fuera, dijo que abandonaba á ellos el pensamiento. Así, pues, dada contraorden, yo, que no podía contenerme, cuando supe que venían á darme órdenes para que no tirase, di fuego á un medio cañón que yo tenía, el cual dió en una pilastra de un corral en aquella casa, donde había yo visto apoyarse muchísimas personas. Este disparo causó tan grande mal á los enemigos, que fué bastante para hacerles abandonar la casa. El mencionado cardenal Orsino quería hacer que me ahorcaran ó me matasen de cualquier modo; á lo cual el papa valerosamente se opuso. La gran disputa que ocurrió entre ellos no me conviene referirla, aun cuando la sé, pues no hago profesión de escribir historia; sólo atenderé á mis actos propios.

(1) Franciotto Orsini, romano.

XXXIX.

Fundido que hube el oro, se lo llevé al papa, quien me dió gracias por todo cuanto yo había hecho y dispuso que el Cavalierino me diese veinticinco escudos, excusándose conmigo de que no tenía más para poderme dar. De allí á pocos días vínose al acuerdo de la paz.

Me marché con el señor Horacio Baglioni y con trescientos hombres á tomar la vuelta de Perusa; una vez allí, el señor Horacio quería darme el mando de la compañía, lo cual no quise aceptar por entonces, diciendo que antes quería ver á mi padre y rescatar el destierro mío de Florencia. Dicho señor me dijo que me nombraba capitán de los florentinos; y allí estaba el señor Pedro María de Lotto, enviado por dichos florentinos, á quien el señor Horacio me recomendó mucho como su hombre de confianza. Así, pues, me marché á Florencia con otros muchos compañeros.

Era grande la peste, imponderable. Cuando llegué á Florencia encontré á mi buen padre, el cual pensaba que habría muerto en aquel saqueo, ó que volvería desnudo á él. Pero sucedió todo lo contrario: estaba vivo, con mucho dinero, con un criado y un buen caballo. Al presentarme á mi viejo fué tanta la alegría que en él ví, que mientras me abrazaba y besaba pensé que de aquella se muriese de repente. Le referí todas aquellas diabluras del saco, le entregué en mano una buena canti-

dad de escudos, los cuales soldadescamente había yo ganado; tras de lo cual luego de acariciarnos mi buen padre y yo, fué en el acto á ver á los Ocho para redimirme del destierro.

Y llegó por suerte á encontrarse entre los Ocho uno de aquellos que me sentenciaron y era aquel que indiscretamente había dicho cierta vez á mi padre que me quería enviar á la cárcel con guardia armada; por lo que mi padre empleó algunas incisivas palabras como acto de venganza, animado por los favores que me había hecho el Sr. Horacio Baglioni. Estando así, dije á mi padre cómo me hubo elegido el Sr. Horacio por capitán y que me convenía comenzar la recluta de mi compañía. Al oír estas palabras turbóse en el acto mi pobre padre y me suplicó por amor de Dios que tal empresa no acometiera, aun cuando conocía muy bien que yo sería apto para aquella y aún mayores cosas; diciéndome después que tenía á su otro hijo y mi tan valerosísimo hermano en la guerra, y que yo debiera ocuparme en aquel maravilloso arte al que tantos años y tan grandes estudios había dedicado con mis fatigas. Si bien le prometí obedecerlo, pensó como persona sabia que si venía el señor Horacio, tanto por habérselo prometido como por otras causas, no podría yo dejar de seguir en las cosas de la guerra. Así, con buenas maneras, pensó en sacarme de Florencia, diciéndome:

—¡Oh, caro hijo mío! Aquí es imponderablemente grande la peste, y aún me acuerdo de cuando te vi regresar á casa con ella: tengo presente que siendo joven me

fuí á Mantua, donde fuí muy agasajado y estuve muchos años; te ruego y mando que más presto hoy que mañana, por amor mío, de aquí te marches y vayas allá.

XL.

Como siempre me ha gustado ver mundo, y no habiendo estado jamás en Mantua, con mucho gusto me fuí; tomando aquellos dineros que había yo llevado, la mayor parte de ellos se los dí á mi buen padre, prometiéndole ayudarle siempre desde donde yo estuviere y dejando á mi hermana mayor para apoyo de mi pobre padre. Llamábase Nicolasa, y no habiendo querido casarse, se había hecho monja en Santa Ursula; pero permanecía en casa para ayuda y gobierno del viejo padre y para guía de mi otra hermana menor, la cual estaba casada con cierto escultor llamado Bartolomé. Recibí la bendición de mi padre, tomé mi buen caballo y fuíme con él á Mantua. Demasiadas grandes cosas tendría que decir si á la menuda quisiese yo narrar este pequeño viaje.

Por hallarse el mundo plagado de peste y guerra, tuve grandísima dificultad para llegar á Mantua; cuando estuve en ella, traté de buscar trabajo y me puse á la obra con cierto maestro milanés llamado Nicolás, el cual era aurífice del duque de Mantua. Puesto que me hube al trabajo, dos días después fuí á visitar al señor Julio Romano, pintor excelentísimo ya mencionado y muy amigo mío, el cual me hizo agasajos inapreciables

y llevó muy á mal que yo no hubiera ido á apearme en su casa. Vivía como un señor y hacía un trabajo para el duque fuera de la puerta de Mantua, en el lugar llamado el Te. Esta obra era grande y asombrosa, como tal vez otra jamás antes se viera. En el acto dicho señor Julio con muy honrosas palabras habló de mí al duque, quien me encargó hiciese un modelo para contener la reliquia de la sangre de Cristo que allí tienen, la cual dicen haber llevado allí Longinos: después volvióse á dicho señor Julio, diciéndole que me hiciera un dibujo para el tal relicario. Al oír esto el señor Julio, replicó:

—Señor, Bienvenido es un hombre que para nada necesita de los dibujos ajenos, y eso muy bien lo aprecia-
rá Vuestra Excelencia cuando vea su modelo.

Poniendo mano para hacer este modelo, hice un dibujo de dicho relicario, de suerte que pudiera colocarse muy bien la ampolla; después hice sobre él un modelito de cera. Era un Cristo sentado, que con la mano izquierda levantada en alto sostenía su gran Cruz aparentando apoyarse en ella, y con la mano derecha hacía ademán de abrirse con los dedos la herida del costado. Concluído este modelo, gustóle tanto al duque, que fueron inapreciables sus favores y dióme á entender que me tendría á su servicio, con tal pacto que yo pudiese permanecer á su lado con rico acomodo. Entre tanto, habiendo yo hecho reverencia á su hermano el cardenal (1), éste rogó al duque que se dignara permitirme

(1) Hércules Gonzaga, obispo de Mantua, hecho cardenal en 1527.

hacer el anillo pontifical de su señoría reverendísima. Así, lo comencé.

Entre tanto que trabajaba yo en tal obra sobreviniéronme las fiebres cuartanas, que cuando me daban privábanme de sentido; por eso maldecía á Mantua, á quien mandaba en ella y á quienes por gusto estaban allí. Estas palabras fueron repetidas al duque por aquel antedicho milanés aurífice suyo, el cual claramente veía quererse el duque servir de mí. Al escuchar el duque mis locas palabras enojóse malamente conmigo, y como yo estaba irritado contra Mantua, en lo coléricos quedamos iguales. Acabado mi sello, que lo fué en el término de cuatro meses, con otros muchos trabajillos hechos para el duque bajo el nombre del cardenal, fuí por éste bien pagado y me rogó que me tornase á Roma, aquella admirable patria donde nos habíamos conocido. Salí con una buena suma de escudos de Mantua y llegué á *Governo* (1), lugar donde fué muerto aquel valerosísimo señor Juan. Aquí me atacó un pequeño acceso de fiebre, la cual no me impidió un punto mi viaje, pues cesando en dicho lugar, no volví á tenerla. Llegué á Florencia pensando encontrar á mi caro padre, y llamando á la puerta, asomóse á la ventana cierta jorobada rabiosa, quien me mandó á paseo con bastante villanía, diciéndome que la había fastidiado. A la cual repliqué:

—Dime, perversa jorobada; ¿no hay en esta casa otra cara más que la tuya?

(1) Llamábase *Governo* un castillo situado en la confluencia del Mincio y del Po, donde ahora está *Governolo*.

—No, por tu desgracia. .

Yo la dije en voz fuerte.

—Así no te dure ni dos horas.

Al oír tal estrépito, asomóse una vecina, quien me dijo que mi padre con toda la gente de mi casa habían muerto de la peste: como yo en parte me lo pensé, esto fué motivo para que el dolor fuese menos; después me dijo que sólo había quedado viva mi hermana menor, llamada Reparada, á quien había recogido una santa mujer, por su nombre la señora Andrea de Bellacci.

Partíme de allí para ir á la posada. Por acaso me encontré á un muy amigo mío que se llamaba Juan Rigogli. Apeándome en su casa nos fuímos á la plaza, donde tuve nuevas de estar vivo mi hermano, á quien fuí á buscar á casa de un amigo suyo llamado Alberto Aldobrandi. Encontrado que hube á mi hermano hícele infinitas caricias y preguntas (pues había de extraordinario que á cada uno de nosotros le habían dado noticias de la muerte de nosotros mismos); después de acometerle grandísima risa y asombro, me tomó por la mano y me dijo:

—Vamos, hermano, voy á llevarte á un lugar que no te imaginarías nunca; y es que he vuelto á casar á nuestra hermana Reparada, la cual con todas veras te tiene por muerto.

Mientras que á tal sitio íbamos nos contamos uno al otro las grandes cosas acaecidas; al llegar á la casa donde estaba nuestra hermana dióle tal transporte la inesperada novedad, que amortecida cayó en mis brazos,

y si no hubiera estado presente mi hermano, fué tal el acto sin mediar palabra alguna, que el marido al principio no creyera que fuese yo su hermano. Hablando mi hermano Francisco y prestando ayuda á la desmayada, presto se repuso, y después de llorar á nuestro padre, á mi hermana, al marido y un hijito suyo, dióse orden para la cena; y en aquella agradable boda, durante toda la noche, no se habló más de muertos sino dulces razones de bodas; así, regocijadamente y con gran placer, terminamos la cena.

XLI.

Forzado por los ruegos de mi hermano y de mi hermana, esto fué causa de que yo me detuviese en Florencia, aun cuando mi deseo era de volverme á Roma. También aquel mi querido amigo de quien antes dije haber sido tan ayudado por él en alguna de mis angustias (éste era Pedro de Juan Landi), también el tal Pedro me dijo que debiera yo quedarme un poco en Florencia; pues habiendo desterrado á los Médicis de Florencia (ó sea á los señores Hipólito y Alejandro, que luego fueron el uno cardenal y el otro duque de Florencia), Pedro me dijo que debiera yo espesar un poco hasta ver qué resultaba. Así, pues, comencé á trabajar en el Mercado Nuevo, donde monté bastante cantidad de joyas y gané mucho.

Por ese tiempo llegó á Florencia un sienés llamado

Jerónimo Marretti, quien había estado algún tiempo en Turquía y era persona de algún ingenio; presentóseme en el taller y me encargó que hiciese una medalla de oro para llevar en el sombrero; quiso que en aquesta medalla hiciese yo un Hércules desgarrando la boca al león. Púseme á hacerlo y mientras yo trabajaba en ella, vino Miguel Angel Buonarroti muchas veces para verla; y como grandemente me esmeré, la acción de la figura y lo bravo del animal resultaban muy diversos de todos cuantos hasta entonces habían hecho tal cosa; por ser aquel modo de trabajar totalmente desconocido para el divino Miguel Angel, tanto elogió esta obra mía, que se ensanchó mi ánimo para trabajar bien, y fué cosa inapreciable.

Como yo no tenía más que hacer sino engarzar joyas, que si bien ésta era la mayor ganancia que pudiera obtener, no me daba contento, pues apetecía realizar obras de más alto mérito que aderezar alhajas; ocurrió en esto que cierto Federico Ginori, joven de muy elevado espíritu (este joven estuvo en Nápoles muchos años y siendo muy hermoso de cuerpo y de presencia enamoróse en Nápoles de una princesa), queriendo encargarse una medalla en la cual hubiese un Atlante con el mundo acuestas, requirió al gran Miguel Angel que le hiciera un pequeño dibujo. El cual contestó á dicho Federico:

—Idos en busca de cierto joven aurífice, cuyo nombre es Bienvenido, y ése os servirá muy bien y en verdad que no necesita dibujo mío; mas porque no penséis

vos que quiera huir yo la fatiga de tan pequeña cosa, con sumo gusto os haré un pequeño dibujo; en tanto, hablad con el mencionado Bienvenido para que él también haga un pequeño modelo; después, el mejor de los dos se pondrá por obra.

Viño á verme este Federico Ginori y me manifestó su voluntad; supe cuánto me había loado aquel maravilloso Miguel Angel, y que tenía yo que hacer un pequeño modelo de cera, mientras aquel hombre admirable habíale prometido hacerle un pequeño dibujo. Diéronme tanto ánimo esas palabras de tan grande hombre, que en el acto me puse con grandísima solicitud á trabajar dicho modelo; y terminado que lo hube, me llevó el dibujo del Atlante cierto pintor muy amigo de Miguel Angel, llamado Julián Bugiardini. Al mismo tiempo mostré á Julián mi modelito de cera, el cual era muy diverso del dibujado por Miguel Angel, hasta el punto de que Federico y aun Bugiardini, decidieron que debía yo hacerlo según mi modelo. Así lo comencé, viéndolo el excelentísimo Miguel Angel; y tanto me lo elogió, que fué cosa inestimable. Era una figura, como ya he dicho, cincelada en chapa; tenía el cielo encima, hecho por una bola de cristal y tallado en ésta su zodiaco con un campo de lapislázuli; en unión con dicha figura hacía tan buena vista, que era cosa de mucho gusto; debajo había un mote en letras, que decían: *Sunmam tulisse juvat*. Satisfízose dicho Federico y me pagó liberalísimamente. Por estar en aquel tiempo el señor Luis Alamanni en Florencia, era amigo del Fede-

rico Ginori, el cual muchas veces lo condujo á mi taller, y por gracia suya hízoseme muy familiar amigo.

XLII.

Movió guerra el papa Clemente á la ciudad de Florencia, y aprestándose á la defensa, diéronse por todos los cuarteles de la ciudad órdenes para que se levantasen las milicias populares, y yo también fuí requerido por mi parte. Ostentosamente me puse en orden, tratándome con la primera nobleza de Florencia, la cual veíase muy conforme en querer militar para tal defensa cuando se hicieron aquellos llamamientos por cada cuartel, como se sabe. Además, encontrábanse juntos los jóvenes más de lo acostumbrado, y no se hablaban de otra cosa sino de aquesta.

Estando cierta vez á medio día en mi taller un gran número de hombres y muchachos y los primeros de la ciudad, tragéronme una carta de Roma, la cual provenía de uno á quien llamaban el maestro Jacobino de la Barca. Su verdadero nombre era Jacobo Sciorina, pero llamábanle de la Barca de Roma, porque tenía una lancha que cruzaba el Tíber entre el puente Sixto y el puente del Santo Angel. Este maestro Jacobo era persona muy ingeniosa y tenía grata y bellísima manera de razonar; había sido en otros tiempos en Florencia maestro de dibujo para los tejedores de telas. Era muy amigo del Papa Clemente, quien tenía sumo gusto en

oirle hablar. Hallándose un día en tales conversaciones vino á hablar á propósito del sacco de Roma y de la acción del castillo; acordóse entonces de mí el Papa, dijo cuanto bueno pueda imaginarse, y añadió que si supiese dónde estaba yo, tendría placer en verme de nuevo. El maestro Jacobo dijo que estaba yo en Florencia; y el Papa dióle el cometido de que me escribiera que volviese á él. Esta carta manifestaba que debía yo tornar al servicio de Clemente, y que esto sería bueno para mí.

Aquellos jóvenes que estaban presentes querían saber qué contenía aquella carta, por lo cual lo mejor que pude la escondí; escribí luego á dicho maestro Jacobo, rogándole que ni para bien ni para mal en manera alguna me escribiese. Acrecentándosele con esto mayores deseos, me escribió otra carta, la cual salíase tanto de los términos usuales, que si le hubiese visto, hubiera concluído mal.

Decía ésta, que de parte del papa que me fuese en el acto, pues me quería para cosas de grandísima importancia; y que si quería yo portarme bien me dejase todo enseguida y no intentase nada contra la voluntad de un papa, al igual de aquellos locos furiosos. Vista la carta metióme tanto miedo, que fuí en busca de aquel mi caro amigo llamado Pedro Landi, quien al verme me preguntó qué me ocurría de nuevo para demostrar hallarme tan trastornado. Dije á mi amigo que en modo alguno podía decirle qué era lo que tanto me atormentaba; suplicábale tan sólo que cogiese las llaves que le dí y de-

volviera las joyas y el oro á las personas de quienes eran, y cuyos nombres en un cuaderno hallaríalos escritos; que cogiese los vestidos de mi casa y los guardase con su acostumbrada amabilidad, y que dentro de breves días sería sabedor de dónde estuviera yo. Este prudente joven, imaginando tal vez la cosa al momento, me dijo:

—Hermano mío, vete al punto y escribe después; mas de tus cosas no te cures en pensar.

Así lo hice. Este fué el más fiel amigo, el más cuerdo, el más honrado, el más discreto y el más cariñoso que jamás hubiese yo conocido. Me partí de Florencia, llegué á Roma y desde esta ciudad le escribí.

XLIII.

Tan pronto como estuve en Roma, fuí á buscar á parte de mis amigos, que me recibieron y festejaron muy bien: enseguida me puse á trabajar en obras de mera ganancia, pero no de tal mérito que sean dignas de describirse. Había allí cierto viejo aurífice que se llamaba Rafael del Moro. Era un hombre de gran reputación en el arte y además muy hombre de bien; rogóme que me dignase ir á trabajar á su taller, pues tenía encargo de algunas obras de importancia y de mucho precio: con mucho gusto fuí con él.

Habían pasado más de diez días sin que yo hubiese ido á ver al maestro Jacobino de la Barca, el cual, vién-

dome por acaso, me hizo una grandísima acogida y me preguntó cuánto tiempo hacía que había llegado, á lo que le contesté que cerca de quince días. Este hombre lo tuvo muy á mal y me dijo que hacía yo muy poco caso de un papa que con grande instancia le había hecho escribirme ya tres veces; y yo que lo llevaba aún más á mal que él, nada le respondí, antes me tragué la ira. Este hombre, que era abundantísimo en palabras, me hizo un sermón, y tanto me dijo, que después, cuando le ví cansado, no le dije más sino que me llevase á donde estaba el papa; respondió que siempre había tiempo, y yo le dije:

—También yo estoy siempre dispuesto.

Tomamos el camino hacia el palacio (esto fué el Jueves Santo), llegamos á la Cámara del papa y como él era conocido y yo aguardado, en el acto penetramos dentro. Estaba el papa en el lecho un poco indispuerto y hallábanse con él el Sr. Jacobo Salviati y el arzobispo de Capua (1). Cuando me vió el papa, alegróse extraordinariamente; y yo, besándole los pies con cuanta modestia pude, me acerqué á su lado manifestando quererle decir alguna cosa de importancia. En el acto hizo señas con la mano, y el señor Jacobo y el arzobispo retiráronse á mucha distancia de nosotros; en seguida comencé diciendo:

—Beatísimo padre: desde que ocurrió el saco hasta aquí no he podido confesar ni comulgar, porque no me

(1) Fray Nicolás Schomberg, dominico, nombrado arzobispo de Capua en 1520.

quieren absolver. Es el caso que cuando fundí el oro y desarmé aquellas joyas, Vuestra Santidad encargó al Cavalierino que diese cierto pequeño premio á mis fatigas, el cual jamás logré, antes al contrario, más priesa se dió á decirme villanías; me fuí á donde había fundido yo dicho oro, lavé las cenizas y encontré cerca de libra y media de oro en granitos como panizo. Y como yo no tenía el dinero necesario para poder venir honrosamente á mi casa, pensé servirme de aquél y restituirlo después en cuanto me hubiera sido cómodo. Aquí estoy ahora á los pies de Vuestra Santidad, quien es verdadero confesor; suplico me otorgue la gracia de darme licencia á fin de que pueda confesar y comulgar, y mediante la gracia de Vuestra Santidad recobre la de Dios nuestro Señor.

Entonces el Papa, con un suave suspiro, acordándose quizá de sus afanes, dijo a estas palabras:

—Bienvenido: ciertísimo estoy de aquello que tú dices, y es que puedo absolverte de todos los pecados que hubieses cometido, y además así lo quiero; por tanto, libérrimamente y con muy buen ánimo, dime todas las cosas, pues si te hubieses llevado el valor de una de estas tiaras enteras, dispuestísimo estoy á perdonarte.

Entonces dije:

—No cogí más, Beatísimo Padre, que lo que llevo dicho, y no llegó al valor de ciento cuarenta ducados, que fué cuanto me dieron en la casa de moneda de Perusa, y con ellos fuí á confortar á mi pobre y viejo padre.

Replicó el Papa:

—Tu padre fué tan virtuoso, bueno y hombre honrado, cual mejor no haya nacido, y tú no degeneras un punto: mucho me pesa de que los dineros fueran pocos, pero siendo los que tú dices qué fueron, de ellos te hago presente y todo te lo perdono; da fé de esto al confesor para que sólo se atenga á mí; después, confeso y comulgado que seas, déjate ver otra vez, que será bueno para ti.

Separado que me hube del Papa, acercáronse el señor Jacobo y el arzobispo, diciendo el Papa tanto bien acerca de mí, cuanto de hombre alguno pueda decirse en el mundo; dijo que me había confesado y absuelto; después añadió, dirigiéndose al arzobispo de Capua, que enviase en mi busca y me interrogara si además de aquel caso había algún otro; que de todo me absolviera, pues le daba completa autoridad, y además me hiciese cuantos halagos pudiera hacerme. Mientras que yo me marché con aquel maestro Jacobino, con grandísima curiosidad me preguntaba éste qué secretos y largos razonamientos habían oído aquellos que con el Papa tuve; y como me lo hubiese preguntado más de dos veces, le contesté que no se lo quería decir, pues no eran cosas que á él le importaran; con lo que no me volviese á preguntar más. Fuí á ejecutar todo cuanto había convenido con el Papa; y después de pasar las dos fiestas, fuí á visitarle, haciéndome más caricias que la primera vez, y me dijo:

—Si hubieses venido un poco antes á Roma, te hubiera mandado rehacer aquellas dos tiaras mías que destroza-

mos en el castillo; pero como son cosas de poco valor, aparte de las piedras preciosas, te encargaré una obra de grandísima importancia, donde podrás mostrar lo que sabes hacer; consiste en un botón para la capa pluvial, el cual es redondo á manera de un tajo, y grande como una garrucha de un tercio de brazo; en él quiero que se haga un Dios Padre de medio relieve y que se acomode en el centro aquella hermosa punta del diamante grande, con otras muchas piedras de grandísimo valor. Ya comenzó una de ellas Caradosso, pero no la concluyó; quiero que ésta se termine presto, pues aún deseo gozar de ella un poco: así pues, vete y haz un hermoso modelito.

É hizo que me enseñaran todas las joyas, tras de lo cual fuíme á escape en derecha.

XLIV.

Mientras duraba el asedio en Florencia, aquel Federico Ginori á quien había yo hecho la medalla del Atlante, murió tísico, y dicha medalla fué á parar á manos del señor Luis Alamanni, el cual en espacio de poco tiempo la llevó él mismo para donársela al rey Francisco de Francia, con algunos de sus bellísimos escritos. Gustándole sobremanera esta medalla al rey, el buenísimo señor Luis Alamani habló acerca de mí con Su Majestad algunas palabras sobre mis cualidades, además del arte, con tanto favor, que el rey dió muestras de tener

deseos de conocerme. Con todo el celo que pude hice de prisa aquel modelito, tamaño próximamente como debía ser la obra, por lo cual en el gremio de los aurífices resintiéronse muchos de aquellos á quienes les parecían ser aptos para hacer tal cosa.

Habiendo venido á Roma un cierto Miguelito (1), hombre de gran habilidad para tallar cornalinas (era también inteligentísimo lapidario, hombre viejo y de mucha reputación), tuvo empeño en ocuparse con las dos tiaras del papa, y cuando estaba yo trabajando en dicho modelito, asombróse mucho de que no me hubiese acordado de él, siendo, sin embargo, un hombre inteligente y de bastante crédito con el papa. Viendo que yo no iba á verle, por último vino él á mí y me preguntó qué era lo que yo hacía. Respondíle:

—Lo que me ha encargado el papa.

Entonces él dijo:

—El papa me ha dado la comisión de que vea todas estas cosas que para Su Santidad se hacen.

A lo cual repliqué que primero se lo preguntaría al papa y después sabría qué es lo que hubiere yo de responder. Me dijo que me arrepentiría de ello, y partióse de mí airado. Se reunió con todos los demás del arte, y hablando de aquesta cosa, todos dieron el encargo á dicho Miguel, el cual, con su buen ingenio, hizo que ciertos hábiles dibujantes ejecutaran más de treinta diseños, todos variados unos de otros, de aquesta tal em-

(1) Este es el llamado *Michelino* por Vasari en la «Vida de Valerio», vicentino.

presa. Y como le era fácil ser oído por el papa, puesto de acuerdo con otro lapidario que se llamaba Pompeyo, milanés (este era muy favorito del papa y pariente de su primer camarero señor Trajano (1), comenzaron ambos, esto es Miguel y Pompeyo, á decir al papa que habían visto mi modelo y que no les parecía yo artista hábil para tan admirable empresa. A esto dijo el papa que también él tenía que verlo, y que después, si no era yo apto, se buscaría á quien lo fuese. Los dos dijeron que tenían muchos admirables dibujos para tal cosa, á lo que el papa contestó que lo agradecía bastante, pero que no quería verlos antes de que yo hubiese terminado mi modelo, y que después vería todas las cosas juntas.

Al cabo de pocos días concluí mi modelo, y llevándolo una mañana al papa, aquel señor Trajano me hizo que esperase, y en el intermedio mandó llamar con premura á Miguelito y Pompeyo, diciéndoles que llevasen los dibujos.

Cuando vinieron fuimos introducidos dentro, y enseñada Miguel y Pompeyo empezaron á descubrir sus dibujos, y el papa á mirarlos. Y como los dibujantes que no saben el arte de la joyería ignoran la situación de las piedras, y tampoco los que eran joyeros se la enseñaron á aquellos (porque es fuerza que un joyero, cuando entre sus piedras intervienen figuras, sepa dibujar, pues de otro modo no puede salirle cosa buena), ocurrió

(1) Llamábase Trajano Alicorno.

que todos aquellos dibujos representaban fijo aquel maravilloso diamante en mitad del pecho de aquel Dios Padre. El papa, que era de agudísimo ingenio, visto que hubo cosa tal, no cesaba de reirse, y cuando hubo visto unos diez, tirando el resto por tierra, á mí, que estaba á su lado, díjome:

—Bienvenido, muestra un poco tu modelo á fin de que vea yo si incurriste en el mismo error que aquestos.

Adelantándome yo y abriendo una cajita redonda, pareció como si súbito diese en los mismos ojos al papa, y dijo en alta voz.

—Si hubieras estado dentro de mí, no podrías haberlo hecho de otro modo que como lo veo; los demás no sabían modo de salir del paso.

Acercándose otros grandes señores, el papa mostraba la diferencia entre mi modelo y sus diseños. Cuando lo hubo loado bastante en presencia de los otros, espantados y atónitos, volvióse á mí y me dijo:

—Advierto ahora en esto un mal de importancia grandísima: Bienvenido mío, la cera es facil de trabajar, lo difícil es hacerlo de oro.

A estas palabras repuse audazmente diciendo:

—Beatísimo padre, si no lo hago diez veces mejor que este modelo mío, pactemos que no me lo paguéis vos.

Al oír tales palabras alzóse gran murmullo entre aquellos señores, diciendo que yo prometía demasiado. Había entre ellos un grandísimo filósofo, el cual dijo en mi favor:

—Por aquella hermosa fisonomía y buena traza de cuerpo que en aqueste joven miro, me prometo todo cuanto dice y aun más.

El papa añadió.

—También así lo creo.

Llamando á su camarero, el señor Trajano, le dijo que me trajese aquí quinientos ducados de oro de cámara. Mientras aguardábanse los dineros, el papa, de nuevo, más despacio consideraba de qué hábil modo había yo concertado el diamante sobre aquel Dios Padre. Dicho diamante lo había puesto precisamente en medio de aquesta obra, y encima de él asentado el Dios Padre, algún tanto con bello escorzo, que formaba hermosísimo conjunto sin tapar nada de la piedra, y alzando su diestra, daba la bendición. Bajo el referido diamante había yo puesto tres figuritas de doncellas que, con los brazos levantados en alto, sostenían el diamante. Una de estas figuritas, la de en medio, era de todo relieve, y las otras dos eran de medio relieve. En torno había un buen número de diversas figurillas arregladas con las otras lindas piedras. El resto del Dios Padre tenía un manto de airosos plegados, del cual salían muchas figuritas, con otros bellos adornos que formaban lindísimo conjunto para la vista. Este modelo habíalo hecho con un estuco blanco, sobre una piedra negra. Llegados los dineros, el papa me los dió con sus manos y me rogó con grandísimo afecto que hiciera de suerte por que lo viese en sus días, y que sería bien para mí.

XLV.

Luego que me llevé los dineros y el modelo, parecióme mil años el tiempo que tardara en poner mano á la obra. Comencé en el acto á trabajar con gran solicitud, y al cabo de ocho días el Papa me mandó decir por un camarero suyo, nobilísimo gentilhombre boloñés, que fuese á verle y llevara lo que hubiese trabajado. Mientras iba dicho camarero, que era la más gentil persona que en aquella corte hubiese, decíame que el Papa no sólo quería ver aquella obra, sino que deseaba darme otra de grandísima importancia, y consistía en la estampación de las monedas en la fábrica de Roma; que me preparase para poder responder á Su Santidad, pues para eso él me lo había advertido. En presencia del papa descubrí aquella chapa de oro donde sólo estaba aún esculpido Dios Padre, el cual, no más que esbozado, manifestaba mayor mérito que en aquel modelito de cera. De modo que, estupefacto el Papa al verlo, dijo:

—De hoy en adelante todo cuanto me digas lo he de creer.

Y haciéndome muy señalados favores, añadió:

—Quiero confiarte otra empresa, tan cara para mí como lo es esta y aún más, si tienes corazón para acometerla.

Y agregó que desearía hiciese los cuños de sus monedas, preguntándome si había hecho alguno y si me

atrevíá á ejecutarlos. Respondí que muy bien atrevíame á ello, y que había visto cómo se hacen, pero jamás los había hecho. Estaba presente cierto Tomás Prato (1), el cual era datario de Su Santidad, y por ser muy amigo de mis enemigos, dijo:

—Beatísimo Padre, los favores que vuestra Santidad otorga á aqueste joven y el ser él muy audaz por naturaleza, causas bastantes son para que él os prometiera un nuevo mundo; mas habiéndole dado á realizar una gran empresa y añadiendo ahora otra mayor, serán en perjuicio la una para la otra.

Volvióse airado á él el Papa y dijo que se fuera á su oficina; y á mí me ordenó que le hiciese un doblón ancho de oro, en el cual quería que hubiese un Cristo desnudo con las manos atadas, con unas letras que dijesen: «*Ecce Homo;*» y en el reverso un papa y un emperador que enderezasen de común acuerdo una cruz en actitud de caerse, con una letra que dijese: *Unus spiritus et una fides erat in eis*. Cuando el Papa me hubo cometido esta hermosa moneda, llegóse el escultor Bandinello, quien aún no había sido hecho caballero, y con su acostumbrada presunción revestida de ignorancia, dijo:

—A estos aurífcres es preciso darles hechos los dibujos para estas cosas tan bellas.

Me volví y dije que yo no necesitaba de sus dibujos para mi arte, antes bien esperaba que pasado algún tiempo, con mis dibujos haría daño al arte suyo. El Papa

(1) Tomás Cortesi, jurisconsulto.

mostró haberle satisfecho tanto estas palabras, cuanto imaginarse pueda, y vuelto hacia mí, dijo:

—Vete, pues, Bienvenido mío, y procura animosamente servirme y sin prestar oídos á las palabras de estos necios.

Fuíme, y con gran presteza hice dos troqueles, estampé una moneda de oro, y un domingo después de desayunar llevé la moneda y los hierros al Papa. Cuando la vió quedóse maravillado y contento, no tanto por la bella obra que en alto grado le plugo, sino aún más por el asombro que le causara la presteza con que habíala yo hecho. Y para aumentar más la satisfacción y el asombro del Papa, había llevado conmigo todas las viejas monedas tiempos atrás hechas por aquellos hábiles hombres que habían servido al papa Julio y al papa León, y visto que la mía gustaba más, saqué del pecho una petición del *motu proprio* por la cual pedía yo aquel dicho oficio de maestro estampador de la casa de moneda; el cual daba seis escudos de oro de provisión al mes, sin contar con que después eran pagados los cuños por el intendente de la casa, los cuales se daban tres al duca. Tomó el Papa mi petición, y volviéndose la dió en mano al datario, diciéndole que en el acto me expidiese el decreto. Tomó el datario el *motu proprio*, y haciendo además de querérselo guardar en la bolsa, dijo:

—Beatísimo Padre, no vaya Vuestra Santidad tan á escape, pues estas son cosas que merecen alguna consideración.

Entonces el Papa dijo:

—Ya os comprendo, dadme ese *motu proprio*.

Tomólo y súbito lo signó de su mano, y dándoselo después á él, le dijo:

—Ahora ya no cabe réplica, expedidlo al instante, porque así lo quiero, pues más valen los zapatos de Bienvenido que los ojos de todos estos otros majaderos.

Dando gracias á Su Santidad, sobre manera gozoso, fuíme á trabajar.

XLVI.

Trabajaba yo entonces en la tienda de aquel supradicho Rafael Moro. Este hombre de bien tenía una hermosa hija de la cual me había hecho hacer dibujos, y percatándome yo en parte, deseaba lo mismo, pero sin demostrar en nada que tenía yo el mismo deseo; así, fuíme tan fácil por costumbre, que les hice asombrarse.

Ocurrió que á esta pobre joven le sobrevino una enfermedad en la mano derecha, la cual le había hecho corromper aquellos dos huesecillos que siguen al dedo meñique, y el otro junto al meñique. Y como la pobre hija era medicada, por inadvertencia del padre, por un medicucho ignorante, el cual dijo que aquesta pobre muchacha quedaría estropeada del todo de aquel brazo derecho, dado caso que otra cosa peor no sucediera, viendo yo al pobre padre tan espantado, le dije que no creyese todo cuanto le decía aquel médico ignorante. En vista de ello, me dijo no tener amistad con médico.

ni cirujano alguno, y me suplicó que si alguno conocía se lo enviase.

En el acto hice venir á cierto Jacobo, perusino, hombre muy excelente en la cirugía. Y visto que hubo á la pobre joven, la cual estaba asustada, pues debía de haber escuchado lo que dijo el médico ignorante, este otro inteligente afirmó que no sobrevendría daño alguno, y que se serviría muy bien de su mano derecha; aun cuando aquellos dos últimos dedos quedasen un poquito más débiles que los otros, por eso no les sobrevendría la más mínima molestia del mundo.

Y poniendo mano á medicarla, á los pocos días quiso raer un poco de la podredumbre de aquellos huesecitos, y el padre me llamó para que fuese yo también á ver un poco aquel mal que á su hijita habíase de hacer.

Para ello tomó el antedicho maestro Jacobo (1) ciertos hierros gruesos, y viendo que con ellos hacía poca obra y mucho daño á la muchacha, dije al maestro que se estuviera y me aguardase medio cuarto de hora. Corrí al taller é hice una hojita de acero finísimo y torcido que cortaba un pelo en el aire. Vuelto junto al maestro comenzó con tanta gentileza á trabajar, que ella casi no sentía dolor, y en breve espacio hubo terminado. Por eso, aparte de las demás cosas, aqúeste hombre de bien puso en mí tanto amor, que más no tenía á sus dos hijos varones; y así llegó á curarse la bella joven.

(1) Jacobo Bastrelli, natural de Bimini, cirujano de Clemente VII y de otros pontífices.

Tenía grandísima amistad con cierto señor Juan Gaddi, el cual era letrado de cámara y se gozaba grandemente con los méritos ajenos, á pesar de que en él no había ninguno. Estaban con él cierto señor Juan, grandísimo literato griego; un señor Luis de Fano, semejante á aquel literato; el señor Antonio Allegretti y el entonces joven señor Annibal Caro. De fuera estábamos el señor Sebastián, excelentísimo pintor (1), y yo.

Cáasi todos los días nos veíamos una vez con dicho señor Juan, y dada esta amistad con aquel hombre de bien del aurífice Rafael, dijo al mencionado señor Juan:

—Señor Juan mío, vos me conocéis; y como quisiera dar mi hija á Bienvenido, no encontrando mejor intermediario que Vuestra Señoría, os ruego que me ayudéis á ello, y vos mismo me le señaléis de mis bienes aquella dote que bien os plazca indicar.

Este hombre majadero, apenas hubo acabado de hablar aquel pobre hombre de bien, cuando sin la menor reflexión del mundo, le dijo:

—Rafael, no habléis más de esto, porque tan lejos de ello estáis como enero de las moras.

El pobre hombre, muy desazonado, trató presto de casarla; y estaban conmigo la madre de ella y todos

(1) Los nombrados por Cellini son: Juan Vergerio (al parecer), caballero griego, que presentó al duque Cosme ciertos caracteres griegos hechos por él y de portentosa belleza; Luis de Fano, buen escritor latino; Antonio Allegretti, poeta florentino no despreciable; el famoso Anibal Caro, prosista y poeta de *Los amores de Dafnis y Cloe*; y fray Sebastián del Piombo, pintor insigne.

enfadados, sin saber yo la causa; y pareciéndome que me pagaban con mala moneda las grandes atenciones que para con ellos había yo empleado, traté de abrir una tienda próxima á la suya. El mencionado señor Juan nada me dijo hasta que la referida joven se casó, lo cual fué en el espacio de muchos meses.

Dedicábame con gran solicitud á concluir mis obras y servir en la Casa de la Moneda, pues de nuevo cometióme el papa una del valor de dos carlinos, en la cual iba el retrato en busto de Su Santidad, y en el reverso un Cristo sobre el mar, echando la mano á San Pedro, y con una letra en torno que decía: *¿Quare dubitasti?* Tanto plugo á questa moneda, que cierto secretario del papa, hombre de grandísimo mérito, apellidado Sanga (1), dijo:

—Vuestra Santidad puede gloriarse de tener una clase de moneda cual no se ve en los antiguos, con toda su pompa.

A esto replicó el papa:

—También puede gloriarse Bienvenido de servir á un emperante cual Nos que lo conozca.

Seguí mi grande obra de oro, mostrándola con frecuencia al papa, quien me pedía con instancias verla, y más cada vez se maravillaba.

(1) Juan Bautista Sanga, secretario de Clemente VII.

XLVII.

Hallábase un hermano mío en Roma al servicio del duque Alejandro, á quien por aqueste tiempo el papa le había buscado el ducado de Penna. (Estaban al servicio de este duque muchísimos soldados valientes de la escuela de aquel muy grande señor Juan de Médicis, y entre ellos mi hermano, á quien dicho duque estimaba entre los más valerosos de ellos). Cierta día estaba mi hermano, después de almorzar en Banchi, en la tienda de cierto Baccino de la Croce, donde todos aquellos bravos comían: habíase sentado en una silla y dormitaba.

Mientras tanto, pasaba la ronda del preboste llevando preso á cierto capitán lombardo Cisti, también de la escuela de aquel gran señor Juan, mas no estaba ya al servicio del duque. En la tienda de dicho Baccino de la Croce estaba el capitán Cattivanza de Strozzi. Al ver el capitán Cisti al capitán Cattivanza, le dijo:

—Os llevaba aquel buen número de escudos de que os era deudor; si los queréis, venid por ellos antes de que conmigo vayan á la prisión.

Complacíase aqueste capitán en azuzar á otros sin escarmentar nunca; por lo cual, hallándose allí presentes ciertos bravísimos jóvenes, más dispuestos que fuertes para tan grande empresa, díjoles que se acercaran al capitán Cisti y que hiciesen que éste les diera

sus dineros, y que si la ronda hacía resistencia, hiciesen fuerza contra ella si les bastaba el ánimo. Dichos jóvenes eran cuatro solamente, todos imberbes; el primero llamábase Bertino Aldobrandi, el otro Anguillotto de Lucca: de los demás no recuerdo el nombre. Este Bertino había sido adiestrado y verdadero discípulo de mi hermano, quien le quería tan desmesuradamente cuanto imaginarse pueda.

De pronto los cuatro bravos jóvenes acercáronse á la ronda del preboste, la cual era en número de más de cincuenta esbirros entre picas, arcabuces y mandobles. Tras de pocas palabras echaron mano á las armas; y aquellos cuatro jóvenes tan admirablemente acosaban á la ronda; que con sólo mostrarse un poco el capitán Cattivanza, sin poner mano á las armas, aquellos jóvenes hubiesen hecho declarar en fuga á la ronda. Mas dilatándose algún tanto, aquel Bertino sacó ciertas heridas de importancia, las cuales derribáronle por tierra; también Anguillotto sufrió al mismo tiempo una herida en el brazo derecho, y no pudiendo sostener más la espada, retiróse lo mejor que le fué dable. Los otros hicieron igual, y Bertino Aldobrandi fué levantado del suelo malamente herido.

XLVIII.

En tanto que ocurrían estas cosas estábamos todos á la mesa, pues por la mañana habíamos desayunado

con más de una hora de retraso de como teníamos costumbre. Al oír estos ruidos, uno de los muchachos, el mayor, se levantó de la mesa para ir á ver esta refriega. Llamábase Juan, á quien le dije:

—Por favor, no vayas, porque en tales cosas siempre hay pérdida segura y nada que ganar.

Lo mismo le decía su padre:

—Cuida, hijo mío, no vayas.

Este joven echó á correr escalera abajo sin oír á nadie.

Llegado á Banchi (1), donde era la gran pelea, vió levantar del suelo á Bertino; corriendo, volvióse atrás y se encontró á mi hermano Francisco, el cual preguntóle qué cosa era aquella. Habiendo algunos advertido á Juan que no se lo contase á Francisco, dijo tontamente que á Bertino Aldobrandi lo había muerto la ronda. Mi pobre hermano dió un grito tan grande, que desde diez millas pudo haberse oído; y después dijo á Juan:

—¡Ay de mí! ¿Me sabrías decir quién de ellos me lo ha muerto?

Juan dijo que sí, y que era uno que tenía un mandoble y llevaba una pluma azul en la gorra.

Echó á correr adelante mi pobre hermano, y conociendo que hubo por aquella contraseña al homicida, lanzó-

(1) *Banchi* era un sitio de Roma próximo al puente del castillo del Santo Angel, yendo hacia el Vaticano. Llamábase así por los *bancos* puestos fuera de puertas para comodidad de los concurrentes, porque allí estaban las oficinas de la Curia, y concurrían, no sólo los magistrados, sino otras muchas personas.

se con aquella su maravillosa agilidad y bravura en medio de toda aquella escolta. Sin que nadie pudiera remediarlo, tiró al antedicho una estocada en la tripa que le pasó de parte á parte, le derribó al suelo con los gavilanes de la espada, y volviéndose hacia los otros con valor y arrojo, púsoles él solo á todos en fuga; mas volviéndose para dar á un arcabucero, éste disparó en propia defensa el arcabuz, é hirió al valeroso y desventurado joven sobre la rodilla de la pierna derecha, y aun yacente en tierra, la fugitiva ronda dábase priesa á correr de allí, no fuese que otro á él parecido se le acercara.

Al sentir yo continuarse aquel tumulto, me levanté también de la mesa, y poniéndome la espada al cinto, que en aquel tiempo todo el mundo la llevaba, junto al puente del Santo Angel vi un corro de muchos hombres; por lo cual me adelanté, y siendo conocido por algunos de éstos, me abrieron calle y me mostraron lo que menos hubiera querido ver, aun cuando grandísima curiosidad manifestaba por verlo.

Al pronto no le conocí, por ir vestido con traje diverso de aquel que poco antes hábale yo visto; de modo que, habiéndome él conocido el primero, dijo:

—Hermano queridísimo, no te turbe mi grán daño, porque mis artes tal cosa me prometían; hazme levantar presto de aquí, pues pocas horas quedánme de vida.

Habiéndoseme referido el caso mientras él me hablaba, con aquella brevedad que en tales accidentes se supone, le respondí:

—Hermano, este es el mayor disgusto y el dolor más grande que pueda acontecerme en todo el tiempo de mi vida; mas está seguro de que antes de que pierdas de vista á quien te ha hecho mal, verás cumplida por mis manos tu venganza.

De aquesta guisa, pero brevísimas, fueron las suyas y mis palabras.

XLIX.

Estaba la ronda á unos cincuenta pasos de nosotros, porque Maffio, que era su alguacil mayor, había hecho que se tornara una parte para levantar el cuerpo de aquel caporal á quien mi hermano había muerto; de modo que, habiendo caminado yo prestísimo muchos pasos hacia aquellos, envuelto y embozado en la capa, estaba ya casi junto á Maffio, y de seguro le hubiera muerto, porque era bastante la gente del pueblo y yo me había metido entre ellos. Habiendo sacado la espada con la mayor presteza que darse pueda, se me arrojó por detrás á los brazos Berlinghier Berlinghierri, joven valerosísimo y grande amigo mío, con quien iban otros cuatro jóvenes semejantes á él, los cuales dijeron á Maffio:

—Huye, que éste solo te mataría.

—¿Quién es éste?

Y le contestaron:

—El hermano carnal de aquel que allí yace.

Sin querer oír más, retiróse con gran presteza á Torre de Nona (1).

Y á mí me dijeron:

—Bienvenido, a questo impedimento que hemos puesto en contra de tu voluntad, á buenos fines se endereza; mas ahora vamos en socorro de á quien poco le faltará para morir.

Volviéndonos así, fuimos en busca de mi hermano, á quien hice llevar á una casa. Reunida en el acto junta de médicos, le medicaron sin resolverse á cortar la pierna en seguida, con lo que quizás hubiera sido salvo. Tan pronto como fué medicado, compareció allí el duque Alejandro, quien le hizo muchas caricias; aún estaba con conocimiento mi hermano, quien dijo al duque Alejandro:

—Señor mío, de otra cosa no me duelo, sino de que Vuestra Excelencia pierde un servidor, como el cual acaso pudierais encontrar en los más valientes de aquesta profesión, mas no ninguno que con tanto amor y fe sirviérais como yo lo hacía.

El duque dijo que tratase de vivir, que por lo demás, muy bien le conocía por hombre honrado y valeroso. Volvióse luego á sus gentes, diciendo que nada faltase á aquel joven de valor. Partido que se hubo el duque, la abundancia de sangre, tal que no podía restañarse, fué causa de trastornarle el cerebro; de modo que la noche

(1) *Torre de Nona*, lugar donde estaban las cárceles en Roma.

siguiente estuvo toda ella en frenesí, salvo que cuando queriéndole dar la comunión, dijo:

—Bien hicisteis en confesarme antes; mas ahora, a questo Sacramento divino no es posible que pueda yo recibirle dentro de este cuerpo miserable ya destrozado; dignaos sólo que yo lo guste con la divinidad de los ojos, por los cuales entrará en la inmortal ánima mía; y ésta sola es quien á El ruega misericordia ó perdón.

Terminadas estas palabras y llevado el Sacramento, de pronto cayó en las mismas locuras de antes, las cuales estaban compuestas de los mayores furores y de las más horrendas palabras que jamás pudiesen imaginar los hombres; no cesó en ellas durante toda la noche, sino de día. Tan pronto como el sol mostróse fuera de nuestro horizonte, se volvió hacia mí y me dijo:

—Hermano mío, no quiero estar más aquí, porque aquestos me harían hacer alguna gran cosa y tendrían que arrepentirse de haberme causado molestia.

Y meneándose con una y otra pierna, la cual le habíamos metido en una caja muy pesada, las transmutó de suerte como si fuese á montar á caballo; y volviéndose de cara á mí, dijo tres veces:

—Adiós, adiós.

Y la última palabra se escapó con aquella ánima tan fuerte.

A la hora debida, que fué por la tarde á la hora veintidos, lo hice enterrar con muy grande honor en la iglesia de los Florentinos, mandando después que le hicieran una bellísima lápida de mármol, en la que se escul-

pieron algunos trofeos y banderas (1). No quiero dejar sin referir, que preguntándole uno de sus amigos quién le había disparado aquel arcabuzazo y si le conocería, dijo que sí y dió sus señas; las cuales, si bien mi hermano habíase guardado de que yo no las escuchase, muy bien las oí, y en su lugar se dirán las consecuencias.

L.

Tornandó á dicha lápida, ciertos notables literatos que conocían á mi hermano me dictaron un epitafio tal como á su parecer lo merecía aquel admirable joven, epitafio que decía así:

*Francisco Cellini Florentino,
quid quod in teneris annis ad Ioannem Medicem
ducem plures victorias retulit et signifer fuit,
facile documentum dedit quantæ fortitudinis et consilii vir
futurus erat, vi crudelis fati archibuso transfossus, quinto
cætatís lustro jaceret, Benvenutus frater posuit.
Obiit die XXVII Maii MDXXIX.*

Era de edad de veinticinco años; y aun cuando entre los soldados le llamaban Francisco del Pifano, como su nombre propio era Juan Francisco Cellini, quise po-

(1) Acerca del valor y de la muerte de Francisco Cellini habla Varchi en su *Historia*, lib. XI, donde cuenta el duelo de Bertino Aldobrandi, su discípulo, que quedó muerto por Dante de Castiglione.

ner debajo de nuestras armas aquel nombre propio con que era conocido.

Este nombre habíale yo hecho esculpir con bellísimas letras antiguas, las cuales había ordenado que fuesen todas rotas, salvo la primera y la última letras. Los literatos que me habían dictado aquel hermoso epitafio preguntáronme por qué había hecho así las letras. Dije que aquellas letras estaban rotas porque el admirable instrumento de su cuerpo estaba destrozado y muerto. Y cuanto á las dos letras enteras, la primera y la última, eran: la primera, en memoria de la gran ganancia de aquel presente que nos donaba Dios de aquesta nuestra ánima encendida en su divinidad, y por eso ésta nunca se rompía; y la otra última letra entera, es por la gloriosa fama de sus valientes méritos. Esto gustó bastante, y después algunos otros han imitado aqueste estilo.

Más adelante hice esculpir nuestras armas de los Cellini, las cuales alteré con lo que les es propio; porque en Rávena, que es ciudad antiquísima, vense Cellini de los nuestros, respetadísimos gentilhombres que tienen por armas un león rampante de oro en campo azul, con una lis roja en la mano derecha, y encima el rastrillo con tres pequeñas lises de oro. Este es el verdadero blasón de Cellini. Mi padre me lo enseñó; mas en aquél sólo estaban la garra con todo el resto de dichas cosas, mas á mí me plugo que se observase el de los Cellini de Rávena antedicho.

Volviendo á las armas que hice en el sepulcro de mi

hermano, diré que en cambio del lirio puse en la garra del león un hacha pequeña, con el campo de dicho blasón partido en cuatro cuarteles; y aquella hachuela que yo hice fué sólo porque no se apartase de mí el recuerdo de su venganza.

LI.

Me dí priesa con gran solicitud á terminar aquella obra de oro del papa Clemente, la cual éste muy mucho deseaba; me hacía llamar dos ó tres veces por semana queriendo ver dicha obra, y cada vez acrecentábase más su placer. Muchas veces me reprendió casi á gritos por aquella pesadumbre que yo tenía á causa de mi hermano. Una de ellas, viéndome más agitado y escuálido de lo debido, me dijo:

—Bienvenido, no sabía yo que estuvieses loco; ¿no has aprendido antes de ahora que para la muerte no hay remedio? Vas buscando el irte tras de él.

Partiéndome del papa continué la obra y los hierros para la Casa de Moneda, y por querida había yo tomado la busca de aquel arcabucero que á mi hermano hubiera muerto. Aquéste tal había sido en otros tiempos soldado de caballería, entrando luego de arcabucero en el número de los esbirros del preboste. Y lo que más acrecentaba mi cólera fué el haberse jactado de este modo, diciendo:

—Si no llega á ser por mí, que maté á aquel bravo

joven, poco hubiese faltado para que él solo, con gran daño nuestro, á todos nos pusiera en fuga.

Conocía yo que aquella pasión de ánimo tan constante de lograr verlo, con mucha frecuencia me quitaba las ganas de dormir y de comer y me conducía por el mal camino, no curándome un ardite de intentar acometer tan baja y no muy laudable empresa. Una tarde me resolví á poner término á tantos afanes. Ese tal estaba en una casa vecina á un lugar llamado Torre Sanguigna, junto á otra donde hallábase alojada una cortesana de las más favorecidas en Roma, la cual se llamaba la señora Antea. Siendo poco más de la hora veinticuatro, este arcabucero estaba en su puerta con la espada en la mano y había cenado ya. Con gran destreza me acerqué á él con un cuchillo de monte, y tirándole un tajo de revés, pensé cercenarle el cuello en redondo; mas habiéndose vuelto él muy ligero, el golpe le dió en la punta del hombro izquierdo y le destrozó todo el hueso, tras de lo cual, abandonando la espada, desvanecido por el gran dolor, echóse á correr; fuí en su seguimiento, le alcancé á los cuatro pasos, alcé mi puñal sobre su cabeza; mas habiendo él bajado mucho ésta, el puñal dió contra el hueso del cuello, y la parte media del pescuezo, penetrando tan adentro en una y otra parte el puñal, que aun haciendo yo gran esfuerzo no pude recobrarlo; de la mencionada casa de la Antea echáronse fuera cuatro soldados esgrimiendo las espadas, de modo que fuerza me fué poner mano á la mía para defenderme.

Abandonando el puñal me marché de allí; y por temor á ser conocido, fuíme á casa del duque Alejandro, que estaba entre la Plaza Navona y la Rotonda. Llegado que hube, hice hablar al duque, el cual me mandó á decir, que, si era yo solo, me estuviese quieto y no temiera por nada; que me fuese á trabajar en la obra del papa, que tanto la deseaba, y por ocho días trabajase dentro del taller, máxime habiendo sobrevenido aquellos soldados que me estorbaron, los cuales llevaban en la mano aquel puñal, y contaban la cosa cómo les había ido y el gran trabajo que les había costado extraer aquel puñal del hueso del cuello y de la cabeza de aquél, y que no sabían de quién fuese. Llegóse en esto Juan Bandini, y dijo:

—Este puñal es el mío, que se lo había prestado á Bienvenido, el cual quería vengar á su hermano.

Los razonamientos de aquestos soldados fueron bastantes, doliéndose de haberme impedido, si bien la venganza había colmado la medida. Pasaron más de ocho días: el papa no me mandó llamar, como acostumbraba. Después envió á llamarme con aquel gentilhomme boloñés, camarero suyo, de quien antes hablé, quien con gran modestia me indicó que todo lo sabía el papa, que Su Santidad me quería mucho, que me dedicase á trabajar y estuviese quedo. Llegado junto al papa miróme con ojos severos, y sólo con sus miradas me dió una tremenda reprensión; después, mirando la obra, comenzó á serenársele el rostro, me elogió sobre manera, diciéndome que había yo hecho un gran trabajo en

tan poco tiempo, y mirándome después á la cara, dijo:

—Bienvenido, ahora que estás curado, atiende á vivir.

Y yo, que le entendí, dije que así lo haría. Abrí un taller muy bueno en Banchi, frente al de Rafael, y allí terminé dicha obra pocos meses después.

LII.

Habiéndome mandado el papa todas las piedras preciosas, fuera del diamante (el cual, por algunas necesidades tuyas, lo había empeñado á ciertos banqueros genoveses), estaban en mi poder todas las demás piedras, y de aqueste diamante sólo la forma.

Tenía cinco oficiales muy buenos, pues aparte de esta obra hacía muchos trabajos; de modo que mi tienda estaba llena de muchas obras de valor, de pedrería, de oro y de plata. Tenía en casa un perro peludo grandísimo y bello, el cual me lo había dado el duque Alejandro; y si bien este perro era bueno para la caza, porque me traía toda clase de pájaros y animales muertos por mí con el arcabuz, además era muy excelente para guardián de una casa. Ocurrióme en ese tiempo (según era de esperar por la edad en que yo me encontraba, que era de veintinueve años), que habiendo tomado para mi servicio una joven de bellísimas formas y mucha gracia, servíame de la tal para modelo á pro-

pósito para el arte mío, y además complacíame en los placeres carnales propios de mi juventud. Por la cual cosa, tenía mi alcoba muy apartada de las de mis oficiales y muy lejos de la tienda, unida por un pasadizo con la alcoba de aquella joven sirviente; y como la gozaba con mucha frecuencia, aun cuando he tenido el sueño más ligero que pueda tener hombre alguno en el mundo, en aquellas tales ocasiones, por obra de la carne, algunas veces se torna muy profundo.

Así me ocurrió una noche, en que hube de ser vigilado por un ladrón, el cual, bajo capa de decirme que era aurífice, habiendo visto aquellas joyas, pensó robármelas; para lo que asaltó con fractura mi tienda llevándose bastantes trabajillos de oro y de plata. Cuando estaba desclavando algunas cajitas en busca de las joyas que había visto, aquel perro antes dicho se le echó encima, mientras él con una espada malamente de sus ataques se defendía; de modo que el perro entró en las alcobas de los oficiales, que estaban abiertas por ser verano. Como éstos no sintiesen sus grandes ladridos, tiró de los cobertores de las camas; mas no sintiendo nada todavía, cogió por los brazos ora al uno, ora al otro, despertóles por fuerza, y ladrando con furioso modo, mostrábales el camino marchando delante de ellos.

Visto que no querían seguirle, aquestos traidores, molestados, tiraban á dicho perro piedras y palos (y eso lo podían hacer, pues por encargo mío toda la noche tenían luz). Y por último, habiendo cerrado muy

bien las alcobas, el perro, perdida la esperanza en la ayuda de tales bribones, por sí solo se puso á la empresa; y corriendo donde antes, al no encontrar en la tienda al ladrón, salió en su busca, le acometió, le destrozó y quitó la capa; mas éste pidió socorro á ciertos sastres, diciéndoles que por amor de Dios le ayudasen á defenderse de un perro rabioso; y creyendo éstos que sería verdad, saltando fuera, echaron al perro con grandísimo trabajo. Al venir el día, yendo á abrir la tienda, y viéndola descerrajada y abierta, y rotas todas las cajitas, comenzaron en alta voz á gritar:

—¡Ay de mí! ¡ay de mí!

Por lo que sintiendo yo asustado aquellos gritos, me eché afuera. Habiéndose presentado ante mí, me dijeron:

—Desventurados de nosotros, que hemos sido robados por uno que ha roto y llevádose todas las cosas.

Estas palabras obraron con tal fuerza sobre mí, que no me permitieron ir á mi cajón para ver si dentro de él estaba la pedrería del papa; desvanecida por tan afanoso temor la luz de mis ojos, dije que abriesen ellos mismos el cajón y vieran cuántas faltaban de aquellas piedras del papa. Aquellos jóvenes estaban todos en camisa; y cuando después de abierto el cajón vieron todas las piedras y la obra de oro junto con aquéllas, alegrándose, me dijeron:

—Por aquí no hay mal ninguno, pues que la obra y las piedras aquí están todas; pero este ladrón nos ha dejado á todos en camisa, á causa de que ayer noche,

por el gran calor, nos desnudamos todos en la tienda y en ella dejamos nuestras vestiduras.

En el acto recobré el valor, y dando gracias á Dios, dije:

—Andad todos á vestiros de nuevo, y yo lo pagaré todo; entendiendo haber tenido aún fortuna, según como pasó el caso.

Lo que más me dolía, y fué causa de hacerme desmayar y espantarme tan fuera de mi natural, es que tal vez el mundo hubiera pensado si habría yo hecho aquella farsa del ladrón sólo para robar yo las piedras. Al papa Clemente fuéle dicho por personas muy leales á él, las cuales fueron Francisco del Nero; Zana de Bilioti, su intendente, el obispo de Vasona (1) y muchos otros:

—¿Cómo confiáis, Beatísimo Padre, tan gran valor en joyas á un joven que es todo fuégo, aún más dado á las armas que al arte y que todavía no tiene treinta años?

A lo cual el papa repuso que si sabía ninguno de ellos que hubiese yo jamás hecho cosa alguna para infundirles tal sospecha. Francisco del Nero, tesorero suyo, presto replicó, diciendo:

—No, Beatísimo Padre, porque nunca ha tenido tal ocasión.

A esto contestó el papa:

(1) Jerónimo Schio, ó Seledo, vicentino, obispo de Vaison, en el condado de Aviñón.

—Le tengo por un completo hombre honrado; y si viese yo alguna acción mala en él, no lo creyera.

Esto fué lo que me dió el mayor disgusto y lo que en el acto presentóse ante mi imaginación. Dado que hube órdenes á los jóvenes para que de nuevo se vistiesen, tomé mi obra juntamente con las piedras, acomodándolas lo mejor que pude en su lugar, y con ellas me fuí en el acto á ver al papa, á quien Francisco del Nero le había dicho parte de los ruidos que en mi tienda habíanse sentido, y en seguida hizo entrar en sospechas al papa. Habiendo el papa imaginado más presto lo malo que lo bueno, arrojóme una mirada terrible, y dijo con voz alterada:

—¿Qué has venido á hacer aquí? ¿Qué es eso?

—He aquí vuestras piedras y el oro, sin faltar nada.

Entonces el papa, serenándose su rostro, dijo:

—Pues entonces, bien venido seas.

Le mostré la obra, y mientras que la veía, le referí todos los accidentes del robo y de mis afanes, y qué es lo que había sido para mí el mayor disgusto. Al oír esas palabras volvióse muchas veces á mirarme fijo á la cara; y estaba presente aquel Francisco del Nero, por lo cual parecía como si hubiese estado allí á posta. Por último, el papa, echándose á reír de tantas cosas como yo le había dicho, me dijo:

—Vete y continúa siendo hombre de bien como sé que lo eres.

LIII.

Apresurando dicha obra y trabajando de continuo para la Casa de Moneda, comenzáronse á ver en Roma algunas monedas falsas estampadas con mis propios cuños. En seguida lleváronlas al papa, é inspirándole sospechas contra mí, el papa dijo á Jacobo Balducci, intendente de la moneda:

—Emplea grandísima diligencia en buscar al malhechor, porque sabemos que Bienvenido es un hombre honrado.

Este traidor, intendente de la moneda, por ser enemigo mío, dijo:

—Dios quiera, Beatísimo Padre, que resulte tal como vos lo decís; en cuanto á nosotros, tenemos algún indicio.

Al oír esto el papa, dirigióse al gobernador de Roma, y dijo que emplease un poco de celo en hallar al malhechor. En el mismo día el papa mandó por mí; después, con diestros razonamientos, hablóme acerca de las monedas, y á este propósito me dijo:

—Bienvenido, ¿te atreverías á hacer monedas falsas?

A lo cual respondí que creía poderlas hacer mejor que todos cuantos hombres á tan vil cosa se dedican, pues los que tales bribonadas hacen no son hombres que sepan ganar, ni hombres de gran ingenio; y si yo, con mi poco ingenio ganaba tanto que me sobraba,

pues cuando ponía hierros para la Casa de la Moneda, todas las mañanas, antes de almorzar, cobraba por lo menos tres escudos (que así había sido siempre costumbre pagar los troqueles de las monedas, y aquel necio del intendente me quería mal porque hubiese querido obtenerlos á más bajo precio), era para mí mucho más que suficiente eso que yo ganaba en gracia de Dios y del mundo, y que de hacer moneda falsa no me hubiera tocado ganar tanto.

El papa estuvo atentísimo á mis palabras, y aun cuando había dado órdenes para que curasen con destreza de que no me partiera de Roma, díjoles que investigaran con diligencia, y de mí no curasen un punto, pues no quería disgustarme, no fuese causa de perderme; á quienes encargó con mucho ardor fué á algunos de los letrados de cámara, los cuales, habiendo hecho aquellas diligencias que á ellos tocaba, en seguida lo encontraron. Era un acuñador de la misma Casa de Moneda, que se llamaba de nombre César Macherone, ciudadano romano; y juntamente con él fué preso un ovalador de la misma Casa de moneda.

LIV.

En aquel mismo día, pasando yo por la Plaza Navona con mi hermoso perro de aguas, cuando llegué ante la puerta del preboste, mi perro se metió dentro con grandísimo ímpetu, ladrando fuerte á un joven, al cual

había hecho también detener cierto Donnino, aurífice de Parma y antiguo discípulo de Caradosso, por haber tenido indicios de que aquél habíale robado. Mi perro hacía tantos esfuerzos por querer desgarrar á aquel joven, que movió á los esbirros á compasión (máxime, defendiendo bien sus razones el joven audaz, de quien Donnino no decía tanto como bastase, y más habiendo uno de aquellos cabos de los esbirros, que era genovés y conocía al padre de aqueste joven); de suerte que entre el perro y esta otra causa influían de manera, que los tales querían dejar libre de cualquier modo á aquel joven para irse.

Llegado que fui, no conociendo el perro miedo á las espadas ni á los palos, de nuevo abalanzóse sobre aquel joven, y aquéllos me dijeron que si yo no sujetaba á mi perro me lo matarían. Cogí al perro lo mejor que pude, mas al ponerse el joven el capote, cayósele cierto cartucho de la capucha, reconociendo aquel Donnino que era cosa suya. También yo vi en él un anillo, y lo reconocí como mío, por lo cual en el acto dije:

—Este es el ladrón que asaltó y robó mi tienda, puesto que mi perro le reconoce.

Y dejando suelto al perro, de nuevo se abalanzó á éste; en vista de eso, el ladrón me imploró misericordia, diciendo que me devolvería lo que tenía mío. Vuelto á coger el perro, el ladrón me devolvió todo el oro, la plata y los anillos que míos tenía, y veinticinco escudos de ventaja; después me recomendó el silencio, á cuyas palabras le contesté que se encomendase á Dios,

pues que yo no pensaba hacerle bien ni mal; y volviendo á mis quehaceres, al cabo de pocos días, aquel César Macherone de las monedas falsas, fué ahorcado en Banchi, delante de la puerta de la Casa de Moneda; su cómplice fué mandado á galeras; el ladrón genovés fué ahorcado en Campo di Fiore, y yo quedé aún en mayor concepto de hombre de bien del que con anterioridad gozaba.

LV.

Después de dar fin á mi obra, sobrevino aquella grandísima inundación que anegó de agua á toda Roma. Estaba viendo lo que de tal cosa resultaba, pues acabábase el día (era la hora veintidós) y las aguas crecían sobremanera.

Mi casa y tienda daba por delante á Banchi, y por detrás sobresalía muchas brazas, porque miraba á Monte Giordano; de modo que pensando antes en la salvación de mi vida y en el honor, echéme encima todas aquellas pedrerías, y abandoné la obra de oro á la guarda de mis oficiales; y descalzo descendí por las ventanas de atrás, pasando lo mejor que pude por aquellas aguas, hasta que llegué á Monte Cavallo, donde topé con el señor Juan Gaddi, letrado de cámara, y Sebastián Veneziano, pintor. Acercándome al señor Juan, le entregué todas las antedichas piedras preciosas para que me las guardase, el cual me atendió tanto como si hermano mío hubiese sido. Pocos días después, pasada

la furia de las aguas, regresé á mi tienda y acabé dicha obra, con tan buena fortuna, mediante la gracia de Dios y de mi gran trabajo, que fué tenida por la obra más hermosa que jamás se hubo visto en Roma; de modo que al llevársela al papa, éste no se saciaba de loármela, y dijo:

—Si yo fuese un emperador rico, daría á mi Bienvenido tantas tierras cuantas alcanzaran sus ojos; pero como en el día de hoy no somos más que un pobre emperante fallido, de todas maneras, tanto pan le daré, que baste para sus pequeñas necesidades.

Dejado que hube terminar al papa aquel tropel de palabras, le pedí una plaza de macero que estaba vacante, mas el papa dijo que me quería dar cosa de mucha más importancia; respondí á Su Santidad que mientras tanto, me diese como arras aquélla tan pequeña. Echándose á reir, dijo que venía en ello, pero que no quería que yo sirviese; y que me pusiera de acuerdo con los demás maceros para no hacer servicio, dándoles alguna gracia que ya ellos habían pedido al papa, cual era la de poder con autoridad rescatar sus entradas. Hízose así esto. Tal plaza de macero me daba poco menos de doscientos escudos de ingreso al año.

LVI.

Continuando después en servir al papa, ya con un pequeño trabajo, ya con otro, me ordenó que le hiciese

un diseño de un cáliz riquísimo; hice dicho dibujo y un modelo. Era este modelo de madera y de cera; en lugar del pie del cáliz había hecho tres figuritas de buen tamaño y exentas, las cuales eran la Fe, la Esperanza y la Caridad; en la base hice después tres historias correspondientes, en tres redondeles de bajo relieve: la una era la Natividad de Cristo; la otra la Resurrección de Cristo, y en la tercera estaba San Pedro crucificado, cabeza abajo, que así me fué encargado que lo hiciese.

Adelantando en ésta, el papa quería verla con mucha frecuencia; de modo, que en vista de que Su Santidad no había vuelto á acordarse de darme nada, habiendo vacado una plaza de la Hermandad del Plomo (1), una tarde se la pedí. El buen papa, sin acordarse más de aquel flujo de palabras que empleó cuando terminé la otra obra, me dijo:

—El oficio del Plomo rinde más de ochocientos escudos; de modo, que si yo te lo diése te dedicarías á rascarte la barriga, y aquella hermosa arte que tienes en tus manos perderíase, y eso tendría yo que vituperarme.

En el acto respondí que los gatos de buena raza mejor cazan con hartura que con hambre; y lo mismo aquella suerte de hombres de mérito inclinados al talento, que mucho mejor lo ponen por obra cuando tie-

(1) El oficio del *Piombo* en la curia romana es el encargado de poner en las bulas el plomo, ó sea el sello pontificio. Por mucho tiempo lo desempeñaron los cistercienses, mas luego se encomendó á laicos, como los citados en el texto.

nen abundantísimamente para vivir; de modo, que los príncipes que mantienen en la abundancia á tales hombres, sepa Vuestra Santidad que dan riego al talento, y haciendo lo contrario, los talentos quedan secos y roñosos; y sepa Vuestra Santidad que yo no lo pedí con intención de obtenerlo. ¡Con tal de que yo tenga aquella pobre plaza de macero, en cuanto á ésta no me imaginé tanto! Vuestra Santidad hará bien, no queriéndomela dar á mí, en dársela á algún ingenio que la merezca, y no á ningún ignorante de esos que se dedican á rascarse la barriga, como dice Vuestra Santidad. Tomad ejemplo de la buena memoria del papa Julio, que tal oficio se lo diera á Bramante, excelentísimo arquitecto.

Hícele reverencia en seguida, y me partí furioso. Adelantóse Sebastián Veneziano, pintor, y dijo:

—Beatísimo Padre, dígnese Vuestra Santidad dárselo á alguien que se ocupe en obras del ingenio; y como según sabe Vuestra Santidad, también yo con mucho gusto me fatigo en ellas, ruego que me tenga por digno.

Respondió el papa:

—Este diablo de Bienvenido no escucha las repreciones. Yo estaba dispuesto á dársela, pero no está bien ser tan soberbio con un papa; y por lo tanto, no sé lo que tengo de hacer.

En el acto adelantóse el obispo de Vasona y abogó por dicho Sebastián, diciendo:

—Beatísimo Padre, Bienvenido es joven, y mucho

mejor le sienta la espada al cinto que los hábitos de fraile; dígnese Vuestra Santidad otorgárselo á este Sebastián, hombre de mérito; y á Bienvenido podréis darle otra vez alguna cosa buena, que quizá sea para él más á propósito que aquesta.

Entonces el papa volvióse hacia el señor Bartolomé Valori, y le dijo:

—Cuando encontréis á Bienvenido, decidle de mi parte que él mismo ha hecho que obtenga el Plomo el pintor Sebastián, y que esté advertido de que la primera cosa mejor que llegue á vacar será suya; en tanto, que se dedique á trabajar mucho y termine mi obra.

Al día siguiente, á la hora segunda de la noche, encontré al señor Bartolomé Valori en la esquina de la Casa de Moneda (llevaba por delante dos antorchas é iba de prisa, llamado por el papa). Hícele una reverencia; se detuvo para llamarme, y me dijo con grandísimo afecto todo cuanto le había encargado el papa que me dijese. A lo cual respondí que con mayor diligencia y estudio acabaría mi trabajo, cual ningún otro pudiera emplearlos mayores; pero también sin punto de esperanza de obtener nada más del papa. El mencionado señor Bartolomé replicó diciéndome que así no debía responderse á las ofertas de un papa. A lo cual dije, que poniendo esperanzas en tal palabra, y sabido que de ningún modo la tenía yo, loco sería si respondiera de otra suerte; y partiéndome fui á atender á mis quehaceres. Dicho señor Bartolomé debió de repetir al papa mis osadas palabras, y aun quizá más de lo que yo di-

jera; de modo que el papa tardó más de dos meses en llamarme, y durante ese tiempo yo no quise ir á Palacio por ningún motivo. El papa, que se consumía por tal obra, cometi6 al señor Roberto Pucci para que fuese un poco á ver qué hacía yo. Este buen señor iba todos los días á verme, diciéndome siempre algunas afectuosas palabras, y yo á él. Apresur6se el papa para ir á Bolonia. Viendo á lo último que por mi propio impulso no iba yo á verle, me hizo encargar por el dicho señor Roberto que llevase conmigo mi obra, pues quería ver cómo iba de adelantada. Por ese motivo la llevé, manifestando la misma obra tener hecho todo lo importante, y rogué que me dejase quinientos escudos, parte á buena cuenta, y parte porque me faltaba bastante oro para poder concluir dicha obra. El papa me dijo:

—Espera, espera que la acabes.

Respondí, marchándome, que la acabaría si me dejaba dinero; y en seguida me fuí.

LVII.

Al irse el papa á Bolonia dejó al cardenal Salviati como delegado de Roma, y di6le encargo de que me pidiese la susodicha obra, diciendo:

—Bienvenido es persona que estima en poco su mérito, y en menos á Nos. Así, pues, ved de darle prisa, de modo que yo la encuentre acabada.

Este cardenal bestia mandó por mí al cabo de ocho

días, diciendo que llevase conmigo la obra; yo fui á verle sin la obra.

Llegado que hube, este cardenal me dijo de pronto:

—¿Dónde tienes tu guisote? ¿Lo has concluído?

A lo cual repliqué:

—Monseñor reverendísimo, mi guisote no le he concluído, y no le concluiré si no me dáis cebollas para terminarlo.

A estas palabras, dicho cardenal, que más tenía de asno que de hombre, se puso doble más feroz; y acabando su discurso, dijo:

—Te meteré en una galera, y después tendrás gusto para terminar la obra.

Con este bestia también yo me puse bestia, y le dije:

—Monseñor, cuando haga pecados que merezca la galera, entonces me meteréis en ella; mas por estos pecadillos, no tengo miedo á vuestra galera. Además, os digo que, á causa de Vuestra Señoría, ya no me da la gana de concluiría; y no enviéis más por mí, pues no me veréis á vuestra presencia como no me llevaseis entre corchetes.

El buen cardenal probó algunas veces con dulzura darme á entender que debería trabajar y llevársela para que la viera. Pero á los que tal venían á decirme, contestábales yo:

—Decid á monseñor que mande cebollas si quiere que yo termine mi guisote.

No más palabras le respondí; de suerte que él se echó afuera de aqueste desesperado propósito.

LVIII.

Tornó el papa de Bolonia, y en seguida preguntó por mí, pues aquel cardenal habíale ya escrito lo peor que podía acerca de mi caso. Acometiendo al papa el mayor furor que imaginarse pueda, dióme orden de que fuese á verle con la obra, y así lo hice. En el tiempo que el papa estuvo en Bolonia me acometió un romadizo, con tanto mal en los ojos, que casi no podía vivir de dolor; de modo que aquesta fué la primera causa de que yo no adelantase en el trabajo, y fué tan grande el mal, que por mí estaba segurísimo de cegar; de modo que había echado mis cuentas acerca de cuánto me bastaría para vivir ciego.

Mientras iba á ver al papa, andaba pensando la manera cómo presentarle mis excusas de no haber podido llevar adelante la obra. Pensé que mientras el papa la veía y contemplaba, pudiera yo decirle lo que me aconteciera; mas esto no pudo ser, porque al presentarme á él, me dijo en el acto con agrias palabras:

—¿Qué hay de aquella obra? ¿Está concluída?

Yo la descubrí para que la viese, y en seguida, con mayor furia, dijo:

—En verdad de Dios te digo, que das muestras de no tener respeto á persona alguna; y que si no fuera por miramientos al mundo, junto con tu obra te echaba á la calle desde aquella ventana.

Por lo cual, viendo yo al Papa convertido en tan pé-

sima fiera, solicité apartarme de su presencia. Mientras que él continuaba echando bravatas, me puse la obra bajo de la capa, y balbuceando dije:

—El mundo entero no podría hacer que un ciego fuese obligado á trabajar en obras tales como aquesta.

Alzando aún más la voz, el papa dijo:

—Ven acá. ¿Qué dices tú?

Estuve en dudas de si echar á correr por aquella escalera; después me volví, y arrojándome de rodillas, con fuertes gritos, porque él tampoco cesaba de gritar, dije:

—Y si por una enfermedad me he vuelto ciego, ¿estoy obligado á trabajar?

A esto replicó:

—Como has visto claro para venir aquí, no creo que sean ciertas ninguna de las cosas que dices.

A lo cual contesté, al sentirle bajar un poco la voz:

—Vuestra Santidad mande llamar á su médico y encontrará la verdad.

El Papa dijo:

—Luego veremos si es como tú dices.

Entonces, viendo que se dignaba escucharme, añadí:

—Creo que de aqueste mi gran mal, no sea causa nadie más que el cardenal Salviati, pues mandó llamarme en cuanto partióse Vuestra Santidad; y llegado á él puso por nombre á mi obra el de un guisote, y me dijo que me la haría terminar en una galera; y fué tanto el poder de aquellas injustas palabras, que por la extrema ira sentí inflamárseme el rostro y acontecerme

en los ojos un ardor tan desmesurado, que me costó trabajo hallar el camino para tornarme á casa. De allí á pocos días se hicieron dos nubes como cataratas en los ojos, por lo cual no veo casi la luz, y desde la partida de Vuestra Santidad no he podido trabajar absolutamente nada.

Levantéme de rodillas y me fui con Dios. Refirióseme que el Papa había dicho:

—Los oficios se dan, mas con ellos no puede darse la necesaria discreción. Yo no dije al cardenal que hiciese tanta fuerza; y si es cierto que tenga mal en los ojos, según lo sabré por mi médico, habría que tenerle alguna compasión.

Estaba allí presente un gran gentilhombre, muy amigo del Papa y de muchísimo talento. Preguntó al Papa qué persona era yo, añadiendo:

—Beatísimo Padre, os lo pregunto, porque hame parecido que á un tiempo mismo habéis incurrido en la mayor cólera que jamás he visto, y á la vez en la mayor compasión; tanto, que por esto pregunto á Vuestra Santidad quién es él, porque si es persona que merezca ayuda, yo le enseñaría un secreto para hacerle curarse de aquella enfermedad.

A estas palabras contestó el Papa:

—Trátase del mayor hombre que haya nacido en su profesión; y un día que estemos juntos os haré que veáis maravillosas obras suyas, y á él con éstas; y grato me será que se vea si puede hacérsele algún beneficio.

Al cabo de tres días, el Papa mandó por mí después de almorzar, y en su presencia estaba el antedicho gentilhombre. Tan pronto como llegué, el Papa hizo que le llevasen aquel mi broche de la capa pluvial. En este intermedio había yo sacado fuera aquel cáliz mío, por lo cual ese gentilhombre afirmaba no haber visto nunca una obra tan maravillosa. Llegado que hubo el botón le pareció mucha mayor maravilla, y mirándome á la cara, dijo:

—Y sin embargo, es muy joven para saber tanto y muy apto para aprender.

Después me preguntó mi nombre, á lo que dije:

—Bienvenido es mi nombre.

Respondióme:

—Bien venido he sido yo esta vez para ti: toma coronillas con el rabo, las flores y las barbas, todo junto; destila después á fuego suave, báñate con aquel agua los ojos muchas veces al día, y de cierto curarás de aquesta enfermedad; mas hazte purgar primero, y luego continúa con el agua dicha.

El papa me dirigió algunas afables palabras, con lo cual me fuí medio contento.

LIX.

La enfermedad era cierto que yo la tenía; mas me pienso que la hube adquirido mediante aquella hermosa criada joven que tenía yo por el tiempo en que fuí

robado. Tardó aquel morbo-gálico en descubrirse más de cuatro meses completos, al cabo de los cuales me cubrió del todo de repente; y no era á modo como en otros se ve; mas parecía que estuviese yo cubierto de ciertas vejiguitas rojas y tamañas como ochavos. Los médicos no me las quisieron bautizar de mal francés, y sin embargo, deciales yo la causa que creía que tuvieran. Continuaban medicándome á su modo, sin hallar alivio ninguno. Así, pues, resolvíme por último á tomar el leño (1) contra la voluntad de los primeros médicos de Roma. Tomé este leño con toda la rígida disciplina y abstinencia que imaginarse puede, y en breves días sentí grandísimo alivio, al punto que á los cincuenta estuve curado y sano como un pez.

Después, para restaurarme un poco de aquella gran debilidad por la que había pasado, al entrar el invierno me dediqué al placer de la caza con escopeta, que me inducía á caminar con agua y con viento y estar por los pantanos; así es que en breves días adquirí un mal cien veces mayor de aquel que antes tuviera. Volvíme á poner en manos de los médicos, quienes medicinándome de continuo, siempre me empeoraban. Me entró la fiebre y me dispuse á volver á tomar el leño;

(1) El *guayaco* ó *leño santo*, empleado en cocimiento como sudorífico contra la sífilis. En el hermoso poema *la Sífilis*, escrito en latín admirable por su elegancia, por el famoso médico-poeta Jerónimo Fracastor, puede verse el bello episodio acerca de este leño, así como el relativo al mercurio. De esta obra sólo hemos visto una mediana traducción castellana en prosa, con el texto original al frente.

los médicos no querían, diciéndome que si lo tomaba con la fiebre, en ocho días me moriría.

Me dispuse á obrar contra su voluntad; y guardando el mismo régimen que antes había seguido, tomado que hube cuatro días aquesta agua del leño santo, quitóseme de encima la fiebre. Comencé á observar grandísimo alivio; y mientras tomé dicho leño, adelantaba siempre en los modelos de aquella obra. En esta abstinencia hice las más bellas cosas y las más raras invenciones que jamás hiciera en mi vida. Al cabo de cincuenta días estuve muy bien curado; y después, con grandísima diligencia, me dediqué á asegurar la salud. Después que salí de aquel gran ayuno, me encontré tan limpio de mi enfermedad como si renacido hubiese. Aun cuando tomaba gusto en asegurar aquella mi deseada salud, sin embargo, no dejé de trabajar; tanto, que en la obra dicha y en la Casa de Moneda, es muy cierto que cumplí en cada una de ellas con la parte que era de mi deber.

LX.

Fué hecho legado en Parma aquel dicho cardenal Salviati, que me tenía el grande odio de que antes hablé. Fué preso en Parma cierto aurífice milanés, falsificador de monedas, que se llamaba Tobías. Estando condenado á la horca y al fuego, hablaron de él á dicho legado, recomendándole como un hombre de mucho mérito. Ese cardenal hizo suspender la ejecución de la

justicia, y escribió al papa Clemente diciéndole que había caído en sus manos un hombre el más notable del mundo en la profesión de la aurificería, el cual había sido condenado á la horca y á la hoguera por ser falsificador de monedas; pero que este hombre era sencillo y bueno, pues decía haber tomado parecer de un confesor suyo, del cual decía que le había dado licencia para que hacerlo pudiese. Además añadía:

—Si hacéis ir á este grande hombre á Roma, Vuestra Santidad dará causa para rebajar aquel grande orgullo de vuestro Bienvenido, y estoy segurísimo de que las obras de aqueste Tobías os placerán mucho más que las de Bienvenido.

De modo que el papa le hizo venir en seguida á Roma. Y después que hubo venido, llamándonos á los dos, nos encomendó que hiciéramos cada uno un dibujo para un asta de unicornio, la más hermosa que jamás se vió, y que se había vendido en diez y siete mil ducados de Parma. Queriendo el papa donársela al rey Francisco, deseó antes guarnecerla ricamente de oro, y nos cometió á los dos para que hiciésemos los diseños susodichos. Así que los hicimos, cada cual se lo llevó al papa. El dibujo de Tobías era al modo de un candelero, donde á guisa de candela entraba aquel cuerno, y en el pie de dicho candelero había cuatro cabezas de unicornio de pobrísima invención, tanto, que cuando tal cosa ví, no pude disimular una sonrisa. Apercibióse de ella el Papa, y en el acto me dijo:

—Muéstrame tu dibujo.

El cual era una sola cabeza de unicornio, tamaño cual correspondía al cuerno antedicho. Hice la más hermosa cabeza que verse pueda, tomando parte de las facciones de las del caballo y parte de las del ciervo, y enriqueciéndola con las más bellas suertes de velos y otros adornos; de manera que tan pronto como vieron la mía, todos la loaron. Estando presentes en esta disputa ciertos milaneses de grandísima autoridad, dijeron éstos:

—Beatísimo Padre, Vuestra Santidad manda a questo gran presente como regalo á Francia. Sabed que los franceses son hombres groseros y no conocerán la excelencia de esta obra de Bienvenido; antes bien les agradará más estotro ciborio ó copón, el cual se hará mucho más presto; y Bienvenido procurará terminar vuestro cáliz, con lo que las dos obras quedarán hechas en un tiempo mismo, y este pobre hombre á quien habéis hecho venir veráse también él ocupado.

Deseoso el papa de tener su cáliz, aceptó con mucho gusto el consejo de aquellos milaneses; y así, destinó á Tobías aquella obra del asta unicornio, y á mí me hizo saber por su guardarropa que debía terminarle su cáliz. A tales palabras, respondí que no deseaba otra cosa en el mundo sino terminar aquella hermosa obra mía; mas que si fuese de otra materia que de oro, facilísimamente por mí sólo la pudiera terminar; pero que siendo de oro, era preciso que Su Santidad me lo diese, si quería que yo pudiera concluirla. Al oír estas palabras, aquel cortesano plebeyo dijo:

—¡Ay de mí, no pidas oro al papa, que le harás montar en tanta cólera, que pobre de ti!

A lo cual repliqué:

—Señor, enséñeme un poco Vuestra Señoría cómo sin harina puede hacerse el pan; pues de igual manera, sin oro, jamás se terminará aquella obra.

Este guardarropa, pareciéndole como si le hubiese muerto, manifestóme que todo cuanto yo le había dicho se lo referiría al papa, y así lo hizo. Airado el papa, con un bestial furor, dijo que quería aguardarse á ver si era yo tan loco que no la terminase. Así pasaron más de dos meses; y si bien había yo dicho que no quería dar un golpe de cincel en ella, no sólo esto no hice, antes al contrario, de continuo había yo trabajado con grandísimo amor. Visto que yo no se la llevaba, comenzó á desfavorecerme bastante, diciendo que me castigaría de todos modos. Hallábase presente á estas palabras un milanés, lapidario suyo. Este se llamaba Pompeyo, y era íntimo pariente de cierto señor Trajano, servidor el más favorito que tenía el papa Clemente. Puestos ambos de acuerdo, dijeron al papa:

—Si vuestra Santidad le quitase el cargo en la Casa de Moneda, quizás así le haríais entrar en deseos de acabar el cáliz.

Entonces dijo el papa:

—Dos males serían estos: el uno, verme mal servido en la moneda, que tanto me importa; y el otro, que con entera seguridad, jamás tendría mi cáliz.

Estos dos milaneses, viendo al papa mal dispuesto

para conmigo, al último pudieron tanto, que me quitó el cargo de la moneda y se lo dió á cierto joven perusino llamado por sobrenombre Fagiuolo. Vino aquel Pompeyo á decirme de parte del papa cómo Su Santidad me había quitado el cargo de la moneda, y que si no terminaba el cáliz me quitaría alguna otra cosa. Al oír esto, repliqué:

—Decid á Su Santidad que lo de la moneda á sí se lo ha quitado, y no á mí; y que igual ocurriría con esa otra cosa; y que aun cuando Su Santidad me quisiera reponer, de ningún modo volveré á quererlo yo.

Mil años le parecieron tardarse á este desgraciado y mal aventurado para ir al papa á referirle todas estas cosas, y aun alguna que añadió de su boca. De allí á ocho días mandó el papa por este mismo hombre á decirme que ya no quería que terminase yo aquel cáliz, y que lo pedía en aquel ser y estado en que yo lo tuviese. A ese tal Pompeyo le repliqué:

—Esto no es como el cargo de la moneda, que me lo pudo quitar; quinientos escudos que me entregó son de Su Santidad, los cuales los devolveré en el acto; pero la obra es mía y haré de ella cuante me venga en gana.

Corrió Pompeyo á referir esto, con algunas mordaces palabras que á él mismo con justa causa hábiale yo dicho.

LXI.

Tres días después, un jueves, vinieron á verme dos favoritísimos camareros de Su Santidad, de los cua-

les aún está vivo uno, que es obispo, quien se llamaba señor Pedro Juan, y era guardarropa de Su Santidad; el otro tenía mayor categoría que éste, mas no recuerdo su nombre. Al llegar á mi presencia, dijéronme así:

—El papa nos envía, Bienvenido; y pues no has querido hacer caso por la vía más blanda, dice que ó le des su obra ó que te llevemos preso.

Entonces, con mucha tranquilidad, los miré, diciendo:

—Señores, si yo diese la obra á Su Santidad, diera entonces la obra mía, y no la suya; y por tanto, mi obra no se la quiero dar, pues habiéndola concluído muy adelante á costa de mis grandes fatigas, no quiero que vaya á las manos de algún bestia ignorante que con poco trabajo me la destroce.

Cuando esto decía yo, estaba presente aquel aurífice llamado Tobías de suso dicho, quien temerariamente pedfame aún los modelos de esa obra; las palabras que le dije, dignas de tal malvado, aquí no pueden referirse. Como aquellos señores camareros me instaban para que me resolviese á lo que yo tuviera voluntad de hacer, díjeles que estaba pronto. Tomé la capa, y antes de salir de mi tienda, volvíme con gran reverencia y birrete en mano hacia una imagen de Cristo, y dije:

—¡Oh benigno é inmortal, justo y santo Señor Nuestro! Todas las cosas que haces son según tu justicia, la cual es sin par. Bien sabes que llego á la edad de treinta años de mi vida sin que hasta ahora se me hubiese prometido cárcel por cosa alguna; y puesto que hoy te

dignas que vaya á la cárcel, con todo el corazón te doy gracias por ello.

Volviéndome después á los dos camareros, dije así, con cierta cara algún tanto fosca:

—No merecía yo un par de esbirros míos de menos valor que vosotros, señores; así, pues, ponedme en medio, y como prisionero llevadme adonde os plazca.

Aquellos dos gentilísimos hombres echáronse á reir; me pusieron en medio de ellos, y siempre discretamente razonando, condujéronme ante el gobernador de Roma, el cual se llamaba Magallotto. Una vez en su presencia (junto con él estaba el procurador, fiscal, y ambos me esperaban), aquellos señores camareros, riéndose dijeron al gobernador:

—Os hacemos entrega de aqueste preso, y curad bien de él. Hémonos alegrado bastante de haber quitado el oficio á vuestros corchetes, porque Bienvenido nos ha dicho que, siendo aquesta su primera captura, no merecía esbirros de menos valor que nosotros.

Partiéronse en seguida; fuéronse al papa, y le dijeron detalladamente todas las cosas. Al principio dió muestras de montar en ira; mas luego se esforzó por sonreir, á causa de estar presentes algunos señores y cardenales amigos míos, quienes grandemente me favorecían. En tanto, el gobernador y el fiscal, parte me reprendían, parte me exhortaban, y parte me aconsejaban; diciéndome cómo la razón exige que uno que encarga un trabajo á otro, puede recogerlo cuando tal sea su propósito y de todos los modos que le plazca. A lo cual

repliqué, que esto no lo consentía la justicia ni un papa podía hacerlo, pues éste no era un papa de aquella suerte como son ciertos señores tiranuelos que obran con su pueblo lo peor que pueden, sin observar ley ni justicia; pero un vicario de Cristo no puede hacer ninguna de aquestas cosas. Entonces el gobernador, con ciertos esbirrescos actos y palabras suyas, dijo:

—Bienvenido, Bienvenido, vas en busca de que haga yo contigo lo que mereces.

—Pues si queréis hacerme aquello que yo merezco, me haréis honor y cortesía.

De nuevo dijo:

—Manda en el acto por la obra y no esperes á la segunda palabra.

A esto repliqué:

—Señores, otorgadme la gracia de que pronuncie aún cuatro palabras acerca de mis razones.

El fiscal, que era un esbirro más discreto que el gobernador, volvióse á éste y dijo:

—Monseñor, hagámosle la gracia de que hable cien palabras, pues con tal de que entregue la obra, con eso basta.

Yo repliqué entonces:

—Si hubiese algún hombre que hiciera levantar los muros de un palacio ó de una casa, justamente podía decir al maestro que la construyera: «No quiero que trabajes más en mi casa ó en mi palacio.» Pagándole sus fatigas, justamente puede despedirle. Y si se tratase de un señor que hiciera engarzar una piedra pre-

ciosa de mil escudos, visto que el lapidario no le sirviese con arreglo á sus deseos, puede decir: «Dame mi piedra, porque yo no quiero tu trabajo.» Mas aquesta cosa tal no es ninguna de aquellas, ni como una casa ni como una gema; por tanto, sólo se puede decir que devuelva los quinientos escudos que se me entregaron. Así, pues, monseñores, haced todo lo que está en vuestro poder; mas otra cosa no obtendréis de mí sino los quinientos escúdos; decídselo así al papa. Vuestras amenazas no me dan el más mínimo miedo del mundo, porque soy hombre de bien y no temo por mis pecados.

Irguiéndose el gobernador y el fiscal, me dijeron que iban á ver al papa, y que al regresar con tal comisión, que ¡ay de mí! Así permanecí custodiado. Paseábame por un saloncillo; tardaron cerca de tres horas en tornarse del papa. En este intermedio fué á visitarme toda la principalidad de mercaderes de la nación nuestra, rogándome estrechamente que no me empeñase en disputar con un papa, pues aquesto pudiera ser mi ruina. A los cuales respondí que estaba muy bien resuelto á lo que yo quería hacer.

LXII.

Tan pronto como el gobernador, junto con el fiscal, hubiéronse tornado de palacio, hízome llamar y me habló por aqueste tenor:

—Bienvenido, ciertamente me sabe mal regresar de junto al papa con tal comisión como la que traigo; y es, que ó traes en el acto la obra, ó pienses en las consecuencias para ti.

Entonces repliqué que hasta ahora nunca había yo creído que un santo vicario de Cristo pudiese cometer una injusticia, por lo cual necesitaba verlo para creerlo; y que así, pues, hicieran aquello para que estuviesen autorizados. Entonces el gobernador replicó diciendo:

—Tengo que decirte otras dos palabras de parte del papa, y después ejecutaré la comisión que se me ha dado. El papa dice que me traigas aquí la obra, que la vea yo meter en una caja y sellar ésta; que después se la lleve al papa, el cual promete no moverla de donde esté metida bajo sello, y en seguida te la devolverá. Mas esto quiere que se haga así, porque se cumpla la parte debida al honor suyo.

Al oír estas palabras, respondí riéndome que con mucho gusto le daría mi obra de la manera que me ordenaba, puesto que yo quería saber formarme una idea acerca de cómo estaba hecha la fe de un papa. Y así, mandando por mi obra, la sellé del modo como lo dijeron, y se la di. Al volver el gobernador á presencia del papa con la referida obra de la manera susodicha, el papa tomó la caja, según me refirió el citado gobernador, y la dió vueltas muchas veces; después preguntó al gobernador si la había visto, el cual dijo que sí, y que á su presencia de aquel modo habíase sellado; añá-

diendo después, que hubo de parecerle cosa muy admirable. Por lo cual, el papa dijo:

—Diréis á Bienvenido que los papas tienen autoridad para atar y desatar cosas mucho mayores que ésta.

Y mientras que decía estas palabras, con un poco de despecho abrió la caja, quitando las cuerdas y el sello con que estaba sujeta; después la miró bastante, y según supe, mostrósele á aquel aurífice Tobías, quien la encomió mucho. Entonces el papa le preguntó si se conceptuaba capaz de hacer una obra de aquel modo; y respondiendo éste que sí, el papa le dijo que cumplierse en seguida aquella orden; después volvióse al gobernador, y le dijo:

—Ved si Bienvenido quiere darla, y si así lo hace, páguesele todo aquello en cuanto estimada fuere por hombres entendidos; ó si en verdad, queriéndola acabar él, pide un término; y si véis que es cierto que quiere hacerla, désele aquel justo plazo que pidiere.

Entonces el gobernador dijo:

—Beatísimo Padre, como conozco la enérgica condición de aquel joven, dadme autoridad para que á mi manera pueda yo darle una buena reprensión.

A esto dijo el papa que hiciese lo que quisiere de palabra, aun cuando estaba cierto de que esto sería lo peor; y después, cuando viese no poder pasar por otra cosa, me dijera que llevase yo mis quinientos escudos á aquel Pompeyo, su antedicho lapidario. De vuelta el gobernador, me hizo llamar á su sala, y con una mirada alguacilesca, me dijo:

—Los papas tienen autoridad para atar y desatar todo en el mundo, y en el acto dipútase en el cielo por bien hecho. He aquí que tu obra ha sido desatada y vista por Su Santidad.

Entonces alcé al punto la voz, y dije:

—Doy gracias á Dios, pues ahora ya sé cómo está hecha la fe de los papas.

Entonces el gobernador me dijo é hizo muchas enormes bravatas; y visto que dábame de ellas una higa, desesperó en el acto de la empresa, y tornando en seguida á sus más dulces maneras, me dijo:

—Bienvenido, bastante deploro que no quieras comprender tu bien; pero vete y lleva los quinientos escudos cuando quieras al mencionado Pompeyo.

Tomé mi obra, fuíme, y en el acto llevé los quinientos escudos á aquel Pompeyo (1). Pensando tal vez el papa que por imposibilidad ó por cualquier otro motivo no pudiera yo tan presto llevar los dineros, deseoso él de reanudar el hilo de mi servidumbre, cuando vió que Pompeyo llegó á su presencia sonriente, con los dineros en la mano, el papa le dijo algunas injurias y condolióse bastante de que tal cosa hubiérase llevado de aquel modo. Después le dijo:

—Vete, busca á Bienvenido en su tienda, y hazle los mayores halagos que pueda concebir tu ignorante bes-

(1) Este cáliz, del cual no vuelve Cellini á hablar más, quedó sin concluir y fué comprado por el duque Cosme de Médicis, quien hizo lo terminase Nicolás Santini, y lo dió después al pontífice Pío V cuando fué por éste coronado como Gran Duque.

tialidad; y dile que si quiere terminarme aquella obra para hacer de ella un relicario donde llevar dentro el *Corpus Domini*, cuando con él vaya á la procesión, le daré todas las comodidades que quiera para concluirlo, con tal de que trabaje.

Vuelto á mí Pompeyo, llamóme fuera de la tienda y me hizo las más toscas caricias de asno, diciéndome todo cuanto el papa habíale cometido. A lo cual respondí en seguida, que el mayor tesoro que ambicionar pudiera yo en el mundo, era el haber vuelto á la gracia de un gran papa, la cual habíase apartado de mí no por mi culpa, antes bien por la culpa de mi desmesurada enfermedad y por las maldades de aquellos hombres envidiosos que se gozan en cometer daños; y (añadí) como el papa tiene servidores en abundancia, no os mande más á verme por vuestra salud, que os irá mejor en ello. Ni de día ni de ni de noche dejaré de pensar y hacer todo aquello que yo pueda en servicio del papa; y acordaos bien de que dicho que hayáis aquesto al papa de mi parte, en manera alguna volváis á intervenir en nada de las cosas que me conciernan, porquè os haré conocer vuestros errores con la penitencia que merecen.

Este hombre refirióselo al papa de mucha más brutal manera de como yo hube de decírselo.

Quedáronse así las cosas algún tiempo, y yo me dediqué á mi tienda y á mis labores.

LXIII.

Aquel supradicho aurífice Tobías estaba terminando la guarnición y los adornos de aquel asta de unicornio; y además, habíale ordenado el papa que comenzase el cáliz al estilo como había visto el mío. Y habiendo empezado á hacer que Tobías le mostrara lo que le hacía, encontrándose mal satisfecho, condoliase bastante de haber roto conmigo; decía mal del trabajo de aquél y de quienes habíanselo puesto por delante; y muchas veces vino á hablarme Baccino de la Croce de parte del papa sobre que yo debiera hacer el relicario. A eso contestaba yo rogando á Su Santidad que me dejase reponerme de aquella gran enfermedad que había yo tenido, y de la cual no estaba todavía bien repuesto; y que mostraría á Su Santidad que, desde el punto y hora en que pudiese yo trabajar, todo lo prodigaría en servicio suyo. Habíame puesto á retratarle, y hacía de él secretamente una medalla; el cuño de acero para estampar dicha medalla hacíamelo en casa. En mi tienda tenía un compañero que había sido mancebo mío, el cual se llamaba Félix (1).

Por aqueste tiempo, según hacen los jóvenes, habíame enamorado de una muchachita siciliana, la cual era bellísima. Y como también ella demostraba quererme

(1) Felice Guadagni, queri lisimo amigo de Cellini.

mucho, advertida su madre de tal cosa, sospechando lo que pudiese ocurrir (y era que había yo determinado escaparme por un año con dicha muchacha á Florencia, secretísimamente de la madre), advertida, digo, de tal cosa, partióse en secreto una noche de Roma y tomó la vuelta de Nápoles, esparciendo el rumor de haber salido por Civitavecchia, cuando en realidad se fué por Ostia. Fuíme en derechura á Civitavecchia é hice imponderables locuras por encontrarlas. Serian demasiado largas de decir ahora tales cosas: baste saber que estuve á punto de enloquecer ó de morir. Al cabo de dos meses escribióme ella que se encontraba en Sicilia muy disgustada. Pero en aquél tiempo habíame yo entregado á todos los placeres que imaginarse pueden y había tomado otro amor, tan solo por extinguir aquel.

LXIV.

Ocurrióme por ciertas diversas extravagancias, que entablé amistad con cierto sacerdote siciliano de altísimo ingenio y de bastantes buenas letras latinas y griegas. Ocurrió una vez á propósito de un razonamiento, que hubo de hablarse del arte de la nigromancia, á lo cual dije:

—Grandísimo deseo he tenido durante todos los años de mi vida, de ver ó hablar alguna cosa acerca de este arte.

A cuyas palabras el sacerdote exclamó:

—Fuerte y sereno ánimo es necesario que tenga el hombre que se empeñe en tal empresa.

Repliquéle que respecto á fortaleza y serenidad de ánimo respondíale yo, con tal de que él encontrase modo de hacer tal cosa. Entonces respondió el sacerdote:

—Si á ello te atreves, de todo lo demás te saciaré yo.

Así, pues, acordamos dar principio á tal empresa. Dicho sacerdote aprestóse una noche y me dijo que buscarse un compañero, á lo más dos. Yo llamé á Vicente Romoli, muy amigo mío, y él llevó consigo á un pistoyés, el cual era también dado á la nigromancia. Fuímonos al Coliseo, donde habiéndose vestido el sacerdote á uso de los nigrománticos, púsose á dibujar círculos en la tierra, con las más bellas ceremonias que imaginarse puedan en el mundo; había hecho llevar perfumes preciosos y fuego, mas también malos perfumes. Cuando todo estuvo en orden, abrió la puerta al círculo y tomándonos por la mano uno á uno, nos metió dentro del círculo. Después distribuyó los oficios: puso el *pentáculo* (1) en manos de aquél otro compañero suyo nigromántico; á los demás nos encargó que cuidásemos del fuego y de los perfumes, y después dió comienzo á los conjuros. Duró esto más de hora y media: comparecieron muchas legiones de demonios, de modo que el Coliseo quedó lleno todo él. Yo atendía á los perfumes preciosos, y cuando el sacerdote conoció

(1) El *pentáculo* ó *talismán* era un instrumento de cinco lados, con caracteres y signos extravagantes, usado por los antiguos en las operaciones mágicas.

que habían acudido en tanto número, volviöse á mí diciendo:

—Bienvenido, pídeles alguna cosa.

Dije que hiciesen porque estuviera yo con mi Angélica siciliana. Por aquella noche no tuvimos ninguna respuesta; pero hube grandísima satisfacción en lo que yo deseaba sobre tal cosa. Dijo el nigromántico que era preciso fuésemos allá otra vez, y que quedaría yo satisfecho en todo cuanto pidiese; mas quería que llevase conmigo un muchacho virgen. Tomé un mancebo mío de cerca de doce años, y llamé de nuevo al ya nombrado Vicente Romoli; y por ser compañero doméstico nuestro un cierto Angelito Gaddi, también á él llevámosle á este negocio. Llegados de nuevo al sitio requerido, hechos por el nigromántico iguales preparativos con aquel mismo y aun más maravilloso orden, penetramos en el círculo, el cual de nuevo había hecho con arte y ceremonias más admirables; después encargó á mi amigo Vicente el cuidado de los perfumes y del fuego, y lo mismo al supradicho Angelito Gaddi; luego puso en mis manos el talismán diciéndome que lo dirigiese hacia los lugares donde él me indicaba, y debajo del talismán púsose aquel mancebito mío. Comenzó el nigromántico á hacer aquellas terribilísimas invocaciones, llamó por su nombre á un gran número de demonios que son cabeza de aquellas legiones, y á quienes mandaba por la virtud y el poder de Dios increado, vivo y eterno, con voces hebreas y también con bastantes griegas y latinas; de modo que en breve es-

pacio llenóse todo el Coliseo, asistiendo cien veces más que los que habíanse presentado la primera vez. Vicente Romoli, junto con el supradicho Angelito, atendían á sostener el fuego y quemar mucha cantidad de perfumes preciosos. Por consejo del nigromántico, pedí nuevamente poder estar con Angélica. Volviéndose el nigromántico á mí, me dijo:

—¿Oyes lo que han dicho, que en el espacio de un mes estarías donde ella?

Y de nuevo añadió que me rogaba les hiciera frente con firmeza, porque las legiones eran mil veces más de las que él había evocado, y eran las más peligrosas; y puesto que habían respondido á lo que yo les exigiera, era preciso acariciarlos é ir licenciándolos con paciencia. En la otra banda, el muchacho que estaba debajo del talismán, espantadísimo decía que en aquel sitio estaban un millón de hombres muy fieros y todos amenazando; además dijo, que habían comparecido cuatro desmesurados gigantes, los cuales estaban armados y daban muestras de querer entrar donde nosotros. En esto el nigromántico, que temblaba de terror, atendía con dulces y suaves maneras á licenciarlos lo mejor que podía. Vicente Romoli, que también temblaba á más no poder, atendía á los perfumes. Yo, que estaba con tanto miedo como ellos, me ingenié para demostrarlo menos, y á todos infundía maravillosísimo ánimo; mas en verdad, hubiérame quedado muerto por el terror que veía en el nigromántico. El muchacho había metido la cabeza en las rodillas, diciendo:

—Quiero morir de aquesta manera, ya que somos muertos.

De nuevo dije al niño:

—Estas criaturas residen todas debajo de nosotros, y eso que tú ves no es más que humo y sombras. Así, pues, alza los ojos.

Levantado que hubo los ojos, de nuevo dijo:

—Todo el Coliseo arde, y el fuego viene á echárse-nos encima; y poniendo las manos en la cara, de nuevo dijo que era muerto y que no quería ver más.

El nigromántico se encomendó á mí, rogándome que les hiciera frente con firmeza, y que hiciese quemar perfumes de asafétida; por lo cual, volvíme á Vicente Romoli y le dije que perfumase presto con asafétida. Mientras esto decía yo, miré á Angelito Gadi, el cual estaba tan amedrentado, que tenía las pupilas de los ojos fuera de su punto, y estaba más que medio muerto. Entonces le dije:

—Angel, en estos lugares menester es que no haya miedo; antes precisa ponerse á obrar para ayudarse unos á otros. Así, pues, aplícate presto á renovar aquella asafétida.

El referido Angel, cuando quiso moverse, armó un trompeteo de cuescos, con tanta abundancia de porquería, que pudo más que la asafétida. El muchacho, alzando un poco el rostro ante tan gran hedor y estridente ruido, oyéndome reír un poco y pasándosele un tanto el miedo, dijo que comenzaban á marcharse á todo escape. Allá nos estuvimos hasta tanto empezó el

toque del alba. De nuevo nos dijo el muchacho que habían quedado muy pocos y estaban lejos. Hechas que hubo el nigromántico todas las restantes ceremonias suyas, soltando y dejando en el suelo una gran caja de libros que había llevado, todos, de acuerdo con él, salimos del círculo, agarrándonos uno tras de otro; y aún más el niño, que se había puesto en medio, cogiendo al nigromántico por la toga y á mí por la capa; y mientras íbamos hacia nuestra casa, situada en Banchi, continuamente decía él que dos de aquellos á quienes había visto en el Coliseo, andaban dando saltos y brinco delante de nosotros, unas veces corriendo por los tejados y otras por la tierra. El nigromántico decía que de tantas veces cuantas hubo de penetrar en los círculos, jamás habíale acaecido una tan gran ocurrencia; y trataba de persuadirme para que me dignase querer ir con él á consagrar un libro (1), con el cual obtendríamos infinitas riquezas, por cuanto pediríamos á los demonios que nos mostrasen los tesoros de que está llena la tierra, y de aquel modo llegaríamos á ser riquísimos; y que aquestas cosas de amores eran vanidades y locuras que no importan nada. Díjele que si yo tuviera letras latinas, con mucho gusto haría una cosa tal como esa. Mas él me persuadía, diciéndome que las letras latinas no me servían para nada, y que si él hubiese querido habría encontrado muchos con buenas letras

(1) *Consagrar un libro*: ejercitarse en el arte mágico sobre un libro consagrado antes á los demonios, ó evocar á éstos por medio de un libro encantado.

latinas; mas en cambio, jamás hubiese hallado ninguno de ánimo tan entero como el mío, y que debía yo seguir su consejo. Con estos razonamientos llegamos á nuestras casas, y cada uno de nosotros soñamos toda aquella noche con los demonios.

LXV.

Al volvernos á ver después durante el día, el nigromántico me apretaba para que quisiese yo empeñarme en aquella empresa; por lo cual le pregunté cuánto tiempo sería necesario tardar para llegar á ello, y á dónde tendríamos que irnos. Respondióme á esto, que con menos de un mes saldríamos de aquella empresa, y que el lugar más á propósito eran las montañas de Nórica, aun cuando un maestro suyo había hecho los conjuros ó consagrado allí cerca del lugar llamado Abadía de Farfa (1), pero que tuvo algunas dificultades, las cuales no habían de ocurrir en las montañas de Nórica; y que aquellos aldeanos noricenses son personas de fe y tienen alguna práctica en estas cosas, hasta el punto de que pueden dar maravillosa ayuda, de ser menester.

Este sacerdote nigromántico muy ciertamente hubo de persuadirme; tanto, que con mucho gusto estaba yo

(1) *Farfa*: aldea en la Sabina, trece millas distante de Roma.

dispuesto para hacer tal cosa; mas díjele que antes quería concluir aquella medalla que estaba haciendo para el papa, lo que únicamente á él y no á otros habíale confiado, rogándole que me guardara el secreto. Continuamente preguntábale yo si creía que en el plazo marcado me encontraría con Angélica, mi siciliana; y viendo que se acercaba mucho el tiempo, parecíame muy fuerte cosa que de ella no hubiese sabido nada.

El nigromántico me decía que con toda seguridad me encontraría yo donde ella, porque los demonios no faltan nunca á su palabra cuando prometen del modo como entonces lo hicieron; mas que me estuviese con oje avizor y me guardase de algún escándalo que por aquel acaso me pudiera ocurrir; y que me esforzara en soportar algo contra mis ímpetus naturales, pues conocía haber de lo contrario un grandísimo peligro; y que fuera bueno para mí el irme con él á consagrar el libro, pues por aquella vía pasaríase aquel gran peligro para mí, y además sería causa de que él y yo fuéramos muy felices. Como iba empezando á fastidiarme ya de él, le dije que había venido á Roma cierto maestro Juan (1) de Castel Bolognese, hombre muy hábil para hacer medallas en acero, de aquella suerte como yo las hacía; y que no deseaba otra cosa en el mundo sino trabajar en competencia con ese hábil artífice y salir adelante con tal empresa, por la cual esperaba con ese mérito, y no con la espada, destruir á mis muchos ene-

(1) Juan Bernardi, célebre tallista de camafeos.

migos. Eso no obstante, este hombre continuaba diciéndome:

—Por favor, Bienvenido mío, vente conmigo y huye de un gran peligro que para ti descubro.

Hallándome yo dispuesto en todo y por todo á querer terminar antes mi medalla, estábamos ya próximos al fin de mes; al cabo del cual, hallándome tan preocupado con mi medalla, no volví á acordarme de Angélica ni de otra cosa parecida, sino que estaba absorto por entero en aquella obra mía.

LXVI.

Un día, cerca de la hora de vísperas, ocurrióseme salir de casa á mi tienda á horas desusadas para mí, pues tenía la tienda en Banchi y una casita detrás, y pocas veces iba á la tienda, porque todos los quehaceres de ella se los confiaba á aquel mi compadre Félix. Después de estar un poco en la tienda, recordé que tenía que irme á hablar con Alejandro del Bene. Me levanté en seguida, y al llegar á Banchi me encontré con un cierto muy amigo mío llamado el señor Benedicto. Aqueste era notario, nacido en Florencia, hijo de un ciego vienés, que decía las oraciones. Este señor Benedicto había estado en Nápoles muchos años; luego habíase establecido en Roma y negociaba por cuenta de ciertos mercaderes sieneses de los Figi (1).

(1) No habiendo noticia de ninguna familia sienesa de este apellido, sospéchase que Cellini debió de escribir *Chigi*.

Y como aquel compañero mío le había pedido muchas veces ciertos dineros que le debía por algunos anillitos que le vendió al fiado, encontrándole ese día en Banchi, pidióle sus dineros de un modo un poco grosero, cual era su costumbre. El mencionado señor Benedicto estaba con sus patronos, y al ver éstos una cosa tan mal hecha, reprendieron grandemente al Benedicto, diciéndole que querían servirse de otro para no tener que oír más tales altercados. Benedicto defendíase con ellos lo mejor posible, diciendo haber pagado á aquel aurífice, y que no era apto para refrenar la furia de los locos. Dichos sieneses echaron á mala parte aquellas palabras y en el acto le despidieron. Al apartarse de ellos se fué incomodado hacia mi tienda, tal vez para dar un disgusto á dicho Félix.

Sucedió que precisamente nos encontramos uno á otro en medio de Banchi, y como yo no sabía nada, le saludé, según mi costumbre, con muchísimo agrado, contestándome él con palabras muy villanas. Vínoseme á la memoria entonces todo lo que me había dicho el nigromántico; de suerte que, refrenando lo más que pude las intenciones á que con sus palabras me constreñía, dije:

—Señor Benedicto mi hermano, no tratéis de airaros conmigo, que nada sé de aquello que á vuestras cosas concierne; todo lo que con Félix tengáis, id por favor y solventadlo con él, que muy bien sabrá lo que haya de responderos. Así, pues, como yo nada sé, no seáis injusto conmigo mordiéndome de aquesta suerte,



y mucho más cuando sabéis que no soy hombre para soportar injurias.

A eso replicó que yo lo sabía todo; que era hombre de posibles para hacer que me entregasen mayor suma de aquella, y que Félix y yo éramos dos grandes bribones. Habíanse ya reunido muchas personas para ver aquesta discordia. Constreñado por tan feas palabras, inclinéme presto á tierra y tomé un puñado de barro, porque había llovido, y con él me dispuse á mansalva para tirarle á la cabeza. Mas bajó la cabeza, de suerte que le dí en medio de ésta. Entre el fango estaba envuelto un canto de piedra viva con muchas agudas esquinas, y como una de ellas le diese en mitad de la cabeza, cayó como muerto, desvanecido, al suelo. Al ver tanta abundancia de sangre, juzgaron todos los circunstantes que había sido muerto.

Mientras que aún yacía en tierra y algunos intentaban llevarlo de allí, pasaba aquel antedicho lapidario Pompeyo. Habíale mandado llamar el papa para darle algunas labores de pedrería. Al ver á aquel hombre mal herido, preguntó quién le había dado. A lo que le contestaron:

—Bienvenido es quien le ha dado, porque este bestia se lo buscó.

Tan pronto como Pompeyo estuvo junto al papa, le dijo:

—Beatísimo Padre, ahora mismo acaba de matar Bienvenido á Tobías, pues yo lo he visto por mis propios ojos.

Furioso el papa al oír esto, cometi6 al gobernador, quien allí estaba presente, para que me apresara y me ahorcase en el acto, allí donde habíase cometido el homicidio; y que hiciese todas las diligencias para prenderme, y no volviera á su vista antes de que me hubieran ahorcado.

Tan pronto como ví por tierra á aquel desventurado, al momento pensé en las resultas para mí, considerando el poder de mis enemigos y lo que tal cosa podía acarrear. Apartéme de allí y me retiré á casa del señor Juan Gaddi, letrado de cámara, para arreglarme lo más presto que pudiera, con el fin de escapar. Acerca de esto, aconsejóme dicho señor Juan que no me precipitase tanto para partir, pues tal vez pudiera suceder que el mal no fuese tan grande quanto á mí me parecía; y haciendo llamar al señor Annibal Caro, quien con él estaba, le dijo que fuera á enterarse del caso.

Mientras dábanse las antedichas órdenes, compareció un gentilhombre que estaba con el cardenal de Médicis (1) y mandado por él. Este gentilhombre llamó aparte al señor Juan y á mí; nos dijo cómo el cardenal le había dicho aquellas palabras; que éste había oído decir al papa que no había remedio para poderme valer; y que hiciese todo lo posible para dejar pasar aquesta primera furia, sin que yo me confiase en ninguna casa de Roma.

Tan pronto como se fué el gentilhombre, el mencio-

(1) El cardenal Hipólito de Médicis.

nado señor Juan, mirándome al rostro, daba signos de llorar, y dijo:

—¡Ay de mí triste, que no tengo remedio alguno con que poderte valer!

Entonces contesté:

—Dios mediante, me valdré por mí mismo; sólo os ruego que me sirváis con uno de vuestros caballos.

Estaba ya dispuesto en orden un caballo negro turco, el más hermoso y el mejor de Roma. Cabalgué en él con un arcabuz de rueda delante del arzón, dispuesto á defenderme con él.

Llegado que hube á Ponte Sixto, encontré allí toda la escolta del preboste á caballo y á pie. Haciendo de la necesidad virtud, puse con valor á un paso modesto mi caballo, y por merced de Dios pasé libre, inadvertido ante sus ojos, y con la mayor presteza que pude corrí á Palombara (1), lugar del señor Juan Bautista Savello, de donde devolví el caballo del señor Juan, y quise que supiera adónde habíame ido.

Después de festejarme dos días dicho señor Juan Bautista, me aconsejó que debía tomar la vuelta de Nápoles mientras tanto pasase aquesta furia; y haciéndome acompañar, me puso en el camino de Nápoles, donde encontré á un escultor amigo mío, quien iba á San Germano para concluir la sepultura de Pedro de Médicis en Monte Casini (2). Llamábase Solos-

(1) Aldea en la Sabina.

(2) Por lo común llámase *Monte Cassino*.

meo (1). Dióme nuevas de cómo aquella misma noche el papa Clemente había mandado un camarero suyo á saber cómo estaba el supradicho Tobías. Y encontrándole que trabajaba y que no le había ocurrido cosa alguna, ni siquiera sabía nada, refiriósele al punto al papa, quien volvióse á Pompeyo, y le dijo:

—Eres un malvado; mas te aseguro que has irritado á una serpiente que te morderá y te dará tu merecido.

Después dirigióse al cardenal de Médicis y le encargó que velase por mí, pues en manera alguna hubiera querido perderme.

Así, pues, el Solosmeo y yo nos íbamos cantando hacia la vuelta de Monte Casini para llegarnos juntos á Nápoles.

LXVII.

Visto que hubo Solosmeo su trabajo en Monte Casini, tomamos juntos la vuelta de Nápoles. Al llegar como á media milla cerca de Nápoles, hízosenos el encontradizo un posadero que nos invitó á ir juntos á su posada, y decía haber estado en Florencia muchos años con Carlos Ginori; y si parábamos en su posada, que nos haría muchísimos obsequios, por ser nosotros florentinos. Dijímosle muchas veces que no queríamos irnos

(1) Antonio Solosmeo Settignano, llamado Tolosmeo por Orlandi.

con él. Eso no obstante, este hombre unas veces se adelantaba y otras quedábase atrás, repitiéndonos á menudo la misma cosa: esto es, que fuéramos á su posada. Molestándome ya esto, le pregunté si sabría enseñarme dónde estaba cierta mujer siciliana, cuyo nombre era Beatriz, la cual tenía consigo una hermosa hija suya que se llamaba Angélica y eran cortesanas. El posadero, pareciéndole como si yo le matase, dijo:

—Dios dé mal año á las cortesanas y á quien las quiera bien.

Y picandó espuelas al caballo, hizo ademán resuelto de apartarse de nosotros. Parecióme haberme quitado de encima de buen modo aquel bestia de posadero, aun cuando de tal ventura no saliese yo sin daño, porque habíame acordado de aquel grande amor que en Angélica tuve puesto; y hablando con dicho Solosmeo, no sin algún amoroso suspiro, vimos á todo escape volver hacia nosotros el posadero, quien al acercársenos, dijo:

—Hace dos ó tres días que han venido á vivir junto á mi posada una mujer y una muchacha que tienen aquellos nombres; mas no sé si son sicilianas ó de otro país.

Entonces le dije:

—Con tanta fuerza obra en mí aquel nombre de Angélica, que quiero hospedarme en tu posada de cualquier modo.

Fuimos juntos, de acuerdo con el posadero, á la ciudad de Nápoles, nos apeamos en su posada, y me parecía que tardaba mil años en acomodar mis cosas, aun

cuando lo hice con suma presteza; y entrando en dicha casa junto á la posada, encontré allí á mi Angélica, la cual me hizo las más desmesuradas caricias que pueden imaginarse en el mundo. Así me estuve con ella desde aquella tarde, á la hora veintidós, hasta la siguiente mañana, con tanto placer como jamás tuve otro igual. Y mientras que en aqueste placer yo me gozaba, acordóseme que precisamente aquel día expiraba el mes que los demonios me prometieron en el círculo de nigromancia. Así, pues, considere todo hombre que con aquéllos se entrometa, los imponderables peligros que hubè de pasar.

LXVIII.

Encontréme por casualidad en mi bolsa un diamante, que se me había ocurrido ir á mostrar entre los aurífices; y aun cuando era joven, todavía conocíanme de tal modo por hombre de mérito también en Nápoles, que se me hicieron muchísimos halagos; entre otros, por cierto honradísimo lapidario, llamado el señor Domingo Fontana. Este hombre de bien dejó la tienda los tres días que estuve en Nápoles, sin apartarse un punto de mí, mostrándome muchas bellísimas antigüedades que había en Nápoles y en las afueras; además me llevó á saludar al virey de Nápoles (1), el cual le había dado á entender sus deseos de verme.

(1) Pedro Alvarez de Toledo, marqués de Villafranca, virey de Nápoles.

Presentado que fui á Su Excelencia, me otorgó muy honrosa acogida; mientras así obraba conmigo puso los ojos en el diamante, y haciéndome enseñárselo dijo que si yo no sentía privarme de él no se lo diese á otro, por favor. Al oír lo cual, habiéndome devuelto el diamante, lo entregué de nuevo á Su Excelencia, á quien dije que el diamante y yo estábamos á su servicio. Entonces contestóme que le era muy grato el diamante y que aún más grato le sería que yo me quedase junto á él, y que tales pactos me ofrecía que para ellos tuviera yo alabanzas. Dijímonos uno y otro muy corteses palabras; mas viniendo luego al valor del diamante, exigióme Su Excelencia que le pidiera el precio, según mi parecer, en una sola palabra; á lo cual repuse que doscientos escudos eran su precio justo. A esto dijo Su Excelencia parecerle que en nada habíame yo alejado de la verdad; mas por hallarse engarzado por mi mano, reputándome por el primer hombre del mundo para ello, si otro lo engastara no hubiese resaltado aquella su manifiesta excelencia. Entonces repliqué que ni el diamante estaba engastado por mi mano, ni estaba bien engastado, que lo que él hacía hacía lo por su propia bondad; y que si yo se lo engastara de nuevo, mejoraría bastante de como estaba. Y metiendo la uña del dedo gordo en los filetes del diamante, lo saqué de su anillo y después de limpiarlo un poco se lo presenté al virrey; el cual satisfecho y maravillado, me firmó un papel para que se me pagaran los doscientos escudos que había yo pedido.

Al tornarme á mi alojamiento encontré cartas del cardenal de Médicis, las cuales me decían que me volviese á Roma con gran diligencia, y en el acto de llegar fuese á apearme á casa de su señoría reverendísima. Cuando leí á mi Angélica las cartas, con amorosas lágrimas rogóme que por favor me quedase en Nápoles ó que me la llevara conmigo. Díjela que si quería venir conmigo la daría á guardar aquellos doscientos ducados que del virrey tomara. Viéndonos la madre en tan sabrosos razonamientos, acercósenos y me dijo:

—Bienvenido, si quieres llevarte mi Angélica á Roma, déjame unos quince ducados á fin de que pueda yo partir, y luego me iré también.

Dije á la pícara vieja que treinta dejaríale muy á gusto si se conformaba con darme mi Angélica. Puestos así de acuerdo, Angélica me rogó que la comprase un vestido de velludo negro, porque en Nápoles estaban á buen mercado. Con todo me conformé; y después de mandar por el velludo y de comprarlo y todo, la vieja, que se pensó hallarme más cocido que crudo, pidióme para sí un vestido de paño fino, y otros muchos gastos para su hija, y bastantes más dineros de los que yo habíale ofrecido. A lo cual me volví jocosamente y dije:

—Mi cara Beatriz, ¿no te basta con aquello que te he ofrecido?

Contestándome que no, repliqué que lo que á ella no le bastaba, bastábame á mí; y luego de besar á mi Angélica, ella con lágrimas y yo con risas separámonos, y en el acto me torné á Roma.

LXIX.

Salí de Nápoles por la noche con el dinero encima, para no ser sorprendido ni asesinado como es costumbre en Nápoles; pero al llegar á la Selciata (1), con gran astucia y agilidad me defendí de varios jinetes que habían venido para asesinarme. Unos pocos días después, habiendo dejado á Solosmeo en sus quehaceres de Monte Casini, al llegar una mañana para almorzar en la posada de Anagni y cerca ya de ésta, tiré á ciertos pajaritos con mi arcabuz y los maté; mas un hierrecito que estaba en el cierre de mi escopeta me estropeó la mano derecha. Si bien el mal no era de importancia, representaba bastante más á causa de la mucha cantidad de sangre que brotaba de mi mano.

Al entrar en la posada, dejé mi caballo en su lugar y salí á una estancia donde encontré muchos gentilhombres napolitanos que estaban á punto de ponerse á la mesa, y con ellos había una noble y joven dama, la más hermosa que nunca he visto. Cuando llegaba yo, subía tras de mí un bravísimo joven servidor mío con una gran partesana en la mano; de suerte que el vernos con armas y sangre, causó tal terror á aquellos pobres gentilhombres, máxime por ser aquel lugar un nido de asesinos, que alzándose de la mesa suplicaron á Dios con

(1) En el puente de Selice, entre Capua y Aversa, á doce millas de Nápoles.

gran espanto que fuese en su ayuda. Entonces díjeles riéndome, que Dios les había ayudado y que yo era hombre para defenderlos de quienes les quisieran ofender; y pidiéndoles me ayudasen un poco para vendar mi mano, aquella hermosísima noble dama, sacó un pañuelo suyo ricamente bordado de oro queriendo fajármela con él, mas yo no quise; en el acto partiólo ella por en medio y con la mayor gentileza me vendó por su mano. Tranquilizáronse así algún tanto y almorzamos con bastante alegría.

Después de almorzar montamos á caballo y nos fuimos juntos. Aun no se les había pasado el miedo, pues aquellos gentilhombres astutamente hacían que me entretuviese aquella hermosa mujer, quedándose ellos un poco más atrás; y yo iba al lado de ella sobre mi buen caballo indicando á mi servidor que fuese un poco distante de mí; de modo que íbamos hablando de aquellas cosas que no vende el boticario. Así llegué á Roma con el mayor placer que jamás tuve.

Llegado que hube á Roma fui á desmontar al palacio del cardenal Médicis, encontrando allí á su señoría reverendísima; le saludé y dí las gracias por haberme hecho regresar. Después rogué á su señoría reverendísima que me asegurase de la cárcel, y á ser también posible de la pena pecuniaria. Dicho señor me vió con sumo gusto, y me dijo que no temiese por nada; después volviéndose hacia un su gentilhombre llamado el señor Pedro Antonio Pecci, sienés, le encomendó que de su parte dijera al preboste que no fuese osado á tocarme.

Le pregunté cómo estaba aquel á quien había dado yo con la piedra en la cabeza. El referido señor Pedro Antonio dijo que estaba mal, y que aun estaría peor, porque habiendo sabido que yo me tornaba á Roma decía quererse morir, sólo para hacerme daño. A cuyas palabras con gran risa, dijo el cardenal:

—No podía hacer otra cosa mejor para indicar que ha nacido en Siena.

Volviéndose después á mí, me dijo:

—Por conveniencia nuestra y tuya sé concienzudo cuatro ó cinco días, y no andes de conversación por Banchi; de allí en adelante puedes ir donde te plazca, y que los locos mueran en su puesto.

Me fuí á mi casa, poniéndome á terminar la medalla que comenzada tenía de antes con el busto del papa Clemente, y en su reverso una Paz.

Aquesta era una figurita de mujer vestida con sutilísimos paños, desceñida, con una antorcha en la mano poniendo fuego á un montón de armas atadas juntas, á guisa de un trofeo; figurábase allí una pared de un templo en el cual se representaba el Furor con muchas cadenas atado, y en torno había un mote con letras que decían: *Clauduntur belli portæ*. Mientras que terminaba yo dicha medalla, curóse aquel á quien había herido, y el Papa no cesaba de preguntar por mí. Mas como huía yo de ir con frecuencia á ver al cardenal Médicis (aunque todas las veces que iba á verle dábame su señoría para hacer alguna obra de importancia, lo cual me impedía bastante dar fin á mi medalla), ocurrió que el se

ñor Pedro Carnesecchi(1), favoritísimo del Papa, tomó á su cargo tener cuenta de mí; y así con diestro modo me dijo que dentro de breves días manifestaría á Su Santidad que jamás habíame yo apartado de su servicio.

LXX.

Pocos días después, habiendo concluído mi medalla, la estampé en oro, en plata y en latón. Se la enseñé al señor Pedro, quien en el acto me introdujo á presencia del papa.

Era un día del mes de abril, después de la hora del desayuno; hacía un hermoso tiempo, y el papa estaba en Belvedere. Llegado que hube á presencia de Su Santidad, puse en sus manos las medallas juntamente con los cuños de acero. Tomó todo ello y en el acto conoció la gran maestría de arte con que estaban hechos, y mirando al señor Pedro á la cara, dijo:

—Nunca los antiguos estuvieron tan bien servidos de medallas.

Mientras que él y los demás miraban ora los cuños, ora las medallas, modestísimamente comencé á hablar, y dije:

—Si contra el poder de mi adversa estrella no hubiese habido un poder mayor que el suyo domeñase,

(1) Prelado á quien decapitaron y quemaron por hereje en Roma en 1587.

impidiendo aquello que violentamente los hechos me demostraron, Vuestra Santidad sin culpa suya ni mía hubiera perdido un fiel y amoroso servidor. Eso no obstante, Beatísimo Padre, no hay error ninguno en aquestos actos donde se echa el resto, en usar el modo que dicen ciertos pobres hombres sencillos, y que se expresa por lo común diciendo que se debe pensar siete y no apuntar más que uno. Después que una malvada y procaz lengua de un pésimo adversario mío que tan fácilmente había hecho encolerizar á Vuestra Santidad haciendo subir tan de punto su furor, que cometió al gobernador la orden de que tan pronto como me apresara fuese ahorcado; visto luego tal inconveniente, haciendo un tan gran daño á sí mismo como es el privarse de un servidor como Vuestra Santidad confiesa que soy, pienso con toda certeza que ante Dios y ante el mundo hubiera tenido después Vuestra Santidad un remordimiento no pequeño. Por eso los buenos y virtuosos padres, y á semejanza suya los amos, no deben dejar caer encima de ellos tan precipitadamente el brazo contra sus hijos y siervos; no sea el caso de que después su enojo no sirva para nada. Ya que Dios ha impedido este maligno curso de las estrellas y salvádome para Vuestra Santidad, otra vez le ruego que no sea tan facil en airarse contra mí.

El papa, absorto en mirar las medallas, con grande atención me estaba oyendo; y como estaban presentes muchos señores de grandísima importancia, enrojació algún tanto, dió muestras de avergonzarse, y no ocu-

riéndosele otro modo de salir de aquel embarazo, dijo que no se acordaba de haber dado tal comisión. Advertido entonces de esto, entré en otros razonamientos hasta lograr que se desvaneciese aquel rubor que había él demostrado. Su Santidad, interviniendo en la conversación acerca de las medallas, me preguntaba de qué manera había logrado estamparlas y siendo tan grandes; que él jamás había visto en los antiguos medallas de tamaño grandor. Sobre aquello hablóse una pieza, y él, que tenía miedo de que yo le echase algún otro sermoncito peor que el de antes, díjome que las medallas eran bellísimas y para él muy gratas; y que hubiera querido hacer otro reverso á su antojo, si tal medalla se podía acuñar con dos reversos. Dije que sí. Entonces Su Santidad me encargó que hiciera la historia de Moisés cuando golpeó en la piedra é hizo brotar el agua, con una divisa que dijese *Ut bibat populus* (1), y después añadió:

—Vete Bienvenido, que no la terminarás tan pronto como yo haya pensado en lo que te concierne.

Partido que me hube, en presencia de todos jactóse el papa de darme tanto, que pudiera vivir muy bien sin tener que fatigarme para otros. Díme solícitamente á terminar el reverso de Moisés.

(1) Este reverso alude al famoso pozo excavado por Clemente VII en Orvieto. Véase Bonnani. *Numismata Pontificum*. Romæ, 1699, tomo I, pág. 192.

LXXI.

En aquete intermedio el papa enfermó, y juzgando los médicos que el mal era peligroso, aquel adversario mío que me tenía miedo cometió á ciertos soldados que hiciesen conmigo lo que temía que hiciera yo con él. Costóme mucho trabajo defender mi pobre vida. Concluí con premura el reverso, y al llevárselo al papa, le encontré en el lecho y en muy malas condiciones. Apesar de ello, me hizo grandes finezas y quiso ver las medallas y troqueles; y haciendo que le dieran anteojos y luz, en manera alguna descubría nada. Se puso á palparlas con los dedos; de allí á poco exhaló un gran suspiro y dijo á los que le rodeaban, que tenía lástima de mí y que si Dios le devolvía la salud lo arreglaría todo. Al cabo de tres días murió el papa (1); y yo me encontré con que había perdido mis afanes, aun cuando recobré el ánimo diciéndome á mí mismo que mediante aquellas medallas habíame dado á conocer tanto, que cualquiera que fuese el papa que viniera, empleárame quizá con mejor fortuna. Así por mí mismo adquirí ánimo, perdonando en todo y por todo las grandes injurias que me había hecho Pompeyo.

Y echándome las armas á la espalda y al costado, me fuí á San Pedro y besé los pies al difunto papa, no

(1) Ocurrió esto el 25 de septiembre de 1534.

sin lágrimas; luego me fuí á Banchi para contemplar la gran confusión que en tales ocasiones sobreviene. Mientras estaba yo sentado en Banchi con muchos amigos míos, acertó á pasar Pompeyo en medio de diez hombres armados de punta en blanco; y cuando llegó frente al sitio donde yo estaba, detúvose un poco en actitud de querer cuestión conmigo. Aquellos que conmigo estaban, jóvenes valientes é impetuosos, hiciéron-me señas de que debía yo empuñar las armas, á lo cual consideré en el acto que si ponía mano á la espada seguiríase algún grandísimo daño á quienes no tenían la más mínima culpa del mundo; antes bien, juzgué ser lo mejor que yo solo pusiera en riesgo mi vida. Entretúvose Pompeyo en decir dos avemarías, vuelto hacia mí con sarcástica risa; y al partirse aquellos sus amigos también se rieron sacudiendo la cabeza, y á la par de tales actos hacían muchas bravatas. Mis compañeros quisieron meter mano en la cuestión, pero yo airadamente les dije que yo era hombre para saber dar fin á mis negocios; que no necesitaba de ningún valiente mayor que yo, y que cada cual se fuese á sus quehaceres. Enfadados mis amigos, partiéronse de mí refunfunando.

Entre aquestos estaba mi más caro amigo, el cual tenía por nombre Albertaccio del Bene, hermano carnal de Alejandro y de Alvizzo, el cual está hoy en Lyon sumamente rico. Era este Albertaccio, el más admirable y animoso joven que jamás conocí, quien me quería tanto cuanto á sí propio; y como sabía bien que aquel

acto de paciencia no era obra de pusilanimidad, sino de audacísima bravura, que muy bien me conocía, replicando á mis palabras me rogó que le otorgase la gracia de llevarle conmigo para todo aquello que yo tuviese el ánimo de hacer. A lo cual le dije:

—Albertaccio mío, queridísimo sobre todos los demás, tiempo vendrá en que podáis darme ayuda; mas en aqueste caso, si me queréis bien, no penséis en mí, é idos á vuestros menesteres; y marchaos de aquí pronto, como lo han hecho los otros, pues ya no hay tiempo que perder.

Estas palabras fueron dichas rápidamente.

LXXII.

Entre tanto mis enemigos habíanse dirigido con lento paso desde Banchi hacia la Chiavica, lugar así llamado, llegando á una encrucijada de calles las cuales van en diversos sentidos; aquella donde estaba la casa de mi enemigo Pompeyo era la calle que lleva en derechura á Campo de Fiore. En algunas ocasiones dicho Pompeyo había entrado en una botica que estaba en la Chiavica y permanecido con dicho boticario un poco por algunos quehaceres suyos; y si bien se me dijo que estaba jactancioso por aquellas bravatas que á él pareciale haberme hecho, de todas maneras allí entró por su mala fortuna, pues llegado que hube á aquella esquina salía él precisamente de la botica, abriéndose en dos filas sus

bravos y recibéndole en medio. Eché mano á un pequeño puñal muy agudo, y forzando la fila de sus bravos, le eché mano al pecho con tanta prontitud y seguridad de ánimo, que ninguno de los antedichos pudieron remediarlo. Tiré á darle en la cara, pero el espanto que le acometió le hizo volver el rostro, por lo cual le pinché debajo de la oreja; en el mismo sitio repetí dos golpes sólos, y al segundo cayó muerto en mis manos, lo cual no era mi intención; pero, como suele decirse, los golpes no se dan con condiciones.

Recobré el puñal con la mano izquierda, y con la derecha tiré de espada para defender mi vida (mientras todos aquellos bravos corrieron al cuerpo muerto y no hicieron contra mí acto ninguno); de aquesta suerte me retiré sólo por la calle Julia, pensando dónde me podría ocultar; cuando estuve á trescientos pasos reunióseme el Piloto, aurífice muy amigo mío, el cual me dijo:

—Hermano, puesto que el mal está ya hecho, veamos de salvarte.

A lo que repliqué:

—Vamos á casa de Albertaccio del Bene, que poco antes le dije que presto vendría el tiempo en que necesitaría de él.

Llegado que hubimos á casa de Albertaccio, las caricias fueron imponderables, y pronto compareció la juventud de los Bancos de todas las naciones, fuera de los milaneses; y todos se me ofrecieron para exponer su vida por salvar la mía. También el señor Luis Ruce-liai envió á ofrecerme de muy buena voluntad que me

sirviese de sus cosas, y lo mismo hicieron otros muchos de aquellos personajes de su categoría; todos de común acuerdo bendijéronme las manos, pareciéndoles que demasiado daño me hizo aquél, y maravillándose mucho de que yo le hubiese sufrido tanto.

LXXIII.

En aquel instante que supo la cosa el cardenal Cornaro (1) mandó por sí treinta soldados con partesanas, picas y arcabuces, los cuales me llevasen á su cámara con todo respeto; yo acepté la oferta marchándome con ellos, y más de otros tantos de aquellos mencionados jóvenes fueron á acompañarme. Mientras tanto lo supo aquel señor Trajano, su pariente y primer camarero del papa; mandó al cardenal de Médicis un noble gentilhombre milanés, para que dijese al cardenal el gran delito que había yo cometido, y que Su Señoría reverendísima estaba obligado á castigarme. El cardenal respondió al instante, y dijo:

—Muy mal hubiera hecho de no hacer este mal menor; dad gracias al señor Trajano de mi parte por haberme advertido de lo que yo ignoraba.

Y volviéndose inmediatamente en presencia de dicho gentilhombre al obispo de Forli, su gentilhombre y familiar, le dijo:

(1) Este es Francisco Cornaro, hermano del cardenal Marcos, citado en el párrafo XXV.

— Buscad con celo á mi Bienvenido, y traédmelo aquí, porque quiero ayudarle y defenderle; y quien haga algo contra él, va contra mí.

El gentilhombre partióse muy colorado, y el obispo de Forli vino á buscarme á casa del cardenal Cornaro, y hallado que hubo al cardenal, dijo cómo el cardenal de Médicis le mandaba por Bienvenido, y que quería ser él quien lo custodiase. Este cardenal Cornaro, que era colérico como un oso, muy airado contestó al obispo diciéndole que él era tan apto para guardarme como el cardenal Médicis. A esto replicó el obispo diciéndole que él hiciese el favor de que me pudiera hablar unas palabras extrañas á aquel asunto y relativas á otros negocios de él. El cardenal Cornaro le replicó que por aquel día se hiciese la cuenta de haberme hablado. El cardenal Médicis estaba muy furioso; sin embargo, muy bien acompañado fuí á visitarle la noche siguiente, sin que lo supiera Cornaro; después le rogué que se dignase concederme la merced de dejarme en la casa de Cornaro, y le manifesté la gran cortesía de que éste había usado para conmigo; por lo cual, si Su Señoría reverendísima me dejaba estar con el supradicho Cornaro, veía yo de tener un amigo más en mis necesidades, ó bien que dispusiese de mí todo aquello que á Su Señoría pluguiera. Me respondió que hiciese lo que fuere mi parecer. Volvíme á casa de Cornaro, y de allí á pocos días fué hecho papa el cardenal Farnese (1); y tan pronto

(1) Paulo III, electo en 13 de Octubre de 1584.

como hubo dado órdenes para las cosas de más importancia, en seguida preguntó el papa por mí, diciendo que no quería que otros hicieran sus monedas sino yo. A estas palabras contestó á Su Santidad cierto gentil-hombre, muy doméstico suyo, el cual se llamaba el señor Latino Juvenal (1), y dijo: que estaba yo fugitivo á causa de un homicidio hecho en la persona de un tal Pompeyo, milanés; y añadió todas mis razones de un modo muy favorable. A esas palabras el papa repuso:

—Nada sabía yo de la muerte de Pompeyo, pero sí sé muy bien las razones de Bienvenido; así, pues, extiéndasele en el acto un salvoconducto con el cual esté absolutamente en seguridad.

Hallábase presente un gran amigo de aquel Pompeyo y muy doméstico del papa, que se llamaba señor Ambrosio (2) y era milanés; y dijo al papa:

—En los primeros días de vuestro papado no estaría bien otorgar gracias de aquesta suerte.

A lo cual, volviéndose el papa, le replicó:

—Vos no lo sabéis tan bien como yo. Sabed que los hombres como Bienvenido, únicos en su profesión, no tienen que estar obligados á las leyes, y mayormente él, de quien sé cuánta razón le abona.

Y haciéndome extender el salvoconducto en seguida, comencé á servirle con grandísimo favor.

(1) Latino Juvenal de Manetti, poeta y erudito de valia.

(2) Ambrosio Recalcati, protonotario apostólico, prepósito de Bruzzano y canónigo de Milán.

LXXIV.

Vino en mi busca aquel señor Latino Juvenal, y me cometi6 para que hiciese las monedas del papa. Al saber esto, reanim6ronse todos mis enemigos y comenzaron 6 ponerme obst6culos para que yo no las hiciese. Advertido el papa de tal cosa, reprendi6los 6 todos y quiso que las hiciera yo.

Comenc6 6 grabar los troqueles para los escudos, en los cuales hice un medio San Pablo con un mote de letras que decían: *Vas electionis*. Esta moneda gust6 mucho m6s que las de aquellos que habían hecho otras en concurrencia conmigo; de modo que el papa dijo que no se le hablase m6s de monedas, pues quería que yo fuese quien las hiciera y no ning6n otro. Así, pues, libremente esperaba trabajar; y aquel señor Latino Juvenal me introducía en presencia del papa, por ser éste 6 quien el papa habíale dado tal comisi6n.

Deseaba yo volver 6 lograr el *motu proprio* del oficio de grabador de la moneda. Sobre esto dej6se el papa aconsejar, diciendo que antes precisaba que obtuviese la gracia del homicidio, la cual lograría yo en Santa María de Agosto (1) por orden de los cabezas de cuar-

(1) Así llamaba el pueblo Florentino 6 la festividad de la Asunci6n de Nuestra Señora, que se celebra el 15 de Agosto. Hacíanse grandes honores 6 las muchas im6genes de la Virgen esparcidas por la ciudad.

tel de Roma (pues que así se acostumbra todos los años en tan solemne fiesta entregar á estos cabezas de cuartel doce desterrados); mientras tanto, se me daría otro salvoconducto, con el que pudiera estar yo seguro hasta dicho tiempo. Viendo mis enemigos que por ningún camino podían obtener impedirme el grabado de la moneda, acudieron á otro expediente.

Habiendo el difunto Pompeyo dejado tres mil ducados de dote á una hija suya bastarda, hicieron que cierto favorito del señor Pedro Luis, hijo del papa, la pidiese por mujer por medio de dicho señor; y así fué hecho. Este favorito era un villano amaestrado por dicho señor; y por lo que se dijo, tocáronle á él pocos de aquestos dineros, porque dicho señor les echó mano y se los quiso apropiarse. Muchas veces este marido de aquella muchacha, por complacer á su mujer, había rogado á dicho señor que me hiciese prender (lo cual había éste prometido hacerlo tan pronto como viese bajar un poco el favor que yo gozaba con el papa). Pasándose así cerca de dos meses, aquel servidor suyo trataba de cobrar su dote, y el señor no le respondía á propósito, sino que en cambio decía á la mujer que sería ejecutada la venganza de su padre de todos modos. A pesar de que yo sabía alguna cosa, presentéme muchas veces á dicho señor, el cual aparentaba concederme grandísimos favores; mas por otra parte había ordenado uno de estos dos propósitos: ó hacerme matar ó hacerme coger por el preboste.

Encargó á cierto pobre diablo de un soldado suyo

corso que lo hiciese lo más presto que pudiera; y aquellos otros enemigos míos, sobre todo el señor Trajano, habían prometido hacer un presente de cien escudos para aqueste corso; el cual dijo que el hacerlo sería tan fácil como sorberse un huevo crudo, Yo, que tal cosa supe, andaba ojo avizor, bien acompañado y muy bien armado con cota y mangas de mallas, pues para tanto había obtenido licencia.

El antedicho corso, pensando por avaricia ganar todos aquellos dineros á mansalva, creyó poder acometer tal empresa por sí solo; de modo que un día, después de comer, hiciéronme llamar de parte del señor Pedro Luis, á donde me fuí en el acto, pues habíame hablado de su deseo de hacer muchos grandes vasos de plata. Partíme de casa con presteza, mas con mi acostumbrada armadura, y fuíme á escape por la calle Julia, pensando no encontrar á nadie en aquella hora.

Cuando estuve en lo alto de la calle Julia para dar vuelta al palacio de Farnese, siendo mi costumbre dar vuelta á las esquinas desde mucha distancia, vi al antedicho corso levantarse de donde estaba y llegar al medio de la calle; de modo que no me sorprendí de nada, mas antes púseme en orden para defenderme, y retardando un poco el paso, me acerqué un poco al muro para dejar calle abierta á dicho corso.

También él acercóse á la pared; y estando ya muy próximos, conociendo por su demostración expresa que tenía ganas de armarme disputa, al verme solo en aque-

lla manera, pensó que le saldría bien; mas yo comencé á hablar, y dije:

—Valiente soldado, si fuera de noche podríais decir haberme tomado por otro; mas como quiera que es de día, muy bien conocéis quién soy, que jamás tuve nada que hacer con vos, ni nunca os causé enojo, antes bien, apto me considero para haceros favor.

Al oír él aquestas palabras en actitud resuelta, sin quitárseme de delante, me dijo que no sabía qué era lo que decía yo. Entonces dije:

—Muy bien sé aquello que queréis y lo que vos decís; mas aquesta empresa que habéis tomado sobre vuestros hombros es más difícil y peligrosa de hacer que lo que vos pensáis, y quizás pudieran volverse las tornas. Acordaos de que tenéis que véros las con un hombre capaz de defenderse contra ciento; y aquesta no es empresa honrosa para hombres valientes, como serlo aparentáis.

Mientras tanto, estaba yo también con cara de perro, cambiada la color de uno y de otro. A la vez habíase venido gente, que había conocido ya cómo nuestras palabras sonaban á pelea. No habiendo tenido arranque para meterme mano, dijo:

—Nos veremos otra vez las caras.

A lo cual repliqué:

—Yo siempre me avisto con los hombres de valor y con los que tienen aspecto de tales.

Seguí mi camino y llegué á casa del señor, el cual no había mandado por mí. Después de tornarme á mi

tienda, dicho corso me hizo saber por un grandísimo amigo suyo y mío, que de él no más me guardase, pues que deseaba ser un buen hermano; que me guardase bien de otros, pues veríame en gravísimo peligro, porque hombres de grandísima importancia habíanme jurado la muerte.

Mandé darle gracias y me guardé lo mejor que pude.

No muchos días después, fuéme dicho por un grande amigo mío, que el señor Pedro Luis había dado expreso encargo para que fuera aprehendido por la noche. Esto me fué dicho á la hora veintidós, y de ello hablé con algunos amigos míos, los cuales me aconsejaron que escapara en el acto. Y habiéndose dado la comisión para la una de la noche, á la hora veintitrés monté en la posta y corrí á Florencia. Pues como aquel corso no había tenido bastantes ánimos para realizar la empresa que él prometió cumplir, el señor Pedro Luis, por su autoridad propia, había dado órdenes para que yo fuese apresado, tan sólo por apaciguar un poco á aquella hija de Pompeyo, la cual quería saber en qué lugar estaba su dote.

No pudiendo apaciguarla con la venganza de ninguno de los dos modos como él había dispuesto, pensó en otro, el cual lo diremos en otro lugar.

LXXV.

Llegué á Florencia y fuíme á ver al duque Alejandro, quien me hizo asombrosos halagos y me aconsejó

que debiera yo permanecer con él. Mas estando en Florencia cierto escultor llamado el Tribolino (1), que era compadre mío, por haber yo tenido en la pila bautismal á un hijo suyo, hablando con él, díjome que cierto Jacobo Sansovino (2), su antiguo y primer maestro, habíale mandado llamar; y como no había visto nunca á Venecia, así como por la ganancia que de ello esperaba, íbase muy á gusto; y preguntándome si había yo visto Venecia alguna vez, contesté que no; por lo cual me dijo que debía irme con él de recreo, como se lo prometí. Por eso contesté al duque Alejandro que antes quería irme hasta Venecia, y después tornárame muy conforme para servirle; así quiso que se lo prometiera, y me mandó que antes de partirme fuera á visitarle.

Al siguiente día, luego de haberme puesto en orden, marché á pedir licencia al duque, al cual encontré en el palacio de Pazzi, al tiempo que estaban allí alojadas la mujer y las hijas del señor Lorenzo Cibo. Habiendo hecho saber á Su Excelencia cómo quería yo ir á Venecia, si para ello me daba merced, volvió con la respuesta el señor Cosme de Médicis, hoy duque de Florencia; el cual me dijo que fuera en busca de Nicolás de Monte Aguto, y éste me entregaría cincuenta escudos de oro que me daba Su Excelencia el duque para que

(1) Nicolo de Pericoli, escultor florentino apodado el *Tribolo*.

(2) Jacobo Tatti, célebre escultor florentino, conocido por el apodo del *Sansovino*.

yo los gozase por amor suyo, y después me volviera para servirle.

Entregóme los dineros Nicolás y me fui á casa en busca de Tribolo, quien ya estaba dispuesto, y me preguntó si había yo atado la espada. Le contesté que quien montaba á caballo para ir de viaje, no debía sujetar la espada. Dijo que en Florencia acostumbrábase así, porque allí había cierto señor Marcelino que por la más mínima cosa hubiera azotado con cuerdas á San Juan Bautista; y así, pues, que era preciso llevar sujetas las espadas hasta fuera de puertas. Me reí de ello, y así nos marchamos.

Fué acompañándonos el correo de Venecia, á quien llamaban Lamentone por sobrenombre. Con él nos fuimos en compañía, y después de pasar por Bolonia, llegamos una tarde á Ferrara. Alojados allí en la hospedería de Piazza, dicho Lamentone fuese en busca de algunos desterrados para entregarles cartas y encargos de sus mujeres; pues tales eran las órdenes del duque, de que sólo el correo y ningún otro más pudiese hablarles, sopena de la misma contumacia en que aquellos estaban.

En este intermedio, por ser poco más de la hora veintidós, fuimos el Tribolo y yo á ver el regreso del duque de Ferrara, quien había ido á Belfiore (1) á ver justar. A su regreso nos encontramos con muchos desterrados, los cuales nos miraban fijos constriñéndonos á que hablá-

(1) Villa ducal, próxima á los muros de Florencia.

ramos con ellos. El Tribolo, que era el hombre más miedoso que jamás conocí, no cesaba de decirme:

—No los mires y no hables con ellos, si quieres volver á Florencia.

Así permanecimos viendo la vuelta del duque; y después nos volvimos á la posada, donde encontramos á Lamentone. Cerca de la una de la noche presentáronse allí Nicolás Benintendi, su hermano Pedro y otro viejo que creo sería Jacobo Nardi, juntamente con otros muchos jóvenes; todos los cuales, tan pronto como llegaban preguntaban al correo cada cual por sus familias de Florencia. El Tribolo y yo estábamos apartados de allí, para no hablar con aquellos. Después que hubieron conversado una pieza con Lamentone, el Nicolás Benintendi, dijo:

—Conozco muy bien á aquellos dos, ¿por qué nos hacen tantos ascos de no querernos hablar?

El Tribolo decíame que permaneciese yo quedo. Lamentone les contestó que aquella licencia permitida á él, no nos era otorgada á nosotros. Benintendi replicó y dijo que le parecía una burrada, llamándonos cánceres y mil cosas á este jaez. Entonces levanté la cabeza, y con la mayor modestia que pude y supe, dije:

—Queridos gentilhombres, podéis perjudicarnos en extremo y nosotros en nada podemos ayudaros; mas apesar de que nos hayáis dicho alguna palabra que juzguemos inconveniente, no por eso deseamos encolerizarnos con vosotros.

Aquel viejo de Nardi dijo que había yo hablado como

un joven de bien, tal cual yo lo era. Nicolás Benintendi, replicó entonces:

—Me c.... en él y en el duque.

Yo repliqué, que con respecto á nosotros no tenía razón, puesto que nada teníamos que ver en el caso suyo. Aquel viejo de Nardi salió á nuestra defensa, diciendo al Benintendi que hablaba sin razón; mas este continuaba, sin embargo, con palabras injuriosas. Por lo cual le dije que yo también pudiera hacerle cosas que le causaran enojo; y así, pues, que atendiese á lo suyo y nos dejara estar. Respondió que de nuevo se c... en el duque y en nosotros, y que nosotros y el duque eramos una recua de asnos. Al oír estas palabras, le agarré por el pescuezo y saqué fuera la espada, y el viejo que quiso el primero tirarse por la escalera, rodó á los pocos escalones, y todos aquellos uno sobre otro se le cayeron encima. Al ver lo cual, yo, que había saltado hacía adelante, dí fuertes golpes con la espada en las paredes con grandísima furia, diciendo:

—A todos voy á matar.

Al oír este estrépito, el posadero gritaba:

—¡Lamentone, que no lo haga!

Algunos de ellos decían:

—¡Ay de mi cabeza!

Y otros:

—¡Dejadme salir de aquí!

Había una barahunda imponderable; parecían un hato de puercos. El posadero vino con luz; yo me retiré hacia atrás, y envainé la espada. Lamentone decía á Nicolás

Benintendi, que había hecho mal. El posadero dijo á Nicolás Benintendi: hay pena de la vida en echar mano aquí á las armas, y si el duque supiese aquestas insolencias vuestras, os haría colgar por el pescuezo; así es que yo no quiero hacer aquello que merecisteis, mas no me volváis jamás por aquesta hospedería, pues de lo contrario, ¡ay de vos!

El posadero vino á donde yo estaba, y al quererle dar mis excusas, nada me dejó proferir, diciéndome que sabía cómo tenía yo mil razones, y que me guardase bien de aquellos durante el viaje.

LXXVI.

Cenado que hubimos, presentóse un barquero para llevarnos á Venecia. Le pregunté si quería darme la barca entera; convino en ello é hicimos trato cerrado.

Como á las ocho de la mañana montamos á caballo para ir al puerto, el cual está pocas millas lejos de Ferrara; y llegado que hubimos al puerto, encontramos allí al hermano de Nicolás Benintendi con otros tres compañeros, quienes esperaban que yo me acercase; entre ellos había dos armados con javalinas, y yo había comprado en Ferrara una hermosa pica. Estando, pues, muy bien armado, no me asusté un punto, como le pasó al Tribolo, que dijo:

—¡Dios nos ayude! aquellos están aquí para matarnos.

Volvióse hacia mí Lamentone, y me dijo:

—Lo mejor que puedes hacer es regresar á Ferrara, pues veo la cosa de peligro; por favor, Bienvenido mío, evita la furia de aquestos animales rabiosos.

Entonces exclamé:

—Vamos adelante, pues á quien tiene razón, Dios le vale, y ya veréis como me ayudará á mí mismo. ¿No es aquella la barca que apalabrada tenemos para nosotros?

—Sí, dijo Lamentone.

—Pues en ella estaremos nosotros sin que aquellos lo estorben, en cuanto baste mi valor.

Piqué espuelas al caballo hacia adelante, y cuando hube llegado á unos cincuenta pasos, descabalgué, y audazmente corrí hacia ellos con mi pica. El Tribolo habíase quedado atrás y estaba echado sobre su caballo, de suerte que parecía el frío mismo; y el correó Lamentone bufaba y resoplaba que parecía un vendabal-pues tal era su modo de conducirse; y más lo hacía ahora de lo acostumbrado, parándose á considerar en qué fin terminaría aquella diablura. Al llegar á la barca, adelantóseme el barquero y me dijo que aquellos numerosos caballeros florentinos querían entrar juntos en la barca si yo me conformaba. A lo cual repliqué:

—La barca está acaparada para nos y no para otros, y deploro hártamente con todo mi corazón no poder ir con ellos.

Al oír estas palabras, un bravo joven de los Magalotti, dijo:

—Bienvenido, nosotros haremos que tú puedas.

Entonces contesté:

—Si Dios y la razón que tengo, juntamente con mis fuerzas lo quieren ó pueden, vosotros no me haréis poder aquello que decís.

Y á la vez que dije estas palabras, salté dentro de la barca. Volviendo hacia él la punta del arma, dije:

—Con aquesta os demostraré que yo no puedo.

Habiendo hecho una pequeña demostración de poner mano á las armas y adelantarse aquél de los Magalotti, salté sobre la borda de la barca y le tiré tan gran golpe, que si no llega á caerse al suelo hubiéralo yo pasado de parte á parte. Los demás compañeros, en vez de ayudarle, retiráronse atrás; y visto que hubiera yo podido matarlo, en lugar de hacerlo, le dije:

—Levántate hermano mío, toma tus armas y vete; bien habrás visto que yo no puedo lo que no quiero y que aquello que pude hacer no lo he querido.

Después llamé á dentro al Tribolo, al barquero y á Lamentone; y de esta suerte tomamos la vuelta de Venecia.

Cuando estuvimos á diez millas por el Po, aquellos jóvenes habíanse embarcado en una canoa y nos alcanzaban; y cuando estuvimos enfrente, aquel majadero de Pedro Benintendi, me dijo:

—Prepárate, Bienvenido, que nos veremos en Venecia.

—Preparaos vosotros, que allá voy y por todos me dejaré ver.

Así llegamos á Venecia. Pedí parecer á un hermano del cardenal Cornaro, diciendo que me hiciese el favor

de darme licencia de armas, el cual me dijo que libremente las llevara yo, pues lo peor que pudiera ocurrirme era perder la espada.

LXXVII.

Así, pues, llevando armas, fuimos á visitar al escultor Jacobo del Sansovino, quien había mandado llamar al Tribolo; hízome grandes agasajos, queriéndonos dar de comer y que con él nos quedásemos. Hablando con el Tribolo, le dijo que no quería servirse de él por entonces, y que tornase otra vez. Al oír estas palabras, solté la risa y burlescamente dije al Sansovino:

—Está demasiado lejos vuestra casa de la suya para que vuelva otra vez.

Asustado el pobre Tribolo exclamó:

—Aquí tengo la carta que habéis escrito para que venga.

A esto contestó el Sansovino, que sus iguales los hombres de mérito y de ingenio, podían hacer aquello y mayores cosas.

El Tribolo se encogió de hombros y dijo muchas veces: ¡Paciencia! Al oír esto y sin mirar la abundante comida que me había puesto el Sansovino, tomé la defensa de mi compañero Tribolo, quien tenía razón. Y como durante el tiempo que estuvimos á la mesa, el Sansovino lo pasó diciendo mal de Miguel Angel y de todos cuantos practicaban tal arte, elogiándose á sí mismo á las mil maravillas, molestóme tanto aquesta cosa, que

no probé bocado que fuese de mi gusto, y sólo repliqué con estas dos palabras:

—¡Ah señor Jacobo! Los hombres de bien hacen las cosas como hombres de bien, y los de ingenio que hacen las obras bellas y buenas concóncense mucho mejor cuando son loados por otros que cuando á sí mismo se alaban.

A estas palabras levantámonos de la mesa él y nosotros refunfuñando. Aquel mismo día, estando en Venecia junto al Rialto, me encontré con Pedro Benintendi, el cual estaba con otros varios; y percatándome de que trataban de darme disgusto, me retiré á la tienda de un boticario hasta que pasase aquella furia. Después supe que aquel joven de los Magalotti, con quien había yo sido cortés, los había reprendido mucho, y así acabó esto.

LXXVIII.

Pocos días después tomamos de nuevo la vuelta de Florencia; y estando alojados en cierto lugar, el cual se halla á la parte de acá de Chioggia, á la mano izquierda viniendo hacia Ferrara, el posadero quiso ser pagado según costumbre suya antes de que fuésemos á dormir; y al decirle que en los otros lugares usábase pagar á la mañana, nos replicó:

—Pues yo quiero que me paguen por la tarde, que es mi costumbre.

A estas palabras contesté que los hombres que querían obrar á su modo, preciso era que se hiciesen tam-

bién á su modo un mundo, pues en aqueste tales cosas no se saben. El posadero replicó que no le mareasen la cabeza, porque le daba la gana de obrar de aquel modo. El Tribolo temblaba de miedo y me pinchaba rogándome me callase, no sea que nos saliese peor cuenta; así pues, le pagamos á su estilo y luego nos fuimos á dormir.

Teníamos buenos y hermosos lechos, siendo nuevas todas las cosas, y á la verdad muy limpias. A pesar de esto, me fué imposible dormir, pensando durante toda aquella noche de qué modo había yo de hacer para vengarme. Una vez acudíame el pensamiento de prender fuego á la casa; otra, el de degollarle cuatro buenos caballos que tenía en la cuadra; comprendía yo que todo ello me era fácil el hacerlo, mas ya no veía tan fácil el ponerme á salvo y á mi compañero.

Por último expediente, tomé el de meter las ropas de mis acompañantes en la barca; y después de atar al cable los caballos que tiraban de ésta, dije que no moviesen la barca hasta que yo me tornase, porque habíame dejado un par de pantuflas en el sitio donde había dormido. Regresé á la posada y llamé al posadero, el cual me respondió que nada tenía que ver con nosotros y que nos fuésemos al preboste. Allí estaba un muchacho mozo de cuadra, quien estaba muerto de sueño, y me dijo:

—El posadero no se movería ni por el Papa, porque duerme con él cierta mozuela á la cual él ha pretendido mucho.

Y como me pidiera la propina de despedida, le di mucha moneda veneciana menuda y le dije que entretuviese un poco á los caballos que tiraban del cable hasta que yo buscara mis pantuflas y me volviera. Subiendo á la estancia, tomé un cuchillo que cortaba un pelo en el aire, y los cuatro lechos que allí había los hice trizas del todo con aquel cuchillo; de suerte que conocí haber hecho un daño de más de cincuenta escudos. Enseguida me volví á la barca con algunos trozos de aquellas colchas en mis alforjas, y con premura dije al guía del cable que nos fuéramos á escape. A poco de alejarnos de la posada, mi compadre Tribolo dijo que había olvidado ciertas correillas con que atar su balijeta y que quería volver en su busca, sea como fuere. A eso repuse diciéndole que no mirase por dos correas pequeñas, pues haríale yo de la grande todas cuantas él quisiese. Me contestó que siempre estaba yo de bur-las, pero que él deseaba volver de todos modos por sus correas; y haciendo fuerza en el cable á fin de que se detuviesen, díjele que se mirase antes, á la vez que le referí el gran daño que había yo causado al posadero; y al enseñarle muestras de ciertos pedazos de sarga y de otras telas, le entró un temblor tan grande, que no cesaba de decir al barquero:

—Corre, corre presto.

Y no se tuvo por seguro de aqueste peligro hasta que hubimos llegado á las puertas de Florencia. Al llegar á éstas, dijo el Tribolo:

—Por amor de Dios, atemos las espadas y no hable-

mos más de ello, que siempre me parece que tengo las tripas en una fuente. A lo cual repliqué:

—Compadre mío Tribolo, vos no teneis que atar la espada, porque jamás habéisla soltado.

Y esto lo dije al buen tuntún, por no haberle visto nunca en aquel viaje dar señales de ser hombre. Al oírme tal cosa, miróse á la espada y dijo:

—Por Dios que decís la verdad, pues aún está de aquel modo como yo la dispuse antes de salir de mi casa.

A este mi compadre, parecíale que yo le había dado mala compañía, por haberme enfadado y defendido contra aquellos que nos habían querido enojar; pero me parecía que él me la había dado mucho peor al no venir en mi ayuda en tales necesidades. Júzguelo esto sin pasión quien esté á la parte de afuera.

LXXIX.

Apeado que me hube, me fuí en el acto á ver al duque Alejandro, dándole muchas gracias por el presente de los cincuenta escudos y diciendo á Su Excelencia que estaba yo muy dispuesto á todo aquello en que pudiera ser apto para servirle. Al momento me ordenó que hiciese los cuños para sus monedas, y la primera que hice fué una moneda de cuarenta sueldos, con la cabeza de Su Excelencia en el anverso, y en el reverso un San Cosme y un San Damián.

Fueron aquestas monedas de plata, y tanto gustaron. que el duque no cesaba de decir que aquellas eran las más hermosas monedas de la cristiandad. Lo mismo decía todo Florencia, y todo aquel que las veía. Por lo cual hube de pedir á Su Excelencia que me señalase estipendio y estancia en la casa de la moneda; contestóme que estuviese solícito en servirle y que me daría mucho más de lo que yo le pedía; y en tanto me dijo que había dado comisión al intendente de la moneda, quien era cierto Carlos Acciaiuoli para que me entregase todo el dinero que yo quisiese; encontré ser esto verdad, mas pedía yo tan moderadamente los dineros, que siempre resultaba teniendo algo á mi favor, según mis cuentas. De nuevo hice los troqueles para el *julio*, los cuales representaban un San Juan de perfil, sedente y con un libro en la mano, que parecióme no haber hecho jamás obra tan bella; en la otra cara estaba el escudo de armas del antedicho duque Alejandro. Después de éste hice el troquel para el *medio julio*, en el cual hice una cabeza de frente de un San Juan niño. Esta fué la primera moneda con la cara de frente en tanta delgadez de plata que nunca se hizo; y esta dificultad no aparece sino á los ojos de quienes sobresalen en la profesión. Después de aqueste, hice el cuño para los escudos de oro: en el anverso había una cruz rodeada de pequeños querubines, y en el reverso estaban las armas de Su Excelencia. Hecho que hube estas cuatro suertes de monedas, rogué á Su Excelencia que determinase acerca de mi sueldo y me consignase la antedicha estancia si

le placían mis servicios; á lo cual contestó Su Excelencia benévolaente, que estaba muy contento y que daría tales órdenes.

Mientras estaba yo hablando, Su Excelencia hallábase en su guardarropa y contemplaba una admirable escopeta que le habían mandado de Alemania; viendo que con gran atención miraba yo aquella hermosa arma, me la puso en las manos diciéndome: que sabía muy bien cuánto me gustaban tales cosas, y que en arras de lo que habíame prometido escogiese para mí en su guardarropa un arcabúz á mi gusto, fuera de aquel, pues le constaba que había allí muchos más bellos y tan buenos. Acepté el ofrecimiento y dí las gracias por él; y viéndome que estaba yo á la rebusca con los ojos, ordenó á su guardarropa, quien era cierto Pretino de Lucca, que me dejase llevar todo lo que quisiese. Y partiéndose con palabras muy lisonjeras, permanecí en aquel sitio y escogí el más bello y mejor arcabúz que nunca he visto ni tenido, y me lo llevé á casa.

Dos días después llevé ciertos dibujitos que Su Excelencia me había pedido para hacer algunas obras de oro, las cuales quería enviar de regalo á su mujer, quien á la sazón estaba en Nápoles. De nuevo le pedí lo mismo que en anteriores veces, rogándole que proveyera á mis menesteres. Entonces Su Excelencia me dijo que antes quería que le hiciese yo los troqueles de un buen retrato suyo, como había hecho el del papa Clemente. Comencé dicho retrato en cera; por lo cual Su Excelencia ordenó que á cualquiera hora en que me

presentase para retratarle, me hicieran pasar adentro siempre. Yo, que veía que mis quehaceres iban para largo, llamé á cierto Pedro Pablo de Monte Rotondo, hijo de aquel de Roma, el cual había estado conmigo de pequeño en Roma; le encontré que estaba con cierto Bernardino, aurífice, el cual no le trataba muy bien; por lo que le hice salir de casa de éste y le enseñé á manejar los punzones aquellos para la moneda.

Mientras tanto estaba yo retratando al duque, á quien muchas veces encontraba dormitando, después de almorzar con aquel querido suyo Lorenzino, que fué quien luego le mató, y no otros; y maravillábame mucho que un duque de aquella suerte así se confiase.

LXXX.

Ocurrió que Octaviano de Médicis, el cual parecía como que todo lo gobernase, queriendo favorecer contra la voluntad del duque al viejo maestro de la casa de moneda, llamado Sebastian Cennini (1), hombre anticuado y de poco saber, había hecho mezclar en los cuños de los escudos sus groseros troqueles con los

(1) Este Octaviano de Médicis no era del tronco de Cosme ni del de Lorenzo, pero fué gran partidario de los príncipes, por lo cual tuvo cargos públicos y autoridad en Florencia tanto más, cuanto que se había casado con una hija de Jacobo Sálviati.

Sin embargo, el mismo Cellini lo elogia en el proemio de su tratado de Aurificeria.

míos, de lo que me dolí al duque; quien habiendo visto la verdad, lo llevó muy á mal y me dijo:

—Vete, díselo á Octaviano de Médicis, y muéstraselos.

Me fuí en el acto, y al mostrarle la injuria hecha á mis hermosas monedas, me dijo asnalmente:

—Pues así nos place hacerlo.

A lo cual respondí que eso no era lo debido, y que á mí no me placía.

—¿Y si le pluguiese al duque? dijo él.

Y yo le repliqué al punto:

—Pues á mí nó me placería, que no es justo ní razonable hacer tal cosa.

Me dijo que me fuese de su presencia y que de aquel modo lo tendría yo que tragar aunque reventase. Me fuí de nuevo á ver al duque y le narré todo aquello que Octaviano de Médicis y yo habíamos ágríamente disputado; por lo cual rogaba á Su Excelencia que no permitiese ofender sin razón á las bellas monedas que yo le había hecho, y que me diera buena licencia para de él apartarme.

Entonces me dijo:

—Octaviano se mete en esto demasiado, y tu tendrás lo que quieras, pues aquesta es una injuria que á mí se me hace.

Aquel mismo día, que era un jueves, me llegó de Roma un salvoconducto del papa, diciéndome que fuese presto por el indulto de Nuestra Señora de Agosto, á fin de que pudiese librarme yo de la sospecha de aquel homicidio que cometí.

Me fuí á ver al duque, á quien encontré en el lecho, pues decían que se había excedido; y acabando en poco más de dos horas lo que me faltaba hacer en su medalla de cera, al mostrársela terminada le plugo bastante.

Entonces enseñé á Su Excelencia el salvoconducto que obtuve por orden del papa, y le advertí de cómo el papa me reclamaba para que yo fuera á hacerle ciertas obras; que por tal motivo iba á regresar yo á aquella magnífica ciudad de Roma, y entre tanto terminaría su medalla.

Al oír esto el duque, montó en cólera y dijo:

—Bienvenido, haz lo que yo quiera y no te partas, porque resolveré á tu favor la provisión del oficio de la casa de moneda, y en ella te daré estancia con mucho más de lo que tú pudieras pedirme, con tal de que me pidas lo que fuere justo y razonable. ¡Pues quién querías tú que me acomodase los hermosos troqueles que me has hecho!

Entonces dije:

—Señor, en todo ello he pensado, porque tengo aquí un discípulo mío, el cual es un joven romano á quien he enseñado y quien servirá muy bien á Vuestra Excelencia hasta que yo retorne con su medalla concluída y luego me quede á su lado por siempre. Y como tengo en Roma mi tienda abierta con operarios y algunos quehaceres, obtenido que logre el indulto, dejaré todos los asuntos de Roma á un discípulo mío que allí está, y después me tornaré á Su Excelencia si fuese de su agrado.

Estaba presente aquel Lorenzino sobrenombrado de Médicis, y ningún otro más; el duque le hizo señas muchas veces de que debía aconsejarme que me quedara, por lo cual el referido Lorenzino no dijo absolutamente nada más sino estas palabras:

—Bienvenido; lo mejor sería que te quedases.

A lo cual repliqué que deseaba volver á Roma de todos modos. No dijo nada más, y estaba de continuo mirando al duque con malísimos ojos. Habiendo yo terminado á mi manera la medalla y habiéndola guardado en su cajita, dije al duque:

—Señor, venid á ello de buena voluntad, pues que yo os haré una medalla mucho más hermosa que la del papa Clemente, pues la razón quiere que yo la haga mejor ahora, siendo aquélla la primera que jamás hice; y el señor Lorenzo, aquí presente, me dará algún bellísimo reverso, como persona docta y de muy grande ingenio.

Al oír aquestas palabras dicho Lorenzo, respondió en el acto:

—No estaba yo pensando en otra cosa, sino un reverso que fuese digno de Su Excelencia:

El duque se sonrió, y mirando á Lorenzo dijo:

—Lorenzo, habéisle de dar el reverso, que aquí lo hará y no ha de partirse.

En seguida respondió Lorenzo:

—Lo haré lo más pronto que pueda, y cosa espero hacer que haga maravillarse al mundo.

El duque, que lo tenía cuándo por medio loco y cuán-

do por poltrón, se revolvió en el acto y rióse bajo la palabra que había dado. Yo me partí sin ninguna otra ceremonia de despedida, y los dejé juntos á solas.

El duque, no creyéndose que yo me marchase, no me dijo nada más. Cuando luego supo que habíame yo ido, mandó tras de mí un servidor suyo, el cual me alcanzó en Siena, y me hizo entrega de cincuenta ducados de oro de parte del duque, diciéndome que los disfrutase por amor de él, y me tornara lo más presto que yo pudiera.

Añadiendo:

—Y de parte del señor Lorenzo te digo que te prepara un asombroso reverso para la medalla que quieres hacer.

Había yo dado todas las órdenes al antedicho Pedro Pablo, romano, acerca del modo como había de disponer los troqueles; mas como era para él cosa difícilísima, no los dispuso muy bien. Por la hechura de mis cuños quedé siendo acreedor de la casa de moneda, en más de setenta escudos.

LXXXI.

Me fuí á Roma, llevando conmigo aquel bellissimo arcabuz de rueda que me hubo de regalar el duque, y con gran placer mío lo empleé muchas veces en el camino, haciendo con aquél imponderables pruebas.

Llegué á Roma, y como tenía yo en la calle Julia una

casita que no estaba en orden, fui á apear-me á casa del señor Juan Gaddi, letrado de cámara, á cuya guarda había yo confiado, á mi partida de Roma, muchas hermosas armas y otros muchos objetos que en grande aprecio tenía yo; no quise apear-me en mi tienda, y mandé por aquel Félix compañero mío, para que hiciese poner en orden pronto aquella mi casita. Al día siguiente fui á dormir á ella, para ponerme muy bien en orden á los vestidos y todo aquello que había de menester, pues quería á la mañana inmediata ir á visitar al papa para darle gracias. Tenía dos mancebos para mi servicio, y más abajo de mi casa había una lavandera que, con gran pulcritud, me cocinaba.

Habiendo dado una cena por la noche á muchos amigos míos, transcurrida con grandísimo placer aquella cena, me fui á dormir; y no tan pronto hubo pasado la noche, como á la mañana, una hora antes de amanecer, sentí golpear en la puerta de mi casa, con tan gran estrépito, que un golpe no esperaba al otro. Por lo cual llamé al mayor de mis servidores, que se llamaba Vicente (era aquel que estuvo conmigo en el círculo nigromántico), y le dije que fuese á ver quién era el loco que tan bestialmente llamaba en aquella hora. Mientras que Vicente iba, encendí otra luz, pues de continuo tengo siempre una durante la noche; en el acto me puse sobre la camisa una admirable cota de malla, y encima de ésta un vestido cualquiera. Al volver Vicente, dijo:

—¡Ay de mí, amo mío, es el preboste con toda la ron-

da, y dice que, si no salís presto, derribará al suelo la puerta; y llevan antorchas y otras mil cosas consigo.

A lo cual dije:

—Diles que me estoy vistiendo un poco, porque me hallo en camisa.

Imaginándome si sería una emboscada como las que antes me había tendido el señor Pedro Luis, con la mano derecha tomé una admirable daga que yo tenía, y con la izquierda el salvoconducto; enseguida corrí á la ventana de atrás, que daba á unos huertos, donde vi más de treinta alguaciles; esto me hizo conocer que no era posible huir por aquella parte. Llevando delante de mí los dos muchachos, les dije que abriesen la puerta en el preciso instante en que se lo dijere. Poniéndome con la daga en la derecha y el salvoconducto en la izquierda, en actitud verdaderamente defensiva, dije á aquéllos:

—No tengáis miedo, abrid.

En el acto saltaron á dentro el preboste Víctor y otros dos, pensando fácilmente poder echarme mano; mas viéndome en orden de aquel modo, echáronse hacia atrás y dijeron:

—Aquí se necesita más que estas frioleras.

Entonces, enseñándole el salvoconducto, les dije que lo leyesen, y que, no teniendo poder para prenderme, menos consentiría que me tocasen. El preboste dijo entonces á muchos de aquellos que me prendieran, y que el salvoconducto se vería luego. Al oír esto eché con audacia las armas por delante, y dije:

—Dios combata por la razón; vivo huyo, ó muerto me apresan.

La estancia era pequeña: dieron muestras de venir contra mí con fuerza, y yo mostré estar muy apercebido á la defensa; por lo cual conoció el preboste que no podría eogerme de otro modo, sino como yo había dicho. Llamando al canciller, mientras hacía que leyese el salvoconducto, hizo ademán dos ó tres veces de querer ponerme las manos encima; mas yo no me aparté un punto de aquella resolución tomada. Abandonando la empresa, tiráronme el salvoconducto al suelo, y sin mí se marcharon.

LXXXII.

Volvíme á reposar, mas hube de sentirme tan fatigado que ya no pude reconciliar el sueño. Había formado propósito de al entrar el día hacerme sacar sangre; para ello me aconsejé del señor Juan Gaddi, y éste de un medicucho (1) suyo, quien me preguntó si había tenido yo miedo. ¡Figuraos el juicio de aqueste médico, habiéndole contado un caso tan grande y hacerme él tal pregunta! Era éste un cierto casquívano, que se reía casi continuamente y por cualquiera nonada; y riéndose de aquel modo, me dijo que tomase un buen vaso de vino

(1) Más adelante le llama el *maestro Bernardino*. Carpani sospecha si sería Bernardino Lili da Todi.

griego, y que me diese á estar alegre y á no tener miedo. El señor Juan decíale sin embargo:

—Maestro, en aquestos casos tales habría tenido temor quien fuese de bronce ó mármol, cuanto más un hombre.

Aquel medicucho contestó á esto:

—Señor mío, nosotros no estamos hechos por un estilo: este no es hombre de bronce ni de marmol, sino de hierro apagado.

Y poniéndome las manos en el pulso, con sus risas tan fuera de propósito, dijo al señor Juan:

—Tocad aquí; esto no es pulso de hombre, sino de un león ó un dragón.

Por donde yo, que tenía el pulso muy alterado, quizá fuera del orden que aquel médico necio aprendiese de Hipócrates ó de Galeno, vine á conocer mi mal; mas por no darme más aprensión ni daño de aquel que recibido tenía, dí muestras de buen ánimo.

Entre tanto, dicho señor Juan hizo disponer porque comiéramos, y todos comimos en compañía; la cual constaba, junto con el señor Juan de suso dicho, de un cierto señor Luis de Fano, el señor Antonio Allegretti, el señor Juan Greco, personas todas ellas ilustradísimas, y el señor Annibal Caro, que era muy joven (1); en aquella comida no se departió acerca de otra cosa sino de aquella brava aventura.

Hacíansela contar además á aquel mi criadito Cencio,

(1) Annibal Caro, siete años menor que Cellini, tenía entonces (1535) veintiocho años.

el cual era extraordinariamente ingenioso, apuesto y de bellísima presencia. Todas las veces que contaba éste mi furibunda hazaña, contrahaciendo mis actitudes y repitiendo muy bien hasta las mismas palabras que yo había hablado, siempre me hacía recordar alguna cosa de nuevo. A menudo preguntábanle ellos si él había tenido miedo, á lo cual respondía que me preguntasen á mí si había tenido yo miedo, puesto que él había tenido el mismo que yo. Molestándome ya esta necedad, y sintiéndome muy fortalecido, me levanté de la mesa y dije que quería ir á que nos vistiesen de nuevo á él y á mí con paño y seda azules; que tenía que ir en procesión de allí á cuatro días que faltaban para Nuestra Señora, y deseaba que dicho Cencio me llevase el cirio blanco encendido. Así, pues, partíme para ir á hacerme cortar paños azules con un bello cuerpo de tafetán, también azul, y un capillo de lo mismo; y para él mandé hacer un capisayo y un cuerpo de tafetán, azul también.

Así que tuve cortadas dichas cosas, me fuí á ver al papa, el cual me dijo que hablase con su señor Ambrosio, pues había dado orden para que hiciese yo una grande obra de oro. Fuime por tanto en busca del señor Ambrosio, quien estaba muy bien informado del asunto del preboste, y había estado de acuerdo con mis enemigos para hacerme tornar, y había reprendido al preboste por no haberme preso, el cual se excusaba con que nada podía hacer contra un salvoconducto á la manera de aquél.

Entre tanto vino el día de Santa María. Es uso que aquellos que obtienen aquesta gracia constitúyanse en prisión; por lo cual me volví á ver al papa y dije á Su Santidad que yo no quería reducirme á prisión, y que le rogaba me hiciese tanta merced como precisaba para que yo no entrase en prisiones. El papa replicóme que tal era la costumbre y que así se haría. Al oír esto, me arrodillé de nuevo y dile gracias por el salvoconducto que Su Santidad me había dado; y que con aquél me volvería para servir á mi duque de Florencia, quien con tantos deseos me aguardaba.

A estas palabras, volvióse el papa á cierta persona de su confianza, y dijo:

—Hágase á Bienvenido la merced sin encarcelarlo; y así pues, entréguesele su *motu proprio* de modo que esté bien.

Hízose disponer el *motu proprio*, firmándolo el papa, y haciendo que se registrara en el Capitolio; después, en el día señalado, me fuí á la procesión muy honradamente entre dos gentilhombres, y obtuve la gracia por entero.

LXXXIII.

Cuatro días después me acometió una grandísima fiebre con un frío imponderable, y metiéndome en la cama, créime de pronto muerto. Hice llamar á los primeros médicos de Roma, entre los cuales estaba un

cierto maestro Francisco de Nórica (1), médico viejísimo y el de mayor crédito que había en Roma. Conté á dichos médicos cuál pensaba yo que había sido la causa de mi gran mal, así como que había querido hacer que me sangrasen, mas habíaseme aconsejado que no lo hiciese; y si aún era tiempo, rogáales que así lo dispusieran. El maestro Francisco respondió que el sacar sangre ahora no era bueno, mas entonces sí, por lo cual no hubiese tenido el más mínimo daño del mundo; ahora era preciso medicinarme por otra vía.

Así, pues, con cuanta diligencia podían y sabían pusieron mano en la obra de medicarme; y yo empeoraba cada día más y más, hasta el punto de que al cabo de ocho días acrecióse tanto el mal que, desesperados de la empresa, los médicos dieron orden de que se me dejara hacer mi gusto y se me diese cuanto yo pidiera.

El maestro Francisco dijo:

—Mientras aliente, llamadme á cualquiera hora, pues no puede imaginarse lo que la naturaleza puede obrar en un joven de aquesta guisa; pero suceda lo que suceda, dadle estos cinco remedios uno tras de otro, y enviad por mí, que vendré á cualquiera hora de la noche, pues mucho más grato me sería salvar á éste que á no digamos cuál de los cardenales de Roma.

Todos los días veníame á visitar dos ó tres veces el señor Juan Gaddi, y cada vez echaba mano á una de

(1) Francisco Fusconi, médico de los papas Adriano VI, Clemente VII y Paulo III.

aquellas buenas escopetas mías, ó á mis cotas de malla y á las espadas, y continuamente decía:

—¡Qué hermoso es esto, mas aquestotro aún lo es más!

Y así de mis otros modelitos y bagatelas, de modo que á mí me daba fastidio. Y con él venía cierto Matías Franzesi (1), á quien parecía que tardaba yo mil años aún en morirle; no porque á él hubiere de corresponderle nada de lo mío, sino porque parecía desear aquello que el señor Juan manifestaba tener gran deseo.

Tenía yo conmigo aquel mi ya nombrado compañero Félix, quien me prestaba la mayor ayuda que pueda dar un hombre á otro en el mundo. La natura habíase debilitado y decaído enteramente; no me quedaban alientos para respirar, mas en cambio era grande la entereza del cerebro, lo mismo que cuando no estaba yo enfermo. A pesar de estar en mi juicio, ocurríame la idea de que á mi lecho venía en mi busca un terrible viejo, el cual quería tirarme por fuerza dentro de una grandísima barca suya, por lo que llamaba yo á Félix pidiéndole que se acercase á mí y que arrojara á aquel viejo malvado. Félix, que me tenía muy grande amor, acercábase llorando y decía:

—Marcha, viejo traidor, que me quieres robar todo mi bien.

El señor Juan Gaddi, que allí estaba presente, decía entonces:

(1) Mattio Franzesi, buen poeta bernesco, amigo de Caro.

—El pobrecito delira, y tiene para pocas horas.

Aquel otro Matías Franzesi exclamaba:

—Ha leído el Dante (1), y en aquesta grande enfermedad se le representa aquella divagación.

Y riéndose decía también:

—Vete, pícaro viejo, y no molestes á nuestro Bienvenido.

Viendo que se burlaban de mí, me encaré con el señor Juan Gaddi, y le dije:

—Mi querido señor, sabed que no deliro, y que es la verdad cómo aqueste viejo me da molestia suma; pero haréis el mayor bien en expulsar de mi presencia á este malvado de Matías, quien se ríe de mi mal. Y puesto que Vuestra Señoría se digna verme, debiera venir con el señor Antonio Allegretti, ó con el señor Annibal Caro, ó con alguno de los demás ingenios vuestros, los cuales son personas de otra discreción y de otro talento de lo que es aqueste bestia.

Entonces el señor Juan dijo de burlas á Matías que se le quitase de delante para siempre; mas como se riese Matías, las burlas se tornaron en veras; por lo cual, el señor Juan no quiso volverlo á ver jamás, é hizo llamar al señor Antonio Allegretti, al señor Ludovico y al señor Annibal Caro.

Llegado que hubieron estos hombres de bien, sentí por ello grandísimo confortamiento y hablé en sano juicio una pieza, solicitando, sin embargo, de Félix que

(1) Se refiere al canto III del Infierno, versos 70 al 130, donde habla de Caronte.

arrojase de allí al viejo. El señor Luis me preguntaba qué es lo que me parecía ver y cómo estaba formado. Mientras que yo se lo dibujé bien con la palabra, aqúeste viejo me agarraba de un brazo y tiraba de mí con fuerza hacia él; por lo cual grité que me socorriesen, porque me quería arrojar bajo cubierta en aquella espantable barca. Dichas estas últimas palabras me sobrevino un grandísimo desfallecimiento y me pareció como si me echasen en aquella barca.

Dicen que en aquel desmayo me agité y rompí con malas palabras contra el señor Juan Gaddi, tales, como que venía con ánimo de robarme y no por caridad alguna, y otras muchas feísimas palabras que causaron suma vergüenza á dicho señor Juan.

Después dicen que me quedé como muerto; y pasándose más de una hora les pareció que yo me enfriaba, y por muerto me dejaron.

Al volverse á su casa súpolo aquel Matías Franzesi, el cual escribió á Florencia al señor Benedicto Varchi, carísimo amigo mío, que á las tantas horas de la noche habíanme visto morir ellos. Con este motivo, aquel grande ingenio del señor Benedicto, tan mi amigo, sobre la incierta aunque creída muerte, hizo un admirable soneto que en su lugar se pondrá.

Pasaron más de tres horas largas primero de que yo volviese en mí; y después de hacerme todos los remedios del supradicho maestro Francisco, en vista de que yo no me recobraba, mi queridísimo Félix echó á correr á casa del maestro Francisco de Nórica, donde tan-

tos golpes diera, que al fin le despertó é hízole al fin que se levantara; y llorando le rogó que viniese á casa, pues creía que yo quedaba muerto. Al oír lo cual, el maestro Francisco, que era muy colérico, exclamó:

—Hijo, ¿y qué piensas tú que haga yo con ir? Si se ha muerto duéleme más que á ti. ¿Piensas tú que yendo yo allí con mis medicinas le puedo soplar por el c... y devolvértele vivo?

Viendo que el pobre joven íbase llorando, le hizo volverse atrás y le dió cierto óleo para ungirme los pulsos y el corazón, y encargó que me apretasen muchísimo los dedos pequeños de los pies y de las manos, y que si recobraba el sentido le mandasen llamar en el acto. Partido que se hubo Félix, hizo cuanto le había ordenado el maestro Francisco; mas habiéndose hecho ya casi de día y pareciéndoles verse faltos de esperanza, dispusieron lavarme y amortajarme. De repente me desperté y llamé á Félix, pidiéndole que á todo escape echara de allí aquel viejo que me causaba enojo. Félix quiso enviar por el maestro Francisco; mas yo le dije que por él no mandase y que se aproximara á mí, porque aquel viejo partíase en el acto y le tenía miedo. Acercándose Félix á mí le toqué, y me pareció que aquel furioso viejo se alejaba, por lo cual le supliqué que se estuviese á mi lado siempre.

Vino el maestro Francisco, y dijo que jamás viera en sus días una mayor vital resistencia que aquella en un joven; y no dando de mano al escribir, me mandó perfumes, lavatorios, unciones, emplastos y otras muchas

cosas imponderables. Entretanto me desperté con más de veinte sanguijuelas en el ano, agujereado, vendado y todo molido.

Vinieron muchos amigos míos á ver el milagro del muerto resucitado, y entre ellos bastantes hombres de importancia. Estando éstos presentes, dije que aquel poco de oro y monedas, las cuales podían ser como unos ochocientos escudos, plata, pedrería y dineros, quería que fuesen para mi pobre hermana que estaba en Florencia y que llamábase la señora Reparada; que el resto de mis ropas, tanto armas cuanto cualquiera otra cosa, quería que fuesen para mi carísimo Félix, y además cincuenta escudos de oro, á fin de que se pudiera vestir. Al oír Félix estas palabras se me echó al cuello, diciendo que nada de aquello quería, sino verme vivo. Entonces le dije:

—Si me quieres vivo, tócame de aqueste modo y da gritos á ese viejo que de ti tiene miedo.

Al oír estas palabras, aquellos que se asustaban conocieron que yo no deliraba, antes hablaba á propósito y con seso. Así continuó mi grande enfermedad y poco mejoré.

El excelentísimo maestro Francisco venía á verme cuatro ó cinco veces diarias; el señor Juan Gaddi, á quien había yo dejado corrido, no venía ya más á mi presencia. Presentóse mi cuñado, el marido de mi antedicha hermana. Venía de Florencia á hacerse cargo de lo que hubiera de heredar; mas como fuese un hombre muy de bien, alegróse bastante de haberme encontrado

vivo. Imponderable confortamiento me dió el verle; y en el acto acariciómeme, diciendo haber venido sólo para gobernarne con sus propias manos; y así lo hizo muchos días. Después le despedí, por tener esperanzas casi ciertas de salvación. Entonces él me dijo el soneto del señor Benedicto Varchi, el cual es como sigue:

EN LA GREIDA MAS NO VERDADERA

MUERTE DE BIENVENIDO CELLINI.

¿Quién, oh Matias, nos dará consuelo?
 ¿Ni cómo ver con ojos lacrimantes
 Del anciano la muerte, viendo aun antes
 Hacia la altura remontarse el vuelo
 Del alma excelsa que sumió en el duelo,
 Tras no igualados méritos gigantes,
 Al mundo en que moró breves instantes...
 Pues más presto el mejor huye del suelo?
 Espíritu gentil, que la envoltura
 Rompiste de tu carne: tus hermanos
 Lloran su propio mal en tu ventura.
 Volaste con alientos soberanos
 Y ves al Padre Eterno allá en la altura
 Tal como acá lo hiciste con tus manos (1).

LXXXIV.

La enfermedad había sido tan imponderable, que no parecía posible salir con bien de ella. Aquel buen maestro de Nórica se afanaba más que nunca, trayéndome

(1) Alude este verso al *Padre Eterno* hecho por Cellini. El presente *Soneto* está firmado en el Códice de propia mano de Benedicto Varchi.

cada día nuevos remedios, tratando de consolidar el pobre destemplado instrumento, y á pesar de todas sus inestimables fatigas, no parecía que fuese posible dominarse aqúeste trastorno; de suerte que todos los médicos habían casi desesperado de ello y no sabían qué más hacer.

Tenía yo una sed imponderable y durante muchos días habíame guardado de satisfacerla, tal como ellos habíanlo dispuesto; y aquel Félix que estimaba haber realizado una gran empresa para salvarme, no se apartaba jamás de mí; y aquel viejo no me daba ya tantos enojos, si bien algunas veces en sueños me visitaba.

Un día que salió Félix fuera, quedáronse para guardarme un aprendiz mío y una criada que se llamaba Beatriz. Pregunté á dicho aprendiz qué había sido de aquel Cencio mancebo mío, y qué significaba el no haberle visto nunca en mis menesteres. Este aprendiz me dijo que Cencio había tenido bastante mayor enfermedad que yo, y que estaba próximo á la muerte. Félix les había mandado que no me lo dijesen.

Dicho que me hubo tal cosa, sentí por ello grandísimo pesar; después llamé á aquella criada llamada Beatriz, pistoyesa, y la rogué que me llevase lleno de agua clara y fresca un refrescadero grande de cristal, que allí próximo estaba. Esta mujer corrió á escape y me lo trajo lleno. Dije que me lo apoyase en la boca y que si me dejaba beber de él un sorbo á mi gusto, la regalaría un refajo. Esta criada, que me había robado ciertas cosas de alguna importancia, por miedo de que se

notase el hurto, hubiera llevado muy á bien que yo me hubiese muerto; de modo que me dejó beber de aquel agua por dos veces todo cuanto pude, y que muy bien sería más de un frasco; después me tapó, comencé á sudar y me adormecí.

Tornado Félix después de llevar yo cerca de una hora de dormir, preguntó al muchacho qué había yo hecho. El muchacho le dijo:

—No lo sé; la Beatriz le ha llevado lleno aquel refrescadero de agua, y se lo ha bebido casi todo; ahora no sé si está muerto ó vivo.

Dicen que muy poco le faltó á este pobre muchacho para caer á tierra por el gran disgusto que tuvo; después cogió un mal palo y con él desesperadamente dió de garrotazos á la tal criada, diciendo:

—¡Ay de mí, traidora, que me lo has muerto!

Mientras que Félix daba de palos y ella daba gritos, soñaba yo y me parecía que aquel viejo llevaba unas cuerdas en la mano; y que queriendo ponerse en orden de atarme, Félix lo había sorprendido y le daba con una segur, de suerte que aqueste viejo se huía diciendo:

—Déjame ir, que no os veré en una gran pieza.

Entretanto penetró en mi alcoba Beatriz dando fuertes gritos. Por lo cual me despertó y dije:

—Déjala estar, que acaso por hacerme mal háme hecho tanto bien, que tú jamás con todas tus fatigas has logrado hacer nada como ésta plenamente lo ha hecho. Atendedme á ser en mi ayuda, que estoy sudado, y hacedlo presto.

Recobró Félix el ánimo, me enjugó y confortó; y hube de sentir tan grandísimo alivio, que me prometí la salud. Al llegar el maestro Francisco, y al ver mi gran mejoría, y llorar la criada, y el aprendiz correr adelante y atrás y á Felix reirse, este desorden dió á entender al médico que había ocurrido alguna extravagante casualidad que fuese causa de aquella mi gran mejoría. Entretanto presentóse también aquel otro maestro Bernardino, el que al principio no había querido sangrarme. El maestro Francisco, hombre de grandes méritos, exclamó:

—¡Oh poder de la Natura: ella sabe sus necesidades y los médicos no saben nada!

Aquel casquivano de maestro Bernardino replicó en el acto:

—Si hubiese bebido un frasco más, hubiérase curado al punto.

El maestro Francisco de Nórica, hombre viejo y de gran autoridad, dijo:

—Eso es como Dios hubiese querido.

Y después volvióse hacia mí y me preguntó si habría podido beber más, á lo cual le respondí que no, porque se me había apagado del todo la sed.

Entonces volvióse él hacia dicho maestro Bernardino, y le dijo:

—¿Veis cómo la Naturaleza había tomado precisamente lo que necesitaba, y no más ni menos?... Así también pedía ella lo necesario cuando el pobre joven os pidió que le sacárais sangre. Si conocísteis que su salud

hubiera estado entonces en que bebiese dos frascos de agua, ¿por qué no habérselo dicho antes, y hubiérais podido gloriaros de ello?

Al oír aqu estas palabras, partióse incomodado el medicucho, y no volvió más á presentárseme nunca. Entonces el maestro Francisco dijo que me sacasen de aquella estancia y que me hiciesen trasladar hacia una de aquellas colinas de Roma. El cardenal Cornaro, sabedor de mi alivio, hizo transportarme á un lugar suyo que tenía en Monte Cavallo. Aquella misma tarde fui llevado con grande diligencia en un sillón bien cubierto y sin descomponerme de ropas. En cuanto hube llegado comencé á vomitar; en el cual vómito me salió del estómago un gusano vellosa, tamaño como un cuarto de brazo; los pelos eran grandes, y el gusano feísimo, con manchas de diversos colores, verdes, negras y rojas. Guardóse para el médico, el cual dijo no haber visto jamás una cosa semejante, y después encargó á Félix:

—Cuida bien ahora de tu Bienvenido, que curado está; no le dejes llevar desórdenes, pues si bien aquel le salvó, otro desarreglo ahora te lo mataría. Ya ves tú, la enfermedad ha sido tan grande, que no hubiéramos llegado á tiempo de llevarle el Santo Oleo; pues bien, ahora conozco que con un poco de paciencia y de tiempo, aún hará otras hermosas obras.

Luego volvióse hacia mí y dijo:

—Bienvenido mío, sé cuerdo y no cometas desorden alguno. Y tan pronto como estuvieses curado, deseo

que me hagas una Nuestra Señora de tu mano, para adorarla siempre por amor tuyo.

Prometíselo entonces así, y después le pregunté si sería bueno que me trasladase hasta á Florencia. Me contestó que me restableciera un poco mejor y veríase aquello que obraba la Natura.

LXXXV.

Pasados que se fueron ocho días, era tan poco el alivio, que casi me causaba ya enojo á mí mismo, porque estuve más de cincuenta días pasando aquellos grandes trabajos. Resuelto al fin, púseme en orden y en un par de cestos mi caro Félix y yo tomamos la vuelta de Florencia; y como yo no había escrito nada, al llegar en Florencia á casa de mi hermana, fuí por esta á la vez llorado y reído. Por aquel día vinieron á verme muchos amigos, entre otros Pedro Landi, que era el mayor y más caro que jamás había yo tenido en el mundo. Al día siguiente vino un cierto Nicolás de Monte Aguto, el cual era muy grande amigo mío y había oído decir al duque:

—Mucho mejor haría en morirse Bienvenido, porque ha llegado aquí para topar con un cabestro, y nunca se lo perdonaré.

Y habiendo venido á verme Nicolás, díjome con desaliento:

—¡Ay de mí, querido Bienvenido mío! ¿Qué has ve-

nido á hacer aquí? ¿No sabías tú lo que has hecho contra el duque? Pues le he oído jurar, diciendo que has llegado para dar en una cuerda de cualquier modo.

Entonces repliqué:

—Nicolás, recuerda á Su Excelencia que otro tanto quiso hacerme el papa Clemente y también con la misma gran sinrazón; que haga aprecio de mí y me deje curarme; porque demostraré á Su Excelencia que he sido el más fiel servidor suyo que haya tenido en todo el transcurso de su vida; y como de seguro algún mi enemigo habrá hecho por envidia aqueste mal oficio, espere al retorno de mi salud, pues según puedo darle tal cuenta de mí, que le haré asombrarse.

Aqueste mal oficio, habíalo hecho el pintor aretino Jorge Vasari (1), quizá como remuneración de tantos beneficios como le hice; pues habiéndole entretenido en Roma y dádole para el gasto, me trastornó la cabeza. Tenía él una galguilla escuálida, la cual le había consumido las manos de rascárselas siempre; y durmiendo con un buen mancebo que yo tenía llamado Manno, creyendo rascarse á sí misma le había despellejado una pierna con sus puercas manitas, cuyas uñas nunca se le cortaban. Dicho Manno pidióme licencia y quería matarla de cualquier modo; yo los puse de acuerdo. Después acomodé dicho Jorge con el cardenal de

(1) Se refiere al pintor, aurífice y arquitecto Jorge Vasari, insigne autor de las *Vidas de artífices*. Cellini le maltrata en varios lugares de estas Memorias; y en este paraje le llama de burlas Giorgetto Vassellario.

Médicis, y le ayudé siempre. Por aquestos méritos, él había dicho al duque Alejandro que había yo hablado mal de Su Excelencia y que habíame jactado de querer ser el primero que saltase sobre los muros de Florencia, ce acuerdo con los desterrados enemigos de Su Excelencia.

Aquestas palabras, por lo que después supe, hacíase las decir á aquel Octaviano de Médicis, por quererse vengar de la ira que contra él había descargado el duque con motivo de las monedas y de mi partida de Florencia. Mas yo, que era inocente de aquella falsa imputación, no tuve el más mínimo miedo.

Y el hábil maestro Francisco (1) de Montevarchi, con grandísimo mérito medicábame, habiéndomelo traído mi carísimo amigo mío Lucas Martini (2), el cual estábase á mi lado la mayor parte del día.

LXXXVI.

Entre tanto, había yo mandado volverse á Roma al fidelísimo Félix para que cuidase de mis negocios allá. Tan pronto como levanté un poco la cabeza de la almohada, que fué en el término de quince días, aun cuando no podía marchar por mi pie, híceme transportar al pa-

(1) Francisco Cattani.

(2) Lucas Martini, hombre de mucha doctrina, que gozó de sumo favor en la corte de Cosme I; y del cual no se valió éste sino para bien.

lacio de Médicis, allí donde está la terraza, é hice que me pusieran sentado para aguardar á que el duque pasase.

Y viniendo á hablarme muchos amigos míos de la corte, grandemente se maravillaban de que me hubiese tomado aquella incomodidad de hacerme llevar de tal modo, estando tan maltratado por la enfermedad; dijéronme que debía yo esperar á verme curado y luego visitar al duque. Habíanse reunido bastantes y todos me miraban como un milagro; no tanto por haber oído que yo había muerto, sino que aún más milagro les parecía, pues que como muerto semejaba yo para ellos.

Entonces dije en presencia de todos, cómo le había sido dicho por algún malvado bribón á mi señor el duque, que me había yo gloriado de apetecer hallarme el primero en el asalto de los muros de Su Excelencia, y que después había yo hablado mal de él; por lo cual no tenía alientos para vivir ni morir si antes no me purgaba de aquesta infamia y averiguaba quién fuese aquel temerario pícaro que había levantado ese falso testimonio.

Al oír estas palabras reuniéronse gran número de gentilhombres; dieron muestras de tener de mí grandísima compasión, diciendo quién tal cosa y quién tal otra; y yo dije que no quería partirme de allí hasta saber quién era el que acusado me había.

Al oír estas palabras, acercóseme por entre todos aquellos caballeros el maestro Agustín, sastre del duque, y dijo:

—Si no quieres saber más que esto, ahora mismo lo sabrás.

Precisamente entonces pasaba el supradicho pintor Jorge; el maestro Agustín exclamó:

—He aquí quien te ha acusado: ahora tú sabrás si es verdad ó no.

Enardecido yo, como que no podía moverme, pregunté á Jorge si tal cosa era cierta. Jorge contestó que no, que no era verdad y que jamás había dicho tal cosa. El maestro Agustín dijo:

—¡Ah bigardo! ¿No sabes tú que yo lo sé de toda certidumbre?

En seguida apartóse Jorge y dijo que no, que él no había sido. De allí á poco pasó el duque; hice que me sostuvieran delante de Su Excelencia, quien se detuvo. Entonces dije haber ido allí de aquel modo no más que por justificarme. Mirábame el duque y se asombraba de que yo estuviese vivo; luego me dijo que atendiera á ser hombre de bien y á curarme.

Tornado á casa, vino á verme Nicolás de Monte Aguto, y me dijo que había yo salvado una de aquellas furias mayores del mundo, tal como él jamás hubiese creído; y como viese mi daño escrito con indeleble tinta, que tratase de curarme pronto y luego me ausentara, porque venía de un lugar y de un hombre el cual me causaría daños. Y después de decirme que me guardara, añadió:

—¿Qué enojo has causado á ese bribonzuelo de Octaviano de Médicis?

Repliquéle que yo nunca le había dado enojos, antes él habíamelos hecho á mí.

Y al contarle todo lo ocurrido con la moneda, me dijo: —Vete con Dios lo más presto que puedas, y estate tranquilo, que más pronto dé lo que piensas verás tu venganza.

Aguardé á curarme, dí consejos á Pedro Pablo en lo referente á la acuñación de las monedas, y después me marché, regresando á Roma, sin despedirme del duque ni de nadie.

LXXXVII.

Llegado que hube á Roma, y después de divertirme bastante con mis amigos, comencé la medalla del duque. En pocos días abrí en acero la cabeza, la obra más hermosa que hasta entonces había yo hecho en aquel género. Todos los días venía á verme, por lo menos una vez, cierto hombre alocado, que se llamaba el señor Francisco Soderini, y viendo lo que yo hacía, djome muchas veces:

—¡Ay de mí inhumano, que quieres immortalizar á este tirano iracundo! Y como nunca hiciste obra alguna más hermosa, por aquesto se conoce que eres un apasionado enemigo nuestro y tan amigo suyo, que el papa y él han querido, sin embargo, hacerte ahorcar dos veces sin razón: aquello hicieron el padre y el hijo, conque guárdate ahora del Espíritu Santo.

Teníase por cierto que el duque Alejandro era hijo

del papa Clemente. También decía el mencionado señor Francisco, y juraba de propósito, que si hubiese podido me hubiera robado los troqueles de aquella medalla; á lo cual repuse que había hecho bien en advertírmelo, pues así los guardaría de suerte que él no los viese ya más. Escribí á Florencia para que dijesen á Lorenzino que me mandase el reverso de la medalla. Nicolás de Monte Aguto, á quien habíale yo escrito, me contestó diciendo que había ido á ver á aquel demente melancólico filósofo de Lorenzino, el cual habíale dicho que día y noche no pensaba en otra cosa, y que lo haría lo más presto que pudiese; pero me advirtió que no pusiese las esperanzas en su reverso, y que hiciera por mí uno de pura invención mía; y que acabado que lo hubiera, libremente lo llevase al duque, lo cual sería bueno para mí. Habiendo hecho yo el dibujo de un reverso que me parecía á propósito, con la mayor prontitud que pude adelanté en su ejecución; mas como aún no había convalecido de aquella desmesurada enfermedad, encontraba sumo placer en ir de caza con mi escopeta, juntamente con aquel mi caro amigo Félix, el cual no sabía hacer nada de mi arte; mas como de continuo estábamos juntos día y noche, todos imaginaban que debía de ser artista muy excelente. Como era muy jocoso, mil veces reímosnos juntos de aqueste gran crédito; y como se llamaba Félix Guadagni (1), decía bromeando conmigo:

(1) *Guadagni* significa gana (del verbo ganar).

—Yo me llamaría Félix Ganapoco, sino fuera porque me habéis hecho adquirir tan grande fama, que me puedo apellidar Ganabastante.

Y yo le decía que hay dos maneras de ganar: la primera es aquella en que se gana para sí mismo, y la segunda aquella en que se gana para otros; de suerte que loaba yo en él mucho más este segundo modo que el primero, puesto que él había ganado para mí la vida mía. Estos razonamientos los tuvimos muchas veces, entre otras, una fiesta de la Epifanía, en que estábamos juntos cerca de la Magliana (1) casi al terminar la tarde; en ese día hube de matar con mi escopeta bastantes ánades y ocas, y resuelto casi á no tirar más, regresábamos de prisa hacia Roma. Llamando á mi perro, que tenía por nombre Barucco, sin verlo delante de nosotros, volvíme y ví á dicho can de muestra, mirando á ciertas ocas que se habían refugiado en una fosa. En el acto me bajé, puse en orden mi escopeta, disparé contra aquellas desde muy lejos, y con bala sola herí á dos; nunca he querido tirar sino con bala sola, con la cual disparo á doscientas brazas y las más de las veces doy en el blanco, y de las otras maneras no puede hacerse esto; de modo que habiendo acertado á dar á las dos ocas, quedando una casi muerta y la otra herida tan malamente que apenas volaba, siguió á esta mi perro y me la trajo; viendo que la otra se zambullía dentro de la fosa, me llegué á donde estaba.

(1) Delicioso castillo, distante cinco millas al mediodía de Roma.

Confiándome en que eran bastante altas mis botas, al echar el pie hacia delante se me hundió bajo el terreno; y si bien cogí la oca, llenóseme de agua toda la bota de la pierna izquierda. Levanté el pie al aire, vertí el agua, montamos á caballo y tornándonos á escape á Roma, como quiera que hiciese gran frío, sentí de tal modo helárseme la pierna, que dije á Félix:

—Preciso es aquí socorrer aquesta pierna, pues que ya no hallo modo de poderla soportar.

El buen Félix bajó de su caballo sin decir nada, tomó cardos y leña y preparábase á encender fuego; mientras tanto que aguardaba yo, habiendo puesto las manos entre las plumas del pecho de aquellas ocas sentí bastante calor, por lo cual no dejé que se hiciese fuego, sino que llenando mi bota con plumón de oca, sentí en el acto tal confortamiento, que me dió la vida.

LXXXVIII.

Montando de nuevo á caballo, tomamos á escape la vuelta de Roma. Llegado que hubimos á una pequeña altura (era ya de noche), al mirar hacia Florencia, ambos de común acuerdo dimos grandes voces de asombro diciendo:

—¡Dios del cielo! ¿Qué gran cosa es aquella que se ve sobre Florencia?

Era como un gran árbol de fuego que centelleaba y

emitía grandísimo resplandor. Entonces dije á Félix:

—De seguro sabremos mañana algún gran suceso que ha ocurrido en Florencia.

Así llegamos á Roma, con muy grandes tinieblas. Al llegar cerca de Banchi y próximo á nuestra casa, jinete en mi caballo, el cual tenía un trote corto rapidísimo, habiéndose formado un monton de escombros y tejas rotas enmedio de la calle, mi caballo ni yo vimos el monton; subió sobre él con su furia usual, mas al descender se alcanzó de modo que cayó dando una voltereta, con la cabeza entre las patas, y por la propia merced de Dios no me hice el más mínimo daño. Sacaron fuera los vecinos las luces al oír el estrépito; yo, que me había puesto en pie sin volver á montar, corrí á casa riendo, pues había corrido el riesgo de desnucarme. Llegado que hube á casa, encontré allí ciertos amigos míos, á los cuales, mientras cenábamos juntos, les conté las peripecias de la caza y aquella diablura del árbol de fuego que habíamos visto. Al oírlo dijeron:

—¿Qué demonio querrá significar aquesto?

—Fuerza será que haya acontecido alguna novedad en Florencia, dije yo.

Así pasamos la cena gratamente; al otro día por la tarde llegó á Roma la nueva de la muerte del duque Alejandro (1); por lo cual muchos conocidos míos venían á decirme:

(1) Fué asesinado la noche del 5 de Enero de 137 (estilo común ó *d Nativitate*), ó de 1586 según el antiguo estilo floren-

—Bien dijiste que en Florencia había acaecido algún gran suceso.

En esto venía caracoleando sobre su mula aquél señor Francisco Soderini. Riéndose por el camino de una manera muy loca, decía:

—Aqueste es el reverso de la medalla de aquel malvado tirano, que te había prometido tu Lorenzino de Médicis. Además añadía: Tú quisiste inmortalizar á los duques y nosotros no queremos más duques. Y á esto me zumbaba como si hubiese sido yo uno de aquellos siete electores que nombraban á los duques. En esto acercóse un tal Baccio Bettini, el cual tenía una cabezota como un cesto, y también me daba zumba con aquéstos duques, diciéndome:

—Nosotros nos habíamos desducado y no tendremos más duques, mientras que tú querías hacerlos inmortales.

Con otras muchas palabras, como aquestas fastidiosas. Habiéndome causado suma molestia, les dije:

—¡Oh necios! yo soy un pobre aurífice que sirvo á quien me paga, y vosotros me criticáis como si fuese un jefe de partido; mas por esto no quiero echaros en cara la insaciabilidad, locuras y cortedad de vuestros pasados; en cambio contesto á esas vuestras grandes risas tontas, que antes de que pasen dos ó tres días á lo sumo tendréis otro duque, quizá mucho peor que éste ya difunto.

tino (*ab Incarnatione*), que consistia en comenzar el año el día de la Anunciación de Nuestra Señora, ó sea en 25 de Marzo.

El día siguiente vino á mi tienda el Bettini, y me dijo:

—No es necesario gastarse los dineros en correos, porque tú sabes las cosas antes de que ocurran; ¿qué espíritu es aquél que te las dice?

Y me dijo cómo había sido hecho duque Cosme Médicis (1), hijo del señor Juan; pero que lo habían hecho con ciertas condiciones, en virtud de las cuales veíase tan atado, que no podía volar á su gusto. Entonces tomé á mí reirme de ellos y dije:

—Estos hombres de Florencia han montado á un joven en un brioso caballo, le han calzado las espuelas, puesto las bridas en la mano á su albedrío, y le han dejado en medio de un bellissimo campo donde hay flores, frutos y muchísimas delicias, diciéndole después que no pase de ciertos límites marcados; pues bien, decidme: ¿quién es aquel que pueda contenerlo cuando pasar de ellos apetezca? Las leyes no pueden darse á quien es el amo de ellas.

Así me dejaron en paz, y no me dieron más molestias.

LXXXIX.

Volvíme á mi tienda y continué algunos trabajos míos no con gran priesa, porque me dedicaba á la restauración de la salud y aún me parecía no estar cura-

(1) Cosme de Médicis fué hecho duque de Florencia cuatro días después de la muerte de Alejandro, esto es, el 9 de Enero de 1537 (estilo común).

do de la gran enfermedad que pasé. Mientras tanto, el emperador tornaba victorioso de la empresa de Túnez (1) y el papa había enviado por mí y pedíame parecer sobre qué suerte de magnífico presente aconsejábale yo como regalo para el emperador. A eso contesté que lo que más á propósito me parecía como regalo para Su Magestad era una cruz de oro con un Cristo, para el que casi tenía yo hecho un adorno, el cual sería sumamente á propósito y daría grandísimo honor á Su Santidad y á mí. Tenía hechas ya tres figuritas de oro exentas, tamañas como un palmo (estas figuritas fueron las que había yo comenzado para el cáliz del papa Clemente, y representaban la Fe, la Esperanza y la Caridad); así, pues, añadí de cera todo el resto del pie de dicha cruz; y llevándoselo al papa con el Cristo de cera y muchos bellísimos adornos, grandemente satisfizo al papa; y antes de que yo me partiese de Su Santidad, quedamos conformes en todo aquello que se había de hacer, y después valoramos la hechura de dicha obra. Esto fué una tarde á las cuatro; y el papa había cometido al señor Latino Juvenal que me hiciese entregar dineros á la siguiente mañana. Ocurriósele á dicho señor Latino, quien tenía mucha vena de loco, querer dar una nueva traza al papa, la cual fuese puramente invención suya, con la que trastornó todo cuanto se había ordenado. Y por la mañana, cuando yo pensé ir por los dineros, dijo con aquella bestial presunción suya:

(1) Esto fué á fines de Noviembre de 1535.

—A nosotros toca ser los inventores y á vos el operario; antes de que yo me partiese del papa por la noche pensamos una cosa mejor.

Al oír estas primeras palabras, no quise dejar que siguiera más adelante, y le dije:

—Ni vos ni el papa podréis nunca pensar cosa mejor que aquella en que interviene Cristo; así, pues, decid ahora cuantas necedades cortesanescas se os ocurran.

Sin proseguir más, partióse de mí montado en cólera, y trató de dar el susodicho trabajo á otro aurífice, mas el papa no lo quiso, y en el acto mandó por mí y me dijo: que había yo hablado bien; pero que querían valerse de un devocionario de la Virgen maravillosamente miniado, y que costó al cardenal de Médicis más de dos mil escudos hacerlo miniar; que esto sería propósito para hacer un presente á la emperatriz, y que al emperador le harían después aquel que había yo dispuesto, pues en verdad era un obsequio digno de él; que esto se hacía por haber poco tiempo, porque aguardábase al emperador en Roma para dentro de mes y medio. Quería hacer para dicho libro una cubierta de oro macizo, ricamente trabajado y con adornos de mucha pedrería. Las piedras valían cerca de seis mil escudos; y habiéndome dado las piedras y el oro, puse mano á dicha obra, y sin parar un punto, en breves días la hice aparecer con tanta belleza, que el papa se asombraba y hacíame grandísimos favores, pactando que aquél bestia de Juvenal no se acercase á mí.

Tocando á su fin la susodicha obra, llegó el empera-

dor, á quien se le habían erigido muchos admirables arcos triunfales; y llegado á Roma con maravillosa pompa (la cual incumbirá á otros escribirla, pues yo no quiero tratar sino de aquello que á mí me toca), á su llegada regaló en el acto al papa un diamante que le había costado doce mil escudos. El papa mandó por mí y me dió este diamante, para que con él hiciese un anillo á la medida del dedo de Su Santidad; advirtiéndome que era su deseo que antes le llevara el libro en el estado en que se encontrara. Llevado que hube el libro al papa, grandemente le satisfizo; después pidióme consejo acerca de qué excusa valedera pudiese emplearse con el emperador, á causa de estar imperfecta aquella obra. Entonces dije que la excusa válida era que hablara yo de mi indisposición, la cual creería facilísimamente Su Majestad al verme tan macilento y moreno como estaba. El papa contestó que le parecía muy bien; y que al hacerle presente del libro, me arro-gase de parte de Su Santidad, el honor de presentarme á mí mismo; y me dijo todas las maneras que había yo de usar, y las palabras que tenía que decir, las cuales repetí al papa, preguntándole si le gustaba que yo las dijese de tal modo, á lo cual me dijo:

—Demasiado bien te explicas, con tal de que tengas ánimo para hablar al emperador por el estilo este de como á mí me hablas.

Entonces dije que con mucha mayor seguridad tendría alientos para hablar con el emperador, puesto que el emperador andaba vestido como yo y que me pare-

cía hablar con un hombre parecido á mí; lo cual no me sucedía hablando con Su Santidad, en quien veía yo dignidad mucho más alta, tanto por las vestiduras eclesiásticas que me hacían ver en él al modo de un nimbo en torno suyo, cuanto por la hermosa vejez de Su Santidad. Todo esto me infundía más temor que no las cosas del emperador. A estas palabras, contestó el papa:

—Anda, Bienvenido mío, que eres un hombre de ingenio; haznos honor, y para tí será el bien.

XC.

El papa mandó sacar dos caballos turcos que habían sido del papa Clemente, y eran los más hermosos que hayan venido jamás á tierra de cristianos. Estos dos caballos encargó el papa al Sr. Durante (1), camarero suyo, que los condujese á los corredores del palacio y allí se los diera al emperador, diciendo ciertas palabras que le enseñó. Fuimos ambos á un tiempo, y llegados á presencia del emperador, entraron con tanta magestad y gallardía por aquellos salones, que el emperador y todos maravillábanse. En esto se adelantó el susodicho Sr. Durante de un modo tan zafio y anudándosele la lengua en la boca con sus palabras brescianas, que

(1) Durante Duranti de Brescia, obispo de esta ciudad y cardenal más tarde.

nunca se ha visto ni oído nada más pésimo: el emperador movióse un poco á risa. En esto había yo descubierto ya la mencionada obra mía, y apercibiéndome de que con gratísimas maneras había vuelto el emperador hacia mí sus ojos, en el momento me adelanté y dije:

—Sacra Majestad, nuestro Santísimo papa Paulo manda presentar á Su Majestad aqueste libro de la Virgen María, el cual ha sido manuscrito y miniado por mano del mayor hombre que jamás haya ejercido tal profesión; y aquesta rica cubierta de oro y pedrerías es tan imperfecta por causa de mi indisposición; por lo cual Su Santidad, á la vez que dicho libro, también me presenta para que venga yo junto á Vuestra Majestad á dar término á su libro; y además en todo aquello que sea en vuestro ánimo el hacer, en tanto cuanto yo viviese seríais servido.

El emperador contestó á esto:

—El libro me es grato y vos también; quiero que me le acabéis en Roma; y tan pronto como él esté concluído y vos curado, llevádmelo y venid en mi busca.

Después, al hablar conmigo me llamó por mi nombre, lo cual me asombró, puesto que no habían mediado palabras en que sonara el nombre mío; y me dijo haber visto aquel broche de la pluvial del papa Clemente, donde había yo hecho tantas admirables figuras. Así nos extendimos en razonamientos media hora completa, hablando de muy diversas cosas todas de ingenio y

placenteras; así pues, habiéndome parecido que salí con mucho más honor de aquello que prometido me había, después de un brevísimo silencio, hice mi reverencia y partime. Oyóse decir al emperador:

—Dénse en el acto á Bienvenido quinientos escudos de oro.

De suerte que aquel que los llevó encima, preguntó quién era el hombre del papa que había hablado con el emperador. Adelantóse el Sr. Durante, el cual me robó mis quinientos escudos. Me quejé de ello al papa, quien me dijo que no pasara cuidado, que sabía todo lo bien que me había portado al hablar con el emperador, y que de todas maneras obtendría mi parte en aquellos dineros.

XCI.

Torné á mi tienda y puse mano con gran prisa para terminar el anillo del diamante, para lo cual me enviaron los cuatro primeros lapidarios de Roma, porque habíase dicho al papa que aquel diamante había sido tallado por mano del primer lapidario de Venecia, quien se llamaba el maestro Emiliano Targhetta; y por ser aquel diamante algún tanto sutil, era empresa en extremo difícil para hacerla sin gran consejo. Recibí con agrado á aquellos cuatro lapidarios, entre los cuales había un milanés llamado Gayo; éste era el más presuntuoso bestia del mundo, quien menos sabía y el

que se vanagloriaba de saber más; los otros eran modestísimos y muy hábiles hombres. A questo Gayo comenzó á hablar antes que todos, y dijo:

—Consérvese el tinte (1) de Emiliano, ante quien debes inclinarte, Bienvenido; pues así como el teñir un diamante es la cosa más bella y más difícil que hay en el arte del lapidario, Emiliano es el mayor joyero que existe en el mundo, y este es el más difícil diamante.

Entonces contesté, que tanta mayor gloria sería para mí combatir con un hombre tan hábil en esa profesión.

Después me volví á los otros lapidarios y dije:

—He aquí como guardo el tinte de Emiliano, y probaré á ver si hago yo otro mejor; pues cuando no lo hiciere, con aquel mismo volveremos á teñirlo.

El bestial Gayo dijo que si yo lo hiciese de esa manera, con mucho gusto se quitaría la gorra. A quien respondí:

—Pues si lo hago mejor, merecerá quitarse dos veces la gorra.

Dijo que sí, y yo comencé á hacer mi tinte. Púseme con grandísima diligencia á hacer la tinta, y en su lugar (2) enseñaré como se hacen. Era muy cierto que el mencionado diamante era el más difícil que ni antes ni después haya tenido en mis manos, así como aquella

(1) Era una especie de estuco colorado, que se acostumbraba á poner en el engarce en que se engastaban los diamantes.

(2) En el tratado escrito por Bienvenido Cellini, acerca de la Auríficería.

tinta de Emiliano estaba sumamente bien hecha. Mas con todo eso, no me espanté. Ayudado entonces con los resortes de mi ingenio, tanto hice, que no sólo le alcancé, antes con mucho le excedí bastante. Cuando advertí que le había vencido, me propuse superarme á mí mismo, y de nuevos modos hice un tinte mucho mejor que el que antes había hecho. Después mandé llamar á los lapidarios, teñí con el tinte de Emiliano el diamante, luego lo limpié bien y volví á teñirlo con el mío. Se lo mostré á los joyeros; y uno de los más hábiles de ellos, llamado Rafael del Moro, tomó el diamante en la mano y dijo á Gayo:

—Bienvenido ha superado el tinte de Emiliano.

Gayo, que no lo quería creer, tomó el diamante en su mano y dijo:

—Bienvenido, este diamante está dos mil ducados mejor que con el tinte de Emiliano.

—Puesto que he vencido á Emiliano, veremos si puedo vencerme á mí mismo.

Y rogándoles que me esperaran un poco, subí á mi habitación, y fuera de su presencia reteñí el diamante. Llevándose lo á los joyeros, Gayo dijo enseguida:

—He aquí la más admirable cosa que en mi vida he visto; porque este diamante vale más de diez y ocho mil escudos, cuando apenas lo estimábamos en doce.

Los otros lapidarios volvieron hacia Gayo y dijeron:

—Bienvenido es la gloria de nuestro arte, y merecidamente debemos descubrirnos ante sus tintas y ante él.

Gayo contestó entonces:

—Voy á repetírselo al papa, y quiero que obtenga él mil escudos de oro por montar este diamante.

Y yendo á ver al papa, díjole todo; por lo que el papa mandó tres veces aquél día para ver si el anillo estaba terminado. Después, á la hora veintitrés, llevé conmigo el anillo, y como siempre estaba para mí libre la puerta, alzando discretamente la cortina, ví al papa en unión con el marqués del Vasto (1), quien debía de apretarle para que hiciese algo que aquél no quería hacer, y oí que dijo al marqués:

—Os digo que no, porque á mí me corresponde ser neutral, y no otra cosa (2).

Echéme atrás á prisa, mas el mismo papa me llamó; por tanto entré enseguida, y al ponerle aquel hermoso diamante en la mano, el papa me llevó hacia un lado, en vista de lo cual el marqués se apartó. Mientras el papa miraba el diamante, me dijo:

—Bienvenido, aparenta conmigo una conversación que parezca de importancia, y quédate aquí todo el tiempo que el marqués permanezca en esta cámara.

Y poniéndome á pasear, agradóme la cosa (que era en ventaja mía), y comencé á discurrir con el papa acerca del modo como habíame yo conducido para teñir el

(1) Don Alfonso de Avalos ó Dávalos, marqués del Vasto.

(2) Carlos V manifestó en Roma su ánimo de renovar la guerra contra Francisco I, mas no pudo atraer á su partido al pontífice Paulo III, quien aleccionado por las desventuras de Clemente VII, quiso ser neutral entre los príncipes cristianos.

diamante. El marqués estaba derecho aparte apoyado en un cortinaje de paño de Arras y hacía contorsiones, ora sobre un pie, ora sobre el otro.

El tema de aquesta conversación era de tanta importancia, queriéndose desarrollarlo bien, que hubiera habido para hablar de él tres horas cumplidas, El papa tenía en ello tan gran placer como disgusto tenía el marqués, quien no se movió de allí. Mezclé en mis razonamientos aquella parte de filosofía que á mi profesión cuadra; de modo que habiendo hablado así cerca de una hora, aburrido el marqués, partióse lleno de cólera. Entonces el papa me hizo los mas familiares agasajos que imaginarse pueda en el mundo:

—Espera, Bienvenido mío, que yo te daré otro premio á tu mérito; pues mil escudos me ha dicho Gayo que tus fatigas valen.

Luego me marché, y loóme el papa en presencia de sus domésticos, entre los cuales estaba aquel Latino Juvenal, de quien antes hablé. Habiéndoseme vuelto éste enemigo, buscaba con estudio todos los medios de hacerme perjuicio, y viendo que el papa con tanto afecto y encomio hablaba de mí, dijo:

—No hay duda alguna de que Bienvenido es persona de maravilloso ingenio; aun cuando todo hombre está más naturalmente inclinado á querer bien á sus compatriotas que á los demás; eso no obstante, debe pensarse de que manera hay que hablar de un papa.

Ha dicho que el papa Clemente era el mejor príncipe que haya existido, y otro tanto virtuoso, si bien con

mala fortuna; y dice que Vuestra Santidad es todo lo contrario, y que la tiara se desdora de estar en vuestra cabeza, que pareceis una gavilla de paja vestida, y que en Vos no hay más que buena fortuna.

Hicieron tanta fuerza aquestas palabras, dichas por quien sabía decirlas muy bien, que el papa las creyó. No sólo yo no las dije, sino que jamás pasó por mi mente la idea de tal cosa. Si el papa hubiese podido hacerlo con honor suyo, me hubiera dado algún grandísimo disgusto; mas como persona de magno ingenio, puso cara de risa, pero guardó tan gran odio hacia mí, que era imponderable; y comencé á percatarme de ello porque ya no entraba en la cámara con aquella facilidad primera, antes con dificultad grandísima. Y como yo había frecuentado muchos años esta corte, me imaginé que alguno habría promovido calumnias contra mí; investigándolo con destreza fuéme dicho todo, mas no quién había sido; no podía imaginarme quién habría dicho tal cosa, pues, á saberlo yo, me hubiera vengado á medida de mi gusto.

XCII.

Me dí prisa á terminar mis tapas de libro, y terminado que las hube las llevé al papa, quien á la verdad no pudo menos de elogiármelas en grande. Entonces le dije que me enviase á llevarlo, cual prometido me ha-

bía. El papa me contestó que haría cuanto tuviese á bien hacer, y que yo había hecho lo que era de mi incumbencia; enseguida dió órdenes para que me fuese bien pagado. En poco más de dos meses obtuve de aquellas obras quinientos ducados: el diamante me fué pagado á razón de cincuenta escudos nada más; todo el resto se me dió por la hechura de aquel librito, la que merecía más de mil, por ser una obra enriquecida con bastantes figuras y hojarascas y esmaltes y piedras preciosas. Tomé conmigo cuanto pude haber, é hice propósito de marcharme de Roma. En esto el papa envió dicho librito al emperador por medio de un sobrino suyo llamado el señor Sforza (1), el cual presentó el libro al emperador, quien lo tuvo por muy grato, y enseguida preguntó por mí. El jovencillo señor Sforza dijo, aleccionado, que por estar yo enfermo no había yo ido. Todo me fué contado.

En tanto arreglé mis cosas para tomar la vuelta de Francia, á donde quise ir solo; mas no pude, á causa de un jovenzuelo que conmigo estaba, el cual llamábase Ascanio. Este joven era de muy tierna edad y el servidor más admirable que hubo en el mundo; cuando yo le tomé á mi servicio acababa de apartarse de un maestro suyo llamado Francisco, aurífice español. No hubiera yo querido tomar aqueste joven, por no tener cuestión con dicho español, y dije á Ascanio:

(1) Sforza Sforza, hijo de Bosio, conde de Santa Flora, y de Constanza Farnesio, hija natural de Paulo III; llegó á ser después famoso capitán en el ejército del emperador Carlos V.

—No te quiero á mi servicio, por no disgustar á tu maestro.

Tanto hizo, que su maestro me escribió una carta dejándome libertad para que yo lo tomase.

Así estuvo conmigo algunos meses, y por haber salido flaco y pálido le llamábamos el vejete (Vechino); creía yo que era un viejecillo por lo muy bien que servía; y como sabía tanto, no era de pensar que cupiese tanto ingenio en la edad de trece años, que decía tener. Volviendo atrás, aqúeste en tan pocos meses adquirió desarrollo y se repuso de sus trabajos, llegando á ser el más hermoso joven de Roma; y tanto por ser lo buen servidor que llevo dicho, cuanto porque aprendía admirablemente el arte, puse en él un amor grandísimo como de padre, y llevábale vestido cual si hijo mío fuese. Al verse regenerado el joven, parecíale haber tenido suma ventura con caer en mis manos. A menudo iba á dar gracias á su maestro, quien había sido causa de su gran bien. Aqúeste su maestro tenía por mujer una hermosa joven, la cual decíale:

—Resucitado, ¿qué has hecho para volverte tan hermoso? (Así le llamaban cuando estaba con ellos.)

Ascanio respondió:

—Señora Francisca, mi maestro es quien me ha hecho tan hermoso y mucho más bueno.

Irritada ésta, llevó muy á mal que Ascanio dijese tal cosa; y como tenía ella fama de mujer impúdica, supo hacer á este jovenzuelo algunas caricias quizá más desmedidas de las que consiente el hábito de la honesti-

dad; por eso advertí que muchas veces aqúeste joven iba más de lo acostumbrado á ver á su maestrá. Ocurrió que cierto día dió malamente golpes á un mancebo de la tienda, y cuando regresé de fuera, dicho muchacho condoliáse llorando, y me dijo que Ascanio le había pegado sin razón alguna. A cuyas palabras dije á Ascanio:

—Con razón ó sin razón, jamás vuelvas á pegar á ninguno de mi casa, porque te haré sentir de qué modo sé pegar yo.

Me respondió, por lo cual en el acto me eché sobre él y le dí á puñadas y coces los golpes más fuertes que jamás habrá llevado. Tan pronto como pudo librarse de mis manos, escapóse sin capa y sin gorra, y en dos días no supe dónde estuvo, ni menos le busqué; al cabo de los dos días vino á hablar conmigo un hidalgo español que se llamaba Don Diego. Era éste el hombre más liberal que jamás conocí en el mundo. Yo había trabajado y trabajaba para él algunas obras, de modo que era bastante amigo mío. Me dijo que Ascanio habíase tornado con su antiguo maestro, y que si me parecía le diese la gorra y la capa que yo le había regalado. Al oír estas palabras, dije que Francisco se había portado mal y se había conducido como una persona mal criada; porque si me hubiera dicho tan pronto como Ascanio se marchó á su lado, que estaba en su casa, con mucho gusto le hubiese yo dado licencia; mas por haberle tenido dos días sin habérmelo hecho saber, no quería yo que estuviese con él, y que hiciese

porque yo no le viera de ningún modo en su casa. Refirióselo D. Diego, y Francisco hizo mofa de esto. A la mañana siguiente vi á Ascanio que trabajaba unas chapucerías al lado de dicho maestro. Al pasar yo, Ascanio me hizo reverencia, y su maestro como que se rió de mí. Mandóme á decir por aquel hidalgo D. Diego que, si me parecía, remitiese á Ascanio los trajes que le había dado, y que si no quería no se curaba de ello, pues no faltarían trajes para Ascanio. Al oír estas palabras, me volví á D. Diego y dije:

—Señor D. Diego, en todas vuestras cosas jamás vi á nadie ni más liberal ni más honrado de como sois vos, pues él es un deshonorado marrano. Decidle de mi parte que si antes del toque de vísperas no me ha devuelto Ascanio á mi tienda, le mataré de cualquier modo; y decid á Ascanio que si no sale de allí en la hora emplazada á su maestro, que he de hacerle á él poco menos.

Nada me respondió á estas palabras aquel señor don Diego; antes puso tal espanto en dicho Francisco, que éste no sabía lo que hacerse. En tanto, Ascanio había ido en busca de su padre, quien vino á Roma desde Tagliacozzi, de donde era natural; y sintiendo este trastorno, también él aconsejaba á Francisco que debía devolverme Ascanio. Francisco decía á Ascanio:

—Vete por ti, y tu padre vendrá contigo.

D. Diego decía:

—Francisco, presiento algún gran escándalo; mejor que yo sabes tú quién es Bienvenido; volved á llevarle, y yo vendré contigo.

Yo, que me había preparado, paseábame por la tienda esperando la hora de vísperas, dispuesto á hacer una de las más tremendas cosas que en mi vida hubiese hecho. En aquesto llegaronse D. Diego, Francisco, Ascanio y su padre, á quien yo no conocía. Cuando entró Ascanio, miré á todos con ojos furibundos, y Francisco dijo con la color desvanecida.

—He aquí que os devuelvo Ascanio, al cual tenía yo sin pensar causaros disgusto.

Ascanio reverentemente dijo:

—Maestro mío, perdonadme, perdonadme, que aquí estoy para hacer todo cuanto me mandáreis.

Entonces pregunté:

—¿Has venido para terminar el tiempo que me prometiste?

Afirmó que sí, y que para no partirse jamás de mi lado. Volvíme entonces á aquel mancebo á quien Ascanio había pegado, y le dije que le trajera aquel hato de ropa, y á éste le dije:

—He aquí todas las vestiduras que habíate yo regalado, y con ellas recobra tu libertad y vete donde quieras.

D. Diego asombróse de esto, pues otra cosa esperaba. En esto Ascanio, juntamente con su padre, rogábase que tuviese á bien perdonarle y tomarle á mi servicio. Preguntándole quién era ese que hablaba, díjome que su padre, á quien, al cabo de muchas súplicas, respondí:

—Por ser su padre vos, y por amor vuestro, vuelvo á tomarlo.

XCIII.

Habíame resuelto, como dije poco ha, á tomar el camino de Francia; pues tanto por haber visto que el papa ya no me tenía en aquel concepto de antes (que por obra de las malas lenguas habíase perturbado esa mi gran ocupación), cuanto por miedo de aquellos que podían, no me hiciesen peor daño, hallábame dispuesto á ir en busca de otro país por ver si encontraba mejor fortuna, y muy á gusto me iba solo con Dios. Resuelto ya una tarde á irme á la siguiente mañana, dije á mi fiel compañero Félix que disfrutase de todas mis cosas hasta mi regreso; y si acontecía que yo no regresase, era mi voluntad que todas las cosas fuesen suyas. Y como tenía yo un oficial perusino que me había ayudado á concluir aquellas obras del papa, dile licencia porque se fuese, haciéndole pago de sus trabajos. El tal me suplicó que le dejase ir conmigo y que él viviría á sus expensas; pues si acontecía que me quedase yo á trabajar con el rey de Francia, parecíale mejor que conmigo tuviese italianos, y mayormente personas de quienes era yo sabedor cómo sabrían ayudarme. Tanto y tanto me rogó, que accedí á llevarle conmigo del modo como él había dicho. Encontrándose también Ascanio presente en esta conversación, dijo medio llorando:

—Cuando me volvisteis á tomar os dije que apetecía estarme con vos toda la vida, y así es mi ánimo hacerlo.

Le contesté que no le quería en manera alguna. El pobre mozo seguía preparándose para venir á pie en mi seguimiento. Viendo que formaba tal resolución, tomé también un caballo para él; y poniéndole á la grupa una balijita mía, cargué con muchos más adornos de lo que hubiera hecho. Al partir de Roma me vine á Florencia, de Florencia fuí á Bolonia, de Bolonia á Venecia, y de Venecia me llegué á Padua, donde fuí sacado de la posada para llevarme á su casa por aquel mi caro amigo Albertaccio del Bene. El día inmediato fuí á besar la mano al señor Pedro Bembo, quien todavía no era cardenal. Dicho señor Pedro me hizo los más desmesurados halagos que hacer se puedan á un hombre en el mundo. Después volvióse hacia Albertaccio, y dijo:

—Quiero que Bienvenido se quede aquí con todo su séquito, aun cuando éstos pasasen de ciento; por consiguiente resolveos, si también vos queréis á Bienvenido, á permanecer aquí á mi lado, pues de otra suerte yo no quiero devolvéroslo.

Y así me quedé á disfrutar con aqueste meritísimo señor. Había dispuesto para mí una cámara que hubiera sido magnífica para un cardenal, y de continuo quiso que yo comiese junto á Su Señoría. Después empezó con muy modestos razonamientos á manifestarme su deseo de que yo le retratase; y como yo no tenía mayor deseo que éste en el mundo, haciendo ciertos estucos candidísimos (1) dentro de una cajita, lo comencé.

(1) Aqueste estuco se hace con pez griega, un poco de cera

En la primera jornada trabajé dos horas de seguida, y esboqué aquella insigne cabeza de tan buena gracia, que Su Señoría quedóse estupefacto; y como era asombroso en las letras y en la poesía en superlativo grado, mas en aquella mi profesión nada perito era Su Señoría, por eso parecióle haberla yo terminado en el tiempo en que apenas si había dado comienzo á ella; de suerte que no logré darle á entender que requería mucho tiempo para hacerse bien. Por ultimo, me resolví á hacerla lo mejor que supiese en el tiempo que exigía; y como llevaba la barba corta á la veneciana, hube de pasar grandes fatigas para modelar una cabeza que satisficiera. Eso no obstante, la terminé, y me pareció haber hecho la mejor obra que jamás hice en lo que toca al arte mío. Le vi asombrado de tal cosa, pues pensaba que habiéndola yo hecho de cera en dos horas, debería hacerla de acero en diez. Viendo después que en doscientas horas no había podido hacerla de cera, y que pedía licencia para irme á tomar la vuelta de Francia, acongojóse mucho y me suplicó que hiciese un reverso, á lo menos para aquella medalla suya, y fué un caballo Pegaso en medio de una guirnalda de mirto. Hícelo en cerca de tres horas de tiempo, dándole muy buen aspecto; y quedando bastante satisfecho, dijo:

—Este caballo me parece diez veces mayor mérito hacerlo que hacer una cabecita, con la cual tanto habéis

penado; no soy capaz de conocer el por qué de esta dificultad.

Decíame y me rogaba que tuviese á bien abrirlos en acero, diciéndome:

—Hacedlo por favor, pues que lo haréis muy presto, si es vuestra voluntad.

Le prometí que allí no quería hacerlo; mas donde me quedase á trabajar se lo haría sin falta ninguna. Después de tener esta conversación, fui á contratar tres caballos para tomar el camino de Francia; mas él me hacía vigilar en secreto, porque gozaba de grandísima autoridad en Padua; de suerte que al querer pagar los caballos, que había ajustado en cincuenta ducados, el dueño de ellos me dijo:

—Hombre insigne, os hago presente de los caballos.

Mas yo repliqué:

—No eres tú quien me los regalas; y de aquél que me hace de ellos presente yo no los acepto, pues no he podido darle ninguna de mis obras.

El buen hombre me dijo que si no tomaba yo aquellos caballos no encontraría ningunos otros en Padua, y veríame precisado á caminar por mi pie. Al oír esto fui á casa del magnífico señor Pedro, el cual afectaba no saber nada, y hacíame halagos diciendo que me quedase en Padua. Como yo no quería hacerlo de ninguna manera y estaba dispuesto á irme de cualquier modo, fuerza me fué aceptar los tres caballos, y con éstos me marché.

XCIV.

Tomé el camino por tierra de los Grisones, por no haber ninguna otra vía segura con motivo de la guerra. Pasamos las montañas de Alba y de Bernina (1). Estábamos á 8 de Mayo, y la nieve era grandísima. Con el más inminente riesgo de nuestra vida atravesamos estas dos montañas.

Así que las hubimos pasado, llegamos á una comarca que, si mal no recuerdo, se llama Valdista, donde nos alojamos. Por la noche llegó un correo florentino llamado Busbacca. Recordaba yo haber oído decir que este correo era un hombre de crédito y hábil en su profesión; mas ignoraba que lo hubiese perdido por sus picardías. Cuando me vió en la posada me llamó por mi nombre, diciéndome que iba á Lyon para asuntos de importancia, y que por favor le prestase dineros para el viaje. A eso le dije que no tenía dineros para poderle prestar, mas si quería venir conmigo acompañándome, abonaría yo sus expensas hasta Lyon. Este pícaro lloraba é inventábame los más lindos artificios, diciendo que en los casos de importancia para la nación, si le faltaban dineros á un pobre correo, uno tal como yo venía á estar obligado á ser en su ayuda; además me dijo que llevaba asuntos de grandísima importancia del señor Felipe Strozzi; y como llevaba un estuche de vaso

(1) La Bernina junto á Puschio, y Albula en la Engadina.

cubierto de cuero, me dijo al oído que dentro de aquella vaina iba una copa de plata, y dentro de aquella copa iban piedras preciosas por valor de muchos millares de ducados, á la vez que cartas de grandísima importancia de Felipe Strozzi. A esto le dije que me dejase ponerle encima de él mismo aquellas piedras preciosas, que así no correrían tanto peligro como en la copa; y que me entregase aquella copa, la cual pudiera valer, á lo más, diez escudos, y le prestaría veinticinco. A estas palabras contestó el correo que se avendría conmigo de no poder hacer otra cosa, pues sería deshonoroso para aquella copa. Así cortamos la conversación; y al partirnos por la mañana, llegamos á un lago que hay entre Valdistate y Vessa (1); este lago tiene quince millas de largo por donde está Vessa.

Al ver las barcas de aqueste lago tuve miedo, porque son de abeto, no muy grandes ni fuertes, y no están clavadas ni tampoco calafateadas con pez; si no hubiese visto entrar en otra semejante cuatro gentilhombres tudescos con cuatro caballos, jamás hubiera yo entrado en una; antes bien, más presto hubiérame vuelto atrás; pero al ver la bestialidad que hacían aquéllos, me imaginé si aquellas aguas tudescas no ahogarían como las de nuestra Italia. Sin embargo, mis dos jóvenes me decían:

—Bienvenido, peligrosa aventura es aquesta de penetrar ahí dentro con cuatro caballos.

(1) Wallenstadt y Wesen.

Y yo les dije:

—Cobardes, ¿no veis que aquellos cuatro caballeros han entrado antes que nosotros y se van riendo? Si esto fuese vino como es agua, dijera yo que van gozosos por ahogarse dentro; mas como es agua, bien sé que no hallarán gusto en ahogarse, lo mismo que nosotros.

Aqueste lago era de quince millas de largo y cerca de tres de ancho; por un lado había un monte altísimo y cavernoso; por el otro había un llano con mucha hierba. Cuando estuvimos dentro como á unas cuatro millas, comenzó dicho lago á aborrascarse, hasta el punto de que los que bogaban pedían que les ayudáramos á bogar, como así lo hicimos una pieza. Les indiqué y dije que nos desembarcaran en la otra ribera, mas ellos decían que no era posible, por no haber agua que sostuviese la barca; y además que había ciertos bajos donde presto destrozaría esta y nos anegaríamos todos, por lo cual solicitaban nuestra ayuda. Los barqueros llamábanse unos á otros y se pedían socorro.

Viéndoles yo despavoridos, y teniendo un caballo muy dócil, le acomodé las bridas al cuello y agarré una parte del cabestro con la mano izquierda. El caballo, que, como suelen, tenía alguna inteligencia, pareció como si se hubiese percatado de lo que yo quería hacer, pues habiéndole vuelto la cara hacia aquella hierba fresca, quise que la notara para que también consigo me arrastrase. En esto vino una onda tan grande de aquel lago, que pasó por encima de la barca. Ascaino quiso echarse encima de mí, gritando:

—¡Misericordia, padre mío, valedme!

Por lo que puse mano á mi puñal, y les dije que hicieran lo que habiales yo enseñado, pues los caballos se salvarían tan bien la vida como ahora esperaba yo salvarla por aquel medio; y que si volvían á echarse encima de mí, les mataría. Así seguimos adelante muchas millas en aqueste mortal peligro.

XCV.

Cuando estuvimos en medio del lago, encontramos una pequeña planicie donde poder descansar un tanto, y sobre dicha planicie vi apeados los cuatro tudescos gentilhombres. Cuando nosotros quisimos hacer pie allí, el barquero por nada lo consentía. Entonces dije á mis jóvenes:

—Ahora es el tiempo de dar algunas pruebas de nosotros; así, pues, poned mano á las espadas y hagamos que por fuerza nos pongan en tierra.

Así lo conseguimos con gran dificultad, porque ellos hicieron grandísima resistencia. Sin embargo, puestos que estuvimos en tierra, precisaba subir dos millas por aquel monte, lo cual era más difícil que ascenderlo por una escalerilla de mano. Estaba yo todo cubierto de mallas, con gruesas botas, con una escopeta al hombro, y llovía si Dios tiene qué.

Aquellos demonios de gentilhombres tudescos con sus caballejos hacían milagros, porque nuestros caba-

llos no valían para aqueste efecto, y reventaban de fatiga al hacerlos subir por aquella escabrosa montaña. Cuando estuvimos arriba una pieza, el caballo de Ascanio, que era un caballo húngaro admirabilísimo (iba un poquito delante del correo Busbacca, á quien Ascanio habíale dado su azagaya para que le ayudase á llevarla), sucedió que, por los malos pasos, dicho caballo resbaló y bamboleóse tanto sin poderse valer, que dió contra la punta de la azagaya de aquel bigardo del correo, quien no había sabido apartarla; y pasándole al caballo el pescuezo de parte á parte, mi otro mancebo quiso ir en su ayuda, y su caballo, que era un caballo árabe, resbaló también hacia el lago, y quedó detenido en una maleza sutilísima. En aqueste caballo iban un par de alforjas, y dentro de ellas todos mis dineros, con cuanto tenía yo de valor; dije al joven que salvase su vida y dejase ir al caballo enhoramala: la caída era mayor de una milla, sobresaliendo por encima del lago, á donde caía. Debajo de este sitio precisamente hallábanse al resguardo nuestros barqueros; de suerte que si el caballo se caía, venía encima de ellos. Estaba yo delante de todos, que nos paramos á ver la caída del caballo, el cual parecía ir á su segura pérdida. En esto dije á mis juvenes:

—No os curéis de nada; salvémonos nosotros y demos gracias á Dios por todo. Sólo me duelo de aqueste pobre hombre del Busbacca, quien ha sujetado su vaso y su pedrería, por valor de muchos ducados, al arzón de aquel caballo, pensándose de ese modo que estuvie-

ran más seguros; en cuanto á lo mío, pocos cientos de escudos son, y no tengo miedo de nada en el mundo, con tal de que conmigo sea la gracia de Dios.

Entonces dijo el Busbacca:

—Yo no siento los míos, antes mucho me pesa de los vuestros.

—¿Por qué te dueles de los míos siendo pocos y no deploras los tuyos con ser tantos?

—Os lo diré por el nombre de Dios. En aquestos casos, y en los términos en que nos encontramos, preciso es decir la verdad: yo sé que los vuestros son escudos, y que lo son de veras; mas aquel mi estuche de copa, donde he dicho haber tantas piedras preciosas y tantas trapacerías, todo él está lleno de caviar.

Al oír yo aquesto, no pude por menos sino de reirme; mis jóvenes también se rieron: él lloraba. Aquel caballo logró valerse, cuando perdido lo diputábamos. Riéndonos de aquesta suerte, recuperamos las fuerzas, y nos pusimos á seguir monte arriba.

Aquellos cuatro gentilhombres tudescos, que habían llegado antes que nosotros á la cima de aquella enhiesta montaña, nos mandaron algunas personas en ayuda nuestra, hasta que lográsemos alcanzar aquel muy selvático alojamiento, donde mojados, rendidos y hambrientos se nos recibió con grandísimo agrado, y allí nos secamos, reposamos y dimos satisfacción al hambre, y el caballo herido fué curado con ciertas hierbecillas; nos enseñaron aquella suerte de hierbas que abundaban entre la maleza, y nos dijeron que teniendo

de continuo la herida llena de aquellas hierbas, no sólo se curaría el caballo, sino que serviríanos como si no tuviera el más mínimo mal del mundo; y otro tanto hicimos.

Después de dar gracias á los gentilhombres, y estando nosotros muy bien recomfortados, partímonos de allí y nos fuimos adelante, dando gracias á Dios que nos habia hecho salvos de aquel gran peligro.

XCVI.

Llegamos á una tierra más allá de Wesen; allí reposamos por la noche, donde oímos en todas las horas de ella una guarda que cantaba de un modo muy apacible; y por ser de madera de abeto aquella ciudad, la ronda no decía otra cosa sino que se curase bien del fuego. El Busbacca, que estaba asustado de la jornada, á cada hora que cantaba aquél, gritaba éste entre sueños diciendo:

—¡Dios mío; ay de mí, que me ahogo!

Y esto era por el espanto del pasado día; y agréguese á ello que por la tarde habíase embriagado porque quiso echárselas á beber dicha tarde con todos los tudescos que allí había. Así es que unas veces exclamaba: «Yo ardo», y otras «Me ahogo»; otras veces parecía estar en el infierno martirizado con aquel caviar al cuello; aquesta noche fué tan grata, que todos nuestros afanes convirtiéronse en risas.

Por la mañana nos levantamos con un tiempo muy hermoso y fuimos á almorzar á una alegre tierra llamada Lachen. Allí fuimos admirablemente tratados y después tomamos guía, los cuales iban de retorno á una tierra llamada Zurich. El guía que nos acompañaba iba por encima de un dique de un lago sin haber otro camino; y también el dique estaba cubierto por el agua, de modo que el bárbaro del guía resbalóse, y su caballo y él cayeron bajo el agua. Yo, que iba inmediatamente detrás del guía, me detuve á ver salir aquel bestia del agua; y como si nada hubiese pasado, comenzó otra vez á cantar é indicóme que siguiese adelante; me incliné hacia la mano derecha y rompí ciertas malezas, con las cuales guié á mis jóvenes y al Busbacca. El guía daba gritos diciéndome en tudesco que si aquellos aldeanos me hubiesen visto, habríanme muerto. Pasamos adelante y quedamos á salvo de aqueste otro furor.

Llegamos á Zurich, maravillosa ciudad, pulida como un joyel. Allí descansamos un día entero, partiéndonos después por la mañana, y llegamos á otra hermosa ciudad llamada Soleure (1); desde ésta nos fuimos á Losanna, de Losanna á Ginebra y de Ginebra á Lyon, siempre cantando y riendo. En Lyon descansé cuatro días, me divertí mucho con algunos amigos míos y fui pago de las expensas que había yo hecho por el Busbacca; al cabo de los cuatro días tomé el camino en di-

(1) En alemán Solothurn.

rección á París. Este viaje fué muy agradable, salvo que cuando llegamos á La Paliza (1) quiso asesinaros una banda de aventureros, y no con poca habilidad nos libramos. Luego seguimos hasta París sin el menor trastorno del mundo; y siempre cantando y riendo, llegamos á salvación.

XCVII.

Luego que hube descansado un poco en París, fuíme en busca del pintor Rosso, quien estaba al servicio del rey. Este Rosso créame yo que fuera el mayor amigo con quien contase en el mundo, por haberle proporcionado yo en Roma los mayores placeres que un hombre pueda proporcionar á otro; y como estos agasajos pueden decirse con breves palabras, no quiero caer en falta de callármelos, mostrando cuán descarada es la ingratitud.

Por lo que á su mala lengua toca, hallándose en Roma había hablado tan mal de las obras de Rafael de Urbino, que los discípulos de éste querían matarle de cualquier modo; de aquesto le libré, guardándole día y noche con grandísimas fatigas. También por haber hablado mal del maestro Antonio de Sangallo (2), muy

(1) La Palice, entre Lyon y Moulins.

(2) Antonio de Bartolomeo Picconi, carpintero florentino. Fué á Roma, donde sus tios maternos Julián y Antonio de Gamberti da San Gallo le enseñaron la Arquitectura y recibió el sobrenombre de *Sangallo*. Trabajó en la fábrica de San Pe-

excelente arquitecto, hízole éste quitar una obra que había logrado le diese el señor Angel de Cesi; después comenzó á hacer tanto en contra de él, que esto le había llevado á morir de hambre; por la cual cosa le presté muchas decenas de escudos para vivir.

Y no habiéndolos aún recuperado y sabiendo que estaba al servicio del rey, como he dicho, fuí á visitarle; no tanto pensé en que me devolviese mis dineros, cuanto en que me diese ayuda y favor para ponerme al servicio de aquel gran rey. Tan pronto como me vió, en el acto turbóse, y me dijo:

—Bienvenido, has hecho demasiados gastos en un tan grande viaje, máxime por aqueste tiempo en que se atiende á la guerra y no á las frivolidades de nuestras obras.

Le repliqué que había traído los dineros necesarios para poderme tornar á Roma de igual manera como habíame ido á París; que éste no era el trueque de las fatigas que por él había yo pasado, y que comenzaba á creer lo que de él hubo de decirme el maestro Antonio de Sangallo. Queriendo echar tal cosa á chacota, por haberse percatado de su bajeza, le mostré una letra de cambio de quinientos escudos contra Ricardo del Bene. Este malvado avergonzóse, sin embargo; y queriéndome tener casi como por fuerza, reíme de él y me fuí junto con un pintor que allí estaba presente. Este se

dro, bajo la dirección de Bramante de Urbino, é hizo muchas obras bastante apreciadas.

llamaba el Sguazzella y también era florentino; fuí á parar á su casa con tres caballos y tres servidores, á tanto por semana. Él me trataba muy bien, y yo mejor le pagaba.

Luego traté de hablar al rey, ante quien me introdujo cierto señor Julián Buonaccorsi, su tesorero. Detúvome esto bastante, pues no sabía que el Rosso obraba con toda diligencia con el fin de que yo no hablase al rey. Así como dicho señor Julián húbose advertido de ello, me llevó á Fontainebleau y me introdujo á presencia del rey, de quien obtuve una hora completa de grandísima audiencia; y como el rey estaba en preparativos para irse hacia Lyon, dijo al mencionado señor Julián que consigo me llevase, y por el camino se trataría acerca de algunas bellas obras que Su Majestad tenía el ánimo de hacer.

Así, pues, me fuí inmediatamente después del séquito de la corte y por el camino tuve grandísimo trato con el cardenal de Ferrara (1), el cual no tenía aún el capelo. Todas las noches seguía yo muy largas conversaciones con dicho cardenal, y Su Señoría decíame que me debía quedar en Lyon en una abadía suya, donde pudiera recrearme hasta tanto que el rey tornase de la guerra, pues que se iba á tomar la vuelta de Grenoble; y que en su abadía de Lyon tendría yo todas las comodidades.

Llegado que hubimos á Lyon, caí enfermo y mi jo-

(1) El cardenal Hipólito de Este.

ven Ascanio tuvo las cuartanas; de suerte que me causaban enojos los franceses y su corte, y parecíame tardar mil años en regresar á Roma. Viéndome el cardenal dispuesto á retornar á Roma, me dió los dineros necesarios para que le hiciese en Roma un lebrillo y un jarro de plata.

Así volvimos á tomar el camino de Roma, jinetes en muy buenos caballos; al ir por las montañas del Simplón, topamos con ciertos franceses, con los cuales fuimos una pieza en compañía, Ascanio con su cuartana y yo con una fiebre cilla sorda, que parecía no abandonarme un punto. Perdí el estómago de suerte que estuve cuatro meses creo sin que me tocase comer un pan entero por semana. Y mucho apetecí llegar á Italia, deseoso de morir en Italia y no en Francia.

XCVIII.

Pasado que hubimos los antedichos montes del Simplón, encontramos un río junto á un lugar llamado Valdivedro (1). Este río era muy ancho, bastante profundo y sobre él había un puentecillo largo y estrecho, sin pretilles. Había caído de madrugada una escarcha muy gruesa cuando llegué al puente, y viéndolo muy peligroso, yo que me encontraba delante de todos, mandé á mis mancebos y servidores que descabalgasen y lleva-

(1) El río Doveria, en la Valdivedro.

sen los caballos de la mano. Así pasé dicho puente con mucha felicidad y fui hablando de ello con uno de aquellos dos franceses, el cual era un gentilhomme; el otro era un notario que se quedó algún tanto detrás y se burlaba de aquel caballero francés y de mí, que por miedo de nada habíamos querido aquella incomodidad de ir á pie. Volvíme hacia éste al verle en mitad del puente, y le rogué que anduviese muy despacio, porque estaba en un lugar muy peligroso.

Este hombre, que no podía faltar á su natural francés, me dijo en francés que yo era hombre de pocos ánimos, y que allí no había ni pizca de peligro. Mientras que decía aquestas palabras, quiso espolear un poco al caballo, por lo cual éste resbaló en el acto fuera del puente, y con las patas hacia el cielo, cayó junto á un peñasco grandísimo. Y como Dios muchas veces tiene misericordia de los necios, esta bestia, juntamente con la otra bestia de su caballo, dieron en una poza muy grande, donde se sumergieron él y el caballo.

Tan pronto como aquesto ví, con grandísima presteza eché á correr, salté con gran dificultad sobre aquel peñón, y colgándome de él, agarré un borde de una al modo de toga que puesta llevaba aquel hombre, y por aquel borde tiré de él, que aún estaba cubierto por el agua; y como quiera que había tragado bastante agua y poco le faltaba para ahogarse, al verlo fuera de peligro, me alegré con él de haberle librado la vida. Por la cual cosa me respondió él en francés y me dijo que nada había hecho yo; que lo importante eran sus escrituras,

que valían muchas decenas de escudos; y parecía decirme con cólera estas palabras, todo él calado y balbuciente.

Al oír esto me volví á ciertos guías que llevábamos y les encargué que ayudasen á aquella bestia, y que yo les pagaría. Uno de aquellos guías, habilmente y con gran fatiga, se puso á ayudarle y logró atrapar sus escrituras, tanto que no se perdió ninguna; el otro guía no quiso emplear trabajo alguno en ayudarle.

Llegado que hubimos á aquel lugar antedicho (habíamos hecho bolsa común tocándome á mí pagar con ella), y después de almorzar, dí algunos dineros de la bolsa de la compañía al guía que ayudó á sacar á aquél del agua; por lo cual díjome éste que tales dineros debía yo dárselos de lo mío, pues no pensaba darle más de lo que estábamos conformes por haberle otorgado el oficio de guía. Al oír esto le dije muchas palabras injuriosas. Entonces se me puso enfrente el otro guía, el cual no había pasado fatigas, y sin embargo, quiso que yo también á él le pagara. Y diciendo yo:

—También este merece el premio por haber llevado la cruz,—respondióme que presto me había de mostrar una cruz en la que yo llorase. Y como aqúeste lugar se halla en los confines entre los venecianos y los tudescos, corrió por los pueblos y vino con gentes de ellos y delante con un gran venablo. Yo, que estaba jinete en mi buen caballo, bajé el fusil sobre mi arcabuz, y volviéndome dije á los compañeros:

—El primero á quien mato es á aquél, y vosotros ha-

ced vuestro deber, porque los tales son salteadores de caminos y han tomado este pequeño pretexto sólo por asesinarlos.

El posadero donde habíamos comido llamó á uno de aquellos caporales, que era un viejo, y le rogó que remediase á tanto inconveniente, diciéndoles:

—Este es un joven muy valiente, y aun cuando le hicierais tajaditas, á muchos matará de vosotros y acaso pudiera escapárseos de entre las manos después de hacer el mal que os hiciese.

Aquietóse la cosa, y aquel viejo cabeza de ellos me dijo:

—Vete en paz, que no podrías llevar esto á buen término aunque contigo tuvieses cien hombres.

Yo, que conocí cómo él decía verdad y me había yo resuelto y héchome el muerto, no oyendo decir ninguna otra palabra injuriosa, sacudí la cabeza y dije:

—Hubiera hecho todo lo que pudiese, mostrando ser animal vivo y hombre.

Y terminándose el viaje, por la noche en el primer alojamiento hicimos cuentas de la bolsa, y me separé de aquél estúpido francés, quedando muy amigo del otro que era caballero; y con mis tres caballos solos nos fuimos de allí á Ferrara.

Apeado que me hube fuí á la corte del duque, para saludar á Su Excelencia, con el fin de poderme partir de mañana y tomar la vuelta de Santa María de Loreto. Esperé hasta la segunda hora de la noche y entonces se presentó el duque; le besé la mano; me hizo una

grande acogida y encargó que se me diese el aguamanil (1), en vista de lo cual dije cortesmente:

—Excelentísimo Señor, hace más de cuatro meses que he comido tan poco, que increíble parece que con ello se viva; por lo cual, conociendo que no podría confortarme con los regios manjares de su mesa, mientras que Vuestra Excelencia cena estarémonos conversando, con lo que vos y yo en el mismo punto obtendremos más placer que si yo con vos cenase.

Así, pues, enredamos conversación y pasamos juntos hasta la hora quinta. Después de esta hora pedí licencia y fuíme á mi posada, donde encontré un asombroso aparato, porque el duque me había mandado que me llevasen como presente las regalías de su mesa, con muy buen vino; y como de aquel modo habían pasado dos horas más de aquella en que yo acostumbraba á comer, cené con grandísimo apetito, y fué la vez primera en que al cabo de cuatro meses había podido comer.

XCIX.

Partíme de mañana, yéndome á Santa María de Loreto; y de allí, hechas mis oraciones, me marché á Roma, donde encontré á mi fidelísimo Félix, á quien dejé la tienda con todos los trastos y adornos suyos, y abrí otra junto al perfumista Sughenello, mucho más gran-

(1) Modo de invitar á su mesa los grandes personajes de la época.

de y más espaciosa; y pensé que aquel gran rey Francisco no se acordaría de mí. Por lo cual tomé muchas obras de diversos señores, y mientras tanto trabajaba en aquellos jarro y lebrillo que había recibido encargo de hacer para el cardenal de Ferrara. Tenía muchos oficiales y muchas obras que hacer de oro y de plata.

Había pactado con aquel mi oficial perusino, que por sí se inscribieran todos los dineros que por su parte se había gastado tanto en su vestimenta como en otras muchas cosas, que con los gastos de viaje subían á cerca de 70 escudos; de los cuales acordamos que se le descontarían tres escudos al mes, pues más de ocho escudos le hacía yo ganar. Al cabo de dos meses aqueste bribón se fué de mi tienda, me dejó embrollado en muchas labores, y dijo que no me quería dar nada más. Por este motivo aconsejéronme que me valiese por la vía de la justicia, por haberseme puesto en la cabeza el cortarle un brazo; y de seguro lo hiciera si no fuese porque mis amigos decíanme que no estaba bien que yo hiciese tal cosa, en vista de que perdería mis dineros y acaso otra vez mi estancia en Roma, porque los golpes no se dan por pacto, y con aquel escrito que de su mano tenía yo, en el acto podía hacerlo apresar. Me estuve al consejo, si bien quise obrar más libremente en tal materia. Promoví el litigio ante el auditor de la cámara realmente, y lo gané; y en virtud de él, que tardó muchos meses, luego lo hice meter en la cárcel.

Tenía llena mi tienda de grandísimos encargos, y entre otros todas las joyas de oro y pedrería de la mu-

jer del señor Jerónimo Orsino, padre del señor Paulo, yerno actualmente de nuestro duque Cosme (1).

Estas obras hallábanse muy próximas á su fin y todavía iba en aumento el número de las importantísimas. Tenía ocho oficiales y trabajaba día y noche junto con ellos, tanto por la honra cuanto por el provecho.

C.

Mientras que tan vigorosamente continuaba yo en mis empresas, recibí una carta mandada con premura por el cardenal de Ferrara, la cual decía por aqueste tenor:

«Bienvenido, nuestro caro amigo: Días pasados aqueste gran rey cristianísimo se acordó de tí, diciendo que deseaba tenerte á su servicio. Le contesté que me habías tú prometido que tan pronto como enviase por tí para servicio de Su Majestad, que en el acto vendrías. A estas palabras respondió Su Majestad: «Quiero que se le envíe lo necesario para que pueda venir según merece uno tal como él»; y en seguida mandó á su almirante que me hiciese pagar mil escudos de oro por el tesorero de la caja de ahorros. Presente á esta conversación estaba el cardenal de Gaddi, quien adelantóse

(1) Jerónimo Orsini, señor de Bracciano, etc., se casó con Francisca Sforza, hija de Bosio, conde de Santa Fiora. Paulo Giordano, su hijo, hecho duque de Bracciano en 1560, se casó en 1558 con Isabel, hija de Cosme I de Médicis.

de pronto y dijo á Su Majestad que no era necesario que Su Majestad diese aquella comisión, porque decía él haberte mandado los dineros bastantes y que estabas ya en camino. Ahora, si por acaso sucede lo contrario de lo que ha dicho el cardenal Gaddi, según me pienso, responde tan pronto como recibas aquestas mis letras, para que reanude yo el hilo y haga que te den los dineros prometidos por aqueste magnánimo rey.»

¡Ahora advierta el mundo y quien vive en él, cuánto pueden las malignas estrellas con la fortuna adversa en nosotros los humanos! En mis días no hube de hablar dos veces con aqueste majadero cardenalucho de Gaddi; y esta imprudencia suya no la cometió por causarme el más mínimo mal, antes lo hizo sólo por cierta escasez de seso y por flojedad suya, queriendo mostrarse también como que se curaba de los asuntos de los hombres de talento que deseaba tener el rey á su servicio, así como lo hacía el cardenal de Ferrara. Mas volvióse después tan tonto, que no me volvió á decir nada; pues de cierto que yo, por no vituperar á un bobo nécio y por amor á la patria, habría encontrado alguna excusa para echar un remiendo á aquella estúpida majadería suya.

Tan pronto como recibí la carta del reverendísimo cardenal de Ferrara, respondí que no sabía nada del cardenal de Gaddi y que si éste me hubiese hablado de tal cosa, tampoco me hubiera movido de Italia Su Señoría reverendísima, máxime teniendo en Roma mayor número de encargos que nunca desde atrás había

yo tenido; pero que á un deseo de Su Majestad cristianísima, manifestado por tal señor como lo era Su Señoría reverendísima, marcharíame en el acto, echando á un lado todas las demás cosas.

Después de mandar mi carta, aquel traidor de mi oficial perusino pensó en una mala pasada, la cual pronto le salió bien, merced á la avaricia del papa Paulo de Farnesio y aun más de su hijo bastardo, llamado ahora duque de Castro (1).

Aqueste dicho oficial dió á entender á uno de sus secretarios del mencionado Sr. Pedro Luis, que habiendo estado conmigo de oficial muchos años, sabía todas mis obras, por las cuales daba él fe á dicho Sr. Pedro Luis, de que era yo hombre de más de ochenta mil ducados de caudal, y que aquestos dineros tenía los yo en su mayor parte en pedrería; las cuales piedras eran de la Iglesia y las había yo robado por los tiempos del saco de Roma en el castillo del Santo Angel, y que viesen de hacerme prender en el acto y con secreto.

Había yo trabajado una mañana más de tres horas antes de amanecer en las obras de la antedicha esposa, y mientras que se abría mi tienda y se limpiaba, habíame echado la capa encima para dar una pequeña vuelta, y tomando el camino por la calle Julia, desemboqué por la parte de la Chiavica, donde el alguacil mayor Crispín, se me puso delante con todos sus esbirros, y me dijo:

(1) Pedro Luis Farnesio, hijo natural del papa Paulo III, fué por éste hecho duque de Castro en 1537.

—Eres prisionero del papa.

A lo cual repliqué:

—Crispín, tú me has tomado por otro.

—No, dijo Crispín; tú eres el insigne Bienvenido, que muy bien te conozco, y tengo que llevarte al castillo del Santo Angel, donde van los señores y los hombres de mérito iguales á tí.

Y como cuatro de aquellos caporales suyos se me echasen encima y con violencia me quisieran quitar una daga que llevaba yo á un lado y cierto anillo que tenía puesto en un dedo, el referido Crispín les dijo:

—No lo toque ninguno de vosotros; basta con que hagais vuestro oficio, y es el de impedir que huya.

Acercóseme después y con corteses palabras, me requirió el arma; mientras que yo se la daba, paré mientes en que en aquel mismo lugar había yo muerto á Pompeyo. De allí me llevaron al castillo y me encerraron en prisión, en un camarote de lo alto del macho. Esta fué la vez primera en que había estado yo preso hasta aquella mi edad de 37 años.

CI.

Pensando el Sr. Pedro Luis, hijo del papa, en la gran cantidad de dineros que era aquella por la cual se me acusaba, en el acto pidió la merced á su padre el papa, de que le hiciese una donación de aquesta suma de dineros. El papa se lo concedió muy á gusto, y además le dijo que también le ayudaría á cobrarla; de modo que

estando yo en prisión ocho días enteros, al cabo de los ocho días y por dar algún término á esta cosa, me mandaron al interrogatorio.

Fuí llamado á una de aquellas salas que están en el castillo del papa, lugar muy honroso, y los examinadores eran el gobernador de Roma, el cual se llamaba el Sr. Benedicto Conversini, pistoyés, que luego fué obispo de Iesi; el otro era el procurador fiscal, de cuyo nombre no me acuerdo (1), y el tercero era el juez de los maleficios, el cual se llamaba el Sr. Benedicto de Cagli. Aquestos tres hombres me comenzaron á interrogar primero en amables palabras, y después con frases asperísimas y espantosas, causadas por haberles yo dicho:

—Señores míos, hace más de media hora que no dejáis de preguntarme sobre fábulas, que en verdad puede decirse que sólo charláis ó que fabláis, manera de decir la de charlar que no tiene tono, ó la de *fablar* (2) que

(1) Se llamaba Benedicto Valenti.

(2) He aquí una interpretación dada por el mismo Cellini á este pasaje: «El Dios de la Natura ha concedido al hombre en lo que hace á este modo del sonar de la voz cuatro diferencias, que son aquestas. La primera se llama *razonar*, lo cual quiere decir tanto como la *razón de las cosas*; la segunda se acostumbra á llamarla *parlar*, que significa *palabrear*, como lo hacen quienes recíprocamente se dicen *palabras* sustanciosas y bellas, que si bien éstas no son la razón misma de las cosas, manifiestan la vía del razonar; la tercera se dice *fablar*, con la cual voz se expresa *decir fábulas* y cosas insustanciales, que algunas veces son gratas y nunca injuriosas; la cuarta voz es la de *charlar*, que acostumbran los hombres que no saben nada y quieren de ese modo saber bastante.» (*Racconti di Benvenuto Cellini*. Venecia, 1828, pág. 21.)

no quiere decir nada; así que os ruego, como me digais aquello que querais de mí, y que oiga yo salir de vuestras bocas razonamientos y no fábulas y charlatanerías.

Al oír estas mis palabras, el gobernador, que era pistoyés, y no podía disimular su natural furibundo, me dijo:

—Hablas con mucha seguridad y aun con demasiada altanería; de modo que aquesta tu soberbia, yo te la haré volverse más humilde que un perrito, con los razonamientos que me oirás exponerte; los cuales no serán charlas ni fábulas como tú dices, antes bien serán materia de razonamientos, acerca de los cuales bien precisará que pongas todo de tu parte para decirnos la razón de ellos.

Y comenzó de aquesta guisa:

—Sabemos muy bien que estabas en Roma al tiempo del saco que sufrió aquesta infortunada ciudad de Roma; y por aquel tiempo te encontraste en este castillo del Santo Angel, donde fuiste empleado como bombardero. Y como quiera que tu arte sea la de aurífice y lapidario, el papa Clemente, por haberte conocido antes y por no haber aquí entonces otro de tal profesión, te llamó á su cámara secreta y te hizo desprender todas las piedras de sus tiaras, mitras y anillos, y fiándose luego de ti, quiso que tú se las cosieras encima; por lo cual guardaste para ti á escondidas de Su Santidad por valor de ochenta mil escudos. Esto nos lo ha dicho un oficial tuyo, con quien te confiaste y

jactaste de ello. Ahora te decimos liberalmente que busques la pedrería ó el valor de tales piedras preciosas, y después te dejaremos en libertad.

CII.

Cuando estas palabras escuché, no pude contener el que no me movieran á muy grande risa; luego de haberme reído un rato, dije:

—Muchas gracias doy á Dios de que por esta vez primera haya placido á Su Majestad que encarcelado me vea; no obstante de que no tenga yo la dicha de estar encarcelado por alguna ínfima cosa, como las más de las veces parece que ocurre á los jóvenes. Si esto que vos decís fuese verdad, no hay aquí riesgo alguno para mí de que debiera castigármese con pena corporal, habiendo perdido las leyes en aquel tiempo toda su autoridad; en vista de lo cual podríame excusar diciendo, que como ministro guardé aquel tesoro para la sacrosanta Iglesia apostólica, esperando entregárselo á un buen papa ó bien á aquel por quien me fuese reclamado cual ahora lo hicisteis vos, si la cosa fuese así.

Al oír estas palabras aquel rabioso gobernador pistoyés, no me dejó acabar de decir mis razones, antes furiosamente me dijo:

—Arréglalo del modo como quieras, Bienvenido, que á nosotros nos basta con haber recuperado lo nuestro; y aún así hazlo bien presto, si no quieres que hagamos

otra cosa que no son palabras. Y queriendo levantarse é irse, les dije yo:

—Señores, no he sido acabado de interrogar; así que, concludid de examinarme, y luego marchaos donde os plazca.

En seguida volvieron á sentarse con bastante cólera, como demostrando no querer oír más palabra alguna que yo les dijese, y medio levantados, por parecerles haber encontrado todo aquello que deseaban saber. Por lo cual comencé de aqueste tenor:

—Sabed, señores, como cerca de veinte años hace que habito en Roma, y jamás aquí ni en otra parte alguna estuve encarcelado.

Al oír estas palabras, el esbirro de aquel gobernador dijo:

—Sin embargo, tú has muerto hombres.

Entonces repliqué:

—Vos lo decís, que yo no; mas si viniera uno para mataros, sacerdote y todo, os defenderíais, y matando á aquél, las santas leyes os lo toleran; así que, dejadme decir mis razones, pues quiero que puedan deferirse al papa, porque apetezco poder justamente ser juzgado. De nuevo os digo que cerca están los veinte años que habito en esta maravillosa Roma, y en ella he hecho grandísimas obras de mi profesión; y como sé que aquesta es la sede de Cristo, con toda seguridad me prometiera que si un príncipe temporal hubiese querido hacerme alguna injusticia, habría yo recurrido á aquesta santa cátedra y á aqueste vicario de Cristo, para que

defendiese mis razones. ¡Ay de mí! ¿A dónde iré, pues, ahora? ¿Y á qué príncipe que me defienda de tan malévolas sinrazón? ¿No debíais antes de apresarme averiguar el paradero de aquesos ochenta mil ducados? Además, ¿no debíais ver la nota de las pedrerías que en aquesta Cámara apostólica están inscritas diligentemente de quinientos años á esta parte? Luego que hubiéseis hallado alguna falta, entonces es cuando debíerais coger todos mis libros, y á mí junto con ellos. Os haré presente que los libros en que están inscritas todas las pedrerías del papa y de las tiaras, todos están en pie, y no encontraréis absolutamente nada de aquello que tenía el papa Clemente que no se halle inscrito con la mayor diligencia. Sólo pudiera suceder, que cuando aquel pobre hombre del papa Clemente quiso concertarse con aquellos ladrones de los Imperiales que le habían robado Roma y ultrajado á la Iglesia, vino á negociar este acuerdo uno que se llamaba César Iscatinaro (1), si bien me acuerdo; el cual, habiendo casi concluído la concordia con aquel ofendido papa, éste, por halagarle un poco, dejó caer del dedo un diamante que valía cerca de cuatro mil escudos; y como el dicho Iscatinaro se inclinase á recogerlo, díjole el papa que lo guardara por amor suyo. Presente me encontré en auestas cosas, y si el antedicho diamante lo echárais de menos, ya os digo dónde fué á parar; mas pienso que de

(1) Alude á Juan Bartolomé de Gattinara.—Véase Guicciardini, *Saco de Roma*, al final.

seguro también esto habréislo de hallar escrito. Después, á vuestro grado podréis avergonzaros de haber ofendido á uno tal como yo, que tantas honrosas empresas he acometido en pro de aquesta sede apostólica. Sabed que si yo no hubiera estado aquí la mañana que los imperiales entraron en Borgo, sin impedimento alguno entraban en el castillo; y sin haber sido premiado por cuenta de aquello, me arrojé vigorosamente á la artillería que los bombarderos y los soldados del presidio habían abandonado, é infundí ánimos á un compañero mío llamado Rafael de Montelupo, escultor, que también él desfallecido habíase apartado todo lleno de temor y sin hacer nada; yo le enardecí, y él y yo solos matamos tantos enemigos, que los soldados tomaron otro camino. Yo fuí aquel que disparó un arcabuzazo al Scatinaro por haberle visto hablar con el papa Clemente sin respeto alguno, antes con pésimo escarnio, como luterano é impío que él era. Al saber esto el papa Clemente, hizo buscar por el castillo á aquel que tal cosa hubiese hecho, para ahorcarle. Yo fuí aquel que hirió al príncipe de Orange de un arcabuzazo en la cabeza, aquí, bajo las trincheras del castillo. Después he hecho para la santa Iglesia multitud de ornamentos de plata, oro y pedrerías, multitud de medallas y monedas muy bellas y estimadas. ¿Es, pues, aquesta la temeraria sacerdotal remuneración que se emplea con un hombre quien con tanta fe y tan grandes méritos os ha servido y amado? Andad á repetir al papa todo cuanto os he expuesto, diciéndole que él tiene toda su pedrería, mas

que yo jamás obtuve de la Iglesia ninguna otra cosa sino ciertas heridas y pedradas por aquel tiempo del saco; y que yo no pensaba tener otro capital sino una pequeña remuneración del papa Paulo, tal cual él habíamela prometido. Ahora hablo claro á Su Santidad y á vosotros sus ministros.

Mientras decía yo aquestas palabras, estaban éstos atentos á escucharme atónitos; y mirándose á la cara unos á otros, partiéronse de mí en actitud de asombro. Todos tres, de común acuerdo, fueron á referir al papa todo aquello que yo había dicho. Avergonzándose el papa, decretó con grandísima diligencia que debían revisarse todas las cuentas de las piedras preciosas. Después que hubieron visto cómo ninguna faltaba de allí, dejáronme estar en el castillo sin decirme nada. El señor Pedro Luis, pareciéndole también á él haber obrado mal, trató con presteza de hacerme morir.

CIII.

A poco tiempo de esta agitación, el rey Francisco había ya sabido minuciosamente cómo el papa me tenía ya en prisiones, y con cuán grande sinrazón.

Habiendo mandado por embajador al papa á un cierto gentilhombre suyo, el cual se llamaba monseñor de Morluc (1), escribió á éste que me reclamase al papa como hombre al servicio de Su Majestad.

(1) Juan de Montluc, hermano del mariscal del mismo nombre.

El papa, que era un hombre de muchos méritos y talentos, mas que en aqueste asunto mío se portó como un bobo y necio, respondió á dicho nuncio del rey que Su Majestad no se curase de mí, pues era yo un hombre muy provocativo con las armas, y por esto dábale advertencia á Su Majestad que me dejase estar, pues que él tenía en prisiones por homicidios y por otras diabluras mías de aquesta guisa.

El rey contestó de nuevo que en su reino se administraba muy buena justicia, y así como Su Majestad premiaba y favorecía á los hombres de alto ingenio, así por el contrario castigaba á los pendencieros; y que como Su Santidad me había dejado ir sin curarse del servicio de dicho Bienvenido, al verle en sus reinos, con mucho gusto hábale tomado á sus servicios, y como hombre suyo lo reclamaba.

Estas cosas hiciéronme grandísimo perjuicio y daño, con todo de ser los más honrosos favores que pueda apetecer uno de mis pares. El papa montó en tanta ira por el temor que le acosaba de que yo fuese á referir aquella malvada bribonería á mí hecha, que pensaba en todos los modos cómo pudiera con honor suyo hacerme morir.

El gobernador del castillo del Santo Angel era también un florentino, el cual se llamaba señor Jorge, caballero de Ugolini. Este hombre de bien tuvo conmigo la mayor cortesía que haya en el mundo, dejándome solo por el castillo, bajo la fe de mi sola palabra. Y como comprendía la gran sinrazón que habíaseme he-

cho, al quererle dar yo seguridades para irme de paseò por el castillo, dijome él que no las podía tomar, á causa de que el papa fijábase demasiado en aqueste negocio mío, pero que se fiaría liberalmente en mi fe, pues que por todos era sabedor de cuán honrado hombre era yo; dile mi palabra, y él me dió comodidades para que pudiese trabajar alguna cosa.

En esto, pensando que debía terminar aquesa indignación del papa, tanto por mi inocencia cuanto por los favores del rey, teniendo aún abierta mi tienda, venía al castillo mi mancebo Ascanio, y traíame algunas cosas para trabajar. Aun cuando poco pudiese yo trabajar, viéndome de aquel modo encarcelado con tan grande injusticia, eso no obstante, hacía de la necesidad virtud: tranquilamente y lo mejor que pude conllevaba aquesta mi perversa fortuna.

Habíanseme hecho muy amigos todos aquellos guardias y muchos soldados del castillo. Cuando el papa venía alguna vez á cenar en el castillo, durante el tiempo en que el papa estaba en el castillo, no tenía guardias, sino que estaba libremente abierto como un palacio ordinario; durante el tiempo que estaba así, acostumbrábase cerrar con más diligencia todas las prisiones. A mí no se me había hecho ninguna de estas cosas tales, antes libremente en todo ese tiempo andaba yo por el castillo. Y muchas veces algunos de aquellos soldados me aconsejaban que debía huirme, y que ellos me guardarían las espaldas, conociendo la gran sinrazón que se me hacía; á quienes contestaba yo haber dado la

fe de mi palabra al gobernador del castillo, el cual era muy hombre de bien, y me había otorgado tan grandes favores. Había allí un soldado muy bravo y muy ingenioso, quien decíame:

—Bienvenido mío, sabe que quien está en prisión no está obligado ni puede obligarse á guardar la fe de su palabra, así como ninguna otra cosa; haz lo que yo te digo, huye de aqueste bribón del papa y de su hijo bastardo, los cuales te quitarán la vida de cualquier modo.

Yo, que habíame propuesto de mejor voluntad perder la vida que faltar á aquel hombre de bien del gobernador del castillo en mi fe prometida, pasaba aqueste imponderable disgusto juntamente con un fraile de la casa Pallavicini, grandísimo predicador.

CIV.

Hallábase este preso por luterano: era muy buen compañero doméstico, mas como fraile era el mayor pícaro que hubiese en el mundo y dado á toda suerte de vicios. Admiraba yo sus hermosas virtudes, mas sus vicios feos grandemente aborrecía y libremente se los censuraba.

Este fraile no hacía más sino recordarme cómo no estaba yo obligado á guardar fe al castellano por hallarme en prisiones. A lo cual respondíle que si bien como fraile decía la verdad, como hombre no estaba en

lo cierto, porque uno que fuese hombre y no fraile tenía que guardar su fe en toda suerte de accidentes en que se hubiese visto; y así, yo, que era hombre y no fraile, no estaba dispuesto jamás á faltar á aquella mi simple y virtuosa fe.

Apercibido dicho fraile de que no podía lograr romperme por la vía de sus agudísimas y doctas razones, tan maravillosamente dichas por él, pensó tentarme por otra vía; y así dejó pasar muchos días, leyéndome entre tanto los sermones de Fray Jerónimo Savonarola, con comentarios tan admirables, que aún eran más bellos que las mismas pláticas; por lo cual quedaba yo absorto y no hubiera habido cosa alguna en el mundo que yo no hubiese hecho por él, fuera de faltar á la fe mia tal como he dicho.

Viéndome el fraile asombrado de sus talentos, pensó seguir otro camino y fué: que con suave modo comenzó á preguntarme qué medios hubiese yo tentado, cuando me encerraron, si me hubiese venido en voluntad el abrir aquellas prisiones para escaparme.

Queriendo yo también mostrar alguna sutileza de mi ingenio á aqueste valiente fraile, le dije que cualquiera cerradura, por difícilísima que fuese, de seguro abriríala yo, y mayormente las de aquellas prisiones, lo cual hubiera sido para mí como comerme un poco de queso fresco.

El referido fraile, por hacerme decir mi secreto, me vilipendiaba diciendo que muchas cosas dicen los hombres venidos á cierto crédito de personas ingeniosas,

que si ellos tratasen luego de poner por obra las cosas de que se jactan, perderían tanto el crédito, que ¡ay de ellos!; y que oía decirme cosas tan lejanas de la verdad, que si yo tratase de intentarlas, se pensaba que yo saldría de ellas con escaso honor.

Al oír esto y sintiéndome pinchado por ese demonio de fraile, le dije que siempre acostumbraba yo prometer de mí mismo con palabras mucho menos de aquello que sabía hacer con obras; y que aquesta cosa que había yo prometido acerca de las llaves era la más fácil de todas, y con breves palabras demostraríale que lo era tal como le decía.

E inconsideradamente, tal como lo dije, le mostré con facilidad lo que había yo afirmado. El fraile, aparentando no curarse de ello un punto, en el acto aprendió muy bien todo ello ingeniosísimamente.

Según más arriba he referido, aquel honrado castellano me dejaba andar solo por todo el castillo y ni siquiera de noche me encerraba, tal como con todos los demás lo hacía; además, dejábame trabajar en todo aquello que yo quisiese, tanto de oro y plata como de cera. Y si bien había yo trabajado muchas semanas en cierto lebrillo que hacía para el cardenal de Ferrara, encontrándome fastidiado por las prisiones, habíame aburrido de trabajar en aquella tal obra, y sólo hacía por ser menos enojosas algunas figurillas de cera; dicho fraile se apoderó de un pedazo de esa cera, y con dicho pedazo puso por obra aquello que acerca de las llaves impensadamente habíale yo enseñado.

Había tomado por cómplice y por encubridor á un llavero que estaba con dicho castellano. Aqueste llavero se llamaba Luis, y era paduano. Al querer encargar la susodicha llave, le denunció el cerrajero. Y como quiera que el castellano venía algunas veces á verme á mi estancia, viendo que estaba yo trabajando en aquellas figuritas, reconoció de pronto dicha cera y dijo:

—Aun cuando á este pobre hombre de Bienvenido hásele hecho uno de los mayores tuerfos que jamás se hicieran, conmigo no debiera hacer él aquesta operación; á mí, que le había otorgado aquel favor que no estaba en mi poder hacerlo; así pues, lo tendré en estrechísima custodia guardado, y nunca más en el mundo he de hacerle un favor.

Así hízome encerrar con alguna displicencia, máxime de palabras á mí dichas por ciertos sus aficionados servidores, los cuales me querían más de lo que decirse pueda, y ahora me echaban en cara todos los beneficios que obraba en mi pro aqueste señor castellano; de tal suerte, que en tal acaso llamábanme hombre desagradecido, vano y sin fé.

Y como uno de aquellos servidores, con más audacia de la que á él convenía me dijese aquestas injurias, teniéndome yo por inocente, respondíle enardecido diciendo que jamás falté á mi fe y que tal palabra estaba dispuesto á sostenerla con el valor de mi vida; y que si él ú otros decíanme más tan injustas palabras, diría que cualquiera que tal cosa dijese haríale yo desmentirse

por el gaxnate. Sin poder soportar la injuria corrió á la cámara del gobernador y trájome la cera con aquel molde hecho de la llave.

Tan pronto cómo hube visto la cera, le dije que él y yo teníamos razón; mas que hiciese porque yo hablara al señor castellano, pues libremente le diría el caso cómo fuese, el cual era de mucha más importancia de la que ellos pensaban. En el acto me hizo llamar el gobernador del castillo y yo le dije todo lo acontecido; por lo cual custodió más estrechamente al fraile, quien denunció á aquel llavero, que estuvo para ser ahorcado. Dicho gobernador aquietó la cosa que había llegado ya á oídos del papa; libró á su llavero de las horcas, y á mí dióme cuerda larga de igual modo como antes estaba.

CV.

Cuando vi sucederse aquestas cosas con tanto rigor, comencé á pensar en mi asunto, diciéndome:

—Si otra vez acaeciera uno de aquestos furores, y este hombre ya no se fiase de mí, no estaría más obligado á él, y tendría que emplear un poco de mi astucia, la cual cierto estoy de que me valiera de otro modo como la suya le valió á aquel frailuco.

Y comencé á hacer que me llevasen sábanas nuevas y gruesas, y á no devolver yo las sucias.

Al pedírmelas mis servidores, deciales que se estu-

viesen quedos, porque habíaselas dado á algunos de aquellos pobres soldados, y si tal cosa se supiese, aquellos pobrecitos corrían el peligro de ir á galeràs; de modo que mis mancebos y servidores, máxime Félix, fidelísimamente me guardaban muy bien el secreto de tal cosa acerca de dichas sábanas.

Me dediqué á vaciar un jergón y quemé la paja, porque en mi prisión había una chimenea donde poder hacer fuego. Comencé á hacer tiras de un tercio de brazo de anchura con aquestas sábanas; cuando hube hecho en aquella cantidad que me parecía que fuese bastante para descender desde la grande altura de aquel macho del castillo del Santo Angel, dije á mis servidores que había dado aquellas que yo quería, y que atendiesen á llevarme otras limpias y les devolvería siempre las sucias. Aquesta cosa tal se olvidó.

El cardenal de los Cuatro Santos (1) y el de Cornaro hicieron cerrar mi tienda á aquellos oficiales y servidores, diciéndome descaradamente que el papa no quería escuchar nada sobre dejarme ir, y que aquellos grandes favores del rey habíanme sido mucho más á mi contra que á mi pro. Porque las últimas palabras que había dicho monseñor de Morluc de parte del rey, habían sido: que Monseñor de Morluc dijese al papa que debía ponerme en mano de los jueces del tribunal ordinario; y que si había yo errado podía castigarme,

(1) Era cardenal, con el título de *los cuatro Santos Coronados*, el florentino Antonio Pucci.

mas no habiendo obrado mal exigía la razón que él me dejase libre. Estas palabras causaron tal enojo al papa, que tenía resuelto no dejarme libre nunca jamás.

Cierto era que aqueste castellano me ayudaba. Viendo por aquel tiempo mis enemigos que estaba cerrada mi tienda, decían con escarnio todos los días algunas frases injuriosas á aquellos de mis servidores y amigos que me venían á visitar.

Ocurrió un día que Ascanio, el cual diariamente venía dos veces á verme, pidióme que yo le permitiese hacer cierto vestidillo para sí de un vestido mío de raso azul, que yo no llevaba nunca, y sólo me sirviera aquella vez que con él estuve en procesión; mas yo le dije que ni aquellos eran tiempos ni yo estaba en lugar para que él llevase tales vestimentas.

El joven llevó tan á mal que yo no le diese aquesta mezquina vestidura, que me dijo quererse ir á Tagliacozzo á su casa. Todo encolerizado le dije que me hiciera el favor de quitárseme de delante, y el juró con grandísima ira no volver jamás á mi presencia. Cuando aquesto decíamos, estábamos paseando en torno al macho del castillo; y sucedió que también se paseaba el castellano. Encontrándonos junto á Su Señoría, dijo Ascanio.

—Me voy de aquí; adiós para siempre.

Y á esto le repliqué:

—Para siempre quiero que sea, y así pues fuere verdad; encargaré á la guardia que nunca más te dejen pasar.

Y volviéndome hacia el gobernador, le rogué de todo corazón cómo encargase á la guardia que jamás dejaran pasar á Ascanio, diciendo á Su Señoría:

—Aqueste villanuelo viene á añadir mal á mis grandes males; y así, pues, os suplico, señor mío, que nunca más dejéis vos entrar á este.

Sentíalo bastante el castellano, pues que lo diputaba de maraviloso ingenio; además de esto, era de tan hermosas formas de cuerpo, que parecía que viéndole cualquiera una sola vez, quedase por él rendidamente prendado. Dicho joven íbase llorando, y llevaba un pequeño sable suyo, que algunas veces secretamente solía llevar. Al salir del castillo, con el rostro lleno de lágrimas, encontróse con dos de mis mayores enemigos, quienes eran uno de ellos aquel Jerónimo perusino de suso dicho (1), y el otro un cierto Miguel, aurífices los dos. Por ser este Miguel amigo de aquel bribón del perusino y enemigo de Ascanio, dijo:

—¿Qué quiere decir que Ascanio lllore? ¿Quizás se le ha muerto su padre? Hablo de aquel padre del castillo.

Al oír esto Ascanio, exclamó:

—Vivo está él, mas tú muerto quedarás ahora mismo.

Y alzando la mano con aquella cimitarra suya, le tiró dos tajos, ambos en la cabeza, que con el primero le derribó á tierra y del segundo le cortó tres dedos de la mano derecha, dándole además en la cabeza.

(1) Jerónimo Pascucci, ya nombrado en otro pasaje.

Allí quedó como muerto. En seguida se lo refirieron al papa; y el papa, con gran cólera, dijo aquestas palabras:

—Pues que el rey quiere que sea juzgado, dénselo tres días de tiempo para defender su razón.

Vinieron en el acto é hicieron el oficio que habíales cometido el papa. Aquel honrado castellano fué inmediatamente á ver al papa, é hizole saber con claridad cómo yo no era sabedor de tal cosa, y que yo lo había expulsado fuera. Defendíome tan admirablemente, que salvó mi vida de aquel gran furor.

Ascanio huyóse á su casa de Tagliacozzo, y de allí me escribió pidiéndome mil veces perdon, que conocía haber andado tuerto en añadir enojos á mis grandes males; mas si otorgábame Dios la merced de que yo saliese de aquella cárcel, que él querría nunca más abandonarme. Le hice advertir de que se diera por escarmentado, y que si Dios me daba libertad, habíale de llamar de todas maneras.

CVI.

Este gobernador padecía todos los años cierta enfermedad que le traía vuelto el seso del revés; y cuando tal cosa comenzaba á acontecerle, hablaba bastante y al modo de una charla. Y aquestos humores suyos eran diversos en cada año, porque una vez parecía ser una orza de aceite; otra vez le parecía que era una rana, y

saltaba como la rana; otra vez creyó haberse muerto, y fué preciso enterrarle; así, pues, cada año venía á caer en alguna de aquestas tales manías.

Esta vez dióse á imaginar que era un murciélago, y mientras andaba de paseo daba algunas veces chillidos tan sordos como los dan los murciélagos, y aun daba cierto movimiento á sus manos y al cuerpo, á la manera como si hubiese querido volar.

Sus médicos, que de ello habíanse percatado, así como sus viejos servidores, le daban todos los gustos que imaginar podían; y pareciéndoles que lograba gran placer de oirme departir, de allí á poco venían por mí y llevábanme adonde él se encontraba. Por lo cual este pobre hombre hubo veces de tenerme consigo cuatro ó cinco horas enteras, sin cesar nunca de hablar con él. Teníame á su mesa de comedor enfrente de sí, y jamás dejaba de hablar ó de hacerme hablar; mas yo, en medio de aquellos razonamientos, comía, sin embargo, bastante bien. Él, el pobre hombre, no comía ni dormía; de modo que habíame arruinado hasta el punto de no poder más; y mirándole algunas veces á la cara, veía yo que las pupilas de sus ojos estaban espantadas, porque una miraba hacia un lado y la otra hacia otro.

Comenzó á preguntarme si había yo tenido alguna vez la fantasía de volar; á lo cual repuse, que todas aquellas cosas reputadas por los hombres como por las más difíciles, eran las que yo más á gusto había intentado y hecho; y aquesta del volar, por haberme de natura dado como presente Dios un cuerpo muy apto y dis-

puesto para correr y saltar mucho más que es lo ordinario, añadiendo luego algún pequeño ingenio que manualmente fabricase, dábame el corazón que podía volar.

Este hombre comenzó á preguntarme de qué modo lo haría, á lo cual le dije que, considerando los animales que vuelan y queriendo imitar con el arte aquello que les había sido dado por la Natura, no había ninguno que se pudiera imitar sino ser el murciélago. Así que este pobre hombre oyó el nombre de murciélago, que era la manía por la que él pecaba aquel año, dió grandísimas voces, diciendo:

—¡Dice la verdad, dice verdad; así es, así es! Y luego volvióse hacia mí y me dijo:

—Bienvenido, ¿si hubiera quien te diese medios, tendrías corazón para volar?

A lo cual respondí, que si luego quería darme libertad, con alientos me hallaba para volar hasta Prati, haciéndome un par de alas de tela de lino sutil y encerradas. Entonces replicó él:

—También yo tendría ánimos. Mas como el papa me ha mandado que cure de tí como de las niñetas de sus ojos, y conozco que tú eres un diablo ingenioso que te huirías, por eso voy á hacerte encerrar bajo cien llaves, á fin de que no te me escapes.

Me puse á suplicarle, recordando que me hubiera podido huir, y que por amor á la fe de mi palabra que dada le tenía, jamás hubiéralo yo intentado; y así le rogaba por el amor de Dios y por tantos beneficios

cuantos me había hecho, que no quisiera añadir un mayor mal á los grandes que sobre mí tenía. Mientras decíale yo aquestas palabras, mandaba él expresamente que me atasen y que me dejaran en prisiones bien cerrado. Cuando ví que no había otro remedio, le dije en presencia de todos los suyos:

—Encerradme bien y con buenas guardas, porque ahora es cuando de cualquier modo me huiré.

Así me condujeron y encerraron con maravillosa diligencia.

CVII.

Entonces comencé á pensar en la manera cómo había yo de arreglármelas para huir. Tan pronto como me ví encerrado, púseme á examinar cómo estaba la prisión á que me hallaba reducido. Pareciéndome haber encontrado con toda seguridad el modo de salir de allí, comencé á pensar acerca de cómo debía descender desde la grande altura de aquel macho, que así se llama ese alto torreón; y tomando aquellas mis sábanas nuevas, que ya dije había yo hecho tiras muy bien cosidas, estuve examinando qué cantidad me bastaría para poder bajar.

Juzgado que hube de aquello que pudiera servirme y preparado ya todo, encontré un par de tenazas que había yo quitado á un saboyano, el cual era uno de los guardas del castillo. Cuidaba éste de los toneles y cisternas, entreteniéndose también en trabajar de car-

pintero; y como tenía muchos pares de tenazas y entre ellos uno muy grueso y grande, pensando que serían mi salvación, se lo quité y lo escondí dentro de aquel jergón.

Llegado que hubo al fin del tiempo en que de él quise valerme, comencé con ellas á tentar los clavos que sostenían los barrotes; y como era doble su salida, no podía verse el remache de los referidos clavos; de modo que probando de sacar uno de ellos, hube de sufrir grandísima fatiga; más al fin y á la postre obtuve buen éxito. Una vez que saqué este primer clavo, púseme á imaginar el modo cómo debía habérmelas para que no se percatasen de ello.

Presto me las arreglé con un poco de raspaduras de hierro enmohecido mezcladas con un poco de cera, la cual resultaba precisamente del mismo color de aquellas cabezas de clavo que había yo quitado; y con esa cera diligentemente comencé á contrahacer aquellas cabezas de clavo sobre sus barrotes, y uno tras otro, tantos como yo sacaba, otros tantos contrahacía de cera. Dejé los barrotes sostenidos cada uno arriba y abajo con algunos de los mismos clavos que había yo sacado y vuelto á meter luego de cortarlos, poniéndolos después ligeramente en su sitio; de suerte que me sostenían los barrotes.

Esto lo hice con grandísima dificultad, porque el castellano soñaba todas las noches que habíame yo ido, por lo cual mandaba á ver de hora en hora la prisión, y aquel que á verla venía era esbirro de nombre y de

hechos. Llamábase el Chichón y llevaba siempre consigo á otro que se llamaba Juan, por sobrenombre Sabañón; éste último era soldado, y aquél era servidor. No había vez que este Juan viniera á mi prisión que no me dijese alguna injuria. Era del territorio de Prato, y había estado en Prato en una botica; miraba con la mayor diligencia todas las tardes aquellos barrotes y la prisión entera, y yo le decía:

—Guardadme bien, porque quiero escaparme de cualquier modo.

Aquestas palabras engendraron una grandísima enemiga entre él y yo.

Con muy gran presteza todos aquellos hierros míos, como eran las tenazas, un puñal bastante grande y otras cosas análogas, con la mayor diligencia guardábalos dentro de mi jergón; también metía dentro de aqueste jergón aquellas fajas que había yo hecho. Tan pronto como era de día, en el acto me limpiaba; así es que si por natural mío me complazco en la limpieza, entonces estaba yo limpidísimo. Después de barrer, rehacía yo mi lecho muy gentilmente, y lo adornaba con algunas flores que hacía llevar cada mañana por cierto saboyano. Este saboyano curaba de la cisterna y de los toneles; y también entreteníase en trabajar de carpintero. A él fué á quien robé las tenazas con que desclavé los clavos.

CVIII.

Y volviendo á mi lecho, cuando el Chichón y el Sabañón venían, jamás deciales yo otra cosa sino que no se acercasen á mi cama, á fin de que no me la desbarataran ni manchasen, diciéndoselo en todas ocasiones; sin embargo, algunas veces, por mofa, tocaban ligeramente un poco mi lecho, por lo cual decía yo:

—¡Ah, sucios bellacos! He de echar mano á una de vuestras espadas; y tal disgusto os daré, que os he de hacer maravillar. ¿Paréceos que sois dignos de tocar el lecho de un par mío? Esto no lo consentiré en mi vida, y cierto estoy de que por esto os quitaré la vuestra; así que dejadme estar con mis disgustos y mis tribulaciones, y no añadáis más afanes á los que yo me tengo; si no, he de haceros ver qué cosas obra un desesperado.

Aquestas palabras repitiéronlas ellos al castellano, el cual les ordenó expresamente que nunca se acercasen á aquel mi lecho, y que cuando viniesen á verme fueran sin espadas y que curasen muy bien del resto. Habiéndome yo asegurado respecto del lecho, parecióme haber conseguido lo principal; puesto que allí estaba lo importante de todos mis menesteres.

Una tarde de fiesta, sintiéndose el gobernador muy mal dispuesto y recrecidos aquellos humores suyos, empezó á decir que era murciélago, y que si notaban

cómo Bienvenido hubiese volado fuera, que le dejaran ir á él, quien me alcanzaría, puesto que de seguro volaría él, hasta de noche, mucho más rápido que yo, añadiendo: «Bienvenido es un murciélago contrahecho, y yo soy un murciélago de veras; y como á mí se me ha confiado su guarda, dejadme á mí que me las entienda, pues bien presto le alcanzaré.»

Habiendo permanecido muchas noches con esta manía, había cansado á todos sus servidores; y yo supe todo esto por diversas vías, máxime por aquel saboyano, quien queríame bien. Resolvíme á huir de cualquier modo aquella tarde de fiesta. En primer lugar, elevé á Dios devotísima oración, suplicando á Su Divina Majestad que se dignase darme amparo y ayuda en aquella tan peligrosa empresa; después puse mano á todas las cosas que quería yo hacer, y trabajé toda aquella noche. Cuando faltaban dos horas para amanecer, saqué aquellos barrotes con grandísima fatiga, porque el batiante de madera de la puerta y hasta el cerrojo formaban un obstáculo, por lo cual no podía yo abrir. Tuve que hacer astillas la madera; sin embargo, al fin logré abrir, y echándome encima aquellas fajas, las cuales había envuelto al modo de husos de lino en dos maderitos, salí afuera y me marché á los lugares comunes del macho, y descubriendo por la parte de adentro dos tejas del techo, en el acto salté fácilmente de allí arriba.

Encontrábame yo en jubón blanco, con un par de calzas blancas y un par de borceguíes, dentro de los cuales metí aquel puñalito antes mencionado. Luego tomé

un cabo de aquellas fajas mías y lo acomodé á un pedazo de teja antigua que estaba en el muro del referido macho; por acaso, apenas sobresalía aquésta fuera cuatro dedos. La faja estaba dispuesta al modo de un estribo. Colgado que la hube de aquel pedazo de teja, volvíme hacia Dios, y dije:

—Señor Dios, ayuda á mi razón, porque la tengo como sabes, y porque yo también me ayudo. Dejándome escurrir poco á poco, sostenido á fuerza de brazos, llegué hasta el suelo. No había luz de luna, pero la noche era muy clara. Cuando estuve en tierra miré la grande altura que había yo salvado tan animosamente, y gozoso continué mi camino, pensando estar libre.

Mas esto no fué así en verdad, porque el gobernador del castillo había hecho levantar por aquella parte dos muros bastante altos, y empleábalos para establo y gallinero. Aqueste lugar estaba cerrado por la parte de afuera con grandes cerraduras. Visto que no podía yo salir de allí, dábame grandísimo enojo.

Mientras que andaba yo adelante y atrás pensando en mi negocio, dí con loş pies en una gran pértiga, la cual estaba recubierta con la paja. Con gran dificultad la enderecé junto aquel muro; después, á fuerza de brazos, la hice llegar hasta lo alto del muro. Y como aquel muro era tajante, no podía tener fuerza para tirar hacia arriba la antedicha pértiga; por eso me resolví á colgar un pedazo de aquella faja, que era el otro huso, porque uno de los dos quedóse atado al macho del castillo; así pues, tomé un pedazo de aquesta otra faja

como he dicho, y atándola en aquella viga, salvé aqueste muro, lo cual dióme grandísima fatiga y me dejó muy rendido. Además, despellejéronseme por dentro las manos, que chorreaban sangre, por lo cual me puse á descansar y me bañé las manos con mi orina misma.

Estando así, cuando me pareció que mis fuerzas se hubieron restaurado, llegué al último recinto de las murallas, que mira hacia Prati; coloqué aquel ovillo de faja con el cual quería yo abrazar una almena, y del mismo modo que había hecho desde mayor altura, hacerlo en aquesta menor; habiendo, según digo, colocado mi faja, se me apareció encima uno de aquellos centinelas que daban la guardia.

Viendo impedido mi intento y al mirarme en peligro de la vida, me dispuse á dar frente á aquella guardia; la cual, visto mi ánimo resuelto y que me iba tras él con mano armada, apretó el paso dando muestras de evitarme. Habiéndome separado un poco de mi faja, prestísimo me volví atrás; y si bien ví otra guardia, tal vez ésta no quiso verme á mí. Llegado que hube á mi faja, la até al merlón y me puse á bajar; estando en lo cual, acaso por parecerme estar próximo á tierra abrí las manos para saltar, ó bien por estar fatigadas las manos no pude resistir tal fatiga; es lo cierto que caí, y en aquesta caída me dí un golpe en la memoria (1) y

(1) Así llamaba entonces el pueblo al *occipucio* (ó parte posterior de la cabeza), por creer que allí residía la facultad de la memoria. Véase cómo la frenología y las modernas localizaciones cerebrales tienen un antiguo fundamento vulgar.

quedé desvanecido más de hora y media, según puedo yo juzgar.

Después, próximo á alumbrar el día, aquel poco de fresco que se siente una hora antes de salir el sol hízome volver en mí, aun cuando encontréme todavía desmemoriado, pareciéndome como si me hubiesen cortado la cabeza, y me parecía estar en el purgatorio. Estando así, poco á poco volvieron á su ser mis sentidos, y me apercibí de que estaba fuera del castillo, acordándome de pronto de todo aquello que hecho había; y como el golpe en la parte de la memoria lo sentí antes de que me percatase de la rotura de la pierna, pues al llevarme á la cabeza las manos las aparté tintas en sangre, palpándome bien, luego conocí y aprecié no tener daño que de importancia fuese; pero al querer alzarme de la tierra, encontréme rota mi pierna derecha tres dedos por encima del talón.

Ni aún esto me asustó. Saqué mi puñalito juntamente con la vaina, que por tener aquesta en la punta un herrete con una bolita bastante gruesa en su cúspide, había sido causa de haberme roto la pierna; porque chocando el hueso con el bulto de aquella bolita, no pudiendo doblegarse el hueso, fué causa de que por aquella parte se rompiera. De suerte que tiré la vaina del puñal, y con éste corté un pedazo de aquella faja que me había sobrado, y lo mejor que pude até la pierna; luego, con dicho puñal en la mano, me fuí á gatas hacia la puerta. Llegado que hube á la puerta, la encontré cerrada, y viendo precisamente debajo de aquésta cierta

piedra que juzgué no estar sujeta muy fuerte, probé á descalzarla, puse manos en ello y sintiéndola moverse, fácilmente me obedeció; echéla fuera, y por allí me entré.

CIX.

Más de quinientos pasos había andado desde el lugar donde caí, hasta la puerta por donde entré. Penetrado que hube dentro de Roma, echáronse encima ciertos canes mastines, y malamente me mordieron; á los cuales, volviéndose muchas veces para ofenderme, tiré con aquel puñal mío y pinché á uno tan gallardamente que se fué aullando mucho; de suerte que tras de él echaron los otros canes, como es costumbre suya, y yo fuíme de prisa á gatas hacia la iglesia de la Trisopontina.

Cuando llegué á la embocadura de la calle que vuelve hacia el Santo Angel, de allí tomé el camino para irme hacia San Pedro; de modo que echándose encima el día, consideré que había peligro para mí, y encontrando á un aguador que llevaba cargado su asno con sus cántaras llenas de agua, le llamé suplicándole que me levantase en peso y me subiese hasta lo alto de las escalinatas de San Pedro, diciéndole:

—Yo soy un pobre joven que por aventuras de amor he querido descender de una ventana; así me he caído y roto una pierna. Y como el lugar de donde he salido

es de grande importancia y corro el peligro de que me hagan pedazos, por eso te ruego que me lleves presto y te daré un escudo de oro.

Y eché mano á mi bolsa donde tenía yo una buena cantidad de ellos. En seguida cogióme, cargó conmigo muy á gusto y me llevó al mencionado rellano de las escalinatas de San Pedro; hice que allí me dejase y le dije que corriendo se volviera á su asno.

Enseguida tomé el camino siempre á gatas, y me fui á casa de la duquesa, mujer del duque Octavio (1) é hija del emperador (natural, no legítima), que había sido mujer del duque Alejandro, duque de Florencia, y porque sabía yo con toda certidumbre que junto á esta gran princesa estaban muchos amigos míos que con ella habían ido de Florencia; también me había hecho favor mediante el castellano. Pues queriéndome ayudar, dijo al papa, cuando la duquesa hizo su entrada en Roma, que yo fui causa de salvar por valor de más de mil escudos de daños que les hacía una gruesa lluvia; por lo cual dijo que estaba desesperado, y que yo le dí ánimos y le dije cómo había yo apuntado ciertas grandes piezas de artillería hacia aquella parte donde eran más espesas las nubes y habían ya comenzado á caer unas gotas de agua gordísimas; por lo que habiendo comenzado á disparar aquesta artillería, paróse la lluvia, y á las cuatro veces mostróse el sol; y que

(1) Margarita, viuda del duque Alejandro, se casó después (en 1538) con Octavio Farnesio, sobrino del papa Paulo III.

así había sido yo por completo la causa de que aquella fiesta había pasado muy bien; y cuando lo supo la duquesa, había dicho:

—Ese Bienvenido es uno de aquellos hombres de mérito que estaban en la buena memoria del buen duque Alejandro mi marido, y siempre tendré cuenta de los tales cuando fuese ocasión de favorecerles.

También había hablado de mí al duque Octavio su marido. Por aquestas causas me fuí en derechura á la casa de Su Excelencia, la cual estaba en Borgo Vecchio, en un bellissimo palacio que allí hay, donde hubiera estado segurísimo de que el papa no me hubiese de tocar. Mas como lo que hasta entonces había yo hecho era demasiado extraordinario para un cuerpo humano, no queriendo Dios que yo tuviese tal vanagloria, quiso por mi bien darme aún mayor disciplina de lo que había sido la pasada. Y fué la causa que mientras á gatas subía yo por aquellas escalinatas, reconocíome enseguida un servidor que estaba con el cardenal Cornaro, el cual estaba alojado en palacio. Este servidor corrió á la cámara del cardenal, y de spertándole dijo:

—Monseñor Reverendísimo, por ahí anda vuestro Bienvenido, quien se ha escapado del castillo y va á cuatro pies todo ensangrentado; por cuanto se manifiesta, hásele roto una pierna y no sabemos adonde irá.

El cardenal contestó enseguida.

—Corred y traedme en vilo aquí á mi cámara.

Una vez que estuve junto á él, me dijo que no temiese por nada, y mandó en el acto por los primeros

médicos de Roma, los cuales me medicinasen; y vino un tal maestro Jacobo (1) de Perugia, muy excelente cirujano; aqueste, de admirable modo me acomodó el hueso, fajóme luego y con su propia mano me sangró; habiéndoseme hinchado las venas mucho más de lo ordinario y además queriendo él abrir un poco la herida, salió tan fuerte golpe de sangre, que le dió en la cara, cubriéndosela en tal abundancia, que no podía valerse para hacerme la cura. Habiendo diputado aquesto por de muy mal agüero, con gran dificultad me curaba; y muchas veces me quiso dejar, acordándose de que también él incurría en no pequeña pena por haberme medicado, ó más bien concluido de medicarme. El cardenal me hizo poner en una cámara secreta y enseguida se fué á palacio con intención de pedir por mí al Papa.

CX.

Entretanto habíase levantado un rumor grandísimo en Roma, que ya se habían visto las fajas atadas al gran torreón del macho del castillo, y todo Roma corría para mirar aqueste imponderable suceso. El castellano había caído en una de las mayores manías de su locura, y á despecho de todos sus servidores, quería volar también él desde aquel macho, diciendo que nin-

(1) Giacomo Rastrelli, nombrado ya por Cellini en el capítulo XLVII.

guno podríame atrapar sino él volando en derechura hacia mí.

El señor Roberto Pucci, padre del señor Pandolfo, habiendo oído aquesta gran novedad, fué en persona para verla; luégo fuése de allí á palacio, donde se encontró con el cardenal Cornaro, el cual dijo todo lo ocurrido y como estaba yo en una de sus cámaras ya medicado. Aquestos dos hombres de bien fueron de común acuerdo á echarse de rodillas ante el Papa, quien primero de permitirles hablar nada, dijo:

—Yo sé todo aquello que de mí quereis.

El señor Roberto Pucci contestó:

—Beatísimo Padre, os pedimos por gracia aquel pobre hombre, quien por sus talentos merece se tenga con él alguna consideración; y además de aquellos, ha mostrado tanto valor unido á tanto ingenio, que no parece cosa humana. Nosotros no sabemos por qué pecados Vuestra Santidad le ha tenido en tan largas prisiones; pero si aquellos pecados fuesen demasiado exorbitantes, Vuestra Santidad es santo y sabio, y cúmplase arriba y abajo la voluntad suya; mas á ser cosas que concederse puedan, rogámosle que á nosotros nos haga merced de ello.

Avergonzándose el Papa al oír esto, dijo:

—Que me había tenido en prisiones requerido por alguno de los suyos, á causa de ser él algún tanto vehementemente, y añadió:

—Mas conociendo sus talentos y queriéndole tener cerca de Nos, habíamos dispuesto darle tal beneficio

que no hubiese tenido motivo para tornarse á Francia. Harto me pesa de sus grandes males; decidle que trate de curarse, y curado que esté, Nos proveeremos al remedio de sus afanes.

Vinieron estos dos hombres honrados y diéronme aquesa buena nueva de parte del Papa. En el intervalo vino á visitarme la nobleza de Roma, jóvenes, viejos y de todas las estirpes. También el castellano, fuera de sí, se hizo presentar al Papa; y cuando estuvo delante de Su Santidad comenzó á gritar, diciendo que si no me devolvía á las prisiones hacíanle á él una gran sinrazón; añadiendo:

—Se me ha fugado bajo la fe de la palabra que me diera. ¡Ay de mí, que se me ha volado fuera y me prometió no volar!

El Papa dijo riéndose:

—Andad, andad, que yo os lo devolveré de cualquier modo.

El castellano entonces añadió, dirigiéndose al Papa:

—Mandad á él el gobernador, el cual averigüe quién le ha ayudado á huir; porque si es alguno de mis hombres, quiero colgarle del pescuezo en aquel merlón por donde Bienvenido se ha escapado.

Luego que partióse el castellano, el Papa llamó al gobernador sonriendo, y dijo:

—Aqueste es un bravo mozo y ella una estupenda aventura; con todo de que cuando yo era joven también descendí de aquel mismo lugar.

El Papa decía verdad, porque había estado preso en

el castillo por haber falsificado un Breve, cuando estaba de abreviador de *parco majoris* (1); el papa Alejandro habíale tenido bastante tiempo encarcelado; y luego, por ser la cosa demasiado fea, habíase resuelto cortar-le la cabeza. Mas estando por venir las fiestas del *Corpus Domini*, lo supo todo el Farnesio; hizo que fuera Pedro Chiavelluzzi con muchos caballos, y corrompió con dineros á algunas de las guardias del castillo; de modo que el día del *Corpus Domini*, mientras que el Papa iba en procesión, Farnesio fué metido en un cesto y descolgado con una cuerda hasta tierra (2). Aún no estaba fabricado el recinto de las murallas al castillo, sino que sólo estaba el torreón, de suerte que él no tuvo aquellas grandes dificultades que yo tuviera para huir de allí; además, él estaba preso con razón y yo sin ella. No quiso más que jactarse con el gobernador de haber sido también él en su juventud animoso y valiente; y no se percató de que le descubría sus grandes bribonadas. Y dijo:

— Andad y decidle que claramente os declare quién le dió ayuda; y haya sido quien quiera, basta saber que se le perdona, y prometédselo claramente vos.

(1) Los abreviadores de *Parco majoris* y de *Parco minoris* eran oficiales muy considerados en la Curia romana; llamábanse así, por escribir los Breves.

(2) Este hecho, narrado también por Panvinio en la *Vida de Paulo III*, ocurrió bajo el pontificado de Inocencio VIII, y no bajo el de Alejandro VI, como dice Bienvenido Cellini.

CXI.

Vino á verme aqueste gobernador, el qual había sido hecho dos días antes obispo de Iesi; y llegado que hubo hasta mí, me dijo:

—Bienvenido mío, aun cuando sea mi oficio aquel que más espanto infunde en los hombres, vengo á tí para darte seguridades; y así tengo autoridad para prometértelas por comisión expresa de Su Santidad, el cual me ha dicho que también él se huyó de allí, mas no sin haber tenido muchos que le dieran ayuda y compañía, pues de otra suerte no lo hubiese podido hacer. Júrote por los Sacramentos que encima llevo (pues de dos días acá he sido hecho obispo), que el papa te ha libertado y perdonado, y harto le pesa de tu grande mal; mas atiende á curarte y tómalo todo como lo mejor, pues aquesta prisión que ciertamente inocentísimo has sufrido, será tu salud para siempre, porque hollarás la pobreza y no tendrás que ir de regreso á Francia, llevando con tribulaciones tu vida por aquesta parte y por aquella. Así, pues, dime libremente cómo ha ocurrido el caso y quién te ha prestado auxilio; luego te conforta, descansa y cúrate.

Comencé desde el principio y le referí punto por punto cómo había ocurrido toda la aventura, dándole muchos pelos y señales, hasta lo del aguador que me había llevado acuestas. Escuchádolo que hubo todo el

gobernador, dijo:—En verdad que aquestas son cosas demasiado grandes para hechas por un hombre solo, y no son creíbles en otro hombre sino en tí.

Así, pues, haciéndome sacar fuera la mano, dijo:

—Estáte tranquilo y fortalécete, que por aquesta mano que yo te toco libre eres, y como vivas serás feliz.

Partióse de mí, que había tenido en espera un montón de grandes caballeros y señores que venían á visitarme, diciendo entre ellos:

—Vamos á ver aquel hombre que hace milagros.

Permanecieron aquéstos junto á mí; quiénes de ellos me hacían ofertas, y quiénes me entregaban presentes. En tanto el gobernador llegóse al papa y comenzó á contar las cosas que yo le había dicho; precisamente acertó á estar allí el señor Pedro Luis su hijo, y todos daban muestras de grandísimo asombro. El papa dijo:

—En verdad que aquesta es demasiado grande aventura.

El señor Pedro Luis añadió entonces, diciendo:

—Beatísimo Padre, si en libertad le ponéis, ha de hacerlas mayores, porque aqueste es un hombre de un ánimo muy audaz. Voy á contaros otra que no sabéis. Aqueste vuestro Bien venido, antes de estar en prisiones, tuvo unas palabras con un gentilhombre del cardenal Santa Fiore (1); las cuales palabras se ocasionaron de una pequeñez que aqueste gentilhombre habíale dicho á Bienvenido, y á la que éste respondió brava y enardeci-

(1) Guido Ascanio Sforza, hijo de Bosio, conde de Santa Fiora, y de Constanza Farnesio.

damente, hasta el punto de mostrar signos de querer armar cuestión. Dicho gentilhombre se lo refirió al cardenal Santa Fiore, el cual dijo que si le ponía las manos encima había de sacarle la locura de la cabeza. Supo esto Bienvenido, quien tenía dispuesta una escopeta, con la cual hace blanco de continuo contra un ochavo; y un día que se asomó el cardenal á la ventana, estando la tienda de dicho Bienvenido bajo el palacio del cardenal, tomó su escopeta y preparóse para tirar al cardenal. Mas percatándose de ello aqueste, retiróse en el acto. Bienvenido, porque no se figurase tal cosa, disparó á una paloma zorita que anidaba en un agujero sobre lo alto del palacio, y dió á dicha paloma sobre la cabeza, cosa imposible de creer. Ahora haga Vuestra Santidad de él todo lo que le plazca; yo no quiero incurrir en la falta de no habérselo dicho. Pudiérale también, pareciéndole haber estado preso sin razón, venir en deseos de tirar alguna vez contra Vuestra Santidad. Es de un ánimo demasiado fiero y demasiado resuelto. Cuando mató á Pompeyo, dióle dos puñaladas en la garganta por entremedio de diez hombres que le resguardaban; y luego se puso á salvo, con escarnio no pequeño de éstos, los cuales eran no obstante hombres de valor y de confianza.

CXII.

Presente á aquestas palabras, hallábase aquel gentilhombre del Santa Fiore, con el cual había yo tenido

disputa, y confirmó al papa todo aquello que su hijo habíale dicho. El papa estaba engreído y no hablaba nada. No quiero pasar por alto sin decir mis razones justa y santamente.

Aqueste gentilhombre del Santa Fiore vino un día á verme y me trajo un pequeño anillo de oro, el cual estaba todo él manchado de azogue, diciendo:

—Límpiame aqueste anillito y hazlo presto.

Yo, que tenía por delante muchos importantísimos trabajos de oro y pedrería, y además, sintiéndome también, de seguro, al recibir órdenes de uno á quien jamás había yo visto ni hablado, le contesté que no tenía entonces el bruñidor, y que se fuese á otro. Aquel hombre, lo más fuera de propósito del mundo, me dijo que era yo un asno. A la cual palabra repliqué que no decía verdad y que era yo un hombre en todos sentidos mayor que él; mas que si me agujoneaba, había yo de darle bien de coces más fuertes que si fuera un asno. Refirióse al cardenal, y se lo pintó como un infierno.

De allí á dos días, tiré por la parte de atrás del palacio á un agujero altísimo contra una paloma silvestre que anidaba en aquella misma cavidad; contra aquella misma paloma había yo visto disparar muchas veces, sin acertarla nunca, á un aurífice milanés que se llamaba Juan Francisco de la Tacca. Ese día que yo tiré, mostraba la paloma precisamente la cabeza, estando recelosa por las otras veces que contra ella habían disparado; este Juan Francisco y yo éramos rivales en la caza con escopeta, y estando ciertos caballeros y

amigos míos en mi tienda, me la mostraron diciendo:

—Mirad allá arriba la paloma de Juan Francisco de la Tacca, á la cual él tantas veces ha tirado; ved cómo aquel pobre animal está receloso, pues apenas saca la cabeza.

Levantando yo los ojos, dije:

—Pues no más que con aquel poco de la cabeza bastaríame para matarlo, con solo que me aguardase á echarme á la cara mi escopeta.

Aquellos gentilhombres dijeron que no lo acertaría ni el que inventó la escopeta. A los cuales respondí:

—Vaya un frasco de vino griego de aquel bueno del posadero Palombo, á que si aguarda que yo me eche á la cara mi admirable Broccardo (que así llamaba á mi escopeta), le acertaré en aquello poco que me muestra de la cabecita.

Enseguida me la eché á la cara á pulso, sin apoyarla en nada, é hice cuanto prometido había, no pensando ni en el cardenal, ni en otra persona alguna; antes bien, tuve al cardenal por muy patrono mío. Así, pues, cuando la fortuna quiere tratar de asesinar á un hombre, vea el mundo cuán diversas vías toma para ello. El papa, irritado y gruñendo, quedóse pensativo acerca de aquello que su hijo habíale narrado.

CXIII.

Dos días después fué el cardenal Cornaro á pedir al papa un obispado para un gentilhombre suyo, que se

llamaba señor Andrés Centano. Es verdad que el papa habíale prometido un obispado; así, pues, habiendo uno vacante, recordó el cardenal al papa cómo tal cosa le había éste prometido; el papa afirmó ser verdad, y que por tanto quería dárselo; mas en cambio reclamaba un favor de Su Señoría Reverendísima, y era que pedía cómo le pusiese en sus manos á Bienvenido. Entonces el cardenal dijo:

—¡Oh! Si Vuestra Santidad le ha perdonado y dádmelo libre, ¿qué dirá el mundo de Vuestra Santidad y de mí?

El papá replicó:

—Bienvenido quiero, y diga cada cual lo que quiera, si queréis vos el obispado.

El bueno del cardenal dijo que Su Santidad le diese el obispado, y que del resto pensare por sí é hiciere luego todo aquello que Su Santidad quería y podía. No sin avergonzarse algún tanto el papa de la malvada palabra suya que diera, dijo:

—Mandaré por Bienvenido, y no más que por una pequeña satisfacción mía le pondré en aquella cámara del jardín secreto, donde podrá él atender á curarse, y no se le impedirá que todos sus amigos vayan á verle, y hasta le haré dar lo necesario para el gasto, hasta que se me pase este pequeño capricho.

El cardenal tornó á su casa y mandóme en el acto á decir por aquel que aspiraba al obispado cómo el papa quería tenerme de nuevo en sus manos; mas que me tendría en una cámara baja en el jardín secreto, donde

sería yo visitado por todos, tal como lo era en su casa. Entonces rogué á aqueste señor Andrés que se dignase decir al cardenal que no me entregara al papa y me permitiera obrar por mí; porque yo me haría envolver en un colchón y transportar fuera de Roma á sitio seguro, mientras que si él me entregaba al papa era muy cierto que entregábame á la muerte. Cuando el cardenal supo esto, de creer es que así hubiera querido él obrar; mas aquel señor Andrés, á quien tocaba el obispado, denunció la cosa.

Entretanto el papa mandó por mí en seguida y me hizo meter, según lo habia dicho, en una cámara baja en su jardín secreto. El cardenal me mandó á decir que no comiese yo nada de aquellas viandas que me enviase el papa, pues él me enviaría de comer; y que aquello que él había hecho, no había podido pasar por otro punto; que estuviese yo tranquilo, pues tanto habría de ayudarme, que al fin viérame yo libre.

Estando así, todos los días me visitaban y ofrecíanme muy grandes cosas muchos grandes gentilhombres. El papa me enviaba las viandas, las cuales no tocaba yo; antes comía yo de aquellas procedentes del cardenal Cornaro, y así me estuve.

Entre mis otros amigos tenía yo un joven griego de edad de 25 años: era sobremanera gallardísimo y jugaba la espada mejor que todos cuantos hombres hubiera en Roma; era pusilánime, pero muy fiel, hombre de bien y muy crédulo. Había oído decir que el papa había dicho querer remunerarme por mis incomodidades.

Aquesto era verdad, que el papa había dicho tal cosa al principio; mas á lo último hablaba después de otro modo. Por eso confiábame yo con aqueste joven griego y le decía:

— Hermano queridísimo, quieren asesinar-me; así que ahora es tiempo de venir en mi ayuda. Piensan que yo no me aperciba de ello, haciéndome aquestos favores extraordinarios, todos los cuales son hechos por traicionarme.

Y aquel honrado joven contestaba:

— Bienvenido mío: dícese en Roma que el papa te ha dado un oficio de quinientos escudos de gajes; así que ruégote por favor que no hagas cómo aquestas sospechas tuyas te arrebaten tamaño beneficio.

Sin embargo, rogábale yo con los brazos puestos en cruz que me sacara de allí, pues bien sabía yo que un papa tal como aquél podía hacerme mucho bien, mas con toda certeza sabía yo que estudiaba el modo de hacerme mucho mal secretamente, por honor suyo; así, pues, que obrase presto y tratara de salvar aquella mi vida; y que si de allí me sacaba en el modo como yo le dijese, quedaríale siempre á deber mi vida, y por él la daría cuando fuese necesario. Este pobre joven decía-me llorando:

— ¡Oh hermano mío querido: tú te quieres arruinar, mas yo no no puedo desobedecerte en cuanto me ordenases; así que dime el modo, y haré todo aquello que digas, aun cuando fuese contra mi voluntad!

Por tanto nos hallábamos resueltos: y yo le había

dado todas las órdenes necesarias, que con mucha facilidad iban resultando bien. Cuando me creía yo que viniese á poner por obra él cuanto ordenado le había, llegóse á decirme que por mi salud quería desobedecer, y que estaba muy sabedor de lo que habían dicho personas que se hallaban junto al papa, y que sabían toda la verdad de mis actos. Como no podía yo valerme de otro modo, descontento quedé y desesperado. Aquesto fué el día del *Corpus Domini* de mil quinientos treinta y nueve.

CXIV.

Pasado algun tiempo después de aquesta disputa, todo aquel día hasta la noche llegaron de la cocina del papa provisiones abundantes, y también otras buenísimas de la cocina del cardenal Cornaro; en esto vinieron muchos amigos míos, á quienes conmigo hice quedar á cenar; y así, pues, teniendo yo mi pierna entablillada en el lecho, tuve regocijado semblante con ellos, quienes conmigo se detuviéron. Tras la hora primera de la noche luego partiéronse; dos servidores míos me arreglaron para que durmiese, y después se metieron en la antecámara.

Tenía yo un perro negro como una mora, de esos de pelo largo, el cual me servía admirablemente para la caza con escopeta, y jamás estaba lejos de mí un paso. Habiéndose metido por la noche debajo del lecho, llamé tres veces seguidas á mi servidor para que de allí lo

sacase, porque aullaba espantosamente. Cuando vinieron los servidores, echóse encima de ellos aqueste can para morderles. Estaban asustados y tenían miedo de que el perro estuviese rabioso, porque aullaba de continuo.

Así pasamos hasta la hora cuarta de la noche. Al toque de la cuarta hora de la noche entró el preboste con muchos familiares dentro de mi cámara; entonces el perro salió fuera y arrojóse encima de ellos desgarrándoles las capas y las calzas, que les hizo entrar en grande miedo, como que pensaban si estaría rabioso. Pero el preboste, como persona práctica, dijo:

—El natural de los buenos canes es aqueste, que siempre adivinan y predicen lo malo que debe acaecerles á sus amos; dos coged garrotes y defendeos del perro, y los otros que aten á Bienvenido en aquesta silla y le lleven donde sabéis.

Según ya he dicho, había pasado ya el día del *Corpus Domini*, y era poco más de la cuarta hora de la noche. Llevábanme cerrado y cubierto, y cuatro de ellos iban delante haciendo alejarse aquellos pocos hombres que aún se encontraban por las calles. Así me transportaron á la Torre de Nona, lugar así nombrado, y me metieron en las prisiones de los condenados á muerte, echándome sobre un pequeño colchón y dándome guardia uno de aquellos, el cual toda la noche condoliáse de mi mala fortuna, diciéndome:

—¡Ay de mí, pobre Bienvenido! ¿Qué has hecho tu á aquéstos?

Por lo cual muy bien comprendí lo que iba á sucederme, tanto por estar en tal sitio, cuanto porque éste dábamelo á entender. Buena pieza de aquella noche estuve atribulándome con el pensamiento sobre cuál sería la causa porque placíale á Dios darme tal penitencia; y como no la encontraba, confundíame mucho. Aquel guardián se puso luego á confortarme lo mejor que sabía; por lo cual le conjuré por amor de Dios que no me dijese nada y no me hablase, pues por mí mismo llegaría más presto y mejor á adquirir conformidad.

Así me lo prometió. Entonces elevé todo mi corazón á Dios y devotísimamente le rogué que se dignara admitirme en su reino; pues aun cuando habíame condescendido por parecerme semejante partida del mundo en aqueste modo tan inmerecido con arreglo á los ordenamientos de las leyes, y si bien había yo cometido homicidios, aquel Vicario suyo habíame llamado de mi patria y perdonado con la autoridad de las leyes y con la suya. Que aquello que había yo hecho era todo en defensa de aqueste cuerpo que Su Majestad habíame prestado; de modo que según el orden con que se vive en el mundo, no conocía yo merecer aquella muerte. Mas me parecía que era el caso tal como les ocurre á ciertas infortunadas personas, las cuales al andar por las calles, desde alguna grande altura se les cae una piedra sobre la cabeza y los mata. Claro se ve ser esto influjo de las estrellas; no ya que aquéostas conjúrense contra nosotros para obrar bien ó mal, sino que es efecto de sus conjunciones, bajo las cuales nos hallamos so-

metidos; si bien conozco yo que existe el libre arbitrio. Y si mi fe se hubiese ejercitado santamente, ciertísimo estoy de que los Angeles del Cielo sacaríanme fuera de tales cárceles y me harían salvo de seguro en todos mis afanes; mas como no me parece haberme hecho digno de tal cosa á Dios, por eso fuerza es que aquestos influjos celestes descarguen sobre mí su malignidad. Y habiéndome así debatido una pieza, tranquilícame luego y presto logré conciliar el sueño.

CXV.

Así que asomó el alba, me despertó el guardián y dijo:

—¡Oh desventurado hombre de bien, ahora ya no es tiempo de dormir más, porque ha venido aquel que te ha de dar una mala nueva!

Entonces contesté:

—Cuanto más presto salga yo de aquesta cárcel mundana, más grato me será; máxime estando seguro de que salva es el ánima mía y de que sin razón muero. Cristo glorioso y divino me acompaña con sus discípulos y amigos, los cuales, El y ellos fueron hechos morir sin razón; así también se me hace morir sin motivo, y santamente doy gracias á Dios de ello. ¿Por qué no viene delante aquel que me ha de sentenciar?.....

Dijo el guardián entonces:

—Harto de tí le duele y llora.

Entonces le llamé por su nombre, que era el señor Benedicto de Cagli, y dije:

—Presentaos delante, señor Benedicto mío, ahora que estoy muy bien dispuesto y resuelto; mucho más gloria es para mí que muera yo inocente que si muriese con causa. (1) Presentáos ante mí os ruego y dadme un sacerdote, á fin de que pueda hablar con él cuatro palabras; á pesar de que no lo necesito, porque mi santa confesión la he hecho con el Señor Dios mío, sino sólo en observancia de aquello que ordenado tiene la Santa Madre Iglesia; que si bien ella me hace aquesta malvada sinrazón, yo libremente la perdono (2). Así pues, venid, señor mío Benedicto, y despachadme antes de que comience á flaquear mi ánimo por obra de los sentidos.

Pronunciadas aquestas palabras, ese hombre de bien dijo á la guardia que cerrase la puerta, porque sin él no podía hacerse aquel oficio. Marchóse á casa de la mujer del señor Pedro Luis (3), la cual estaba juntamente con la duquesa supradicha; y presentándose á ellas, dijo aqueste hombre:

—Ilustrísima señora mía, ruégoos por el amor de Dios que os dignéis enviar á decir al papa que mande otro á pronunciar aquella sentencia á Bienvenido y ha-

(1) Palabras de igual sentido que las dichas por Sócrates.

(2) Bienvenido Cellini confunde aquí, como el vulgo, la Santa Madre Iglesia con el papa, que es su cabeza visible nada más.

(3) Jerónima, hija de Luis Orsini, conde de Pitigliano.

cer aqúeste mi oficio, porque yo lo renuncio y no más quiero hacerlo.

Y con grandísima aflicción partióse suspirando. La duquesa, que allí estaba presente, torciendo el rostro, dijo:

—¡Aquesta es la hermosa justicia que se hace en Roma por el vicario de Dios! El duque, mi primer marido quería mucho á aqúeste hombre por sus bondades y talentos, y no quería que se volviese á Roma, teniéndole con mucho cariño junto á sí.

Y marchóse de allá, murmurando con muchas palabras desagradables. La mujer del señor Pedro Luis (se llamaba la señora Jerónima) se fué á ver al papa, y echándose de rodillas (había presentes muchos cardenales), la tal dama dijo tamañas cosas, que hizo ruborizar al papa, quien dijo:

—Por amor vuestro dejáremosle estar, si bien Nos jamás tuvimos el ánimo inclinado contra él.

Aquestas palabras díjolas el papa por hallarse en su presencia aquellos cardenales, quienes habían escuchado las palabras dichas por aquella sorprendente y atrevida dama. Yo estuve con grandísima zozobra, latíendome de continuo el corazón. También estuvieron tristes todos aquellos hombres que estaban destinados á tan perverso oficio, hasta el punto de que se hizo tarde la hora de almorzar; á la cual hora, cada hombre fué á sus otros quehaceres. De modo que, habiéndome llevado de almorzar, me asombré, y dije:

—Aquí ha podido más la verdad que lo maligno de

los influjos celestes; así, pues, ruego á Dios que si fuere su gusto, me salve de aqueste furor.

Comencé á comer; y así como antes habíame resignado á mi gran mal, entonces lo hice á la esperanza de mi gran bien. Almorcé con buen apetito, y luego estuve sin ver ni oír á nadie hasta la hora primera de la noche. En aquella hora vino el preboste con un buen golpe de sus secuaces, el cual volvió á ponerme en aquella silla en que la noche antes habíame llevado á aquel lugar; y de allí me sacó con muchas amables palabras, y mandándome que no pasase cuidado, y á sus esbirros que curasen de no golpearme aquella pierna que tenía yo rota, poniendo en ello sus ojos. Así lo hicieron, y me transportaron al castillo de donde me había escapado; y cuando estuvimos en lo más alto del macho, donde hay un corralejo, allí me encerraron por un instante.

CXVI.

En este intermedio, el supradicho castellano hizose llevar á aquel sitio donde estaba yo; y, enfermo y afligido, dijo así:

—¿Ves cómo te recobré?

—Sí, contesté yo. Mas ¿ves cómo me huí según te dije? Y si no hubiese sido vendido bajo la fe papal á precio de un obispado por un veneciano cardenal y un romano Farnesio, los cuales uno y otro han arañado el rostro de la sacrosanta ley, jamás me volvías á coger

tú; mas puesto que ahora por ellos se han puesto en uso aquestas malas artes, obra tú lo peor que puedas, pues de nada me curo en el mundo.

Aqueste pobre hombre comenzó á gritar muy fuerte, diciendo:

—¡Ay de mí! ¡ay de mí! Este no se cura de vivir ni de morir, y es más osado que cuando estaba sano; metedlo debajo del jardín y nunca más me habléis de él, que aqueste es la causa de mi muerte.

Fuí llevado debajo de un jardín á una estancia oscurísima, donde había bastante agua y estaba llena de tarántulas y de muchos gusanos venenosos. Echáronme sobre un colchoncillo de borra en el suelo, y por la noche no me dieron de cenar, encerrándome trás de cuatro puertas; así estuve hasta la hora diez y nueve del siguiente día. Entonces me llevaron de comer, y pedí que me diesen algunos de aquellos libros míos para leer; ninguno de ellos me habló, mas refiriéronselo á aquel pobre hombre del castellano, quien había preguntado qué era lo que yo decía. La mañana siguiente lleváronme un libro mío de la Biblia en lengua vulgar, y otro cierto libro, donde estaban las Crónicas de Juan Villani. Pidiendo yo ciertos otros libros míos, fuéme dicho que no lograría ningún otro y que demasiado tenía con aquellos.

Así pasaba infelizmente mi vida sobre aquel colchón todo empapado, que en tres días todas las cosas estaban en el agua; por tanto, estaba de continuo sin poder moverme, por tener la pierna rota; y queriendo salir

fuera del lecho para las necesidades de mi cuerpo, andaba á gatas con grandísimo afán, por no ensuciar aquel sitio donde dormía. Durante hora y media del día entraba un poco de luz refleja en aquella infeliz caverna, por un pequenísimó agujero. Sólo podía leer aquel poco de tiempo; y el resto del día y de la noche estaba siempre en tinieblas pacientemente, sin apartar jamás el pensamiento de Dios y de aquesta nuestra fragilidad humana; y parecíame estar cierto de tener que acabar en breves días allí y de aquel modo mi desventurada vida.

Eso no obstante, lo mejor que me era dable confortábame á mí mismo, considerando cuánta mayor aflicción hubiera sido para mí en el tránsito de mi vida sentir aquel horrible suplicio del hacha; mientras que estando de aquel modo la pasaba como un narcótico, lo cual se me había hecho mucho más grato que al principio; que poco á poco me sentía extinguir, hasta tanto, que mi buena complexión acostumbróse á aquel purgatorio. Luego que advertí haberse ella acomodado y habituado, cobré ánimo para soportar aquella imponderable tristeza mientras tanto la resistiera mi propia complexión.

CXVII.

Comencé desde el principio la Biblia, leyéndola y meditándola devotamente, y estaba tan absorto en ella, que, de haber podido, nunca más hubiese hecho otra

cosa que leer. Mas como faltábame la luz, presto acometíanme todas mis aflicciones y me daban tantos trabajos, que más de una vez me resolví por cualquier modo á terminar conmigo mismo; mas como no me permitían tener cuchillo, no veía yo bien la manera de poder hacer tal cosa.

Una vez acomodé un grueso leño que allí estaba apuntalado á manera de un cepo y quise hacerlo descargar sobre mi cabeza, el cual me la hubiera magullado en el acto; de modo que, acomodado que hube todo aqueste armatoste, al moverme resuelto á descargarlo, cuando quise pegar dentro con las manos, fuí presa de una cosa invisible y lanzado á cuatro brazas lejos de aquel sitio, con tamaño espanto, que hube de quedar desmayado; y así estuve desde el alba de aquel día hasta la hora diecinueve, en que me llevaron mi almuerzo. Quienes me lo trajeron tuvieron que venir más de una vez, porque yo no los había sentido; y cuando los sentí, entró dentro el capitán Alejandrino Monaldi, y oí que dijo:

—¡Oh mísero hombre, qué fin ha tenido un tan raro mérito!

Cuando escuché aquestas palabras abrí los ojos, por lo cual ví sacerdotes revestidos con sus hábitos, quienes decían:

—¡Oh, decíais que había muerto!

—Muerto le hallé y por eso lo dije, contestó el Chichón.

En el acto levantárome de donde yo estaba y se lle-

varon el colchón, el cual estaba todo él empapado y blando como macarrones, y lo arrojaron fuera de aquella estancia; referidas aquestas cosas tales al castellano, hízome dar al punto otro colchón. Y recordando yo luego qué cosa pudo ser aquella que hubo de apartarme de aquesta empresa tal, comprendí que habría sido obra divina y para mi defensa.

CXVIII.

La noche después aparecióseme en sueños una portentosa criatura en forma de un bellissimo joven, y con ademán de reprenderme, decía:

—¿Sabes tú quién es Aquel que te ha prestado ese cuerpo que tu querías anonadar antes de tiempo?

Parecíame responderle que todo se lo debía al Dios de la Natura.

—Así, pues, me dijo, ¿desprecias tú sus obras queriéndolas destruir? Déjate guiar por Él y no pierdas la esperanza en su poderío salvador.

Con otras muchas palabras tan admirables, mas de las que no recuerdo la milésima parte. Paréme á considerar que aquesta forma de ángel me había dicho la verdad, y registrando con los ojos la prisión, ví unos pocos de ladrillos podridos; los froté uno con otro é hice un poco al modo de salsa; luego me acerqué á gatas á una esquina de la puerta de la prisión, y tanto hice con los dientes, que arranqué de ella una pequeña astilla;

hecho que hube aqiesto, aguardé aquella hora de la luz que entraba en mi prisión, la cual era desde la hora veinte y media hasta la veintiuna y media. Entonces comencé á escribir lo mejor que pude en ciertas hojas blancas que sobraban en el libro de la Biblia. Y reprehendía á los espíritus de mi intelecto enojados de no querer estar más en un vivo; los cuales respondían á mi cuerpo excusándose de su desgracia, y el cuerpo les daba esperanza de bien. Y así escribí en diálogo:

- BIENV. Espiritu que anhelas,
 ¡Cuán hastiado estás de aquesta vida!
- ESP. ¿Contra Dios te rebelas!...
 ¿Quién defensa y ayuda nos convida?
 Deja, déjame andar á mejor vida (1).
- BIENV. No te partas ya agora,
 Que el cielo te promete
 Mejores tiempos de feliz ventura.
- ESP. Me quedo alguna hora,
 Si el magno Dios otorga y nos comete
 Gracia, que no se torne en desventura.

Recobrado de nuevo el vigor, después que por mí mismo húbeme confortado, seguí leyendo mi Biblia, y de tal suerte habíanse hecho mis ojos á aquella obscuridad, que allí donde antes solía leer hora y media, lograba ya leer tres horas cabales. Y entretanto, con asombro meditaba sobre la fuerza de la fe en Dios de

(1) Bienvenido Cellini repite el consonante *vida* en los versos 2.^o y 5.^o, como lo hacemos en esta traducción en lira (identica al original por su estructura).

aquellos sencillísimos hombres, quienes con tanto fervor creían que complacían Dios en todo aquello que le pedían; prometíame yo también la ayuda de Dios así por su divinidad y misericordia como también por mi inocencia, y de continuo vuelto á Dios, cuándo con oraciones y cuándo con meditación, siempre estaba con aquestos altos pensamientos en Dios. De modo que comenzó á venirme una delectación tan grande con aqueste pensar en Dios, que jamás me acordaba de ninguna de las aficciones que de allí atrás hubiera yo tenido, antes cantaba todo el día salmos y otras composiciones mías, todas á Dios enderezadas.

Dábanme sólo grande molestia las uñas que me crecían, pues no podía tocarme sin que con ellas me hiriese; ni aun vestirme podía, porque se me tumbaban hacia adentro ó afuera, dándome bastante dolor. También movíanseme los dientes en la boca, y de aquesto me percataba, porque empujados los dientes muertos por los que estaban vivos, poco á poco agujereaban aquellos las encías por abajo, traspassando las puntas de las raíces el fondo de sus cajas. Cuando advertíame de ello tiraba como sacándolos de una vaina, sin más dolor ni sangre, y así se me habían salido bastantes de ellos.

Sin embargo, habituado también hasta con aquestas otras nuevas contrariedades, cuándo cantaba, cuándo oraba, y cuándo escribía con aquel supradicho ladrillo molido. Y comencé un Capítulo en loa de las prisiones, y en él decía yo todos los accidentes que en aquellas

habíanme acaecido; esa Epístola se transcribirá luego en su lugar (1).

CXIX.

El buen gobernador del castillo mandaba con frecuencia secretamente á espiar aquello que yo hacía. Y como el día último de Julio me alegrase bastante por mí mismo, acordándome de la gran fiesta que se acostumbra á hacer en Roma en aquel día primero de Agosto, decía entre mí:

—Todos los años pasados disfrutaba yo tan regocijada fiesta con la fragilidad del mundo; desde aqueste año en adelante lo haré con la divinidad de Dios. ¡Oh, cuánto más gozoso me encuentro con aquésta que con aquélla!

Los que me escucharon decir estas palabras, refiriéronselas todas al castellano, el cual con portentoso enojo exclamó:

—¡Oh Dios; ese triunfa y vive con tamaños males, y yo peno con tantas comodidades y sólo muero por causa suya. Andad presto y metedle en aquella más subterránea caverna, donde fué hecho morir de hambre el predicador Foiano (2); acaso viéndose en tanta miseria pueda salirsele el regocijo de la cabeza.

(1) Al final del libro I y del presente volumen.

(2) Benedetto de Foiano, de la orden de Predicadores, defensor acérrimo del gobierno republicano en Florencia. Fué

En el acto vino á mis prisiones el capitán Alejandrino Monaldi con cerca de veinte de aquellos servidoras del castellano. Encontráronme que estaba de rodillas y sin volverme á ellos, pues estaba en adoración de un Dios Padre rodeado de ángeles y un victorioso Cristo resucitado, los cuales dibujado había en el muro con un poco de carbón que encontré recubierto por la arena después de cuatro meses que estuve tumbado en el lecho con mi pierna rota; y tantas veces soñé que los ángeles bajaban á curármela, que al cabo de cuatro meses habíame puesto tan gallardo como si jamás se me hubiese roto. Vinieron á verme tan armados cual si tuviesen miedo no fuera yo algún dragón ponzoñoso.

El referido capitán, dijo:

—¿Con que oyes cuántos somos y que con gran ruido venimos á verte, y no te vuelves hacia nosotros?

Al oír estas palabras, imaginándome muy bien lo que me podía suceder, y habiéndome habituado con constancia á lo malo, díjeles:

—Hacia este Dios que á Aquél de los cielos me endereza he vuelto el ánima mía y mis contemplaciones y todos mis vitales espíritus; y hacia vosotros tengo vuelto precisamente aquello que os pertenece, pues lo que hay de bueno en mí, no sois dignos vosotros de mirarlo ni lo podéis tocar; así pues, haced con lo que

encarcelado por Clemente VII en 1530, y dejado morir de hambre en venganza de haber predicado contra los Médicis.— Véase B. Varchi, *Storie*, libro XII,

es vuestro todo aquello para lo cual se os hubiese dado poder.

El antedicho capitán, temeroso de no saber qué es lo que hacer quería yo, dijo á cuatro de aquellos más fuertes :

—Echad todas las armas á un lado.

Apartado que las hubieron, exclamó:

—Presto, presto saltad encima de él y amarradlo. ¿No será aqueste el Diablo, que siendo tantos nosotros debamos tener miedo de él? Sujetadlo ahora fuerte para que no se os escape.

Forzado yo y maltrecho, imaginándome algo mucho peor de aquello que luego me sucediera, alcé los ojos á Cristo y dije:

—¡Oh justo Dios, apesar de serlo, pagaste sobre aquel alto madero todos los débitos nuestros! ¿Por qué, pues, ha de pagar mi inocencia los débitos de quienes yo no conozco? ¡Oh! ¡Sin embargo, hágase según tu voluntad!

Entre tanto, llevábanme fuera con una antorcha encendida. Pensaba yo si querrían arrojarme en el abismo de Sammaló; llámase así un espantoso lugar, el cual se ha tragado bastantes vivos, porque vienen á caer en las fundaciones del castillo dentro de un antiguo pozo. Mas no sucedió aquesto, por lo cual parecióme haber hecho un excelente trueco, puesto que me introdujeron en aquella hórrida caverna supradicha, donde había muerto de hambre el Foiano, y allí me dejaron estar sin hacerme otro mal alguno.

Abandonado que me hubieron, comencé á cantar un

De profundis clamavi, un *Miserere* y el *In te Domine speravi*. Todo aquel día, primero de Agosto, lo festejé con Dios, lleno siempre con júbilo el corazón de esperanza y de fe. El segundo día me sacaron de aquella cueva y me volvieron á donde estaban mis primeros diseños de aquellas imágenes de Dios. Tan pronto como hube llegado á ellas, lloré bastante á su presencia, con dulzura y alegría.

Después quiso el castellano saber á diario lo que yo hacía y decía. El papa, que era sabedor de todo lo acontecido (ya los médicos habían pronosticado la muerte á dicho gobernador del castillo), exclamó:

—Antes de que muera mi castellano, quiero que haga él morir á su gusto á aquel Bienvenido que es causa de su muerte, á fin de que no muera sin verse antes vengado.

Al oír aquestas palabras el castellano por boca del duque Pedro Luis, replicóle á aqueste:

—¿Con que el papa me entrega Bienvenido y quiere que en él cumpla yo mis venganzas? Pues no piense en otra cosa y déjeme obrar á mí.

Tal como el corazón del papa fué perverso para conmigo, así fué de pésimo y doloroso en su primer impulso aquél del castellano. Al llegar á este punto, aquello invisible que apartado me había de quererme matar, vino á mí invisiblemente; mas con claras voces me sacudió, levantóme de donde yacía, y dijo:

—¡Ay de mí Bienvenido mío, presto, presto recurre á Dios con tus usuales oraciones y grita fuerte, fuer-

te!—Espantado de pronto, caí de rodillas y pronuncié en alta voz muchas de mis oraciones, después de todas un *Qui habitat in adjutorio*; luego de aquesto, razoné una pieza con Dios, y en un instante la misma voz abierta y clara me dijo:

—Vete á reposar y no tengas más pavor.

Y fué, que habiendo dado el castellano torpísima comisión para mi muerte, súbito la suspendió y dijo:

—¿No es ese Bienvenido aquél á quien he defendido tanto, aquél de quien estoy ciertísimo que es inocente y que todos aquestos males se le han hecho á tuertas? ¿Y cómo Dios tendrá jamás misericordia de mí y de mis pecados, si yo no perdono á quienes me han hecho grandísimas ofensas? ¿Y por qué he de ofender yo á un hombre de bien, inocente, que me ha prestado servicio y acatamiento? Váyase, que en cambio de hacerle morir, yo le devuelvo vida y libertad; y dejo por testamento que ninguno le exija nada de lo debido por las grandes expensas que aquí tuviere que pagar.

Esto que supo el papa lo llevó muy á mal.

CXX.

Estaba yo en tanto con mis usuales oraciones y escribiendo mi Epístola, y comencé á tener todas las noches los más dulces y gratos sueños que jamás imaginar se puedan.

Parecíame estar siempre junto visiblemente con aquél

invisible á quien había oído y escuchaba con suma frecuencia; no más gracia le pedía sino que rogábale con instancia como me llevase allí donde yo pudiera ver el sol; diciéndole ser aquello cuanto en mi deseo tenía, y que si una sola vez pudiese verlo, muriera después contento.

De todas las cosas desagradables que en aquesta prisión tenía yo, todas ellas habían llegado á serme amigas y familiares, y ninguna me turbaba; así bien, aquellos devotos del castellano que aguardaban cómo este me ahorcase de aquel merlón de donde habíame yo descolgado, según lo había dicho él, visto luego que el referido castellano había tomado otra resolución enteramente contraria de aquella, no pudiéndola sufrir éstos, causábanme siempre algunos diversos pavores, por los cuales debiese yo adquirir temor por la pérdida de la vida. Tal y como digo, con todas aquestas cosas habíame yo familiarizado, de suerte que de ninguna tenía ya espanto y ninguna cosa me conmovía sino aqueste solo deseo, que era el de soñar en ver la esfera del sol. De modo que siguiendo adelante con mis grandes oraciones, enderezadas todas con el afecto á Cristo, decía siempre:

—¡Oh verdadero hijo de Dios, yo te ruego por tu nacimiento, por tu muerte en cruz y por tu gloriosa resurrección, que me hagas digno de que vea el sol, si no de otra manera, á lo menos en sueños; mas si tú te dignases hacer que yo lo viera con aquestos mis ojos mortales, yo te prometo ir á visitar tu Santo Sepulcro!

Esta resolución y aquestas mis mayores preces, las elevé á Dios el día dos de octubre de mil y quinientos treinta y nueve. Llegada luego la mañana siguiente, que fué el día tres de dicho octubre, me desperté al despuntar el día, casi una hora antes de salir el sol, y levantándome de aquel infeliz cubil mío, echéme encima un poco de ropa que tenía, porque había començado á refrescar. Y estando casi levantado hice las más devotas oraciones que nunca más hasta entonces hubiese hecho en lo pasado; en dichas plegarias decía yo con grandes preces á Cristo que á lo menos me concediese tanta gracia como para que yo supiera por inspiración divina por cuál pecado mío llevaba tan grande penitencia; y que pues su Divina Majestad no había querido tenerme por digno de gozar la vista del sol, á lo menos en sueños, le suplicaba por todo su poder y méritos como me tuviese por digno de que supiera yo cuál fuese la causa de aquella penitencia.

C XXI.

Dichas aquestas palabras, fuí por aquello invisible, á la manera de un viento, arrebatado y conducido fuera, transportándome á una estancia donde aquello invisible para mí mostrábase entonces visiblemente en forma humana, al modo de un joven adolescente, de faz portentosísima y hermosa, mas austera y no lasci-

va. Y me mostraba en la antedicha estancia, diciéndome:

—Todos aquellos hombres que tú ves, son tantos cuantos hasta aquí han nacido y luego muerto.

Preguntándole yo por qué causa me llevaba allí, díjome:

—Ven adelante conmigo, y presto lo verás.

Me encontré con un puñalito en mano, y revestido con una cota de mallas; y así me conducía por aquella inmensa estancia, mostrándome aquellos que en incontables millares, ya en un sentido, ya en otro, caminaban. Conduciéndome adelante, salió delante de mí por una pequeña puertecilla á un lugar como un callejón estrecho; y cuando me sacó en derechura por dicha calle, á la salida de aquella estancia encontréme desarmado; y estaba en camisa blanca, sin nada en la cabeza, y á la mano diestra del susodicho compañero mío. Viéndome de aquel modo, asombrábame yo, pues no reconocía aquel callejón; y alzando los ojos vi que la claridad del sol bañaba una pared del muro, á manera de fachada de una casa, sobre mi cabeza. Entonces dije:

—¡Oh, amigo mío! ¿Cómo he de hacer para que pudiese yo alzarme tanto que lograrse ver la propia esfera del sol?

Mostróme él muchos escalones que había allí hacia mi mano derecha, y me dijo:

—Vete por allí.

Apartéme un poco de él, salí con los calcañares ha-

cia atrás, subiendo por aquellos muchos escalones, y comencé poco á poco á descubrir la vecindad del sol. Me apresuré á subir, y tanto subí de aquel modo susodicho, que descubrí toda la esfera del sol. Y como la fuerza de sus rayos, según suelen, hiciéronme cerrar los ojos, percatándome del error mío los abrí, y mirando fijo al sol, exclamé:

—¡Oh sol mío, que tanto te he deseado, de hoy más no quiero ver otro, aun cuando tus rayos me deslumbrasen!

Así me estuve con los ojos clavados en él; y estado que hube un poquito de aquel modo, vi de pronto toda aquella fuerza de sus grandes rayos lanzarse sobre la banda izquierda de dicho sol; y quedando el sol limpio sin sus rayos, con grandísimo placer lo contemplaba; y parecíame un portento que aquellos rayos se hubiesen retirado por tal modo. Me paré á considerar qué divina merced fuese aquesta que había yo logrado de Dios aquella mañana, y exclamé con fuerza:

—¡Oh admirable poderío el tuyo! ¡Oh gloriosa bondad la tuya! ¡Cuánta mayor gracia me haces de aquella que yo esperaba!

Parecíame aqieste sol sin sus rayos ni más ni menos como un baño de oro purísimo licuado. Mientras que contemplaba yo aquesta gran cosa, vi comenzarse á hinchar en medio de dicho sol, y crecer aquesta forma de dicho abultamiento, y formarse de pronto un Cristo en cruz de la misma sustancia que era el sol. Y era tanta su hermosa gracia y tan benignísimo su as-

pecto, cual el ingenio humano no podría imaginarse una milésima parte. Y mientras tal cosa consideraba yo, decía á gritos:

—¡Milagro, milagro! ¡Oh Dios, oh clemencia tuya, oh bondad tuya infinita con que te has dignado favorecerme en aquesta mañana!

Y mientras que yo pensaba y decía tales palabras, movíase aquel Cristo hacia la parte do habían ido sus rayos, y nuevamente se hinchaba en el medio el sol, según antes habíase hecho; y creciendo el bulto, súbito convirtiéndose en una forma de una hermosísima Nuestra Señora, la cual mostraba estar sedente en modo muy alto con dicho su Hijo en brazos en actitud regocijadísima, casi risueña; hallábase puesta en medio de dos ángeles tan bellísimos cual no alcanza á concebirlos la imaginación. También veía en ese sol á la mano diestra una figura vestida al modo de sacerdote: aquesta volvíame la espalda, y el rostro lo tenía vuelto hacia aquella Nuestra Señora y á aquel Cristo. Todas estas cosas las ví verdaderas, claras y vivas; y continuamente ensalzaba yo la gloria de Dios con grandísima voz.

Cuando aqueste admirable espectáculo estuvo ante mis ojos poco más de un octavo de hora, partióse de mí; y fuí llevado de nuevo á aquel cubil mío. Al punto comencé á gritar fuerte, diciendo con alta voz:

—La bondad de Dios hase dignado mostrarme toda su gloria cual acaso jamás la hayan visto otros ojos mortales. Así pues, por esto conozco ser libre, feliz y en gracia de Dios; y vosotros, malvados, malvados queda-

réis siendo, infelices y en desgracia de Dios. Sabed cómo estoy ciertísimo de que el día de Todos los Santos, el cual fué aquél en que yo vine al mundo en mil y quinientos justo, el primero día de Noviembre á la noche siguiente en la cuarta hora, aquel día que vendrá, os veréis forzados á sacarme de aquesta cárcel tenebrosa; y no podréis por menos sino hacerlo, porque yo lo he visto por mis ojos y en aquel trono de Dios. Aquel sacerdote, quien estaba vuelto hacia Dios y mostrábame las espaldas, aquel era San Pedro, el cual abogaba por mí avergonzándose de que en su casa se hagan tan torpes tuertos á los cristianos. Así que, decidlo á quien queráis, pues ninguno tiene ya poderío para hacerme más mal; y decid á aquel señor que aquí me tiene, que si me da cera ó papel, del modo como pueda, yo manifestaré aquesta gloria de Dios que á mí se ha mostrado, ciertísimo le convenceré de aquello que acaso le infunda duda.

CXXII.

Al gobernador del castillo, á pesar de que los médicos no tuviesen un punto de esperanza sobre su salvación, habíasele ya quedado sano el espíritu y apartándosele aquellos humores de la locura que solían darle enojos cada año. Y dándose en todo y por todo á las cosas del alma, remordíale la conciencia y le parecía claro haber yo sufrido y sufrir aún con grandísima sin-

razón. Y haciendo llegar á oídos del papa aquel gran suceso que yo decía, el papa mandóle á decir (como aquel que no creía en nada, ni en Dios ni en otros) que estaba yo loco y que atendiese lo más que pudiera á su salud.

Al escuchar el castellano tal respuesta, me mandó á confortar, y me envió con qué escribir y además cera y ciertos palillitos hechos para trabajar la cera, con muy corteses palabras que me dijo uno de aquellos servidores suyos que bien me quería. Aqueste tal era todo lo contrario de aquella turba de los demás malvados que me hubieran querido ver muerto. Tomé aquellos papeles y aquella cera y comencé á trabajar; y mientras que trabajaba, escribí, enderezado al castellano, aqueste

SONETO.

Si pudiera, señor, mostrar brillante
La luz eterna que en mi mustia vida
Tengo de Dios por gracia, más creída
Fuera por vos mi fe que de Emperante.

Si al Eterno con gloria coruscante
Supiese el gran Pastor (1) cómo aturdida
Mi alma logró ver, sin que partida
Del mundo vil se viese un solo instante;

Las puertas de Justicia sacrosanta
Viérais de par en par sin sus cerrojos,
Vencido el mal y apellidado el Cielo.

¡Si yo tuviese luz, la eterna planta
Del Empíreo esculpiera á vuestros ojos;
Siendo, más que mi mal, grande el consuelo!

(1) *Il gran Pastor del clero*: el papa.

CXXIII.

Viniendo al otro día á traerme mi comida aquel servidor del castellano que me quería bien, le dí aqueste soneto escrito; quien, secretamente de aquellos otros malignos servidores que me querían mal, dióselo al castellano; el cual muy de su gusto hubiérame dejado marchar, pues le parecía que aquel tuerto que se me había hecho había de ser bastante causa para su muerte. Tomó el soneto, leyólo más de una vez y dijo:

—Aquestos no son palabras ni conceptos de loco, antes de hombre bueno y de bien.

Y en el acto dispuso que un secretario suyo lo llevase al papa y se lo diera en propia mano, rogándole que me dejase ir libre. Mientras que dicho secretario llevó el soneto al papa, el gobernador del castillo envióme luz para el día y para la noche, con todas las comodidades que en aquel sitio pudieran desearse.

El papa leyó el soneto más de una vez; y luego mandó á decir al castellano que muy presto había de hacer algo que le fuese grato. Y ciertamente que el papa me hubiera con gusto dejado ir luego; mas el señor Pedro Luis, su antedicho hijo, casi contra la voluntad del papa teníaame allí por fuerza.

Aproximándose la muerte del gobernador del castillo, mientras que había yo dibujado y esculpido aquel portentoso milagro, la mañana del día de todos los San-

tos me mandó por Pedro Ugolini, su sobrino, á mostrar ciertas piedras preciosas, las cuales cuando yo las ví, dije en el acto:

—Aqueste es el signo de mi liberación.

Entonces este joven, que era persona de poquísimo discurso, dijo:

—En aquesto jamás pienses, Biénvenido.

Entonces repliqué:

—Llévate tus pedrerías, pues he llegado á tal caso que no veo luz sino en aquesta caverna tenebrosa, dentro de la cual no es posible discernir la calidad de las piedras. Mas en cuanto á salir de aquesta cárcel, no terminará este día completo sin que de ella vengáis á sacarme; y fuerza es que así sea, y no podéis por menos de hacerlo.

Partióse é hízome encerrar, y después de marcharse pasaron más de dos horas de reloj; luego vino por mí sin gente armada, con dos muchachos que me ayudasen á sostener, y así me condujo á aquella espaciosa estancia que de primero había yo tenido (esto fué en mil quinientos treinta y ocho), dándome todas las comodidades que pedí.

CXXIV.

De allí á pocos días el gobernador del castillo, que pensaba que estaría yo fuera y libre, constreñido por su grande enfermedad, pasó de aquesta vida presente;

y en lugar suyo quedó su hermano el señor Antonio Ugolini, el cual había dado á entender á su antecesor y hermano cómo habíame dejado marchar. Por cuanto luego llegué á comprender, aqúeste señor Antonio tuvo comisión del papa de dejarme estar en aquella larga prisión, hasta tanto que él le dijera lo que hubiese de ser de mí.

Aquel señor Durante, bresciano susodicho, convínose con aquel soldado, mancebo de botica en Prato, para darme al comer, entre mis alimentos, algún licor que fuese mortífero; mas no de pronto, sino que obrase en el término de cuatro ó cinco meses. Anduvieron imaginando mezclar con la comida diamante molido, el cual no es veneno en sí de suerte alguna; mas por su imponderable dureza queda con puntas agudísimas y no como las otras piedras; que aquellas sutilísimas angulosidades de todas las piedras, al molerlas no permanecen, mas quédanse como redondas, y sólo el diamante conserva aquellas agudezas. De modo que al entrar en el estómago junto con el alimento, en aquellos giros que tiene la comida para hacer la digestión, aqúeste diamante se clava en las membranillas del estómago y de la tripa, y conforme la nueva comida viene empujando siempre adelante, aquel diamante, mezclado con ella, en no muy grande espacio de tiempo los perfora, y por tal causa se muere; y como ninguna otra suerte de piedra ó vidrios mezclados con el alimento tiene fuerza para clavarse, así, pues, no se dan con la comida.

Para ese fin el supradicho señor Durante dió un dia-

mante de muy poco valor á uno de aquestos guardi-
nes. Dícese que aqueste encargo lo recibió cierto aurí-
fice aretino llamado León (1), gran enemigo mío. Este
León se llevó el diamante para molerlo; mas como
León era pobrísimo y el diamante podría valer algunas
decenas de escudos, éste dió á entender á aquél guar-
dían cómo aquellos polvos que le diera fuesen aquel
diamante molido que se había dispuesto darme. La
mañana que me lo' dieron, pusiéronmelo en todas las
viandas; esto fué un viernes; lo tomé en ensalada, en
guisado y en menestra. Me puse á comer con buen ape-
tito, porque á la tarde había yo ayunado. Este día era
de fiesta. Bien es verdad que sentía yo crugir las vian-
das entre los dientes; mas nunca me pensaba tal pi-
cardía.

Acabado que hube de almorzar, habiendo quedado
un poco de ensalada en el platillo, se me ocurrió diri-
gir los ojos á ciertas partículas sutilísimas, las cuales
~~habíanme sobrado~~. Las tomé en el acto y acercándome
á la luz de la ventana, que iluminaba mucho, mientras
mirábalas yo, vine á recordar aquel insólito crugir que
por la mañana había notado al comer; y remirándolas
bien, por cuanto los ojos podían juzgar, créime decidi-
damente que aquello era diamante molido. En el acto
me tuve por muerto de seguro, y así, afligido, recurri
con devoción á las santas oraciones; y como estaba

(1) Leone Leoni, primero aurífice y después escultor fun-
didor.

conforme, parecíame verme de seguro deshauciado y muerto, y durante una hora entera elevé grandísimas oraciones dándole gracias por aquella plácida muerte.

Puesto que así lo habían concertado mis estrellas, me parecía haber tenido buena andanza en salir de allí por tan fácil vía, y estaba tranquilo y había bendecido al mundo y al tiempo que sobre él estuve. Ahora tornábame yo á mejor reino con la gracia de Dios, que me parecía haberla conquistado de cierto; y mientras estaba yo en aquestos pensamientos, tenía en la mano ciertos sutilísimos granillos de aquel creído diamante, que tal juzgaba yo ser de seguro.

Mas como la esperanza nunca muere, parecíome verme acariciado por un poco de vana esperanza; lo cual fué causa de que tomase un cuchillito y algunos de dichos granillos y pusiera éstos sobre los hierros de la prisión; después apoyé de plano en ellos la punta del cuchillo, y apretando mucho sentí deshacerse dicha piedra; y fijando bien los ojos, ví que así era verdad. En el acto me revestí de nueva esperanza, y dije:

—Aquesto no es mi enemigo el señor Durante (1), sino una piedrezuela blanda, la cual no vale para causarme el más mínimo mal del mundo.

Y así como me hallaba conforme con estar quedo y morir en paz, de aquella manera hice nuevo propósito, no sin dar antes gracias á Dios y bendecir la pobre-

(1) Juegos de palabras sobre la dureza de *Durante*, igual á la del diamante.

za; pues así como muchas veces ésta es causa de la muerte de los hombres, aquella vez había sido la causa misma de conservar mi vida. Porque habiendo dado aquel señor Durante, mi enemigo, ó quien hubiere sido, un diamante á León de valor de más de cien escudos, para que me lo majase, éste se lo apropió para sí por pobreza, y devolvió á trueco un berilo azulado, de valor de dos carlinos, pensando quizá que por ser también una piedra preciosa habría de producir el mismo efecto del diamante.

CXXV.

Por aquel tiempo, el obispo de Pavía, hermano del conde de San Segundo, llamado monseñor de Rossi (1) de Parma, estaba preso en el castillo por ciertas contiendas ocurridas en Pavía. Por ser muy amigo mío, híceme afuera por el agujero de mi prisión y le llamé en alta voz, diciéndole que aquellos ladrones habíanme dado un diamante molido para matarme, é hice mostrarle por un servidor suyo algunos de aquellos polvilllos sobrantes. Mas no le dije que había conocido yo cómo aquello no era diamante, pero sí le hice saber que con toda seguridad habíanme envenenado desde la muer-

(1) Juan Jerónimo de Rossi, conocido por sus poesías, autor de una historia de sus tiempos y de varias biografías aún inéditas. Estuvo preso hasta 1544, acusado de haber hecho matar en 1534 al conde Alejandro Langosco, en Rozzasco (Pavía).

te de aquel buen hombre del gobernador del castillo; y que por lo poco que había yo de vivir, le suplicaba que me diese uno de sus panes cada día, pues hallábame resuelto á no comer más cosa alguna que procediese de ellos; así, pues, me prometió mandarme de sus víveres.

Aquel señor Antonio, que de seguro no era cómplice de tal cosa, escandalizóse mucho y quiso ver aquella piedra molida, pensando también él que sería diamante; é imaginándose cómo tal empresa venía del papa, se la pasó así de ligero, considerado que hubo el caso. Yo cuidaba de comer de las viandas que me mandaba el obispo, y escribía de continuo aquella mi Epístola de las prisiones, apuntando en ella diariamente punto por punto todos aquellos sucesos que de nuevo me acontecían.

También el señor Antonio me enviaba de comer por un cierto ya nombrado Juan, aquel mancebo de botica de Prato, y soldado en la actualidad. Aqueste, que era muy enemigo mío, fué quien me había traído aquel diamante majado; y por ello le dije que no quería comer nada de lo que me trajese, si antes no lo probaba él; á lo cual me replicó que sólo se hace eso en la mesa de los papas. Yo le respondí que así como los gentilhombres están obligados á probar la comida del papa, así mismo él, soldado, mancebo de botica y villano de Prato, estaba obligado á probar la comida de un florentino tal como yo. Prorrumpió en insolentes palabras, y yo se las devolví.

El señor Antonio, avergonzándose un poco y tam-

bien con el propósito de hacerme pagar aquellas expensas que el pobre castellano muerto me había regalado, buscó otro de aquellos servidores suyos, quien era mi amigo, y por él me mandaba mi comida, la que probaba éste con complacencia y sin disputa alguna.

Aqueste servidor decíame cómo el papa era molestado todos los días por el señor de Morluc, quien de parte del rey continuamente me reclamaba, y que el papa tenía pocas ganas de devolverme; decíame también cómo el cardenal de Farnesio (1), antes tan patrono y amigo mío, había llegado á decir que no pensase yo en salir de aquella prisión en un gran rato; á lo que contestaba yo que saldría de ella á despecho de todos.

Este joven honrado me suplicaba que me estuviese quedo, y que no se me oyese decir tal cosa, pues me dañaría mucho; y que por aquella confianza que tenía yo en Dios, debía esperar la merced suya estándome quedo. A eso le contesté que las bondades de Dios no han por qué tener miedo de las malignidades de la justicia.

CXXVI.

Así, pues, pasando adelante unos pocos días, presentóse en Roma el cardenal de Ferrara, á quien al ir á reverenciar al papa, entretúvole tanto que llegó la hora

(1) Alejandro, hijo de Pedro Luis Farnesio.

de la cena. Y como el papa era hombre habilísimo, quiso tener bastante vagar para discurrir con el cardenal sobre aquellas franchuterías. En aquel banquete hubieron de decirse cosas que, fuera de tal acto, tal vez no se dirían; de modo que, por ser aquel gran rey liberalísimo en todas sus cosas, el cardenal, que sabía bien el gusto del rey, también él complació de lleno al papa, mucho más de lo que el papa se imaginaba; de modo que el papa habíase regocijado mucho, tanto por aques-to, cuanto porque también acostumbraba una vez por semana á darse á una crápula tan espantosa, que después de ella vomitaba.

Cuando el cardenal vió la buena disposición del papa, apta para otorgar gracias, pidióme de parte del rey con grandes instancias, manifestando cómo el rey tenía gran deseo de tal cosa. Entonces el papa, sintiendo acercásele la hora de su vómito y también porque hacía su oficio la excesiva abundancia del vino, dijo al cardenal con grandes risas:

—Ahora mismo quiero que os lo llevéis á casa.

Y dando expresa comisión de hacerlo así, levantóse de la mesa. El cardenal mandó en el acto por mí, antes de que lo supiese el señor Pedro Luis, porque no me hubiese dejado en modo alguno salir de las prisiones. Vino el enviado del papa, junto con los grandes gentilhombres de dicho cardenal de Ferrara, y pasada la hora cuarta de la noche sacáronme de la cárcel y me llevaron á presencia del cardenal, quien me hizo imponderable acogida, y allí bien alojado, me quedé á re-

ponerme con regocijo. El señor Antonio, hermano y sucesor del gobernador del castillo, quiso que yo le pagase todas las expensas, con todos aquellos gajes que suelen apetecer los alguaciles y gentes de su calañia, y no quiso cumplir nada de aquello que el anterior castellano había dejado dicho que en mí propio se hiciese. Esto me costó muchas decenas de escudos; díjome después el cardenal, que si apreciaba mi vida estuviese en guardia siempre, y que si aquella noche no me sacara él de la cárcel, jamás hubiera yo salido, pues había oído ya decir que el papa estaba muy pesadoso de haberme dejado.

CXXVII.

Me es de necesidad volver un paso atrás, porque en mi Epístola se encuentran todas aquestas cosas que digo.

Cuando estuve aquellos varios días en la cámara del cardenal y luego en el jardín secreto del papa, entre mis otros caros amigos, vino á visitarme un cajero del señor Bindo Altoviti, llamado por su nombre Bernardo Galluzzi, á quien había yo confiado bienes por valor de muchos centenares de escudos; aqueste joven fué á verme en el jardín secreto del papa y me lo quiso devolver todo, más yo le dije que no sabía confiar mis intereses ni á más caro amigo, ni á sitio donde estuviese yo en la idea de hallarse más seguro; el cual

amigo mío parecía aparentar no quererlo así; mas yo por fuerza se los hice guardar. Cuando salí la última vez del castillo, me encontré con que aquel pobre joven antedicho, Bernardo Galluzzi; habíase arruinado, por lo cual perdí mis bienes.

Por el tiempo que estuve en la cárcel, en un terrible ensueño sentí que, al modo que con una pluma, me inscribieron en la frente palabras de altísima importancia; y aquel que obró así díjome tres veces que callase y no se las refiriera á otros. Cuando me desperté sentí mi frente dolorida. En mi Epístola de las prisiones se habla muchísimo de aquesta cosa tal.

También me fué dicho, sin saber aquello que yo me decía, todo lo que luego le aconteció al señor Pedro Luis, con tanta claridad y exactitud, que por mí mismo he considerado que realmente me lo dictó un ángel del cielo.

Tampoco quiero dejarme atrás una cosa, la mayor que le haya acaecido á ningún otro hombre, la cual patentiza la divinidad de Dios y sus designios secretos, de que le plugo considerarme digno; y fué que de entonces acá, que tal cosa vi, quedóme un resplandor (¡cosa que asombra!) sobre la cabeza, el cual es evidente para toda suerte de hombres á quienes lo he querido mostrar, y que son poquísimos.

Esto se ve sobre mi sombra, por la mañana, al levantarse el sol hasta dos horas después de salir éste, y se ve mucho mejor cuando las hierbecillas están cubiertas de aquel húmedo rocío; también se ve por la tarde al

tramontar el sol. Me percaté de ello en Francia, en París, porque el aire en aquella parte está muy limpio de nieblas, por lo que se veía mucho más manifiesto que en Italia, donde las nieblas son mucho más frecuentes; mas no impide de todos modos que yo lo vea, y puedo mostrárselo á los demás, aun cuando no tan bien como en aquella comarca dicha.

Ahora quiero transcribir mi Epístola, hecha en prisión en elogio de las prisiones; después continuaré los bienes y males que me han ocurrido de tiempo en tiempo, y aquéllos que aún me acaezcan durante mi vida.

Á LUCAS MARTINI

*escribo aquesta EPÍSTOLA EN TERCETOS, hablándole en ella
como aquí se verá (1).*

Quien de Dios quiera ver el poderío
Y cuánto un hombre al Sumo Bien se acerca,
Conviene que esté preso, á juicio mío.

Piense en sus deudos con memoria terca,
No vea porvenir claro y sereno,
Y de la cara patria no esté cerca,

Si saber apeteces lo que es bueno,
Sufre larga prisión sin culpa alguna,
Viéndote falto del apoyo ajeno.

Roben tus bienes que te dió Fortuna;
Peligre tu existencia, maltratado,
Sin esperanza de salud ninguna.

Séate fuerza obrar desesperado,
Romper tu cárcel: y el rigor te obligue,
Con más duras prisiones aherrojado.

Lucas, atiende bien esto que sigue:
Verte rota una pierna, entablillada,
Y tiritar sin capa que te abrigue.

Ver que nadie jamás te dice nada;
Ó entrarte la comida y triste nueva
Zafio gañán, atento á su soldada.

¡Hasta dónde la Gloria y cuál nos prueba:
No tener más asiento que el sillico,
Mientras la inspiración el alma eleva!

(1) En *La Ilustración Hispano-Americana* (de Barcelona), núm. 572, correspondiente al 18 de Octubre de 1891, vió la luz esta *Epístola*, teniendo el honor de dedicar la traducción de ella al ilustre Sr. Menéndez y Pelayo.

Á quien te sirve, que se calle el pico,
Que no te escuche (mandamiento expreso)
Y abra solo la puerta un poquitico.

¡Esto es capaz de trastornar el seso:
Sin papel, tinta, plumas, hierro y lumbre, (1)
De las grandes ideas bajo el peso!

Y aquesto que te digo no es vislumbre,
La centésima parte todavía:
¡Calcula cuál será su muchedumbre!

Y siguiendo de nuevo nuestra vía:
Para loar lo justo las prisiones,
La corte celestial no bastaría.

Aquí sólo verás grandes bribones,
Á no traerte preso un mal gobierno,
Por ira, envidia, ó por tener cuestiones.

Y es una gran verdad, según discierno,
Que en tanto aquí se está por Dios se clama,
Sufriendo al par las penas del Infierno.

Quien goce de bribón subida fama,
Como en carcel esté solo dos años,
Santo y sabio saldrá. (¿Quién no lo ama?)

Aquí se afinan alma, cuerpo y paños,
Vúelvese agudo el hombre más grosero,
Y hasta se ven del Cielo los escaños.

Gran maravilla referirte quiero:
Capricho de escribir vínome en mientes,
Mira como salí de atolladero;

Mis ojos en redor giro impacientes,
Logro en la puerta ver una hendidura,
Y arranco una astillita con los dientes;

Hago polvo un ladrillo, y con premura
Disuélvolo en la propia orina mía,
Y de tinta me sirve tal basura.

Entonces el ardor de la Poesía
Entró dentro de mí; según mi cuenta,
Por donde sale el pan: no hubo otra vía.

(1) Todo esto hallábase prohibido tener dentro de las prisiones.

Torno á mi tema, que á tornar me tienta:
 Aquel que al bien aspire, los rigores
 Conviene que del mal primero sienta.

Ejerce la prisión artes mayores:
 Si quieres medicina la procura,
 De sangre hace derramar sudores.

Y luego, tiene en sí cierta natura,
 Que en bien ó en mal te inspira pensamientos,
 Y da locuença y ánimo y bravura.

El que mora en prisión largos momentos,
 Consigue á su salida saber mucho:
 Luce de guerra y paz conocimientos.

Todo le sale como experto y ducho:
 Y es que al hombre le infunde tal prudencia,
 Que luego le hace obrar como machucho.

—Eras menor,—dirás con suficiencia.
 Y no es verdad; sino, de cabo á rabo,
 Aun más que la vejez te infunde ciencia.

Según lo entiendo, la prisión alabo:
 Una ley la equidad tan solo exige,
 Que todo criminal súfrala al cabo.

Quien manda al pobre pueblo y lo dirige,
 Quisiera que estudiase en las prisiones,
 Porque aprendiera bien cómo se rige.

Serían de persona sus acciones,
 Jamás abandonara el buen sendero,
 Ni se vieran aquestas confusiones.

He visto en lo que estoy de prisionero,
 Clérigos, frailes, salariada gente,
 Mas nunca entrar el que debió primero.

¡Ay, si supieras qué dolor se siente
 Cuando á otro dan la libertad que imploro!
 De haber nacido el hombre se arrepiente.

No más quiero decir: vuélvome oro, (1)
 Que con facilidad nadie prodiga,
 Ni es bien que se disipe tal tesoro.

(1) La palabra es plata; el silencio es oro. (*Proverbio árabe.*)

Tiempo es ya, Lucas, de que al fin te diga
 Cómo aquesto en las márgenes he escrito
 De un libro que logré por mano amiga.

En ellos escribí muy despacito,
 Con roja tinta que correr no osaba,
 Este fiero dolor casi infinito;

Para hacer una O necesitaba
 Mojar tres veces. En el mismo Infierno
 Otra pena mayor no imaginaba.

Inocentes también, otros discierno
 Que aquí se han visto. Callo; á mi cadena,
 Donde me angustio con dolor eterno.

Alabanza, cual nadie, doy serena;
 Y el indocto que ser busque instruido,
 No aprenderá sin cárcel cosa buena.
 ¡Ah, si tuviese yo, como he leído,
 Quien viniera á decir, en mi Piscina, (1)

—Coge tu lecho y anda, Bienvenido!

Cantara el *Credo* yo, *Salve Regina*
 Y *Pater Noster*; y mi fiel conciencia
 Diera en la Caridad á que se inclina.

¡Estas *lises* con pérfida inclemencia
 Cuánto, á mi faz robando los colores,
 Odiar me han hecho á Francia y á Florencia! (2)

Si entrase en la mansión de los dolores, (3)
 Al ver la Anunciación allí pintada,
 Huyera como infiel de los peores.

No de Ella, para mí digna y sagrada;
 Y no tampoco de sus lirios santos,

(1) Se compara con el paralítico de la Piscina Probática de Bethsaida, curado por Jesucristo, diciéndole: *Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.* (S. Juan, V, 8).

(2) Alude al blasón de los Farnesios, casa á la cual pertenecían sus encarceladores Paulo III y su hijo bastardo Pedro Luis (duque de Castro en 1547). El distintivo heráldico de la familia *Farnese* consiste en seis flores de lis (*lirios*); el escudo de Francia tenía tres; y el de la ciudad de Florencia, una flor de lis.

(3) El hospital de la *Nunziata* en Florencia.—En los cuadros que representan la Anunciación de Nuestra Señora, suele ponerse en manos del Arcángel Gabriel un ramo de lirios ó de azucenas.

Que alumbran Cielo y Tierra consagrada:

Sino que al verlos en marmóreos cantos,
Heráldicos blasones farnesinos,
Antójanseme aquéllos otros tantos.

¡Cuántos, cual yo, contemplo mortecinos
Atados de las lises con el nudo,
Claros ingenios, altos y divinos!

Caer sentí mortífero el escudo
Veloz del Cielo, entre la gente vana,
Con nueva luz en el misterio mudo. (1)

Dobló después á muerto la campana;
Antes de yo salir, fuéme anunciado
Por quien del Cielo la verdad explana. (2)

Luego un féretro oscuro, recamado
De lises rotas; lágrimas y cruces,
Y alguien en lecho de dolor postrado. (3)

Y ví surgir entre rojizas luces
El Diablo, dando horror; y al punto dijo:
—¡Tus enemigos lanzaré de bruces!

Y luego un Angel en mi frente fijo,
Con la pluma de Pedro, un lema puso
Con tres mandatos:—¡Tu silencio exijo! (4)

Vi Aquél que al Sol su voluntad le impuso,
Con su Corte y su nimbo, de tal suerte
Como verlo un mortal jamás es uso. (5)

(1) *El escudo mortífero del Cielo* (ó su blasón heráldico) es la segur de la Muerte. Al caer veloz el divino acero, choca en el escudo de piedra de los Farnesios (*gente vana*) y salta una chispa (*nueva luz*) en que se encienden los blandones funerarios (*en el misterio mudo*: el de la muerte) de los Farnesios y sus servidores.—Es predicción de que estos morirían antes que Cellini.

(2) Alude á la muerte del caballero Jorge Ugolini, aquel gobernador del Castillo, atacado de la manía de creerse un murciélago.

(3) Véase la nota relativa al penúltimo terceto anterior.

(4) ¿Qué graves palabras escribió el Angel en la frente de Cellini, *con la pluma de San Pedro* nada menos, recomendándole por tres veces el silencio acerca de ellas? Predicha ya la muerte de los Farnesios, padre é hijo, ¿escribiría el enviado de Dios la tremenda sentencia de éste condenando á aquellos al fuego eterno? Es una hipótesis que aventuro para explicar este misterioso pasaje, fundándome en que el poeta favorito de Cellini (el gran Dante) también por odio se dió el gusto de meter á un Papa en el Infierno.

(5) Refiérese á la visión que en el Castillo tuvo (descrita en su *Vida*, lib. I, cap. CXXII), apareciéndosele en medio del sol Nuestro Señor Jesu-

Cantaba con pujanza, sobre el Fuerte,
Pájaro solitario: nuncio cierto

De vida en mí, para los otros muerte. (1)

Busqué en los brazos del Señor mi puerto,
Pedí perdón y amparo más que nunca.
Dándome ya con mi pavor por muerto.

Jamás fiera salió de su espelunca
Más ávida que aquél de sangre humana,
Sierpe letal que la existencia trunca. (2)

No capitán, es furia sobrehumana,
La más cruel que ví desde que existo,
Y obró en mi daño con maldad insana.

Famélicos esbirros habréis visto,
Cuando al pobre le embargan hasta el lecho,
Contra el suelo arrojar Virgen y Cristo:

Del *Ferriagosto* (3) así tan á despecho,
Fueron á hundirme vivo en una tumba;
Mas, por noviembre, aquél vióse maltrecho. (4)

En mí oídos sin cesar retumba
Cierta voz interior, eco sonoro,
Y dame avisos porque no sucumba.

De esperanzas exhausto su tesoro,
En las viandas pusieronme diamante,
Molido sí, sin engarzar en oro. (5)

cristo, con la Virgen María, el apóstol San Pedro en traje pontifical, y los coros angélicos.

(1) El pájaro solitario que cantaba en lo alto del torreón del Castillo debió de ser una *corneja*, cuya fama de agorera es universal.

(2) El capitán Durante (de Brescia), ó Alejandrino Monaldi.

(3) *Il di d'agosto* (ó *Ferragosto*): el 1.º de agosto, la fiesta más alegre de Roma. *Ferragosto* se deriva de *Feriae Augusti*, como en tiempo del paganismo se llamaba el primer día del sexto mes, consagrado al emperador deificado (*Divo Augusto*). La Iglesia, para no chocar con la costumbre de esa fiesta, la conservó dedicándola á San Pedro *ad vincula*: es la fiesta por la libertad del Sumo Pontífice, cabeza visible de la Iglesia de Cristo.

(4) El 1.º de Agosto de 1539 le trasladó el capitán Monaldi desde el calabozo del torreón á una caverna subterránea, donde 9 años antes murió de hambre el dominico fray Benito de Foiano, republicano de Florencia, encarcelado por Clemente VII, por predicar contra los Médicis. El 1.º de noviembre quedó Cellini en libertad, gracias al cardenal de Ferrara, Hipólito de Este, quien pidióselo al Papa Paulo III, de parte de Francisco I de Valois, rey de Francia. (Lib. I, cap. CXXXVII).

(5) Creíase que el diamante molido era un *veneno mecánico* (si vale la

Pedile que catase aquel tunante (1)
 Mi refacción, en mi interior diciendo:
 —¡Aquesto es obra del feroz Durante!
 Mis ojos mustios hacia Dios volviendo, (2)
 Clemencia le rogué para el pecado:
 —*Miserere!*, con lágrimas diciendo.
 Mi gran dolor un poco apaciguado,
 Dispúseme á rendir á Dios el alma,
 Ávido de ascender á nuevo estado.
 Bajar del Cielo con gloriosa palma
 Un Ángel ví; con fúlgido semblante,
 Brindóme vida y placentera calma,
 Diciendo:—Quiere Dios verte triunfante,
 Tus contrarios vencer en cruda guerra,
 Y que sigas viviendo en gracia amante
 Del Padre de los Cielos y la Tierra.

frase) que producía la muerte por desorganización lenta del estómago y de los intestinos, hasta ulcerarlos: pensaban que ninguna otra piedra preciosa pulverizada era capaz de producir estos efectos.

(1) El soldado que le servía, Juan (a) Sabañón (*Pedignone*), aldeano y luego mancebo de droguería en Prato, á 15 millas de Florencia.

(2) En la pared de su calabozo había dibujado Cellini, con un carbón que halló envuelto en la tierra, una imagen del Padre Eterno rodeado de ángeles, y otra de Cristo triunfante y glorioso. A él volvió los ojos en tal tribulación.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE SUMARIAL.

LIBRO I.

I. Comienza á escribir su *Vida* á los 58 años, en Florencia.—
II. Ascendencia de Benvenuto Cellini.—III. Nacimiento del autor en Florencia, el 2 de Noviembre de 1500.—IV. A los tres años juega con un escorpión, y ve una salamandra, teniéndolo por de buen agüero sus abuelo y padre.—V. Su padre, arquitecto, ingeniero y músico, se empeña en que se dedique el hijo á esta última profesión.—VI. Benvenuto se resuelve á aprender el arte de la orfebrería.—VII. Estuvo unos cuantos días en un taller, pero le sacó su padre, con quien estuvo hasta la edad de 15 años; entonces entró en el taller de Marcone.—VIII. Destierro de Benvenuto á la edad de 16 años; se fué á Siena, donde trabajó muchos meses en el taller de Costoro.—IX. Se marcha á Bolonia, mas luego regresa á Florencia.—X. A los 17 años de edad fué á Pisa, entrando en el taller de Oliverio de la Chiostra.—XI. Regresa á Florencia con fiebre, estando enfermo dos meses.—XII. Vuelve al taller de Marcone. Los cartones de Miguel Ángel y Leonardo de Vinci.—XIII. No quiere irse á Inglaterra con el escultor Torrigiani. Él, y el tallista Tasso, también joven, resuelven irse á Roma, donde llegó á la edad de 19 años.—XIV. Trabaja en los talleres de Arsago y de Firenzuola.—XV. A los dos años regresó á Florencia y trabajó en varios talleres, siendo explotado por sus patronos.—XVI. Disputa con los Guasconti y le llevan á los Tribunales.—XVII. Condenado á

una multa y reprensión, por lo cual marcha á casa de sus enemigos: tremenda pelea, en que no hubo ni un herido.—XVIII. Para librarse de ser encarcelado, se disfraza de fraile, toma armas y dinero que le dan, y huye á Siena.—XIX. Inmediatamente se marcha otra vez á Roma, á la edad de 22 años, donde se dedica con ardor á copiar en la Capilla Sixtina y en el palacio de los Chigi; hace un lirio de oro para Porcia Chigi.—XX. Discusión entre Benvenuto Cellini y su amigo Lucas Angel, aurífice.—XXI. Envidia de este último al primero, por el pago del lirio de Porcia.—XXII. El obispo de Salamanca, D. Francisco de Bobadilla, encarga á cada uno de ellos un aguamanil de plata.—XXIII. Ingresa de cornetín en la banda de música del papa Clemente VII.—XXIV. Hacen las paces él y Lucas Ángel. Tremenda disputa con Bobadilla, sobre el pago del aguamanil.—XXV. Sabida ésta por el papa, le encargó trabajo para el Vaticano; lo mismo hicieron varios cardenales y Porcia Chigi. Medalla de Leda.—XXVI. Se desafía con un bravo, pero el duelo concluye por un acomodo. Se dedica á la glíptica y al arte de esmaltar.—XXVII. A la edad de 23 años, huyendo de la peste, declarada en Roma, se entrega con afán á la caza y á la rebusca de camafeos y medallas de la antigüedad. Descripción de algunos de estos objetos de arte.—XXVIII. Para el médico Berenguer de Carpi hace unos vasitos de plata; éste los hace pasar por antiguos, hasta que se descubre ser obra de Benvenuto.—XXIX. Le ataca la peste después de una noche de crápula; en la convalecencia, se va á Cervetera, donde estaba el pintor Rosso. Aventura con los piratas moros.—XXX. Descripción de una orgía entre artistas en Roma.—XXXI. Dedicase á cincelar, nielar, damasquinar y repujar.—XXXII. Historia de Luis Pulci, y cómo conoció á Benvenuto y á la cortesana Pantasilea.—XXXIII. Aventura de Pantasilea, y desventura de Pulci y sus acompañantes.—XXXIV. Benvenuto Cellini artillero. Defensa del castillo del Santo Ángel, cuando el asalto y saco de Roma por las bandas imperiales del condestable de Borbón y el príncipe de Orange.—XXXV. Benvenuto sufre una contusión. Le encargan del servicio de señales entre el castillo y el ejército de socorro, mandado por el duque de Urbino.—XXXVI. Habilidades de Benvenuto como artillero.—XXXVII. Sigue la rela-

ción de sus hazañas en el castillo del Santo Ángel.—XXXVIII. Por encargo del papa, desmonta las pedrerías de las joyas pontificias y funde el oro de ellas, cosiendo las primeras entre los forros de las vestiduras del papa. Finaliza el relato de las hazañas de Cellini.—XXXIX. Le hacen capitán de la compañía de florentinos, y se marcha á Florencia; su padre, por temor á la guerra y á la peste, hace que no acepte y que se vaya á Mantua.—XL. En Mantua enferma otra vez con cuartanas, por lo cual volvióse á Florencia; sabe allí que su padre, y la mayor parte de su familia habían muerto de la peste.—XLI. Se queda en Florencia, donde hace dos medallas (Hércules, Atlas), elogiadas por Miguel Ángel.—XLII. Habiendo declarado Clemente VII la guerra á Florencia, y mandado llamar á Benvenuto, éste marcha á Roma.—XLIII. Confiesa al papa haberse quedado con un poco de oro (140 ducados), al fundir las alhajas pontificias; el papa le absuelve y le encarga un broche para la capa pluvial.—XLIV. La medalla de Atlas va á manos del rey de Francia, Francisco I, quien desea conocer á Cellini. Certamen de dibujos para el broche del papa; vence Benvenuto.—XLV. El papa le nombra grabador de la casa de moneda.—XLVI. Benvenuto improvisa un instrumento de cirugía, con el cual el cirujano del papa (Rastrelli) hace una operación con buen éxito. Negativa de Cellini á casarse con la operada, hija de su maestro Rafael del Moro.—XLVII. Riña callejera en Roma, en la cual muere un amigo de Francisco Cellini, hermano de Benvenuto.—XLVIII. Pelea de Francisco, por vengar á su amigo y compañero de armas; es herido mortalmente.—XLIX. Muerte de Francisco Cellini.—L. Descripción de su lápida sepulcral.—LI. Benvenuto mata de dos puñaladas al arcabucero que mató á su hermano. A los ocho días le llamó el papa, quien le reprendió con los ojos y le alabó con la lengua.—LII. Robo en el taller de Benvenuto.—LIII. Se nota una falsificación de monedas, y se descubre quién fué el autor de ella.—LIV. Descubre Benvenuto quién fué el autor del robo de su taller; ejecución del monedero falso y del ladrón.—LV. Inundación en Roma. El papa otorga una plaza de macero pontificio á Benvenuto, en recompensa del broche.—LVI. Le encarga el papa un cáliz riquísimo. Benvenuto pide el oficio del Plomo, y no se le concede.—

LVII.—Disputa entre Cellini y el cardenal Salviati.—LVIII. Enferma de la vista Benvenuto, por lo cual no trabaja en el cáliz. Discusión con el papa.—LIX. Causa de esa enfermedad de Cellini; cúrase de ella con el guayaco y el ayuno.—LX. El falsificador de monedas, Tobías, protegido por el cardenal Salviati, es preferido por el papa á Benvenuto para hacer una obra de arte que regalar á Francisco I. Le quita el cargo de grabador de la moneda, y el encargo de hacer el cáliz.—LXI. Por no querer entregar dicho cáliz, sino el oro que el papa le dió, llévanle preso ante el gobernador y el fiscal.—LXII. Benvenuto sostiene su derecho á que el papa no se quede con el trabajo del artista sin pagárselo. Clemente VII recibe de Benvenuto el oro que aquél le dió para hacer el cáliz.—LXIII. Enamoróse Cellini de una bellísima joven siciliana, pero su madre se la lleva á Sicilia.—LXIV. Escena nigromántica en el Coliseo de Roma.—LXV. Discusión con el sacerdote evocador de los demonios.—LXVI y LXVII. De una pedrada en la cabeza hiere Cellini al notario Benedicto. Creyendo haberlo muerto, huye de Roma.—LXVIII. Con el escultor Solosmeo, se llega á Nápoles; allí encuentra á Angélica, solazándose con ella.—LXIX. El lapidario Fontana lo presenta al virey, marqués de Villafranca, á quien vende un diamante. Riñe con Angélica, y se marcha otra vez á Roma.—LXX. Sigue el consejo del cardenal de Médicis, y no sale de su casa en cuatro ó cinco días. Termina la medalla del papa.—LXXI. Reprende Cellini agriamente al papa delante de testigos, al presentarle las medallas.—LXXII. Muere Clemente VII. El lapidario Pompeyo, con gente armada, provoca á Cellini.—LXXIII. Benvenuto mata á Pompeyo de dos puñaladas.—LXXIV. Los cardenales Cornaro y Médicis se disputan el encubrimiento de Cellini; el poeta Latino Juvenal lo defiende ante el nuevo papa (Paulo III); éste le da un salvoconducto.—LXXV. El papa le da el cargo de grabador de la moneda pontificia. El bastardo de Paulo III se apropia la herencia de Pompeyo, con perjuicio de la hija de éste. Cellini huye á Florencia para librarse de las asechanzas del hijo del papa.—LXXVI. Enseguida parte para Venecia, deteniéndose en Ferrara. Disputa en la posada con los emigrados florentinos.—LXXVII. Á pocas millas de Ferrara se embarca para Venecia. Nueva pendencia al

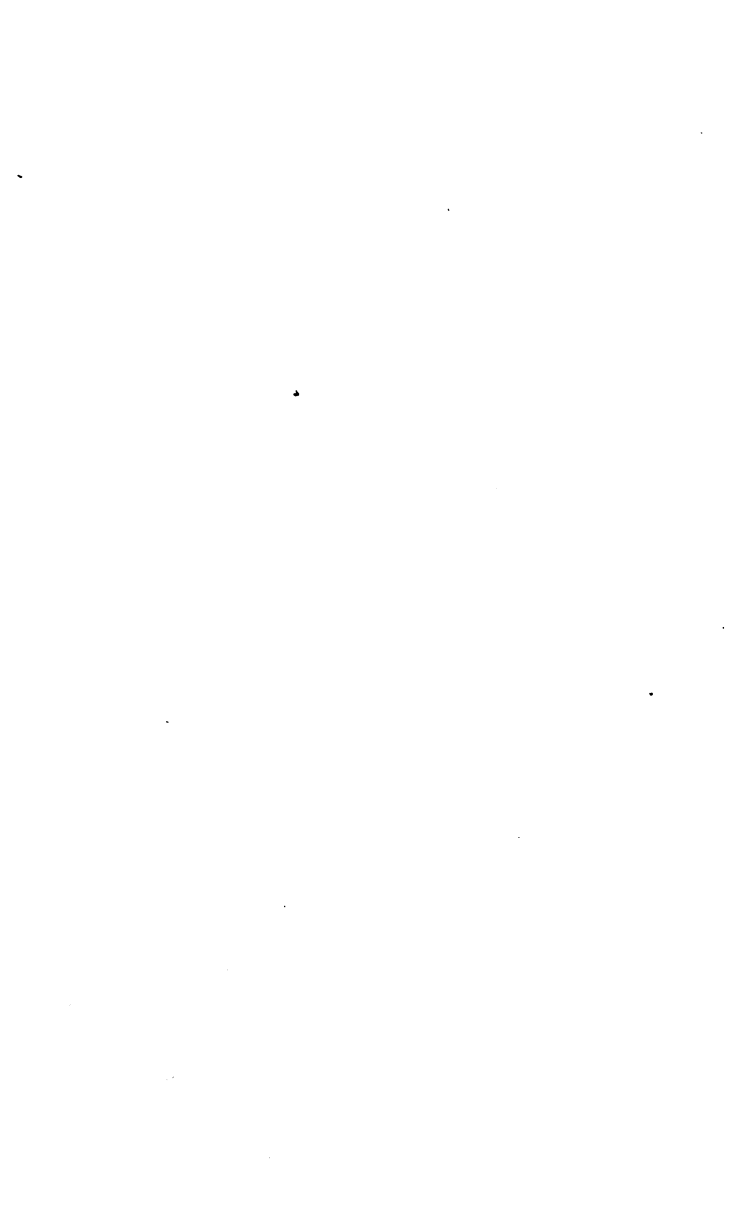
embarcarse.—LXXVIII. Llega á Venecia, y al punto regaña con el escultor Sansovino.—LXXIX. Regresa á Florencia, pero en el camino se enfada con un posadero; al marcharse, le destroza á puñaladas cuatro camas.—LXXX. El duque Alejandro de Médicis le encarga del grabado de la moneda. Descripción de ésta; regalo del duque.—LXXXI. Llamado por el papa, vuelve Cellini á Roma.—LXXXII. En cuanto llega le quiere prender la ronda; se defiende con el salvoconducto del papa y con las armas en la mano.—LXXXIII. Preparativos para la procesión, é indulto de Cellini el día de la Anunciación.—LXXXIV. Enferma gravemente, hasta el punto de darle por muerto. Soneto de Benedicto Varchi á la muerte de Benvenuto Cellini.—LXXXV. Sale de peligro bebiendo agua clara, que le da una criada contra las órdenes del médico. y deseosa de que fenezca. Famosa consulta entre dos médicos, acerca de por qué se habrá curado Cellini. Se traslada á una quinta del cardenal Cornaro, para convalecer.—LXXXVI. Después de más de cincuenta días de enfermedad, se vuelve á ir á Florencia. Enemistad entre Cellini y Vasari.—LXXXVII. Á los quince días, hace que le saquen de la cama y le lleven á la terraza del palacio Médicis, para sincerarse ante el duque de ciertos cargos calumniosos, quedando amigos; pero huye de Octaviano de Médicis, enemigo suyo, y se marcha á Roma.—LXXXVIII. Se dedica á hacer la medalla del duque Alejandro, y á cazar ocas.—LXXXIX. Muerte de Alejandro y elección de Cosme de Médicis para duque de Florencia.—XC. El papa encarga á Cellini unas tapas de un libro de oraciones para la emperatriz, y que se lo presente en su nombre al emperador.—XCI. Entrevista de Cellini con Carlos V; el obispo Durante de Brescia estafa á Benvenuto los 500 escudos de oro que le regala el emperador de Alemania y rey de España.—XCII. Cellini engarza en un anillo el diamante (de 12.000 escudos) regalado por Carlos V á Paulo III. El papa utiliza la presencia de Benvenuto para suspender una entrevista con el general español marqués del Vasto. Latino Juvenal indispone á Cellini con el papa.—XCIII. Cellini y su discípulo Ascanio. Viajes de Cellini á Florencia, Bolonia, Venecia y Padua. Amistad entre Pedro Bembo y Cellini.—XCIV. Viaje á Francia, acompañado de Ascanio y otro oficial suyo. Tempestad en un

lago del país de los grisones.—XCV. Trápacerías del correo Busbacca.—XCVI. Continúa el viaje á través de Suiza.—XCVII. Llega á París, é inmediatamente se indispone con el pintor Rosso. Entrevista de Cellini con Francisco I en Fontainebleau. Viaje á Lyon. Enferman Cellini y Ascanio, por lo que se marchan de Francia con dirección á Roma.—XCVIII. Aventuras hasta Ferrara.—XCIX. En Roma le estafa 64 escudos el oficial que fué con él y con Ascanio á Francia. Cellini tenía entonces ocho oficiales en su taller.—C. Carta del cardenal de Ferrara, diciéndole el deseo del rey de Francia de llevárselo á su lado; lo impide una fatuidad del cardenal de Gaddi. Denuncia falsa contra Cellini, acusado de robo de pedrería de Clemente VII (por valor de 80.000 ducados); prisión de Benvenuto.—CI. Acusación fiscal contra Cellini.—CII. Hábil defensa propia de Benvenuto.—CIII. Francisco I reclama ante Paulo III la libertad de Cellini. Primeros tiempos de la detención de Cellini en el castillo del Santo Ángel.—CIV. Artimañas de un fraile luterano para evadirse del castillo; evitose la fuga.—CV. Preparativos de Cellini para fugarse. Visita de Ascanio.—CVI. Manía del gobernador del castillo. Sus conversaciones con Cellini acerca del vuelo.—CVII. Continúa Cellini sus preparativos de evasión.—CVIII. Evádese Benvenuto del castillo, con una pierna rota.—CIX. Entra en Roma y va á ver á la viuda del duque Alejandro, casada en segundas nupcias con un sobrino del papa. En el camino se apoderaron de él unos enviados del cardenal Cornaro, quien hace llamar, para curarle, al cirujano del papa.—CX. Cornaro y Roberto Pucci piden á Paulo III el perdón de Cellini. El papa encarga que averigüen quiénes son los cómplices de Benvenuto, recordando cuando él mismo estuvo preso (por falsificador de Breves pontificios).—CXI. Discurso del gobernador de Roma á Cellini. Discurso del hijo bastardo del papa á éste.—CXII. Explicaciones de Benvenuto acerca del anterior.—CXIII. El cardenal Cornaro vende á Benvenuto, entregándole al papa en cambio de un obispado para un protegido suyo.—CXIV. Llevan á Cellini á la Torre de Nona, cárcel de los condenados á muerte.—CXV. Vuelven á llevarlo al castillo del Santo Ángel.—CXVI. Vida de Cellini en la prisión.—CXVII. Intenta suicidarse.—CXVIII. Se fortalece su ánimo.—CXIX. Le dan por cárcel un

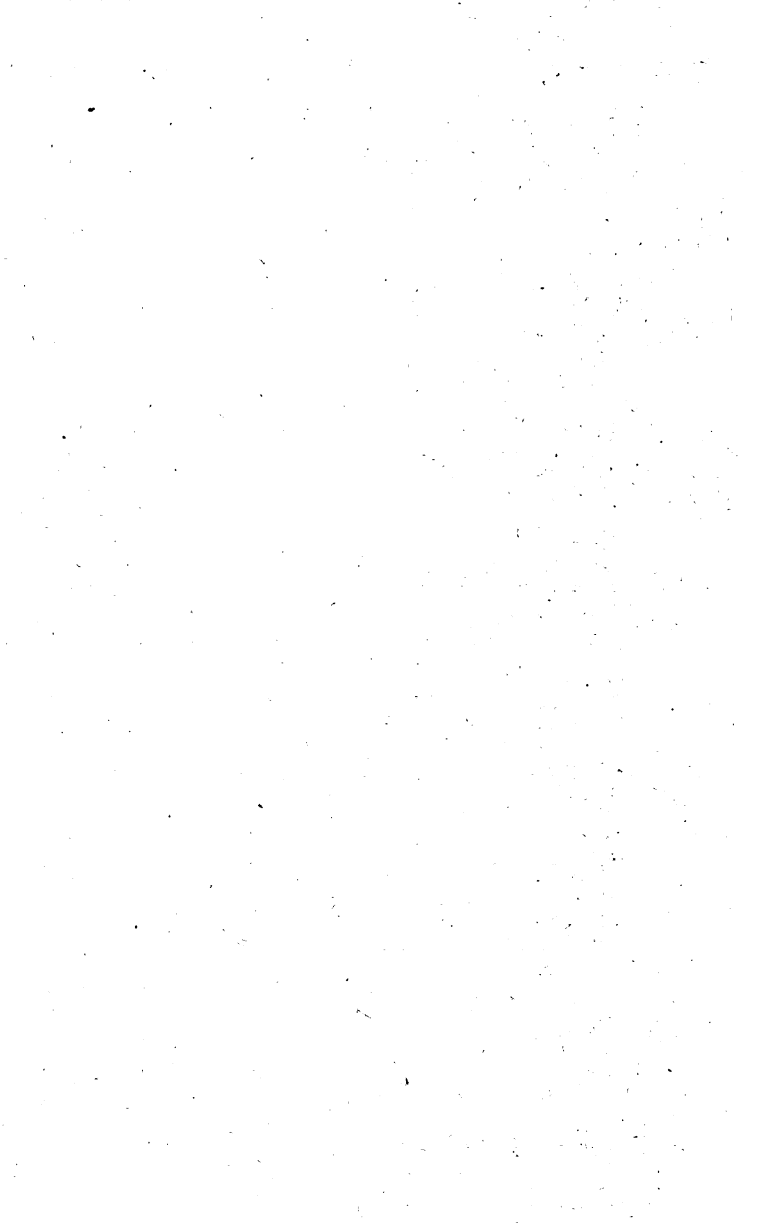
subterráneo. El gobernador da orden de matarle, pero la suspende y se arrepiente.—CXX. Plegaria de Benvenuto á Cristo, pidiéndole ver el sol.—CXXI. Aparición de toda la corte celestial á Cellini.—CXXII. Benvenuto pide luz y útiles para trabajar, dirigiendo al gobernador un soneto.—CXXIII. El papa lee el antedicho soneto. Mejora la prisión de Benvenuto.—CXXIV. Muerte del castellano. Maquinación del hijo bastardo del papa con objeto de matar á Cellini.—CXXV. Precauciones de Cellini para no dejarse matar.—CXXVI. En una cena con Paulo III, pide el cardenal de Ferrara la libertad de Cellini; se le otorga.—CXXVII. Sucesos maravillosos con que Dios manifiesta la grandeza de Cellini; éste se encuentra arruinado al salir del castillo en libertad. Epístola Á *Lucas Martini*, escrita en prisión, loando las prisiones.

FIN DEL ÍNDICE SUMARIAL DEL TOMO PRIMERO.





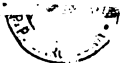




Biblioteca de Cataluña

P. P.

567



120

**DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA**

BIBLIOTECA CENTRAL

Reg. 404

Sig. 22

(P. P.)

